

# El Puente de Hielo

ELENA B. ARREGUIN OSUNA



Lectulandia

*El puente de hielo* es una novela ambientada en la ciudad de México en la época actual.

La protagonista, una chica de veintidós años, ve trastocada su vida al hallarse inmiscuida en la búsqueda del significado de un extraño grafiti que traerá consecuencias impensables; encontrándose incluso con la responsabilidad de salvar al mundo.

Una historia brillantemente escrita, en la que la autora nos adentra en el significado de las Profecias Mayas acerca del fin del mundo el 21 de Diciembre de 2012.

Una novela imperdible, de vibrante actualidad.

**Lectulandia**

Elena Beatriz Arreguín Osuna

# **El puente de hielo**

ePub r1.0

Titivillus 28.10.15

Título original: *El puente de hielo*  
Elena Beatriz Arreguín Osuna, 2012

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Al sol y a mis tres estrellas.

A mi tía, la más querida, Teresa Osuna Lizárraga, inspiración para el personaje de Nana Angelita. Una leyenda viviente que seguirá en nuestros corazones.

En el trece Ahau, al final del último katum, el itzá será arrollado y rodará Tanka, habrá un tiempo en el que estarán sumidos en la oscuridad y luego vendrán trayendo la señal futura los hombres del Sol; despertará la tierra por el norte y por el poniente, el itzá despertará de nuevo.

*Chilam Balam*, libro sagrado maya.



Calendario Maya

En esta vida hay personas que vienen a enseñar y otras que venimos a aprender.

Elena B. Arreguín Osuna

# Grafiti

Iba saliendo de mi oficina, una torre de cemento estropeada, ubicada en Insurgentes Sur número ochocientos trece, al sur de la ciudad de México. Eran las siete de la tarde del mes de julio de 2010 y el cielo empezaba a colorearse de tonos amarillentos y naranjas, proyectando los últimos rayos de luz del sol al poniente de la gran ciudad de México, la más grande del mundo.

Estaba muy cansada y llegué, casi arrastrando los pies, al solitario y húmedo estacionamiento del edificio. Divisé mi auto, lo abrí y me dejé caer pesadamente en el asiento del conductor; encendí el motor y comencé a conducir fuera de ahí. Silverio, el amable y joven guardia, se despidió de mí con la mano y con su mirada vivaracha y yo le devolví una sonrisa. Me parecía que su presencia no encajaba en esa inerte construcción.

Tuve que frenar para voltear a la izquierda y observar si venía transitando algún automóvil por la avenida, cuando algo llamó cabalmente mi atención; ante a mis ojos, apareció un grafiti dibujado en la pared del edificio de enfrente. Que yo recordara, no había estado ahí el día anterior. Me impresionaron su forma, sus símbolos y colorido perfectos y me quedé observándolo unos segundos. «Estos vándalos callejeros, ¿qué querrán decir?», pensé para mis adentros y seguí conduciendo hasta mi hogar.

Cuando llegué, mis padres no estaban. Acostumbraban ir al cine todos los jueves por la noche. Azoté la pálida puerta a mis espaldas, me arranqué los zapatos de tacón y las medias, observé los dedos de mis pies enrojecidos y me tiré en la sala a ver la televisión.

Cerré los ojos y empecé a escuchar las noticias internacionales que no hablaban más que de tragedias, terremotos, del calentamiento global, la crisis económica mundial, inundaciones y más desdichas. Después siguieron las noticias nacionales. Abrí un poco los ojos para observar a un reportero rechoncho y barbado, de pelo castaño, quien narraba algo sobre un asalto sucedido en un municipio del Estado de México. Estaba de pie en la calle explicando cómo había pasado aquel infortunio, cuando hallé algo que me obligó a aguzar mi sentido de la vista hasta su máximo alcance; en ese instante me concentré en la imagen y dejé de escuchar.

Justo en la pared que estaba detrás del reportero, estaban plasmados varios grafitis que la decoraban por todas partes, no parecía que hubiera espacio para uno más. Eran de distintos tamaños, colores y formas pero, justo en el centro, reconocí aquella figura, ¡era el mismo símbolo que acababa de ver saliendo de mi oficina!

Me puse de pie de un impulso, me acerqué a la pantalla y ahí estaba esa especie de rectángulo con figuras raras en su interior.

Mi hermano, mis padres y yo vivíamos en un pequeño apartamento, de tres recámaras, ubicado en la colonia Narvarte, muy cerca de mi trabajo. Yo laboraba en



la colonia Nápoles, en el Distrito Federal, y el individuo del noticiario estaba narrando desde el Estado de México, bastante lejos de ahí. No me quedó más que concluir que esa tropa de maquillistas de urbes era muy numerosa como para tener esos alcances.

Segundos después Bernardo, mi hermano, entró a la casa haciendo un escándalo, como de costumbre. Se despedía de su amigo, el que le había dado un aventón hasta acá, con alaridos y groserías. Cerró la puerta de un porrazo, me saludó con un ademán y corrió hacia la cocina a engullir lo primero que encontró.

Bernardo y yo nos turnábamos, semanalmente, el coche que nuestros padres nos habían obsequiado ese mismo año; un Zentra Nissan 2001, color plateado. Esa semana me había tocado utilizarlo, así que mi hermanito se las arreglaba como podía para ir y venir a diario.

Bernie, como le decimos de cariño, tenía diecinueve años, tres menos que yo, y estaba estudiando el tercer semestre de la carrera de cine. Desde pequeño, había sido un atleta excepcional y había conseguido obtener una beca en el Instituto Mexicano para las Artes Cinematográficas.

A la fecha, sigue siendo un as en los deportes; juega fútbol soccer como el indiscutible goleador del equipo y entrena para participar en triatlones cada que puede; es cinta negra en artes marciales y es un excelente bateador en beisbol.

Galán y carismático por naturaleza, mi hermano Bernardo sabe llegarle a la gente y simpatizar con quien se le ponga enfrente. Muchas de mis supuestas amigas se llevan conmigo para poder verlo, pero a él no le interesa ninguna. Como todo Don Juan, coquetea con todas, descaradamente, las deja ilusionadas y desaparece. A mí me provoca mucha gracia verlas pasmadas ante su presencia cuando las saluda o platica con ellas unos minutos. Mientras solo haga eso y no les deje el corazón hecho migajas, se lo permito.

Para esas fechas, yo acababa de terminar la carrera de diseño gráfico en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Por mi popularidad con los chicos, todo parecía indicar que era físicamente tan agraciada como él, aunque en realidad seamos polos completamente opuestos: él es alto, de piel apiñonada con ojos grandes color miel, tupidos de largas pestañas y yo soy de estatura media, de cabello negro y lacio, piel morena y también de ojos grandes color café oscuro, ¡nadie nos cree que seamos hermanos! Él se parece a mi padre y yo... ¡a nadie!, quizás en algo o poco a mi madre, ya que mi papá también es de piel más clara y de pestañas tan extensas como él.

En la escuela, cada año, competíamos por ver quién era el más inteligente de los dos. Mis calificaciones y las suyas tenían décimas de diferencia en promedio. Después de varios ciclos de haber sufrido dolorosas derrotas, Bernardo se coronó como el indiscutible campeón de la contienda al término de su último año en la escuela preparatoria, obteniendo un promedio final de nueve punto ochenta y nueve. Yo había obtenido un nueve punto setenta y siete años antes, cuando había salido de

la misma escuela que él.

Otro asunto es que también lidiamos con los deportes desde muy niños. Estuvimos algunos años juntos en atletismo y después cada quien tomó su rumbo. Yo me enamoré de la gimnasia rítmica y él del fútbol soccer y de las artes marciales, hasta que consiguió llegar a ser cinta negra en *Tae Kwon Do* a la edad de quince años. Una vez obtenida su presea, se avocó de lleno a las canchas, y ahí continúa. Empezó a participar en triatlones desde hace apenas algunos años.

Por mi parte, yo abandoné la gimnasia a los doce años, cuando ya no me encantaba cómo me veía enfundada en un leotardo, mismo que dejaba a la vista mis precarias curvas de preadolescente. Me dediqué a correr y a participar en carreras de cinco o diez kilómetros. A la fecha sigo haciéndolo. Me gusta también el *kick boxing*, pero ya no lo práctico, por falta de dinero.

Reconozco que, en los deportes, Bernie me ha superado por mucho.

Mi padre es contador y mi madre educadora. Con grandes esfuerzos, se hicieron de este apartamento, pagando altos intereses durante años. Nos apoyaron a mi hermano y a mí dándonos una educación en escuelas privadas, de las más económicas de la ciudad, hasta nivel preparatoria; de ahí que yo continuara con mis estudios profesionales en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

En la actualidad, mi papá procura venir a comer a casa todas las tardes, para convivir con nosotros. Mis dos progenitores aún son jóvenes y continúan trabajando.

Yo comencé a leer desde los cuatro años de edad porque me gustaba ayudar a mi mamá a preparar sus clases para el día siguiente. A diferencia de Bernardo, siempre he sido muy independiente y he sabido ganarme mi propio dinero, aportando una cantidad significativa para la manutención de la casa.

Durante la carrera, realicé encargos por aquí y por allá todo el tiempo; empecé a trabajar formalmente en este despacho de diseño gráfico hace apenas unos meses, pero no estoy contenta. La rutina es insoportable y estar encerrada y sentada entre cuatro paredes, por más de ocho horas diarias, me asfixia. Me siento como un pájaro enjaulado que no puede volar.

Fui contratada como la «asis-tonta» de Carmina Toussaint, la directora y dueña del negocio, pero habemos muchas mujeres, de todas edades, ahí dentro. Por lo mismo, la oficina es un nido de chismes y críticas negativas que van y vienen, de acá para allá, cual ventarrones que dejan a su paso pequeñas partículas de veneno que se esparcen de escritorio en escritorio. Es la toxina de todos los días. Para mi modo de ver las cosas, falta un hombre que contrarreste tanta palabrería insustancial.

Carmina es una mujer atractiva, de treinta y dos años, con una fuerte personalidad. Tiene el cabello color castaño y los ojos café oscuro; es delgada, de estatura media y viste y calza impecablemente todos los días. Llega a las nueve de la mañana en punto con su *teléfono inteligente* en mano, combinada a la perfección con accesorios, bolsa de piel y maquillaje de las marcas más caras del mercado. A la vista se nota que siempre ha sido una «niña bonita», con mucha clase y con dinero, que

está acostumbrada a un alto nivel social y a ordenar a los demás.

Mucho antes de que Adriana Simeón, la compañera más envidiosa y conflictiva de la oficina me lo platicara, yo ya sabía quién era Carmina; lo suda, lo trae en las venas.

A los pocos días de haber entrado a trabajar, Adriana me había narrado, con un tono resentido en la voz, que Carmina había asistido desde niña a los colegios particulares más caros de la ciudad de México, que había cursado la carrera de diseño gráfico en la Universidad Iberoamericana, —así que era «chica Ibero»— y que presumía de pronunciar un excelente inglés, ya que había estudiado un año de intercambio en Washington durante sus años en la preparatoria. El tono de voz lastimero de Adriana cambió radicalmente a uno burlón cuando, tras esta breve introducción, me habló acerca de la relación marital de nuestra jefa con su esposo.

Carmina había contraído matrimonio, cinco años atrás, con un «*junior*» hijo de papi, llamado Germán, quien no movía un dedo por salir de su manutención paterna ni aportaba un céntimo de su bolsillo a los gastos de su propia casa. Desempleado, inútil y conformista, solo estaba esperando que su progenitor expirara, lo más pronto posible, para poder heredar la vasta fortuna que este había amasado durante toda su vida, trabajando como el socio mayoritario de un despacho de abogados conocido por todos como Renero, Iracheta y Asociados.

Germán Renero era el hijo mayor de tres y distaba mucho de haber adquirido la pericia, inteligencia y astucia de su padre para el manejo del oficio del derecho. La firma que su progenitor dirigía, representaba a extranjeros, políticos, millonarios, artistas y a lo más selecto de la sociedad mexicana. Lo único que este tenía de su padre, eran el mismo nombre y apellido.

Al igual que Carmina, Germán venía de una buena cuna y estaba acostumbrado a codearse con la alta sociedad mexicana. Sin embargo, siempre había sido un paria y había reprobado el último año de la preparatoria. Con ayuda de Don Germán, lo habían aceptado en la mejor escuela de derecho de todo México, pero su irresponsabilidad y desinterés, lo llevaron a ser expulsado de ahí. No cursó ni dos semestres.

Desesperado, su padre le dio trabajo en su propio despacho como pasante, oportunidad que el joven *junior* desperdició por andar de farra. Ahí fue cuando conoció a Carmina; tres años después, se casaron. Ambos tenían la misma edad.

Mientras Adriana me narraba todo esto con lengua filosa y cortante como una navaja, yo me preguntaba qué era lo que una mujer brillante y guapa como Carmina veía en su esposo, a la par de que me percaté de que Adriana era bastante fea, que tenía la mandíbula prognata y que era de constitución cuadrada, no tenía cintura. Comprendí que, además de tenerle una indiscutible envidia a Carmina, misma que mostraba a flor de piel, esta no soportaba ser dirigida por una mujer que tuviera casi su misma edad y que hubiera estudiado lo mismo que ella, aunque fuera la dueña del negocio.

Enorme sería mi sorpresa cuando, meses más tarde, me enteraría de que Adriana era íntima amiga de Carmina. Se habían conocido en un empleo anterior y aquella había decidido independizarse, llevándose consigo a la que consideraba como un buen elemento de trabajo y una verdadera amiga. Entonces, me expliqué la razón por la cual Carmina toleraba tantos abusos por parte de Adriana, el más notable, su descarada impuntualidad de todas las mañanas.

Por último, todos sabíamos que Adriana era solterona y, para su protección, cantaba por los pasillos que no tenía prisa alguna por casarse, comportamiento que por lo general emplean las mujeres célibes en edad casadera o madura, a las que les urge contraer matrimonio.

Pronto hizo mancuerna con Miriam Schatz, una mujer también en sus treinta y tantos abriles soltera, de tez muy blanca, muy delgada, de cabello oscuro y apariencia lerda. Entre las dos, se dedicaban a hacerles la vida imposible a las demás que laboraban dentro de aquella oficina. No se salvaba ni Karlita, una becaria inhibida de veinte años, quien estaba realizando sus prácticas profesionales con nosotras.

Al parecer, yo era la única que parecía caerles bien, porque siempre les daba la razón, aunque desconozco lo que se hablaba de mí a mis espaldas.

Debido a esto, opté por callar cualquier comentario negativo dentro de la oficina para evitar que fuera utilizado en mi contra; simplemente iba, trabajaba y regresaba a mi casa. A veces, cruzaba una que otra palabra con Karla, la becaria, o con Alicia, la recepcionista del edificio. A pesar de mis esfuerzos, no podía evitar ser cazada, de vez en cuando, por Miriam y Adriana, quienes me agarraban para contarme todo tipo de horrores dentro de sus cubículos. Yo procuraba solo escuchar y reír ante las barbaridades que salían de sus bocotas, y jamás opinaba al respecto.

Cuando al final de la conversación ellas se desesperaban por no poderme sacar información, me liberaban a regañadientes y me dejaban salir de ahí.

—Zyanya Farías Bacab, ¡eres una santa!, —gritaba siempre Adriana— yo quisiera tener una amiga así, ¡nunca hablas mal de alguien!

En cuanto mi hermano terminó de merendar, se encerró en su cuarto a chatear en la computadora, a entretenerse con los juegos de Facebook y a escuchar música instrumental, de la que a él le gustaba.

Yo apagué el televisor y me dirigí a la cocina para prepararme un café con leche, acompañado de un pan. Cené rápidamente y regresé a mi habitación. Después de lavarme los dientes y ponerme el pijama, intenté leer el libro que tenía en turno, pero los ojos se me cerraban pesadamente. Apagué mi lamparita de buró e intenté dormir. Eran las diez con treinta y ocho minutos.

Mis padres regresaron tarde aquella noche. Los escuché cuchicheando dentro de la cocina. Mi madre abrió la puerta de mi recámara para cerciorarse de que estuviera en casa e hizo lo mismo con mi hermano. Después de eso, me quedé profundamente

dormida.

Siempre he tenido el sueño muy ligero, cualquier sonido me despierta de inmediato y me cuesta trabajo volver a conciliarlo, pero esto no me impide tener visiones muy claras y significativas que recuerdo perfectamente bien al día siguiente. Esa noche me topé de nuevo con el famoso grafiti, pero en mi inconsciente.

Soñé que iba manejando hacia afuera del edificio en el que trabajo; la misma escena que había vivido por la tarde. Silverio, el cordial policía, se despedía de mí. En el momento en el que frenaba para observar si venía algún coche por la avenida, volteé a mirar la pared de enfrente y descubrí a un joven escudriñando el muro, detenidamente. Él me daba la espalda y no alcanzaba a distinguir su rostro. El grafiti seguía ahí, tal cual lo había visto con mis propios ojos. Me pregunté en el sueño si él sería el autor y me quedé observándolo. Él pareció entender mis pensamientos y empezó a girar la cabeza para mirarme. En el instante en el que él iba a girar, surgió una llamarada de fuego intensa, desde el centro del grafiti, y la visión desapareció. No conseguí distinguir el rostro del individuo.

Cuando desperté, eran las seis de la mañana y las imágenes estaban clarísimas en mi memoria. Me quedé acostada unos segundos, analizando el significado de lo que había experimentado, pero concluí que era un sueño más y me puse de pie, me coloqué ropa deportiva y salí del edificio corriendo hacia el Parque de los Venados, que está en la esquina de mi casa.

Aquella mañana, en particular, me sentía con toda la energía del mundo para correr un maratón; sin embargo, mis deberes en casa me lo impidieron, y tuve que regresar a la hora de siempre.

Doña Jovita es la empleada doméstica de casa y trabaja con nosotros dos veces por semana; ella limpia, sacude, guisa, lava y plancha la ropa. A la fecha, nunca hemos tenido una muchacha de planta en casa. Muchas personas en México pueden darse esos lujos, pero nuestra situación económica no nos lo permite, así que el resto de la labor nos la repartimos entre los cuatro. Cada quien lavaba sus platos sucios, tiende su cama, barre, trapea o sacude según el turno que nos corresponda, y entre mi madre y yo cocinamos.

Esa mañana, Jovita no estaría en casa, así que guisé los tres tiempos para la hora de la comida: sopa, plato fuerte y postre; enjuagué ollas y trastes de mi desayuno, tendí mi cama, me bañé y me preparé para salir reluciente a trabajar.

En el ínter, recordé que era viernes y se me iluminó el rostro; esa tarde iría al cine en un centro comercial con mis amigas Nuria y Lucía. Con suerte y conocería a algún chico cuando me acercara a los escaparates a observar la ropa con mis compañeras, mientras nos tomábamos un capuchino frappé.

Hacía tres meses que había terminado con Javier, mi última relación sentimental. Él había resultado ser un chico celoso e inseguro y nuestro noviazgo había durado apenas cuatro meses. Al principio, todo había sido miel sobre hojuelas pero, al paso del tiempo, los renacuajos empezaron a salir de la cloaca y los dos terminamos

haciéndonos daño, ¿había habido amor? Quizás un poco. Javier me llamaba de vez en cuando para saludarme, pero yo trataba de hacer las conversaciones cortas para no inmiscuirme nuevamente con él.

En lo más profundo de mi alma, anhelaba ansiosamente conocer a «ese» alguien especial con quien me casaría algún día; no sabía estar sola. Ya había tenido varios novios, desde los quince años.

Daniel, otra pareja que había tenido a los diecisiete años, había sido el amor de mi vida, hasta entonces. Era el típico mujeriego, mentiroso y gañán del que todas las mujeres nos enamoramos, perdidamente, en algún momento de nuestras vidas. Las razones por las que terminó nuestra relación de un año y medio son obvias: descubrí que me engañaba.

Aquella mañana que había llegado al trabajo, no había podido evitar frenar para voltear a ver a la pared de enfrente mientras manobrababa para meter el coche al estacionamiento. Ahí seguía el grafiti, tal cual lo había visto la tarde anterior, tal cual lo había observado en las noticias y tal cual lo había soñado. Silverio se quedó de pie, mirándome intrigado esperando a que yo entrara.

—¿Pasa algo, señorita? —me preguntó acercándose a mi automóvil.

—Buenos días, Silverio. —Respondí amablemente—. Nada en particular, solo que ese dibujo está... muy interesante, ¿no cree?

El policía volteó a verlo como si ya se lo supiera de memoria.

—Bonitos símbolos, ¿verdad? —agregó con una breve sonrisa en los labios y con la mirada desviada hacia el objeto de nuestra conversación.

—¡Sí!, ¡hermoso! —Le respondí.

Aparté el pie derecho del freno y avancé unos metros. Justo a punto de llegar a mi lugar, paré en seco y asomé la cabeza por la ventana.

—¡Silverio! —le grité al oficial, quien apenas estaba cerrando la reja. Él se apresuró hacia mi coche.

—Diga.

—¿Usted pudo ver quién fue el autor de ese grafiti?

Él se quedó pensativo unos momentos, después me sonrió, como lo hace un niño travieso, y me respondió con un «no». La cara se le transformó y se veía como un infante.

Aquel día la pasé apurada, corriendo de un lado a otro dentro de la oficina; papeles, material de diseño por todos lados, trazos, líneas, bordes, citas para confirmar la semana siguiente, la presentación por parte de Miriam para el nuevo eslogan de una famosa marca de jugos, bosquejos hechos por Carmina, etcétera. A las seis de la tarde en punto, y sin preguntar, tomé mi pequeño bolso de mano y salí destapada de ahí.

La película empezaba a las seis y media y había quedado de verme con mis

amigas en la entrada del cine. Al salir de la oficina, agarré mi celular, de la marca más chafa y barata del mercado, y le tomé una foto al hipnotizante grafiti desde mi coche.

Era viernes de quincena en la metrópoli y el tráfico era un caos total. Tomé varios atajos hasta llegar al centro comercial cuando me percaté de que me quedaban cinco minutos para estar a tiempo. Entré apresurada al cine, subí al elevador de un salto y me encontré con mis dos amigas, quienes me esperaban. Ya habían comprado los boletos para las entradas.

—¡Sandía! —me llamaron por mi apodo, al mismo tiempo, en cuanto me vieron llegar.

Nos saludamos con un abrazo.

—¡Tú disparas los refrescos y las palomitas! —agregó Lucía, la más graciosa y ocurrente de las tres, mientras me entregaba en la mano mi boleto.

—Okey. Váyanse metiendo a la sala. Yo las alcanzo, al cabo que son quince minutos de cortos, ¿no?

—¡Sí!, ¡ahí te vemos! —respondió Lucía alejándose, con Nuria andando a su lado —. ¡No tardes!

La fila para comprar comida chatarra era inmensa. Me formé de mala gana, pero mi suerte extraordinaria no tardó en hacerse presente. Tan solo minutos después de mi espera, abrieron otra caja para cobrar y el encargado me hizo una señal para que yo fuera la primera en pasar a la otra línea. Recordé a mi abuelita Angelita, la mamá de mi mamá, quien siempre me decía: «Esas no son coincidencias, mijita. Tienes suerte por alguna razón. Nada es casualidad en la vida».

Me acerqué, agradecida, al mostrador y pedí un combo para las tres. En lo que hurgaba dentro de mi bolsa en busca de dinero, me llegó un mensaje al celular que decía: «Apresúrate, no hay tiempo». Pensé en lo desesperadas que eran Nuria y Lucía. Pagué las golosinas y me apresuré a entrar en la sala, a oscuras, con las palomitas desparramándose de la caja. Ellas me hicieron una señal para que las viera y tomé asiento al lado de Nuria.

—¡Qué nerviosas son! Ya venía con todo —le susurré a Nuria en el oído.

—¿Por? —me preguntó desinteresadamente, sin quitar la vista de la pantalla e introduciendo la mano en la enorme caja de rosetas de maíz que yo llevaba cargando.

—Por el mensaje que me mandaron, ¿por qué más iba a ser?

—¿Cuál mensaje? —inquirió Nuria extrañada.

—El del celular, el que decía que me apurara y no sé qué más.

—¿Nosotras? —Volteó a verme intrigada.

—Sí... ya, olvídalo.

Nuria le preguntó a Lucía acerca del mensaje. Los chicos que estaban detrás de nosotras chistaron para que guardáramos silencio. Lucía se agachó hacia delante para poder verme y negó con el dedo. Pensé que me estaban jugando una broma. La película empezó y me olvidé del asunto.

La cinta era una comedia que trataba de una mujer que tenía dos amantes al mismo tiempo. Todo giraba alrededor de los enredos en los que se metía y de las mentiras que tenía que decirles al uno y al otro para salirse con la suya. Al final, como es de esperarse, la descubren, pero uno de ellos la perdona y siguen juntos hasta que ella conoce a otro galán y todo vuelve a empezar.

Las carcajadas de Lucía retumbaban por toda la sala y nos hacían reír, a su vez, a Nuria y a mí como unas maniáticas. La actriz era extraordinaria en su papel y las escenas muy originales.

Cuando la película terminó, nos pusimos de pie, dispuestas a salir de ahí, cuando advertí que la luz de mi celular parpadeaba. De inmediato, saqué el teléfono de mi bolso y encontré que tenía seis mensajes más sin leer. No recibía tantos en un solo día. Pensé que era mi madre, quien me estaría buscando por alguna emergencia. Al abrir el texto para leerlo, me quedé espantada al descubrir que todos decían lo mismo que el anterior: «Apúrate, no hay tiempo». En total habían sido siete los mensajes recibidos. El remitente era desconocido.

Mis dos amigas, al advertir la expresión en mi cara, se acercaron a ver qué era lo que sucedía. Les mostré el celular.

—¿Qué onda?, ¿quién será? —murmuró Nuria, quien era a la que tenía más cerca.

—¡Quién sabe! —agregó Lucía—. «¿No hay tiempo?», ¿no hay tiempo para qué? Se quedó pensativa unos segundos.

—Mmmm... ¡ya sé! —intervino Nuria casi gritando—. Es el loco del Javier que te está acechando.

—¡Uy! —Sonrió Lucía—. Aún muere de amor por ti, querida. ¡Mi vida!, ¡no me dejes!, ¡apúrate, que ya no hay tiempo para nuestro amor! —continuó retorciéndose graciosamente y fingiendo tener voz masculina.

Las dos empezaron a mofarse, chiflándome y emitiendo sonidos que simulaban besos. Yo me reí mucho y les pedí que se callaran.

—Pero el remitente es desconocido —murmuré.

—Pues marca —agregó Nuria.

No me atreví a hacerlo. Algo me decía que era algo extraño. Apagué mi celular, lo guardé y me dispuse a divertirme en compañía de mis dos acompañantes.

Aquella noche fue de las más entretenidas que recuerdo haber vivido. Mis amigas y yo deambulamos en el centro comercial hasta que casi lo cerraron. Ahí, conocimos a tres chavos, uno muy atractivo y dos muy feos pero simpáticos, con los que terminamos cenando en un puesto de *hot dogs* sobre Avenida Insurgentes. Nuria quedó embobada con Joaquín, el único galán del grupo, y viceversa. A mí ninguno me atrajo en lo más mínimo y su manera de hablar no me acababa de convencer.

Llegué a casa a las doce de la noche. Mi madre me reprendió por no haberle llamado y entonces recordé que traía apagado el celular. Ya en mi cama, lo encendí para leer nuevamente los mensajes. Ahí continuaban los siete recados y los borré.



Cada quince días íbamos a visitar a mi abuela Angelita a su casa en Xochimilco, al extremo sur de la ciudad. Mi hermano se escabullía como podía, argumentando que no podía faltar a sus entrenamientos de los sábados y, casi siempre, se salía con la suya. La mayoría de las veces terminábamos yendo mis padres y yo.

Esa mañana los tres nos subimos al coche de mi padre y nos encaminamos hacia la ruta de las eternas trajineras.

—Oye, papá, —curioseé de camino— ¿puede suceder que las señales de los celulares se crucen y te llegue un mensaje de otra persona?

—Mmmm... no creo, hija, ¿por qué?

—Nada más. Es que me llegaron unos mensajes raros desde un remitente anónimo y quiero saber qué onda.

—Pues ve a una oficina de atención a clientes y pregunta —intervino, secamente, mi madre—. Puede ser peligroso, no sabes si es un delincuente.

—¡Uf! —exclamé—, ¡qué miedo!

El resto del trayecto, platicamos sobre mi trabajo y demás temas insignificantes para mí. Nuria me llamó para insistirme en que fuéramos, esa misma tarde, a visitar a una vidente que leía las cartas. Ella y Lucía ya me lo había pedido más de cinco veces y yo me había negado porque, además de que me parecía una fortuna la cantidad de dinero que debía sacar de mi bolsillo, no creía realmente en esas «bobadas». Accedí para que renunciaran a seguirme hostigando y ambas quedaron en pasar por mí a las cinco en punto.

Casi llegando a casa de mi abuela, mi madre le pidió a mi papá que se detuviera en una panadería para llevar unos bollos recién horneados. Mi papá y yo nos quedamos esperándola en el coche. Estábamos estacionados en silencio, a unas cuantas cuerdas de casa de mi nana Angelita, cuando un anuncio espectacular, que hablaba sobre el calentamiento global, llamó cabalmente mi atención; en este mostraban al planeta tierra visto desde el espacio como un desierto, seco y de color arena, lleno de esqueletos de seres humanos y animales. No había vestigios de mar ni de ríos o lagos, todo estaba completamente seco. El slogan amenazaba: «En pocos años, nuestro planeta estará... desierto. Es nuestra única morada. Haz conciencia».

—Papá —le pregunté alarmada—, ¿está tan grave eso del calentamiento global?

—Sí hija —respondió mi padre mientras observaba el mismo anuncio—. Parece que la Madre Tierra nos está cobrando todos nuestros excesos.

—¡Con razón cada vez hace más calor!, ¿nos vamos a achicharrar algún día?

Mi padre se encogió de hombros y ambos nos quedamos pensativos. Cuando bajé la mirada de aquel impactante espectacular, me topé con algo que me dejó aún más impresionada, ¡no daba crédito a lo que veían mis ojos! Una vez más, el grafiti brotaba ante mi vista. Estaba plasmado, en grandes dimensiones, justo sobre el muro inferior de aquel anuncio. Eran los mismos colores y la misma forma, ¡una corriente eléctrica descendió desde mi nuca hasta los dedos de los pies! De inmediato, cogí mi celular para ver la foto que había tomado un día antes y la comparé con la imagen de

esa pared; ¡eran idénticas! Me quedé paralizada, no podía ser una casualidad, ¡tres veces en tan solo tres días!

No supe si platicárselo a mi padre, quien ya estaba desesperado por no ver a mi madre de regreso en el auto, y le hacía señas con las manos por la ventana. Sentí cómo el grafiti me observaba y me pregunté a mí misma qué era lo que me quería transmitir.

En el acto, mi teléfono empezó a sonar. Lo saqué de mi bolso, con las manos sudando y los ojos tan grandes como platos. Nuevamente, la luz se encendía indicándome que tenía mensajes por leer. Picoteé, nerviosamente, el teclado y descubrí una nueva frase: «Encuétralo», decían siete mensajes iguales. Tragué saliva. Volteé bruscamente a ver el grafiti, y me pregunté mentalmente «¿cómo?»

—¡Qué tanto te chateas con tus amigas, Zyanya! —Gruñó mi padre disgustado—, ¡ya deja ese aparatejo! Ustedes los jóvenes no saben vivir sin esos artefactos inútiles.

—Sí, papá. Está bien.

Aventé mi celular a la bolsa y traté de pensar en otra cosa, pero ahora sí empezaba a dudar de mi cordura. Recordé, irónicamente, aquellas novelas de ciencia ficción que había leído tantas veces, donde el protagonista va descubriendo, por medio de pistas y casualidades, su misión en la vida. Por lo general es salvar al mundo de alguna desgracia.

Reí para mis adentros. Todo indicaba que yo era la protagonista de esta trama. Me imaginé a mí misma escalando altas montañas en busca de un diamante único que sería la clave para descifrar un escrito del mar muerto; o cavando por ruinas imposibles de alcanzar en el desierto en busca de un cofre con papiros de otros siglos. Me sentí importante por primera vez en mi vida, y boba. «¿Quién sería capaz de utilizar la tecnología actual para hacerme llegar un mensaje del más allá?», concluí para mis adentros.

Llegamos a casa de mi abuela. Ni siquiera me había percatado del momento en que mi madre se había subido al coche; tenía una curiosidad imperiosa por marcar el número de aquel celular desconocido. Mi nana Angelita nos esperaba sonriente, como siempre, de pie en su zaguán.

La casa de mi abuela era grande y vieja. Tenía dos pisos y estaba pintada con colores vivos, por dentro y por fuera. Entre esas paredes de yeso, mi hermano y yo habíamos pasado gran parte de nuestra feliz infancia jugando a la pelota, a las escondidillas, la reata y a «las traes». Esa construcción estaba llena de encanto y a mí me fascinaba sentarme en la silla mecedora de mi abuela porque me llenaba de paz.

Ella aún conservaba un cuarto lleno de juguetes sucios que era exclusivo para mi hermano y para mí. Una vez ahí, podías tropezar con muñecas despeinadas y sin cabeza, o con un solo par de patines; canicas, pelotas desinfladas, yoyos, valeros, barquitos de madera despostillados, trastos de plástico de mi vajilla para jugar a «las comiditas», peluches sucios y demás objetos que yo aún percibía con vida propia. Cada que ingresaba dentro de esas paredes, me parecía que los juguetes se ponían

frenéticos de felicidad, imaginando las miles de historias que inventaría retozando con ellos, en especial, las muñecas que me observaban fijamente con sus ojos anhelantes y vidriosos.

Mi madre tenía una hermana que no vivía en México y no que había concebido hijos, así que nosotros dos, éramos los únicos nietos. Mi abuelo había muerto cuando yo tenía diez años de edad, así que lo recordaba a la perfección, con su rostro adusto y poco bromista, todo lo contrario a su esposa. Bernardo no se acordaba de él en lo absoluto, ni tampoco se esforzaba por hacerlo.

Nana Angelita vivía de la pensión que mi abuelo le había dejado como empleado de una farmacéutica, pero ese dinero no le era suficiente para su manutención, así que trabajaba vendiendo cualquier trique. Alguna que otra vez, mi madre le llenaba de víveres su alacena o le compraba sábanas y toallas, provocando que ella se pusiera frenética y casi la corriera de su casa, pues no soportaba que tocaras sus pertenencias, las cambiaras de lugar o que quisieras obsequiarle algo sin su consentimiento. Días, después, cambiaba de opinión y aceptaba las buenas intenciones de los demás.

Aunque mi abuela padecía de la presión, cuando no estaba tejiendo chambritas, estaba horneando bollos o se ocupaba haciendo manualidades y adornos navideños que le vendía a sus vecinas y amigas de toda la cuadra; no podía estar quieta. Jamás en mi vida había visto a mi abuela descansando o acostada, todo el tiempo estaba activa y contenta, conversando de acá para allá con quien fuera a visitarla.

Además, ella tenía el don de cocinar deliciosamente cualquier platillo, tenía una sazón extraordinaria, gracia que mi madre no heredó ni en una centésima parte. Mi abuela me enseñó a cocinar y, contra mi voluntad, también a tejer y a bordar.

Hacía apenas unos meses que unos vagos habían entrado a robar a su casa y se habían llevado parte de sus tesoros más valiosos, tales como las pocas joyitas que mi abuelo le había regalado, su máquina de coser, su televisión y un cuadro de la Virgen de Guadalupe adornado con hilo de oro en los bordes, que pendía a la entrada de su hogar. Mi abue había llorado amargamente sus pérdidas mientras rociaba, con agua bendita cada rincón de su casa. Se negó, rotundamente, a utilizar algún sistema de alarma, argumentando que le iba a dar un infarto cuando se activara aquel «cachivache», como ella lo llamaba.

Pronto, yo guardé una parte de mi sueldo, mes con mes, hasta que pude regalarle una televisión con pantalla de plasma, misma que estaba pagando todavía a plazos. Cuando fuimos a llevársela, ella se quejó, diciendo que ese aparato era como un imán que atraía rateros y que mejor me lo llevara de regreso a la tienda, pero yo insistí en que se lo quedara y terminó aceptándolo de mala gana. Días después, la encontré fascinada utilizando el control remoto como toda una experta.

—¡Otra vez el renegado del Bernardo no vino! —exclamó, alegremente, cuando nos vio bajar del coche a los tres—. Ese muchachito necesita un escarmiento, Ameyali —le dijo a mi madre, dándole un caluroso abrazo de bienvenida, mientras recibía la enorme bolsa de pan dulce de sus manos—. Se te va a salir de control un

día de estos.

Yo volteé a ver a mi mamá de reajo, dándole la razón a mi abuela. Ella me devolvió la mirada con un gesto de mando, así que preferí escabullirme a los tibios brazos de mi nana.

—Pero mi chiquita, dulce como el pan dulce que me voy a comer ahorita mismo, nunca falta a visitarme, mi niña, ¿verdad que te gusta la casa de tu nana? —me preguntó con su voz de abuelita tierna.

—¡Claro! —respondí entusiasmada—, ¿a quién no? Solo me consientes, abue.

—Ese galancete de tu hermano se va a dejar de creer el «muy, muy» el día que se encuentre con la horma de su zapato, ¡me lo van a hacer pedacitos! Una buena muchacha me lo va a poner en su lugar, ¡ya verán!

Mis padres y yo nos reímos sonoramente.

—Así es, suegra —agregó mi padre—. Las mujeres son nuestra perdición. —Y volteó a ver a mi madre, guiñándole un ojo. Ella apenas sonrió.

—Faltaba más, Manuel, como tiene que ser —concluyó mi nana—. Pero pasen, pasen. No le hagan mucho caso a mis periquitos escandalosos porque están en celo y ya ni yo los aguanto —expresó, señalando la enorme jaula llena de pericos australianos, instalada en pequeño patio interior.

Los tres entramos y nos acomodamos en los sillones. Cada quien tenía su lugar predilecto, el mío, la mecedora de mi abuela. Segundos después, mi padre se puso de pie y fue a curiosear a la cocina para ver qué delicia de platillo nos había preparado para ese día.

—¡Pollo con mole! —vociferó mi padre desde la cocina—. Mmm, ¡qué delicia!

—Sin meter los dedos, hijo. No queremos salivas ajenas —expresó mi abuela riendo, a la par de que subía las escaleras para ir a su recámara.

—Voy a poner a tostar el ajonjolí, mami —agregó mi madre, dirigiéndose también hacia la cocina.

Me causaba mucha gracia que mi nana Angelita tratara a mis padres como a niños pequeños; era sensible y maternal a más no poder. No había una sola persona que no la quisiera; Nuria y Lucía la adoraban y la visitaban de vez en cuando, llevándole algún regalo; los amigos de la infancia de mi hermano también le llamaban por teléfono para pedirle consejos; ¡era toda una personalidad! Además, era la única abuela que me quedaba, pues mis abuelos paternos ya habían fallecido años atrás, y representaba para mí un tesoro de lo máspreciado. Siempre le confesaba que no sabría qué hacer si ella faltaba, a lo que me respondía, invariablemente, que los viejitos se tenían que ir algún día pero que permanecería, eternamente, a mi lado.

Llegó la hora de la comida y mi padre y yo nos sentamos alrededor de la mesa. Mi abue iba y venía calentando tortillas, trayendo el arroz y el mole, tostando más ajonjolí. Mi madre le ayudaba hasta que, finalmente, todos coincidimos para reunirnos a comer.

—Y ¿qué nueva historia me vas a contar, Zyanita?, ¿qué has hecho?, ¿has visto a

tus amigas? —Mi abuela inició la conversación, alegremente.

—Sí, nana, apenas ayer fuimos al cine. Conocimos a unos chicos graciosos, pero nada interesantes.

Mis padres voltearon a verme y mi abuela me guiñó un ojo.

—¡Como siempre!, ¡conquistadora y exigente! Eso es, mi pequeña, tienes esa magia especial que muy poca gente reconoce, pero que a todos atrae. Debes ser selectiva en todo.

—¿Cuál magia, abuela? —pregunté divertida.

—¡Uy!, una muy singular. Tú te darás cuenta por ti misma algún día. Desde que naciste y te cargué por primera vez, lo advertí.

—¿De qué hablas? —Seguí cuestionándola porque, en el fondo, me fascinaba que me dijera ese tipo de cosas.

—Eres una niña, y eso es hermoso. Aunque tengas veintidós años, tú sigues creyendo en las hadas, en la fantasía y la magia del universo, ¡y lo proyectas!, ¡lo gritas al mundo!

—¿En serio?

—Sí, sí hija, pero te voy a dar un consejo. No permitas que ese veneno que corrompe el alma de los humanos, llamado envidia, te haga cambiar tu manera de ser. La gente que brilla tiene que vivir tolerando los rasguños de los opacos eternamente, pero no puede pasar de eso, de ser un rasguño superficial que sane rápidamente.

Mis padres comían escuchando en silencio.

—Observa el decorado de tu cuarto —continuó—, ¿te has puesto a pensar por qué aún guardas tus muñecas y las pones sobre tu cama y los cuadros que cuelgan en las paredes tratan sobre temas infantiles? Por eso te guardo aquí tus cachivaches, en tu cuartito de juegos, porque sé que tienen para ti un valor inestimable —expresó posando su mano, suave y cubierta de pecas y manchas de sol, sobre la mía.

Mi abuela me hizo reflexionar en algo que en absoluto se me habría ocurrido pensar. Mi recámara era de color rosa claro, con una cenefa angelical que la adornaba desde que yo era una niña, mi cama estaba invadida de muñecas y peluches; de las paredes pendían imágenes de hadas en un bosque o de flores con rostro de chiquillos. A todo esto, aún conservaba mis rompecabezas, mis juegos de memoria y colecciones de estampas de *Hello Kitty* y de Princesas de *Disney* en los cajones. Mi despertador era de una muñeca de Fulanitos que hacía juego con una lámpara de noche. Quizás, en el fondo, una parte de mí se negaba a crecer, sin que yo lo advirtiera.

—Nunca dejes de ser pequeña o tu vida será muy aburrida —concluyó mi abuela, acercándose su meñique derecho para que yo entrelazara el mío con este y las dos exclamáramos, al mismo tiempo, «¡*Pinky promess!*!».

Esa era nuestra peculiar manera de cerrar un trato. Mis padres nos miraban divertidos.

La comida terminó y yo traté de distraerme lo más que pude, ayudando a lavar platos y sacudiendo el cuatro donde antaño jugábamos mi hermano y yo, para no

pensar en aquellos grafitis y en los mensajes anónimos.

El resto de la tarde, estuvimos ojeando álbumes de fotos de cuando mi hermano y yo estábamos pequeños, recordando anécdotas, fiestas de cumpleaños, travesuras y amigos de la infancia. Siempre que veíamos ese álbum en particular, me llamaba mucho la atención una fotografía en la que yo aparecía, casi recién nacida, en brazos de una señora con cara angelical; mi tía Itzel, la hermana menor de mi madre, quien vivía en Canadá. Me parecía difícil de creer que fueran hermanas, pues en nada se parecían físicamente. De ahí me quedaba embobada, minutos enteros, mirándola, porque me parecía una mujer hermosa.

Para mi sorpresa, jamás se había casado y, cuando preguntaba la razón por la cual no nos venía a visitar a México, nana Angelita se apuraba a responderme que ella ya tenía su vida hecha allá, desde hacía muchos años, y que no tenía motivos para regresar.

Que yo recordara, la tía Itzel nos mandaba costosos regalos a mi hermano y a mí, dos o tres veces al año, desde que éramos muy pequeños. De vez en cuando, hablaba por teléfono con mamá y con mi abuela, pero nunca conmigo o con Bernardo.

—Pero mira esto, mira, mira —interrumpió mi abuelita observando la foto de una fiesta infantil que se había llevado a cabo en su casa—. Aquí está la jovencita aquella güerita que era nuestra vecina, la hija de un alemán y una mexicana, ¡María, se llamaba!, ¿te acuerdas de ella, nena? —me preguntó.

—No abue, no recuerdo. —Respondí.

—Es que era mucho más grande que tú, como unos quince o dieciséis años. ¿Tú te acuerdas de ella, Ame? —le preguntó a mi madre.

—¿Aún te acuerdas de su nombre? —inquirió mi madre, fingiendo sorpresa.

—¡Claro que sí! —respondió mi nana entusiasmada—. Esta nenita me encantaba porque era de lo más vivaracha y lista. Platicaba de cosas impresionantes desde pequeña, muy imaginativa y hermosa. Poseía un gran don de nacimiento, pero no se percataba de ello, pues era muy pequeña. Asistía a todas sus fiestas de cumpleaños cuando ya era una jovencita, como en esta foto, y ¡se la pasaba en grande!

—Sí, estaba muy bonita. —Acordó mi mamá.

—Bonita y tenía algo más. Se casó con un alto ejecutivo y ahora es ricachona y el dinero no la ha cambiado para nada. Luego hay individuos que se vuelven bien brutos cuando tienen unos billetitos en la bolsa y se olvidan su pasado. Pobres desdichados, mira que negar a tu cuna y a tu gente ¡es de lo más vil del universo!

—¡Pues hay tanta gente así, madre! —expresó mi mamá.

—¡Mira! —volvió a exclamar mi abuela—, este es Federico, el que iba en el kínder con Bernie, tu hermano, ¿te acuerdas? —Volvió a cuestionarme.

—De él sí, más o menos —contesté sin estar segura.

Me gustaba ver a mi abuela emocionada con sus remembranzas. Cuando miraba fotos de mi abuelo, suspiraba profundamente y cambiaba de página. Me parecía que aún lo extrañaba, pero no lo externaba.

A media tarde nos despedimos y nos dirigimos de regreso a casa, ¡ya casi eran las cinco! Mientras buscaba grafitis plasmados en todas las paredes que se me cruzaban por delante, les pedí permiso a mis padres para salir con mis dos amigas. No divisé grafiti alguno. Mis papás accedieron, de mala gana.

Cuando llegamos a casa, mis dos amigas ya estaban esperándome y nos saludaron con la mano. Me despedí, rápidamente, y subí al pequeño coche de Nuria, un Chevy color azul.

—¿Qué onda, niñas? —saludé.

—¿Qué onda, Sandía? —contestó Lucía.

—¿Qué crees?, —inquirió Nuria volteando a verme a la par de que manejaba y me mostraba su celular. Noté que tenía la cara demasiado maquillada para la ocasión — ¡ya me habló!

—¿Cómo crees? —exclamé acercando mi vista a su pantalla.

—Sí, el guapo de ayer, ¡Joaquín!

—¡Qué buena onda! —Respondí.

—¡Está que no se la acaba! —agregó Lucía, en tono de burla—. Ya se lo contó a todo mundo.

—Y ¿qué van a hacer? —le pregunté a Nuria.

—¿Qué van a hacer?, ¿qué vamos a hacer hoy en la noche con sus amigos? —prorrumpí.

—¿Qué?, yo no pedí permiso —reclamé.

—Más vale pedir perdón que pedir permiso —concluyó Lucía, animada.

—¡No manches! —agregó Nuria—. Ya estás bastante crecida como para que no te dejen salir de noche, ¿no crees? Además, eres la más responsable, trabajas, ayudas en tu casa, ¿qué más quieren tus papás? No saben ni en dónde está tu hermano pero contigo, la neta, ¡se pasan!

Tuve ganas de contestarle que no se metiera en mis asuntos familiares, pero no me atreví. Me quedé callada y molesta por su comentario. Lucía me miró por el espejo lateral y adivinó mi sentir.

—Bueno ya, no juzgues si no sabes —recalcó Lucía—. Tú habla al rato a tu casa y pídeles permiso a tus papás.

—Pe... pero —agregué desanimadamente—, a mí no me gustaron ninguno de los otros dos.

—¡Ay, ya! —interrumpió Nuria—, ¿y qué?, ¡no vas a casarte con ellos!, ¿verdad?

—Pero yo creí que íbamos con la vidente, ¿no?

—Psíquica, mi vida, psíquica —corrigió Nuria—. Esta chava está gruesísima. Hasta te puede leer la mente. —Hizo una breve pausa—. Pero después de eso, nos veremos en un barecillo con los galanes, ¿te late? Echamos unos *drinks* y la pasamos chido.

Percibí a mi amiga un poco más extrovertida, su tono de voz más alto y más desfachatado de lo normal. Su vestimenta no iba acorde a su personalidad. Jamás le

había visto puesto un vestido tan corto y ceñido a la silueta, ni un escote tan prolongado. Para mi sorpresa, Nuria tenía muy buen cuerpo.

La idea de pasar la noche en un bar con esos tres muchachos que acabábamos de conocer, no me agradaba, pero no quise ser aguafiestas. Decidí que les llamaría a mis padres, saliendo de la cita con la vidente.

—Oigan, ¿quinientos pesos no les parece mucho dinero para que te lean las cartas? —Cambíé de tema.

—Pues yo creo que no —dijo Lucía—. Hay algunas que hasta cobran más.

—¡Claro! —interrumpió Nuria retocándose los labios de color vino y mirándose al espejo. Tú eres ricachona y nosotras pobres. Es más, le hubieras dicho a tu chófer que pasara por nosotras.

—Me lo hubieras pedido —respondió Lucía imitando el tono de voz de Nuria.

Llegamos al lugar. Los quinientos pesos me parecieron poco comparados con el lujo de aquel sitio. La colonia Nueva Polanco es de lo más novedoso y exclusivo en la ciudad de México. Los edificios y casas están contruidos con un estilo contemporáneo y cosmopolita. El departamento donde vivía la vidente, llamada Violeta, estaba ubicado en un conjunto de cuatro torres que rodeaban a un jardín central.

A nuestra llegada, divisamos una caseta donde los guardias de seguridad nos tomaron las placas, desconfiadamente, y le pidieron a Nuria su identificación, a cambio de un tarjetón de entrada que nos entregaron, no sin antes haber llamado a Violeta desde un interpón para que autorizara nuestro acceso al edificio.

—Y ¿quién dices que te recomendó con esta señora? —preguntó Lucía, igual de impresionada que nosotras.

—Mi amiga la fresa, la que me paga una lanota por hacerle de niñera con su bebé. La que vive en las Lomas.

—¡Ay!, ¡no me friegues!, con razón. Ha de creer que somos iguales que ella. —Respingó Lucía—. Pero no hay bronca, si les falta, yo les presto.

—Pues dice que le pidió precio especial para nosotras, que porque cobra el doble.

—¿El doble? —interrumpí alarmada.

—¡Ya cállense!, que ya viene el cuidador. No sean nacas, finjan que tienen un poco de caché. —Soltó Nuria.

—¿Caché? —Arremetió Lucía con esa cara de traviesa que la caracterizaba cada que iba decir algo gracioso—. ¡Cachetadas son las que te voy a poner si sigues fingiendo lo que no eres!

Yo empecé a carcajearme y tuve que taparme la boca porque, justo en ese momento, el guardia se materializó en la puerta del auto de Nuria.

—Por aquí, señoritas —apuntó un individuo enfundado en traje y corbata de colores oscuros.

Acto seguido, nos indicó que lo siguiéramos y fuimos detrás de él como sus sombras. Nuria, la primera en alcanzarlo. Lucía y yo aguantábamos la risa no solo por



el chiste anterior, sino porque esta empezó a imitar la forma exageradamente sensual de caminar de Nuria, quien movía las caderas de un lado para otro, como nunca lo habíamos visto, y llevaba la frente en alto.

—Esta se está transformando en una cabaretera —me susurró Lucía al oído.

—¡Silencio!, no digas eso —la interrumpí.

Continuamos riéndonos, y yo cubriéndome la boca. Alcancé a distinguir, de reojo, que en una de las torres había un gimnasio, con alberca techada y un salón de juegos gigantesco para niños.

El encargado nos dejó frente a unos elevadores de lo más extravagantes e inconcebibles.

—En el cuarto piso, por favor. Bienvenidas —agregó mientras nos detenía cortésmente la puerta para que entráramos. Acto seguido, se despidió, no sin antes darle un rápido vistazo de arriba abajo a Nuria, saboreándosela. Se cerró la puerta del elevador y comenzamos a subir.

—¡No me friegues! —gritó Lucía de inmediato—, ¿vieron los coches que estaban estacionados allá abajo?

—¡Claro! —fingió Nuria aparentando ser mujer de mundo.

—¿Qué tenían o qué? —pregunté yo, que no me había dado cuenta de nada y, de haberlo notado, no hubiera sabido reconocer ni la tercera parte de las marcas de autos ahí presentes.

—¡Uy!, ¡había Porches, Jaguares, Hummers, Lincolns!... ¡no manches! Mejor nos regresamos a pie porque me da vergüenza subirme en tu bote pateado, Nuria, ¡aquí sí que tienen lana!

—¡Mensa!, ¡ya quisieras! —se defendió Nuria agresivamente.

Lucía y yo nos doblábamos de la risa.

—Ya, ya, compórtate —me dijo Lucía a carcajadas—. No vaya a haber una cámara oculta grabándonos y estos ricachones nos vayan a encerrar en el manicomio por gritonas.

—¡Pues dices que eres la sirvienta y seguro te creen! —Cacareó Nuria ofensiva contra Lucía.

Las dos nos seguimos riendo a pesar de semejante comentario, ignorábamos si de nervios o de alegría. Nuria pretendía no tomarnos en cuenta, acomodándose el vestido ajustado frente al espejo del elevador.

Llegamos al cuarto piso y buscamos el departamento cuatrocientos tres, ubicado a la izquierda. En la puerta de entrada encontramos a un ángel plateado, suspendido, con las alas abiertas, custodiando a su dueña. Nuria se apresuró a tocar el timbre; Lucía y yo esperábamos nerviosas, aún sonriendo, detrás de ella.

Desde que habíamos puesto un pie fuera del elevador, percibí un olor dulce que se intensificaba conforme nos acercábamos hacia el departamento, una fragancia como de flores frescas mezclada con madera. Ellas dos lo descubrieron hasta llegar a la puerta y así reforcé, una vez más, mi propia teoría sobre mi peculiar sentido del

olfato, el más agudo y sensible de mis cinco sentidos.

La puerta se abrió segundos después y apareció la alegre muchacha de servicio, llevando puesto un uniforme de dos piezas, color azul marino, y un mandil, resplandecientemente blanco, sobre el mismo. Era joven y relucía impecable, con el cabello completamente recogido y las uñas limpias y cortas. Su delgada cara apareció adornada con una sonrisa que dejó al descubierto su dentadura blanca como un gis; nos hizo una señal para que pasáramos a la sala del apartamento.

En mi vida había imaginado que existieran muebles tan finos y elegantes como aquellos que mis ojos contemplaban incrédulos. Todo era de un color ahuesado, combinado con palo de rosa y blanco, decorado exquisita y femeninamente. El comedor era de madera con ocho sillas, perfectamente alineadas, tres de cada lado y una en cada extremo de la mesa. En el centro, brillaba una figura alada de cristal instalada encima de una carpeta de tela muy fina, casi transparente; era otro ángel, de mayores dimensiones que el descrito en la entrada, y divinamente trabajado.

Por los ventanales, entraban halos de luz dorada, que se filtraban entre las persianas, lo que le daba un aspecto celestial a todo aquel lugar. Grandes floreros de vidrio cortado, ubicados en todas las esquinas, sobre el piso de madera reluciente, contenían flores frescas que hasta parecían ser de tela por su perfección: rosas blancas, rosas de color rosado, gardenias, gladiolas moradas y orquídeas plantadas en macetas esculturales.

La sirvienta nos invitó a tomar asiento pero, intimidadas como estábamos ante tanto esplendor, preferimos quedarnos de pie, negando con la cabeza y tratando de sonreír para ocultar nuestro gesto de asombro. «Parecemos rancheras», pensé.

Ni la propia Nuria se atrevió a ensuciar aquellos sillones prístinos con su ropa barata de mercado.

—¡Guauuu!, —exclamé fascinada, en voz baja, en cuanto la muchacha de servicio se dio media vuelta para avisarle a su patrona que ya estábamos esperando—, ¡jamás había visto algo así en mi vida!

—Ni lo volverás a ver, mi reina —me susurró Lucía al oído—. Esto es lo más cerca del cielo que hemos estado. Ni mi papá con toda su lana tiene gustos tan refinados.

—¡No te compares!, esta es gente educada, gente «bien» que ha tenido lana toda su vida, no de un día para otro como tu papá, que es *new rich* —agregó Nuria, sin una pizca de recato.

Yo me quedé mirando a Lucía boquiabierta. No sabía que ella y Nuria se llevaran así de pesadas.

—¿Puedes dejar de estar molestando, envidiosa? —musitó Lucía al instante—. Me parece que te mueres por tener la lana que mi papá, el *new rich*, tiene.

Unas pisadas que provenían del pasillo interrumpieron la discusión. Segundos después, apareció Violeta, sonriendo con ese halo de «inalcanzable» que la rodeaba. La distinguí altísima y calculé que tenía unos treinta y tantos años.

Violeta vestía sencillamente, con una blusa blanca holgada y pantalones de color claro. Llevaba puestas unas sandalias doradas que hacían juego con sus accesorios de oro puro. De complexión mediana, tenía el pelo rubio cenizo, largo y suelto y no usaba ni una gota de pintura. Su piel era blanca y perfecta, sin una sola mancha o marca, sus ojos apacibles eran de un verde cristalino. Su *manicure* y *pedicure* francés estaban perfectos. No era bonita, pero brillaba, y algo en ella te atraía de manera irresistible.

Nos estrechó la mano y pude alcanzar a percibir su olor a limpio. Yo fui la última en saludarla. Algo debió descubrir en mi persona porque se quedó mirándome, sorprendida y fascinada, sin soltarme la mano, y me escudriñó unos instantes. El verde esmeralda de sus ojos me hipnotizaba y su tibio contacto me inundó de una paz exquisita.

Quise quedarme en aquel lugar para siempre. Mi inseguridad y mis nervios desaparecieron de inmediato.

—Llegaste —me dijo con su voz tranquilizadora, mientras me observaba a los ojos, aun sosteniendo mi mano entre la suya.

—Llegaron —agregó volteando a ver a mis dos amigas con gesto amable, pero no con esa intriga con la que me miraba a mí.

## Encomienda

Salimos de ahí deprisa, ya avanzada la noche. Las tres subimos al auto y Nuria arrancó de inmediato. Casi no hablamos de regreso, únicamente Lucía y yo le pedimos a nuestra amiga que dejara la cita con los galanes para el día siguiente. Para nuestra sorpresa, Nuria aceptó de buena gana.

Veníamos sumergidas en nuestros propios pensamientos y con un sutil sentimiento de paz interior que no queríamos fragmentar por ninguna razón. Llegué a casa apreciando que estaba rodeada de una especie de halo de luz que percibí desde el primer contacto con la vidente. Me sentía feliz desde las entrañas y agradecí eternamente a Nuria el habernos llevado a aquel místico lugar.

Las tres nos abrazamos en el coche, con ganas de llorar de alegría, y nos despedimos.

Sucedió lo que en la vida esperé; a pesar de haber llegado más tarde de lo acordado y de no haber llamado ni una sola vez a casa, mis padres estaban de buen humor y me recibieron con la cena ya lista en la mesa. Se hallaban esperándome sentados, junto con mi hermano, pero aquella noche deseaba estar solo conmigo misma y repasar, en mi mente y corazón, cada instante que había vivido esa maravillosa tarde.

Cené rápidamente, inventé que tenía dolor de cabeza y me retiré a mi recámara.

La voz armoniosa de Violeta aún resonaba nítidamente en mis oídos y empecé a saborear cada detalle de nuestra conversación. Los aromas iban y venían, como si los estuviera percibiendo en persona.

Tras presentarnos, nos invitó a pasar a un cuarto con techo y paredes blancas, alfombra espesa de color claro, una mesita con una vela e incienso y una grabadora. La armonía flotaba en el aire que se respiraba.

Afuera de la recámara, había un pequeño mueble con divisiones, en donde ponías tus zapatos; me transporté a las fiestas infantiles en las que contrataban juegos para escalar e inflables, en los que te obligaban a colocar tus zapatitos en un artefacto de plástico colorido. Claro, este mueble era otra cosa.

Violeta desató sus sandalias y, con un gesto gracioso, nos indicó que también nos deshiciéramos de nuestro calzado. Acto seguido, nos pidió que la siguiéramos hacia el cuarto y nos sentáramos sobre la alfombra, pulcra y sin mancha. Al quitarme los zapatos descubrí, abochornada, un enorme hoyo en uno de mis calcetines, y preferí deshacerme de ellos, discretamente. Entramos las tres en la recámara y nos sentamos frente a ella.

—Chicas —la vidente rompió el reverente silencio que guardábamos—, sé que han venido aquí creyendo que yo soy una lectora de cartas y que les voy a decir su futuro, vida y milagros, tal y como se observa en las películas y programas de

televisión; más eso no es, precisamente, la verdad. Lo que yo hago es algo muy parecido, pero apegado a la realidad. Tengo, como principio, guiar a las personas para que alcancen sus metas en esta vida, ¿de qué manera lo hago?, interpretando lo que las barajas me dicen. Puedo percibir algunas situaciones que van más allá de la mera acción de leer el contenido de las cartas conforme vamos interactuando. —Hizo una pausa—. Yo no estoy aquí para predecir su futuro, no voy a decirles si van a ser millonarias o exitosas, eso ustedes ya lo saben desde el momento de su concepción. Cada individuo nace con su encomienda grabada en la psique y en el firmamento; dependiendo del grado de evolución al que se haya llegado en la existencia pasada y de los círculos que hemos cerrado anteriormente, es como renacemos en esta dimensión. Estamos en continua renovación y movimiento, nada en el universo es estático, todo es dinámico, ¿me entienden hasta aquí? —Indagó sonriendo al percatarse de nuestras caras de asombro.

—Este... —se atrevió a hablar Lucía—. Más o menos, entonces, ¿cómo le hacemos?

Le solté un codazo en las costillas.

—¿Qué? —exclamó volteándome a ver, sin disimulo.

—A eso voy, ¿me dices tu nombre? —continuó Violeta, amablemente.

—Lucía —respondió, perceptiblemente intimidada.

—Muy bien, Lucía. Me voy a ir de una en una y les voy a pedir a las demás que me esperen afuera, si no es molestia. Rosy, la joven que trabaja aquí, les puede ofrecer algo de tomar o de comer en lo que aguardan su turno, ¿están de acuerdo? Pueden sentarse en la antesala o donde ustedes gusten. Están en su casa.

«La joven que trabaja aquí», repasé en mi mente. En ningún momento se refirió a ella como la sirvienta o la criada.

—Y tú, ¿ves cosas del futuro? —me atreví a preguntar, sintiéndome incómoda de inmediato.

—Sí, Zyanya —me respondió con una amplia sonrisa.

«¡Sabe mi nombre y no se lo he dicho!», pensé. Su mirada tranquila y transparente me incomodaba y me obligaba a voltear en otra dirección. No sabía por qué razón era tan evidente que, en especial, yo le simpatizaba. Por un momento, pensé que estaba tan deslumbrada por ella, que ya hasta deliraba.

—Empezaré con... ¿me dices tu nombre? —Se dirigió a Nuria.

Lucía y yo salimos de aquella habitación despacio, tratando de no hacer ruido, y escuchamos el tintineo de una campanita que la vidente acababa de hacer sonar. Casi al mismo tiempo, Rosy apareció ante nosotras y nos pidió que la siguiéramos.

En una salita contigua a la cocina, yacía una mesa cubierta con un fino y reluciente mantel deshilado. Encima de este, habían puesto tres vasos de cristal cortado, una jarra con agua, otra con un líquido verdoso —que nos informaron era jugo de naranja con nopal recién hecho—, tres tazas blancas para café con su platito y su cucharita de plata bien acomodadas, una cajita de madera abierta, mostrando una

gran variedad de sobres para preparar tés de todo tipo: frutales y florales, de canela, de anís, de manzanilla, oolong, té azul, té verde, blanco, rojo y otros más que eran desconocidos para mí.

A un lado de los tés, estaba una charola, también blanca, que contenía galletas y panqués que la muchacha nos explicó eran de trigo, avena y salvado, recién horneados en casa. Un gigantesco recipiente de plata, lleno de frutas, adornaba coloridamente el centro de la mesa. Dentro de este había plátanos, lichis, kiwis, manzanas, peras, ciruelas y mangos de manila. Tres platitos con tenedor y cuchillo esperaban, impacientes, ser utilizados. La vajilla resplandeciente brillaba como si estuviera recién pulida.

Me dieron ganas de quedarme a vivir en ese departamento y olvidarme de todo lo demás.

Cada quien se sentó en su silla. Un gatito de angora, de color blanco, salió al encuentro. Llevaba un collar azul claro y se relamía los bigotes, mientras nos observaba.

—¡Qué hermoso! —exclamé—, ¿cómo se llama? —pregunté a la muchacha.

—Mussi. Es macho —me respondió.

El gato se quedó con nosotras. Rosy nos insistió dos veces para que tomáramos algo de beber y de comer. Una vez que ella nos dio la espalda y se retiró a la cocina, nos quitamos la pena y probamos de todo.

—¡Odio a los gatos! —refunfuñó Lucía en voz baja—, ¡sácate de aquí!, ¡úchcale!, ¡animal del demonio! —le ordenaba al gato, quien la volteaba a ver sin inmutarse.

—No digas tus palabrotas aquí, pobre gatito —me quejé.

De pronto, la mascota se me acercó, me olió la mano derecha y se trepó en mi regazo, para acurrucarse y comenzar a ronronear. Yo lo acaricié. Mi amiga se quedó de una pieza.

—¡Le gustaste al felino! —Soltó con una cara de lo más gracioso—. ¡Bichito, bichito! —empezó a llamarle—. Soy alérgica a estos bichos.

—No le digas así —mascullé.

—Disculpe, señora gata, ¡sin ofender!

Mi amiga se puso de pie, buscando a la muchacha que estaba en la cocina.

—Rosy, disculpe —la llamó.

—Diga. —Salió la muchacha de inmediato a atenderla.

—¿De casualidad no tendrá café?

—La señora y su esposo no toman café ni refrescos. No hay en esta casa. Perdone.

Lucía se encogió de hombros y volteó a verme.

—No te va a hacer daño que no ingieras cafeína por un día —le expliqué saboreando uno de los exquisitos y suaves panqués.

—Sí, ya sé —respondió esperando a que Rosy regresara a la cocina—. Es que eso de los tés, nomás no me atrae; ¿oíste que la muchacha dijo que la psíquica tiene

esposo? —inquirió en voz baja.

—Sí, pero yo no veo fotos por ningún lugar —continué escudriñando por todas partes—. Oye, ¿te has dado cuenta de que tampoco existen televisores aquí? —agregué.

—Tal vez en la recámara. Nuria me contó que tenía una hija que creo que estaba enferma de algo, ¿me muero de curiosidad por visitar el baño!, vamos, ¿no?

Asentí de inmediato. Al primer movimiento, el minino saltó de mis piernas. Le pedimos a Rosy que nos mostrara dónde estaba el tocador y nos guio hasta él.

Como era de esperarse, ¡era una hermosura y olía delicioso! Todo era de mármol rosado, las llaves para el agua eran blancas, largas y estilizadas; encima del mueble yacían canastitas unas con naturaleza seca y otras llenas de toallas de algodón, divinamente dobladas, de todos tamaños, y del mismo color que el mármol. Debajo del lavabo había una canasta más grande, donde podías echar los paños húmedos que habías utilizado. Figuras y cuadros de gusto exquisito adornaban el amplio baño para visitas.

El jabón de manos estaba contenido en pequeñas bolas brillantes y suaves que tenías que romper con los dedos para extraer el líquido de su interior, de la marca «*Evelyn & Crabtree*». Después, podías untarte una crema que olía a paraíso. La tela del tapete, acolchonada y bordada a mano, hacía juego con las otras telas que cubrían el retrete, mismo que tenía dos botones para jalar el fluxómetro.

Parecíamos niñas traviesas utilizando varias bolas de jabón para oler los distintos aromas dentro de cada burbuja de color, untándonos la crema contenida en una primorosa botella de cristal, una y otra vez, y ojeando las revistas que estaban repartidas en un revistero también de cristal. No eran ejemplares comunes y corrientes, de esos que están repletos de chismes vulgares de artistas y fotos provocadoras, esta, más bien, parecía una edición especial, de varios tomos, que hablaba sobre la naturaleza, el medio ambiente y asuntos de salud.

—¡Qué aburrición! —expresó Lucía pasando rápidamente las hojas de una de las revistas.

—Y ¿a quién querías encontrar? —¿A tus ídolos de *One Direction* en paños menores?

Nos interrumpió un ligero golpe en la puerta. Las dos saltamos, nos pusimos nerviosas y mi compañera empezó a alisarse el cabello delante del espejo.

—¿Quién es? —pregunté, aclarándome la voz.

—Perdón, señoritas. —Se escuchó la voz de Rosy afuera del baño—. Me envió la señora por ustedes.

—Sí, ¡ya vamos! —avisé.

Acomodamos todo rápidamente de vuelta, como pudimos, y salimos disparadas de ahí. Como siempre, Rosy nos esperaba, sonriente, a unos cuantos pasos.

—Me dijo la señora que le tocaba pasar a la señorita Lucía —informó la muchacha—. Por aquí, por favor.

Mi amiga y yo nos despedimos con un gesto. Suspiré y regresé a la salita de estar. Mágicamente, todo estaba limpio de nuevo. Los tres vasos nuevos, las tazas reacomodadas, los platos sin migajas relucían limpios; era como si nadie hubiese estado ahí.

Volví a tomar asiento y busqué al gato sin éxito. Esperé a que apareciera Nuria en cualquier momento, pero no lo hizo.

Minutos después, desesperada, me dirigí a la cocina a buscar a Rosy y encontré a otra chica, con el mismo color de uniforme, lavando los trastes.

—¿Y Rosy? —le pregunté.

—Ahorita le aviso —contestó secándose las manos con un trapo.

«¿Dos muchachas de servicio?», pensé para mis adentros. Rosy apareció en la salita.

—Rosy, —cuestioné— ¿y mi otra amiga con la que venía?, ¿no ha terminado su sesión?

—Sí, ya terminó —aclaró—. Está en el cuarto de relajación. Después de cada consulta pasan ahí para terminar su introspección a solas.

—¡Ah!, ya.

—¿Le ofrezco algo más de tomar?

—No, así estoy bien, gracias. ¿Y el minino?

—Voy por él —respondió Rosy sonriendo—. Le cayó bien, ¿verdad?

—Sí, me fascinan los gatos.

—Este es huraño, casi no se acerca a las personas. Usted también le cayó bien. Déjeme ir a buscarlo.

«¿Introspección?», pensé para mis adentros, «¿sabrá ella qué significa esa palabra?, porque la pronuncia muy bien».

Rosy volvió al minuto, cargando a Mussi. Me lo entregó y yo lo volví a instalar encima de mis piernas. Empecé a acariciarlo mientras escuchaba a lo lejos las canciones gruperas de la radio que provenían desde el cuarto de servicio.

«¿Introspección?», continué pensativa. Empecé a tararear las tonadillas que yo conocía y el tiempo se pasó volando.

—Le toca a usted. —Finalmente me avisó la muchacha.

Al primer movimiento de mis piernas, el gato saltó al suelo con un maullido. Me crucé en el camino con Nuria, quien se dirigía a la sala de estar, acompañada de la otra sirvienta. Nos sonreímos y entré en la habitación.

Violeta estaba en posición relajada, sentada y recargada en la pared, con los ojos cerrados. La habitación tenía una temperatura más cálida y, tanto la vela como el incienso, estaban encendidos sobre una pequeña mesita. Empezaba a oscurecer y observé en mi reloj que eran las siete de la noche. Ya llevaba dos horas ahí metida haciendo nada y el tiempo había pasado deprisa.

Violeta abrió los ojos y me observó con una sonrisa franca y abierta.

—A ver, Zyanya, vamos a empezar contigo —masculló.



Me solicitó que ubicara la mano izquierda sobre las cartas y repitiera un juramento en lo que ella recitaba oraciones a Dios en voz baja. Paso seguido, me pidió que barajeara las cartas, siete veces, y las dividió en partes iguales sobre la mesita. Ella continuó susurrando rezos, a la par de que colocaba sus manos sobre mi frente, después sobre mi ombligo y terminó sobre mis pies.

Terminado esto, comenzó a hablar, audiblemente y con ritmo, dejándome impactada a cada palabra que mencionaba. Me describió a mi misma como si fuera mi mejor amiga o mi propia madre, ¡no lo podía creer! Explicó nítidamente vivencias de mi pasado que no tendría por qué conocer; me habló de mi hermano, de mis amigas de antaño y del presente, se refirió a mis padres como «mis cuidadores»; mencionó algo sobre un duplo, es decir, dos en uno mismo. Detalló la casa de mi abuela, a la perfección, y a mi propia abuela llamándola «mi guía»; me habló de una encomienda importantísima y de varios hombres en mi vida, pero se refirió en especial a uno de tez blanca, por el que iba a sufrir y a quien iba a amar intensamente.

Al final, me ofreció que le hiciera una sola pregunta, la que yo quisiera, en mi mente. Le pregunté en silencio, observándola tímidamente a los ojos, si todo esto de los grafitis que estaba sucediendo era un mensaje, o yo estaba mal interpretando estas coincidencias en mi imaginación.

—Sí —respondió casi de inmediato—. Es parte de lo que estás por acontecer.

No me explico qué cara fue la que puse, pero ella sonrió al verme al principio y después se preocupó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Bien —contesté tranquilizándome un poco.

—Eso está mejor.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —inquirí pensando en Nuria y Lucía que me esperaban afuera.

—No te alarmes por el tiempo, todo ha resultado de maravilla. Si tienes pendiente por tus amigas, puedes abstenerte de pasar al cuarto de relajación aquí al lado.

Ella parecía leer mis pensamientos a cada segundo.

—Me tienes asombrada —exclamé.

—Tú a mi también —respondió.

Violeta cerró los ojos.

—Además de leerte las cartas como tal, sucedieron muchas cosas que confirmaron mis sospechas. Tú no brotaste porque sí; tus otras existencias te han venido guiando para tu encomienda en esta vida, pero no estás sola.

Me pregunté en silencio a qué se refería con eso. Leyendo mi mente una vez más, se limitó a responder.

—Ya lo sabes. Pronto lo verás manifestarse, busca dentro de ti. Ahora ya sabes que todo lo que estás viviendo en estos últimos días, son revelaciones claras de tu misión. Síguelas, escúchalas, obedécelas. Con el tiempo, y cuando tu primer círculo se haya cerrado, irás comprobando todo lo que presenciaste aquí, pero eso no es la

prioridad por el momento. Cree en ti porque eres un ser humano clave en esta dimensión.

Abrió los ojos para observarme con ternura. Yo estaba inerte escuchándola. Tomó mis manos y las cubrió con las suyas.

—Es un honor haberte atendido, quería conocerte. Ve con Dios —susurró y, para mi sorpresa, besó mis dos manos—. Cualquiera cosa que se te ofrezca, aquí estoy.

Me soltó, lentamente, para tomar una tarjeta de presentación de su pantalón y entregármela. Pensé en decirle que el honor era mío, pero no me atreví. También me acordé de los quinientos pesos y, antes de que yo abriera la boca, ella negó con la cabeza.

—No ensucies lo espiritual con lo material. Ya te mencioné que es un honor haberte tenido en mi casa. No me debes nada, ni tú ni tus amigos.

—Gra... gracias —pronuncié como pude y creyendo ciegamente en todo lo que me había revelado.

Esa noche dormí como nunca. Soñé que caminaba de la mano de una mujer, varios años mayor que yo. No le pude ver el rostro, pero la conocía. Ibamos por una avenida de calles anchas, rodeada de árboles y flores de colores. Era de mañana y el sol irradiaba luz y calor en todas direcciones. Niños iban y venían jugando de allá para acá. Solté la mano de mi acompañante para agacharme a recoger una muñeca tirada en el suelo cuando, de pronto, empecé a escuchar los gritos de los chiquillos que corrían a refugiarse debajo de los techos de las casas. Alcé la mirada para contemplar el cielo, teñido de carmín, y me puse de pie de un jalón; piedras de fuego llovían por todas partes, incendiando al mundo entero y provocando golpes estruendosos que hacían el piso crujir en cada desplome. Mi compañera ya no estaba a mi lado y todo sucedía de manera muy rápida. Yo la buscaba a mi alrededor hasta percatarme de que me encontraba sola en la calle y de que todos los demás me observaban aterrados, esperando a que yo hiciera algo por ellos. El cielo estalló sobre mi cabeza, volteé hacia arriba para observar a una gigantesca bola de fuego candente cayendo directamente sobre mí. Me tapé los ojos con las manos y desperté de un brinco.

Estaba sudorosa y sedienta. Todo había sido como si lo hubiera vivido en realidad. Aún escuchaba los gritos de los infantes y el suelo quebrándose a mis pies. Saqué del cajón mi libretita de recados, ideas y pendientes y apunté todo en un borrador.

Eran las cuatro de la mañana con diecinueve minutos y ya no pude dormir durante el resto de la madrugada. Sabía que este sueño tenía relación directa y clara con lo que había escuchado decir a Violeta, sobre mi encomienda, porque los ojos de las personas que me rodeaban, me suplicaban que hiciera algo por ellos y por el mundo que se derrumbaba a pedazos.

Yo siempre había creído en ese tipo de mensajes y vivencias extra terrenales ya que, desde muy pequeña, había vivido algunas experiencias fuera de lo común, tales

como hablar con mi abuelo paterno, quien acababa de morir, o ver ángeles en el techo del salón cuando estaba en el jardín de niños. Me sentía afortunada de poder tener acceso a otra dimensión, por así llamarle. A muy pocas personas se los había revelado.

Muchas casualidades habían tenido una explicación y muchos sueños me habían dejado un claro mensaje pero, en esta ocasión, me preguntaba ¿quién era esa señora del sueño?, ¿por dónde empezaba?, ¿cuál era mi misión? Si era salvar a la gente en esta vida, ¿cómo lo haría alguien como yo? Eso era tarea de un superhéroe o de una superheroína, no de una chava de veintidós años, insegura de sí misma, ingenua e infantil.

Como buena amante de anotar y hacer listas para todo, apunté con marcador rosa, mi color favorito, las tres cualidades con las que me describía. Curiosamente empiezan con la letra i: insegura, ingenua e infantil. Reflexionando sobre esto y sobre decenas de preguntas sin respuesta, se me ocurrió encender mi celular para ver si tenía algún mensaje, de esos que me llegaban en grupos de siete, pero encontré mi bandeja vacía. Los recados, ¿tendrían alguna relación con todo esto? Me armé de valor y marqué al número anónimo, sin importarme que fueran las cinco de la mañana con veinticinco minutos.

—¿Bueno? —contestó una voz masculina, adormilada, del otro lado de la línea.

—¿Bueno? —Respondí nerviosamente, sin saber qué decir después, y colgué.

«¡Ya me escuchó la voz!», recapacité divertida. Va a poder rastrearne o yo qué sé.

Mi teléfono empezó a sonar instantáneamente. Lo tomé para confirmar que el desconocido me estaba llamando. Dudé en contestar pero, debido a que el volumen del timbre era muy alto, decidí acallarlo rápidamente, picoteando cualquier tecla para no despertar a mi familia.

—¿Bueno, bueno? —Alcancé a escuchar a lo lejos tapando la bocina con la mano.

—¿Bueno? —Finalmente contesté.

—¿Quién habla? —Logré identificar que era una voz joven y me gustó que fuera tan varonil.

—Este... mira —balbuceé sintiéndome una tonta—. He estado recibiendo mensajes a mi celular desde este número hace unos días. Quiero saber si me conoces o qué es lo que deseas.

—¿Mensajes? —Se escuchó más despierto— ¿qué tipo de mensajes?

—Pu... pues. —No me atrevía a decirle porque, seguramente, este individuo creería que yo era una psicópata diciendo disparates—. Mensajes extraños —musité.

—Y ¿qué dicen los mensajes? —Percibí un tono de cordialidad en su voz.

—¡Es que me da pena! —exclamé soltando una risa entrecortada.

Escuché que el chico reía a su vez, y el sonido me encantó.

—¿Por qué pena?, puedes contármelo —expresó, haciéndome sentir como si yo

fuera una niña de seis años.

Guardé silencio, apenada y encogida sobre mi cama.

—Bueno, pues entonces tendré que empezar yo. También he recibido recados escritos sin sentido desde tu número celular, a partir del jueves pasado. Me preguntaba quién eras y qué lo que se te ofrecía. Me da gusto que hayas hablado.

Sentí que la sangre me recorría las venas como un ramalazo y se concentraba en mi cara, poniéndomela caliente y de color tomate.

—¿Mensajes desde mi celular? —pregunté extrañada.

—Sí, te los voy a leer. Mira, uno dice «Apúrate, no hay tiempo» el viernes a las seis de la tarde con treinta y siete minutos, ¿te suena?

—Sí, —respondía alterada—. Es lo mismo que yo recibí.

—¿En serio? Y a ver, ayer a la una de la tarde con once minutos «Encuéntrala». Lo curioso es que cada mensaje me llegó siete veces, ¿tu número es el 04455-2122-3444?

—Sí. —Repetí con un hilo de voz.

—Pues alguien nos está jugando una broma, ¿no crees?

Me quedé atónita. Los mismos mensajes le habían llegado el mismo día y a la misma hora que a mí. Tenía que ver aquello con mis propios ojos; me urgía leer la bandeja de *Inbox* de su celular, con los recados escritos.

—Oye —murmuré asombrada—, tenemos que hablar.

—¿En persona? —cuestionó.

—Sí, quiero ver esos mensajes. A mi me llegaron los mismos desde tu teléfono y a la misma hora.

—¿Qué?, pero... ¿cómo?, ¡no puede ser!

—No lo sé, hablo en serio.

—¡Vaya!, tu tono de voz cambió de golpe —afirmó—. Pero ¿qué tal si eres una secuestradora y me raptas?

—La que debería estar asustada soy yo, ¿qué tal si eres un delincuente y me asaltas?

La luz de mi teléfono empezó a parpadear, indicándome que ya no tenía batería. «¡Como siempre!», pensé.

—Y, ¿dónde quieres que nos veamos? —preguntó él, divertido—, ¡una cita a ciegas!

—¡Claro que no! Te voy a demostrar que digo la verdad, ¿en qué zona de la ciudad vives? —le pregunté.

—Centro, ¿y tú?

—Sur.

—Muy interesante.

—Nos podemos ver hoy a las diez de la mañana en algún punto medio, ¿tienes coche? —cuestioné.

—¿Ya son muchas preguntas, no crees? —protestó desconfiado.

—Bueno, bueno, perdón. Nos podemos ver en los Bísquets de Obregón de Polanco a las diez, ¿te parece?

—¿A las diez?, ¿me levantaste casi a las cinco de la madrugada y voy a tener esperar hasta las diez? Antes, ¿no? —reclamó.

—Okey. A las ocho, entonces.

—¡Perfecto!

—Bueno, adiós. —Estuve a punto de colgar cuando me interrumpió con un grito.

—¡Oye!, ¿cómo te llamas?

—¡Ohhh! —exclamé riendo—. Se nos olvidó lo principal, ¿verdad? Me llamo... Laura —mentí—. ¿Y, tú?

—José. Y, ¿cómo te voy a reconocer, Laura?

—Llevo una blusa amarilla y falda a cuadros. Nos vemos.

Por milésimas de segundo, me pasó por la mente la duda de si este hombre sería «el de tez blanca por el que yo iba a sufrir e iba a amar intensamente».

Le inventé a mamá que iría a desayunar con mis amigas; tomé un baño relajante, me vestí, me arreglé y perfumé de la coronilla a la planta de mis pies.

De camino a la cita, divisé otra pared llena de grafitis sobre la lateral del periférico, a la altura de San Antonio, y ahí distinguí a mi rectángulo favorito, reluciente como el sol, dibujado en una esquina. Por poco me estrello contra el auto de enfrente por venir observándolo, ¿cuál era el significado de sus formas? Suspiré y continué manejando.

Era domingo por la mañana y los famosos Bísquets de Obregón, sucursal Polanco, ubicados en la calle de Moliere, estaban repletos de comensales. Llegué, justo a la hora acordada, y me dirigí hacia la encargada de la lista de espera.

—Buenos días —saludé—. Disculpe, ¿cuánto tiempo falta para que me puedan dar una mesa?

—Unos veinte minutos —me respondió atareada y sin voltear a verme.

—¿No sabe si ya llegó un chico llamado José y se apuntó en la lista?

—Mmmm... No sé, permítame revisarla. ¿José qué?

—No sé. —Me encogí de hombros.

Mientras tanto, eché una ojeada fugaz al interior del lugar. Estaba lleno de familias y parejas, más no distinguía a alguien que estuviera solo. Di unos pasos hacia adentro para revisar, mesa por mesa, pero no hallaba a ese alguien que me había imaginado.

—¿Lo encontró? —urgí a la recepcionista.

—Aún lo estoy buscando, pero creo que no. Oiga, es que José es un nombre muy común, señorita.

—Lo sé. —Acordé apenada.

Pasó por mi mente la idea de que quizás el muchacho no habría tomado en serio

eso de encontrarnos, ¿a quién se le ocurriría hacer algo así? Seguramente, me dejaría plantada como en una maceta. Empecé a pensar que iría a quedarme a desayunar sola en el restaurant, mirando los coches pasar por la ventana.

De pronto, una de las camareras se movió de la mesa que estaba atendiendo y divisé a un chico, por lo demás atractivo, que estaba solitario y echaba un vistazo hacia donde yo me encontraba. Permanecí observándolo y él a mí, a la par de que me sonreía tímidamente, ¡no podía ser otra persona y no podía creer que pudiera tener tanta suerte! Yo iba vestida tal y como se lo había descrito, así que este me había identificado. Segundos después, se puso de pie y se dirigió hacia la entrada, sin quitarme la vista de encima. Sentí una punzada de nervios en el estómago, el rostro ardiendo de calor y me volteé para otro lado. Odiaba que la gente descubriera mi punto débil: eritrofobia, es lo que yo padezco, aversión a ponerme roja y que la gente descubra mi vulnerabilidad.

Cuando regresé la mirada hacia él, ya estábamos frente a frente.

—Tenías razón, Laura —saludó, alegremente, mostrándome una sonrisa de niño, blanca y hermosa—. Supe reconocerte a la primera.

—Yo no me llamo Laura —bromeé.

Hubo un silencio en el que observé desaparecer, momentáneamente, su risita. Dubitativo, intentó disculparse sin que le salieran las palabras adecuadas.

—¡Oh!, lo siento. Es que yo creí... estaba seguro... Es que tu parecido físico con alguien es impresionante —corrigió.

—¿Con quién, José?, ¿a quién me parezco?, —lo interrumpí—, ¿crees que yo soy Laura?, ¡pues le atinaste!

La satisfacción iluminó nuevamente su rostro y ahora me mostró una risa más abierta y espontánea. Me tomó de la mano, sin inhibiciones, y me guio hasta la mesa del fondo. Alcancé a percibir su delicioso aroma masculino y el roce de su mano cálida me puso a temblar de inmediato. Me olvidé de todo cuanto existía a nuestro alrededor. Nos sentamos y yo ordené a la camarera, quien nos esperaba sonriente con su libreta en mano, un café con leche y *Splenda*.

—¿Qué? —me preguntó asombrado—, ¿no vas a desayunar?

—Ya desayuné —mentí por la vergüenza que me daba comer delante de él.

—Entonces, ¿yo comeré solo o qué? —insistió—, ¡este lugar es una delicia!

—Está bien. —Respondí apenada—. Comeré unos bísquets.

Enseguida ordenó mis bísquets y unos sendos huevos estrellados con tocino y frijoles refritos, acompañados con un jugo de naranja para él. Me daba gusto verlo devorando su comida. Yo apenas si probé uno de los panes, ya que la atracción física me cerraba la garganta.

A esas alturas de mi juventud sabía, perfectamente bien, cómo coquetear y conquistar a un hombre, lo había aprendido con la marcha. Empleé todas mis artimañas para tener al joven que estaba frente a mí muy entretenido, observándome casi sin pestañear. Además, las mujeres sabemos cuándo les somos atractivas a los

seres del sexo opuesto. Me dio gusto advertirlo, porque él me había hechizado a mí desde el primer instante en que lo encontré; su voz, sus gestos, su energía, todo fluía a la perfección.

En cuanto empezamos a conversar, una cortina se quitó de en medio y ambos nos abrimos el uno al otro, con la mayor franqueza. Empezamos por revelarnos nuestros nombres reales. Él se llamaba Adrián, Adrián Pontones.

Adrián tenía veinticuatro años, era de estatura mediana y de complexión delgada. Su cabello rizado de color castaño le daba un aspecto angelical; su tez era blanca, poseía unos seductores ojos color miel y sus facciones y corte de cara me parecieron completamente varoniles. Tenía ángulos en los que me lo imaginaba posando para una foto de portada de revista. Sin embargo, eso no era lo mejor que había descubierto en él, su carácter era simplemente fuera de serie: bromista, natural, alegre y franco, además de que le adornaba un trasero voluptuoso que se veía firme y de lo más *sexy*. Había terminado la carrera de ingeniería civil en la Universidad La Salle y trabajaba para una empresa en el área de calidad. Yo le platicué de mi trabajo y él estuvo muy interesado en escucharme.

—Ahora dime, Adrián, ¿a quién me parezco físicamente? —cuestioné.

—Olvídalo, es absurdo —concluyó.

Pagó la cuenta, sin titubear, y me acompañó, caballerosamente, a mi auto y me preguntó los teléfonos de casa y oficina. Se los di de inmediato. Una vez que me subí y bajé la ventana para despedirme, se agachó y aproximó su cara a la mía para observarme más de cerca. Su boca estaba a unos pocos centímetros de la mía y me dieron unas ansias incontrolables por besarlo, pero me contuve, sabiendo que ese tipo de actitud podría espantarlo. Sabía que podía llegar a enamorarme de él como una loca; de hecho, ya estaba empezando a sentirlo, cuando me percaté de que había salido del restaurante flotando, sin pisar el suelo.

¿De qué hablamos durante las tres horas que estuvimos juntos? De todo y de nada. Yo no estaba concentrada en el fondo de la plática, sino en la forma. Por supuesto que tocamos el tema principal de nuestro encuentro, incluso, nos mostramos mutuamente los mensajes de texto en los celulares y comprobé que todo era cierto, pero aquello iba más allá que cualquier cosa que hubiera imaginado. Ni el mismo Daniel me había hecho volar tan alto en tan poco tiempo. Todo en él era hipnotizante, el hombre me había dejado embrutecida.

En esta etapa de encantamiento sucede algo que va muy de la mano, y es el hecho de que no lo puedes disimular, emanas una especie de melcocha que salpica a todos los que están a tu alrededor. Y así fue como, en cuanto llegué a casa, me encontré con Bernardo, haciendo su tarea en el comedor.

—¡Quiúbole! —Soltó al verme entrar—. ¿Y esos ojos de borrego a medio morir?, ¿saliste con un güey nuevo o qué?

—Algo hay de eso. —Respondí sonriente—. No le llames así.

—¡Ay, y lo defiendes! —se burló—, pues ¿qué te dio de beber ese cuate?, ¡no me

digas que ya no le vas a hacer caso a mi amigo Lalito, que tanto te está esperando!

—¡Qué Lalito ni que nada!, ¡es un escuincle de diecinueve años igual que tú! Le llevo tres años, ¿no te das cuenta?

—¿Y qué?, él tiene su corazoncito, chiquito, pero le duele. Le digo que se deje crecer los bigotes de Cantinflas para que se vea más maduro.

Solté la carcajada. Mi hermano era imposible. Lo abracé por la espalda y le planté tremendo beso en la mejilla. Él se quedó mirándome, sorprendido y boquiabierto, al mismo tiempo que se quitaba saliva que le había dejado embarrada en el cachete con el dorso de la mano.

—¡Orale!, no pues sí —agregó asombrado—. Este cuate, sea quien sea, sí que es un maestro. Tú, ¿darme un beso a mí?, ¡está en chino! Preséntamelo, ¿no?

Le propiné un zape y me fui directo a mi habitación, a tumbarme encima de mi cama des tendida, y a soñar despierta con Adrián. Incluso, su nombre era perfecto.

Mi fantasía se vio interrumpida de golpe, cuando sonó el teléfono de casa y contesté.

—¿Bueno? —Simulé la voz más sensual que pude, pensando que era Adrián el que llamaba.

—¿Y ahora, a ti qué te pasa? —inquirió Nuria en tono de burla—. ¿Y esa voz cachonda?

—¿Ehhh? —exclamé apenada—, ¡no!, ¡para nada!

—Ya despierta de lo de ayer con Violeta y vuelve a la realidad. Hoy estamos por ti a las nueve de la noche para ir al bar con el tal Joaquín y sus amigos. Creo que le gustaste el flaco alto ese, el tal «Mordelón».

—¿Qué?, y tú ¿cómo sabes? —cuestioné alarmada.

—¡Oh, ya ves! Información confidencial. A las nueve de la noche, mamita. Te pones chula.

—Oye, Nuria, pero mañana tengo que levantarme a trabajar a las seis de la mañana.

—¡Pues te curas la cruda en la oficina! —respondió con risotadas—. No me vengas ahora con eso. Ya te llevé con la vidente y te fue de pelos, mejor que a Lucía y que a mí, así que ahora no te quejes. Me debes una. Por cierto, la mamona de Lucía quiere ir con su chófer, ¡no vayan a abusar de ella! —Y se burló con una risotada fingida.

—Oye —le reclamé—, ¿no crees que te estás pasando de grosera con ella? En buena onda, le hablas muy pesado.

—¿Y ahora a ti qué mosco te picó? —respondió molesta—. No alucines. Nos vemos al rato.

Nuria colgó el teléfono de golpe.

«¿Mordelón?», cavilé para mis adentros, recordando la cara de zonzo de aquel chavo, flacucho y desaliñado, que a mí no me había atraído ni una pizca. Me sentía muy comprometida con mi amiga y no podía decirle que no quería acompañarla. Ni



siquiera me daba cuenta de que me estaba chantajeando de lo lindo.

Le llamé a Lucía para verificar que no faltara a la cita. Ella tampoco tenía muchas ganas de ir y mucho menos con «ese nuevo comportamiento que está tomando Nuria», me había hecho mucho énfasis en ello, pero teníamos nada que perder y quizás nos divertíamos como la noche del viernes. Me confirmó que la iría a llevar su chófer y se ofreció para que me fuera con ella. «Ahí vemos», le respondí agradecida y aproveché para confesarle que había conocido al hombre de mi vida, con el que me iba a casar y que tenía que platicarle muchas otras cosas. Ella se emocionó, me mandó un beso por el auricular y colgamos.

Cerré los ojos y le pedí al Dios que me ayudara a resolver tantas pistas y situaciones desconocidas por las que estaba pasando y que, si mi misión en la vida era algo grandioso, me diera las fuerzas para creer en mí misma y poder cumplirlo. De paso, le pedí que Adrián y yo estuviéramos juntos... para siempre.

Acto seguido, encendí mi computadora Macintosh de segunda mano, especial para diseño gráfico, y navegué por Internet, averiguando alguna página que hablara de simbología. Ningún emblema coincidía con el grafiti, ni de cerca. Intenté con símbolos de la Edad de Piedra, los persas, celtas, visigodos, cristianos, medievales, egipcios, pero nada, no hallaba algo que me diera una minúscula pista. Repasé páginas y páginas en balde.

—¡Buenos días, señorita Zyanya! —Me sorprendió, Doña Jovita, la muchacha de servicio de la familia. Se estaba acostumbrando a abrir la puerta de mi cuarto sin antes llamar.

—¡Doña Jovita! —respondí animadamente—, ¿qué hace aquí en domingo?, ¿por qué no vino ayer a trabajar?

De inmediato, distinguí su aroma peculiar, a tortillas de maíz recién hechas.

—Pos ya ve, pendientes para acá y para allá. Lo *güeno* es que su mamá es re *güena* persona y me dio permiso de venir hoy a trabajar, ¡bendito sea Dios!

—La buena persona es usted, que se ocupa en días de descanso.

—¡Ay, ni lo diga! —enfaticó Doña Jovita, mostrándome su sonrisa chimuela y acercándose a la pantalla de mi computadora para averiguar qué era lo que estaba haciendo—. ¿Y usted?, ¿qué me dice? También está trabajando en domingo, ¿qué es lo que usted hace?

—Busco el significado de este símbolo —expliqué mientras le tendía mi celular para que observara la foto—. Es que no he podido bajar la imagen a la pantalla de la compu porque el cable del aparato no sirve.

Doña Jovita observó la imagen del grafiti unos instantes, frunciendo el ceño, y acercándose el artefacto para poder mirarlo más de cerca.

—Pero ¿no reconoce a sus propias gentes, mi niña Zyanya? Si su mero nombre es indígena, ¿a poco no lo sabía?

—¡Claro que lo sé! Significa «eterna» en náhuatl.

—¡Y el de su mamá también es requete hermoso! Ameyali significa manantial.

Pos este dibujito también es de los antiguos, ¿a poco no le ve parecido?

—Pues ya decía yo que quizás eran de origen olmeca, azteca o maya. Parecen códices.

—Esto tiene un número, el número trece aquí mero arriba, ¿lo ve? —continuó mientras señalaba los detalles con el dedo, chato y sin uña, y subía y bajaba la imagen con el teclado. Me impresionó la facilidad con la que manejaba el celular—. Cada palito acostado es un cinco, —continuó— y mire, hay dos, así que los suma y da diez; y añadiendo los tres puntitos de arriba da trece.

—¿En serio? —pregunté mirándola asombrada y con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo sabe esto?

—Pues soy de allá del pueblo de por Mérida y de bien niña me lo enseñó mi *apá*.

—¡Andele, pues!, y ¿también habla náhuatl?

—*Tlantik neky many mits ilvi, no takotzy?*

—¿Qué?, ¿qué significa eso?

Doña Jovita volvió a reírse con ganas. «¿Qué quiere que le diga, mi niña?», eso dije.

—¡Jovita!, ¡qué interesante! Es un estuche de monerías, ¿después me enseña algunas palabras?

—Cuando usted quiera —añadió la empleada, satisfecha, a la par de que iba abriendo la puerta de mi habitación—. ¿Ya ve?, por algo vine hoy a trabajar. La dejo, señorita, ahorita la veo. —Y cerró detrás de sí.

Me fui de inmediato a buscar la numerología de mis ancestros y encontré muchas páginas que decían estar especializadas en el tema.

Siempre he estado muy orgullosa de mis orígenes, las culturas prehispánicas me parecen extraordinarias, en especial los mayas y los aztecas. Para mi modo de verlos, fueron seres evolucionados que crearon una de las civilizaciones más importantes de la historia de la humanidad. Sabios en arquitectura, astronomía y matemáticas, poseían un sistema de escritura jeroglífico y construyeron impresionantes pirámides y monumentos. Inventaron la cifra «cero», misma que utilizamos hoy en día, alrededor de todo el mundo. Su Calendario Maya es aún más preciso que cualquiera que haya sido inventado en el planeta hasta hoy.

En efecto, tal como me lo había explicado Doña Jovita, el número trece lo escribían los mayas de la misma forma que estaba grabado a la derecha del grafiti, pero ¿y los otros símbolos?, ¿qué querrían decir? Leí, investigué y escudriñé cada gráfico que aparecía.

Llegó la hora de la comida y mi madre nos llamó a la mesa. Ingerí los alimentos rápidamente, junto con mi familia, llevándome el último mordisco en la boca, aun sin terminarlo de masticar, y continué investigando. Posteriormente consulté una de las muchas páginas que hablaban del enigmático «Calendario Maya» y ahí lo hallé, claramente.

Tras utilizar minuciosamente el *zoom* alrededor de todas y cada una de las figuras

de esta obra maestra de la precisión, hallé formas parecidas a lo que buscaba, y me fui de lleno a la descripción.

*Los mayas disponían de 2 calendarios para medir la duración del año: el calendario ritual o sagrado llamado calendario Tzolk'in de 260 días y el calendario ordinario denominado el calendario Haab de 365 días.*

*El calendario sagrado Tzolk'in se encuentra repartido en 13 meses de 20 días cada uno. Los mayas crearon un sistema de numeración matemática con base vigesimal o base 20, en el calendario sagrado maya cada día de los 20 días del mes recibe un nombre específico y se enumeraba con un número del 1 al 13 delante, consiguiendo identificar los 260 días que el Calendario Maya, de cuenta larga, mide la línea temporal de la historia a partir de una fecha concreta. Al igual que el calendario gregoriano considera su origen el nacimiento de Cristo, el Calendario Maya de la cuenta larga fija su origen en el inicio de un mundo según los mayas, dicha fecha corresponde al 13 de Agosto del 3114 a. C.*

*A partir de las observaciones astronómicas que realizaron, los mayas se dieron cuenta que ciertos fenómenos cósmicos se repetían cada cierto tiempo; con base en estas observaciones, crearon una serie de unidades temporales, cada vez más grandes, que englobaban todo el Calendario Maya.*

*De tal forma, los mayas definieron para su calendario de cuenta larga la unidad corta más pequeña como el día conocido como K'in, la siguiente unidad llamada Winal son 20 días. Recordemos que para los mayas los meses tienen 20 días, además de utilizar un sistema numérico con base 20; la siguiente unidad llamada Tun son 360 días, corresponde al calendario Haab sin los últimos 5 días de final de año; al Tun le sigue el K'atun de 7,200 días, resultado de multiplicar 360 por 20 y, por último, tenemos el Bak'tun que comprende un periodo de 14,000 días o 20 K'atun.*

*Con estas 5 unidades identificaban los mayas una fecha exacta, de tal forma que la última fecha del Calendario Maya corresponde a 13.0.0.0.0 que es igual a 13 K'atun es decir un total de 5,125 años. Tomando como referencia el inicio del mundo el 13 de Agosto del 3114 a. C., le sumamos los 5,126 años de 360 días, obtenemos como resultado la famosa fecha 21 de Diciembre del 2012.*

«¿21 de diciembre del 2012?», pensé, la fecha me era completamente familiar. Era el momento del que tanta gente hablaba, describiéndolo como el fin del mundo. Se relacionaba con la profecía del Calendario Maya, cuando este termina el conteo porque va a haber alguna colisión y una alineación cósmica. Como no sabía gran cosa sobre el tema, decidí seguir investigando.

### *La Primera profecía*

*Se dice que entre el año 1995 y el 2012, la humanidad recibirá la luz del conocimiento desde el corazón de la galaxia. Dicen que esto sucederá cuando los seres humanos despierten sus cuerpos de luz y trasciendan sus sombras, así será posible recibir la luz del conocimiento y llegar a ser seres luminosos. El cuerpo dormido de la humanidad debe despertar. Esta es la razón por la que, desde hace algún tiempo, han comenzado a volver mayas del tiempo del esplendor de su pueblo a obsequiarnos las claves que harán efectivo ese despertar, entregándonos su antiguo conocimiento secreto. Estos conocimientos sagrados nos prepararán para la edad de Itza, una edad de sabiduría, que dicen comenzará a finales del año 2012.*

*Su visión del mundo no era planetaria, tenían una conexión con el centro de la galaxia, por eso sus ciclos del tiempo no tenían una escala humana.*

*Los mayas piensan que el mundo tal y como lo conocemos hoy, finalizará después de estos trece últimos baktunes. El 13 es el número sagrado maya, el número del movimiento y el más elevado. Los mayas no hablan del fin del mundo, es más, específicamente dicen que todo se transforma, que lo único que permanece es el espíritu en su viaje de evolución hacia niveles superiores.*

*La primera profecía anuncia el final del presente ciclo, que desde 1999 quedan 13 años y que cada hombre está en el salón de los espejos para encontrar en su propio interior su naturaleza multidimensional; que nuestro sol gira alrededor de Alción, el sol central de las Pléyades, y que ambos sistemas giran alrededor de la mente, y en el centro de la galaxia, en un giro que dura 200 millones de años.*

*Con esta profecía, los mayas quieren abrir la mente del hombre a la galaxia. Dejan codificado en su calendario la fecha clave para la transformación definitiva: a fines del año 2012.*

### *La Segunda Profecía*

*La segunda profecía dice que las respuestas a todo están en el interior del hombre, que su comportamiento determina su futuro y afirma que la humanidad se encuentra en un momento de transición fundamental hacia una nueva manera de percibir el universo; que la tierra y el Sistema Solar están recibiendo un haz de luz, energía e información desde el centro de la galaxia que está provocando un aumento en la vibración del planeta, de las ondas cerebrales y las células del hombre, que se están poniendo en resonancia, en equilibrio con la nueva frecuencia, ocasionando enormes cambios en su comportamiento.*

*Nos dice que la humanidad se dirige hacia una nueva época de armonía y, que para llegar a ella, tenemos que enfrentar nuestros grandes miedos y aceptar que las situaciones difíciles que vivimos son para aprender, conservando la paz en cualquier situación que vivamos, por difícil que sea, pues podremos mantener y aumentar nuestra energía interna produciendo un estado de vibración alta y un estado de respeto por todo lo que existe. Las situaciones difíciles estarán en nuestras vidas mientras necesitemos aprender algo de ellas.*

### *La Tercera Profecía*

*Nos dice que debemos tomar conciencia de nuestra influencia en el planeta para no seguir equivocándonos, provocando su destrucción, como ha sucedido a lo largo de la historia. Que los procesos de industrialización, sin sentido ecológico, han provocado con sus desechos un aumento general en la temperatura del planeta, y que esto se acentuará con el aumento de la actividad del sol causado por la energía que se recibe desde el centro de la galaxia, ocasionando grandes cambios en el clima y en los vientos.*

*Serán vórtices de energía que limpiarán la superficie de la tierra, que son la manifestación de la inconformidad de nuestro planeta y de las energías elementales contenidas en su interior.*

### *La Cuarta Profecía*

*Dice que el hombre debe terminar con su conducta depredadora para sincronizarse con los ritmos de la naturaleza y ajustarse a los cambios que llevarán a todo el universo a una era de armonía; que los cambios en el clima producirán el derretimiento de los polos, permitiendo que la tierra se limpie y reverdezca nuevamente, originando grandes cambios en la composición física de los continentes donde vivimos.*

*Todas las profecías buscan un cambio en la mente del hombre, pues el universo está generando todos esos procesos para que la humanidad se expanda por la galaxia comprendiendo su integridad fundamental con todo lo que existe.*

### *La Quinta Profecía*

*La quinta profecía dice que todos los sistemas basados en el miedo, sobre los que está fundamentada toda nuestra civilización, se transformarán*

*simultáneamente con el planeta y el hombre para dar paso a una nueva realidad de armonía.*

*Los sistemas fallarán para enfrentar al hombre consigo mismo, para hacerlo ver la necesidad de reorganizar la sociedad y continuar en el camino de la evolución que nos llevará a comprender la cocreación. El dinero dejará de usarse como medio de intercambio, y los síntomas que surgen desde distintas partes del mundo parecen confirmarlo.*

*Surgirá un solo camino espiritual común para toda la humanidad que terminará con todos los límites establecidos entre las distintas maneras de ver a Dios.*

*El nuevo día galáctico está anunciado en todas las religiones y cultos como una época de paz y armonía para toda la humanidad. Es claro, entonces, que todo lo que no produzca este resultado debe desaparecer o transformarse. La nueva época de luz y de armonía universal no puede tener una humanidad basada en la economía militar de imposición de verdades por la fuerza, ni en un sistema no equitativo de distribución de la riqueza representada por el dinero, la riqueza virtual y la especulación financiera.*

### *El Tiempo del No Tiempo*

*El amanecer de la galaxia debe basarse en el profundo respeto de los unos por los otros y en el reconocimiento de que todo lo que existe es como otra parte de cada uno. Por eso, no se necesitarán aparatos represivos ni los sistemas tecnológicos de comunicaciones existentes, pues el hombre estará conectado mentalmente, por lo que la violencia dejará de existir.*

*Estamos en el final del ciclo de la noche de 5,125 años. Es el final de un día galáctico de 26.000 años, a punto de entrar en el amanecer de la galaxia. La época de cambio que los mayas denominaron «El tiempo del no tiempo», que también fue profetizada por otras culturas y religiones, coinciden en que está a punto de suceder un cambio de grandes proporciones y, al final del último giro aproximadamente, vendría un período de caos que conduciría a una nueva fase de la evolución de la conciencia y a cambios sin precedentes en el hombre.*

### *La Sexta Profecía*

*Dice que en los próximos años aparecerá un cometa cuya trayectoria pondrá en peligro la existencia misma del hombre. Los mayas veían a los cometas como agentes de cambio que venían a poner en movimiento el*

*equilibrio existente, para que ciertas estructuras se transformaran y permitieran la evolución de la conciencia colectiva. Todas las cosas tienen el lugar que les corresponde, todas las circunstancias, aún las más adversas, son perfectas para generar comprensión sobre la vida y para desarrollar la conciencia sobre la creación.*

### *La Séptima Profecía*

*Nos habla del momento en que en el Sistema Solar, en su giro cíclico, sale de la noche para entrar al amanecer de la galaxia. Dice que en los 13 años que van del año 1999 al 2012, la luz emitida desde el centro de la galaxia sincroniza a todos los seres vivos y les permite acceder voluntariamente a una transformación interna que produce nuevas realidades, así todos los seres humanos tienen la oportunidad de cambiar y romper sus limitaciones recibiendo un nuevo sentido, la comunicación a través del pensamiento. Los hombres que voluntariamente encuentren su estado de paz interior elevando su energía vital, llevando su frecuencia de energía vital del miedo hacia el amor, podrán captar y expresarse a través del pensamiento y, con él, florecerá el nuevo sentido.*

*La energía adicional del rayo emitido da la oportunidad a los hombres que estén en una frecuencia de vibración alta y, en ese sentido, ampliará la conciencia de todos los hombres generando una nueva realidad individual, colectiva y universal.*

*La reintegración de las conciencias individuales de millones de seres humanos despertará una nueva conciencia en la que todos comprenderán que son parte de un mismo organismo gigantesco. La capacidad de leer el pensamiento entre los hombres revolucionará totalmente la civilización.*

*En ese momento, comprenderemos que somos parte integral de un único organismo y nos conectaremos con la tierra, los unos con los otros, con nuestro sol y con la galaxia entera. Todos los hombres comprenderán que el reino mineral, vegetal, animal, y toda la materia esparcida por el universo a todas las escalas, desde un átomo, hasta una galaxia, son seres vivos, con una conciencia evolutiva. A partir del año 2012, todas las relaciones estarán basadas en la tolerancia y la flexibilidad, pues el hombre sentirá a los otros como parte de sí mismo.*

### *Transformación Interna*

*La séptima Profecía Maya nos recuerda que solo nuestra propia*

*transformación interna puede conducirnos a nuevos sentidos, darnos salud e integrarnos con todo el mundo en una nueva realidad de paz y armonía.*

*La aceptación de todos los eventos, fáciles o difíciles, alegres o tristes, como oportunidades de aprendizaje de las que solo puede resultar un beneficio personal, traerá la independencia interior y la armonía. Se requiere un trabajo interior voluntario para aceptar y comprender la evolución de la creación, un trabajo diario que se refleje en todas las circunstancias de la vida y que conduzca a la paz interior.*

*Además, afirma que la comprensión y aceptación de ese proceso de evolución llevará al aprendizaje y al crecimiento espiritual a través de la armonía. Millones de hombres encontrarán su paz interior y, al hacerlo, podrán abrir los archivos históricos de todo lo que han vivido, pues solo en ese momento los podrán ver sin juzgarlos como parte de un proceso de armonización. Aparecerá una nueva cosmovisión espiritual, las relaciones se establecerán a partir de los puntos de unión y no de separación, los hombres serán flexibles y buscarán la paz. Estos cambios ocurrirán en los niveles físico, mental y espiritual, en todas las escalas: individual, familiar, comunal, planetaria, y galáctica. La mayor transformación ocurrirá cuando se comprenda al universo como un proceso de evolución eterna de la conciencia de los seres.*

*Esto traerá respeto por la conducta de los demás, se acabará con los prejuicios y se comprenderá que todas las experiencias conducen, inevitablemente, a una mayor armonía.*

—¡Guau! —lancé un grito, realmente impresionada—, ¿será verdad todo esto?

Ya había encontrado el número, más no el símbolo. Seguí buscando, sin darme cuenta de que empezaba a oscurecer. Hallé un objeto que hablaba del *baktun* 13 en una piedra del siglo séptimo hallada en Tabasco, llamada Tortuguero, que tiene inscripciones parecidas a las del Calendario Maya. Este monumento es el número seis de una emblemática serie de piezas que no han sido encontradas y que hablan del descenso del Dios *Bolon Yokte*.

En la parte derecha superior de la piedra, por fin distinguí lo que estaba averiguando.

El Tortuguero (3)





El segundo fragmento de la piedra de arriba abajo, del lado derecho, el que indicaba la fecha en la que terminaba el treceavo *baktun*, era mi bloque, mi misión, mi encomienda. Entonces todo cobró sentido para mí; los mensajes del teléfono hablaban de que el tiempo se terminaba, de que me apresurara y lo encontrara.

Pues bien, lo había encontrado, pero ¿por qué tanta prisa? Porque el mundo iba a desaparecer debido al abuso de los seres humanos en contra de nuestra naturaleza; los polos se derretían, escaseaba el agua, terremotos y tsunamis de proporciones indescritibles azotaban al planeta entero; la tecnología y desperdicios habían ocasionado estragos en nuestra Tierra, el individualismo del hombre, su avaricia, su odio contra el prójimo. Todo terminaría del veintiuno al veintitrés de diciembre del 2012 y estábamos en julio del 2010.

Quedaba poco tiempo...

## Interrupción de la inocencia

Cuando me percaté de la hora, faltaban apenas quince minutos para las nueve de la noche. Brinqué hacia la recámara de mis padres a pedirles permiso para salir.

A regañadientes y poniéndome cuantiosas trabas, me dejaron ir, siempre y cuando regresara a las doce de la mañana, por ser domingo, e informara con más tiempo la siguiente vez que solicitara un permiso. «¡Doce de la noche a los veintidós años!, ¡como la Cenicienta!», me quejé en voz baja mientras salí corriendo hacia mi clóset, en busca la ropa que me iría a poner.

Agarré una falda corta y una blusa pegada de manga larga. Me calcé unas sandalias de tacón, cepillé mi cabello y dientes ágilmente y estrené un perfume exótico que me había regalado mi abuela. Justo cuando terminé de pasar la última pincelada de rímel sobre mis pestañas, sonó el timbre. Corrí hacia la puerta y me encontré con «Mordelón» recargado en la pared, esperándome con una ligera sonrisa pintada en sus descoloridos labios y con los ojos enrojecidos.

En cuanto me aparecí ante a él, me dio un profundo y detallado vistazo, de pies a cabeza, sin cohibición alguna; esbozó un gesto de aprobación, como saboreándose un manjar, sin despegar los labios ni emitir sonido. Todo el entusiasmo con el que iba a saludarlo, se desintegró en un dos por tres. Lo ignoré y corrí escaleras abajo después de dedicarle un desabrido «hola». Él me siguió, como mi sombra, hasta que salimos a la calle.

Me encontré a mis dos amigas, a Joaquín y al tercer muchacho, llamado Diego, de pie en la acera. Pude percatarme de que Nuria manejaba su coche y había pasado por ellos, y que Lucía venía con su chófer.

—¡Hola, linda! —expresó Joaquín al verme mientras soltaba la mano de Nuria y se acercaba para plantarme un sonoro beso en el cachete.

—¡Hola! —Respondí fingiendo entusiasmo y sobresaltada por haber encontrado a Nuria agarrada de la mano de Joaquín, vestida de manera muy llamativa y maquillada hasta las orejas, ¡se veía de unos veintiocho años!, seis más de los que tenía.

Repetí el ritual del saludo de beso en la mejilla con Diego, Lucía, Nuria —a estas dos últimas también les di un abrazo— y, por último, me excusé con «Mordelón» por haber sido poco cordial al haberlo saludado fuera de mi departamento, argumentando que mis padres me traían «cortita» y acababan de reprenderme. Los tres hombres traían un tufo insoportable a alcohol y cigarro.

—¡Cortita es poco, amiga! —profirió Nuria—. Ya estás en edad de revelarte contra los dos gendarmes que tienes por padres.

Y soltó una risotada que me pareció forzada. Los demás rieron con ella, excepto Lucía, quien volteó a verme de reojo con cara de asombro.

—¡Compréndelos! —agregó Diego, sarcásticamente—, deben estar ya bien

«chochos».

—¡Oyeme! —Me defendí de inmediato sintiendo el rostro caliente de enojo y vergüenza—. Más respeto.

—¡Ya bájale, Sandía! —agregó Joaquín, quien se notaba que era el líder del grupo—. Estamos de buen humor y un poco de chascarrillos a nadie caen mal, ¿verdad mamacita? —Se dirigió a Nuria, tomándola de la cintura y acercándola hacia sí.

Me molestó que fuera tan confianzudo como para llamarme por mi apodo.

—Oigan, en buena onda, no sean llevados; ni siquiera nos conocemos y ya se están pasando de la raya. —Saltó Lucía en mi defensa.

—¿Qué onda con tus amiguitas? —Sonsacó Joaquín a Nuria, hablando en voz fuerte para que todos escucháramos—. ¿Las sacaste de un convento o qué?, ¡chale!, preséntanos a unas más alivianadas, ¿no?

—¿Convento? —prorrumpió Nuria, sarcásticamente—. Pues ¿desde cuándo?, que yo no me he enterado que sean ningunas santurronas.

No tenía ni idea de por qué razón Nuria se expresaba de nosotras de esa manera. En absoluto le habíamos dado motivos para que hiciera ese tipo de comentarios, de pésimo gusto, sobre nuestra reputación. Me atravesó por la mente la idea de darme la media vuelta de regreso a mi casa, sin dar explicaciones. Sabía que aquella iba a ser una noche incómoda, pero Lucía pareció leer mis pensamientos y me hizo un gesto de súplica para que no la dejara sola con ellos cinco.

—¿Quieres venirte conmigo? —cuestionó de inmediato.

—¡Nada más eso faltaba! —gritó Joaquín al instante—. Ahora resulta que las mujeres por un lado y los hombres por otro, ¡ni que tuviéramos trece años!

—No gracias, Lucía. —Respondí hastiada de los comentarios cínicos de este desconocido—. Me voy con Nuria.

—Bien, ya vamos poniendo las cosas en orden —agregó Joaquín.

—¡Síguenos! —le ordenó Lucía a su chófer.

«Está bien, seamos alivianados», recapacité y tomé asiento en la parte trasera del coche de Nuria. Ni lento ni perezoso, «Mordelón» saltó a instalarse a mi lado y extendió el brazo a lo largo del el asiento, detrás de mi espalda, aparentando ser todo un conquistador. Aún no escuchaba su voz. En todo este tiempo, no había hecho más que asentir con la cabeza a todo lo que decía el cabecilla y reír como un idiota. Parecía que estaba ido, como drogado. Suspiré hondamente, suplicando por paciencia.

Joaquín ocupó el lugar del piloto, Nuria se sentó a su lado y arrancamos hacia el lugar donde pasaríamos el resto de la velada; Lucía venía siguiéndonos en el coche de Diego y, su chófer, persiguiéndola a ella.

Gracias a mi olfato canino, descubrí de inmediato un olorcillo extraño dentro del vehículo. Apestaba a hierbas secas, un aroma que me era familiar. En cuanto «Mordelón» abrió la boca para eructar una estupidez que apenas concebí, todo se

aclaró; nuestros «pretensos», además de haber estado bebiendo alcohol desde quién sabe qué horas de la tarde, ¡habían fumado marihuana!, razón por la que estaban tan desinhibidos e irreverentes, ¡el olor era inconfundible!

En varias ocasiones, durante la carrera, me habían ofrecido un «churro de mota» en reuniones, pero no se me antojaba ni probarla. No confiaba en que Joaquín y Diego fueran la mejor opción para manejar los dos autos.

—¿Quieres que yo maneje? —le pregunté a Joaquín, preocupada. El resto de los pasajeros estallaron de risa.

—¿Qué le sucede a tu amiguita? —volvió a preguntarle el líder a Nuria en tono burlón—, ¿por qué iba a querer que tú manejaras? —agregó volteando por completo la cara hacia atrás para observarme con un gesto intimidador.

—Pues, nada más. —Respondí con miedo ante su mirada desafiante—. Puede que te sientas un poco mareado.

Las carcajadas de los tres resonaron, de nueva cuenta, en el interior del automóvil.

—¡No!, no estoy embarazado, te lo juro. Aún no siento náuseas ni mareos.

Mi amiga y «Mordelón» estallaron de júbilo ante tremenda insolencia y lo vitorearon como a un ídolo. Yo volteé hacia la ventana, indignada y molesta. Decidí no volver a abrir la boca el resto del trayecto porque parecía estar hablando con un tres piedras.

Me llegó a la mente la idea de que Nuria me estaba queriendo humillar, pero me resistía a aceptarlo. Lucía y ella habían sido las únicas dos compañeras que me habían ofrecido consuelo y apoyo cuando me había ido muy mal en tercero de preparatoria, gracias a la traición de mis dos supuestas «mejores amigas» de aquel entonces.

Como de costumbre, mi abuela me susurraba al oído en los momentos de tensión, y recordé una de sus frases tan citadas: «Cuidado con las que te ven derrotada y sienten lástima por ti. Esas no son tus amigas. Tus amigas sentirán tu pesar y llorarán contigo, más no aprovecharán la situación, disfrazándose de ángeles benevolentes para que después, cuando te vean de pie y triunfante, te quieran volver a humillar traicionando la confianza que les tienes».

Para mi gran alivio, llegamos pronto al lugar. Casi rompo la puerta de una patada para salir huyendo de aquel coche, que apestaba a todo. Nadie había querido abrir la ventana durante el trayecto argumentando que «hacía frío». Yo me estaba asando, cual pavo al horno, ahí dentro y se me habían puesto los nervios de punta porque el imbécil de «Mordelón» no había separado sus ojos de mí, ni medio segundo, durante todo el camino. Sentía asco y claustrofobia.

El famoso bar que ellos frecuentaban, era tal y como me lo había imaginado, un tugurio de mala muerte ubicado en un callejón de Insurgentes Sur, plagado de gente, mal educada, que pretendía entrar a empujones.

Dejamos los dos autos en manos de un acomodador longevo y atolondrado, y le entregamos las llaves. Este le extendió a Joaquín dos boletos y, sin mirarnos siquiera,

huyó de ahí apurado, para ir a estacionar el resto los coches. Lucía cometió el grave error de dejar ir a su chófer.

Tan pronto como el cadenero vio llegar a Joaquín, le hizo señas y abrió la cadena para que ingresáramos al antro. Joaquín saludó a semejante gorila con un brusco abrazo.

—¡Ya te tengo tu mesa! —pronunció sonriente, con su voz grave, dejando a la vista un diente frontal de oro.

Después, el líder se acercó al gigante y le susurró algo al oído que lo hizo soltar una carcajada y voltearnos a ver a las tres mujeres que esperábamos detrás de él.

—¡Ya sabes que sí, hombre! —vociferó el grandullón, soltándole un golpazo en la espalda para que ingresara al lugar. Todos lo seguimos. Atravesamos unas cortinas de terciopelo rojo, maltratadas, y entramos en la boca del chacal.

Adentro estaba oscurísimo y repleto de gente. Olores penetrantes iban y venían agrediendo, bruscamente, mis fosas nasales. Apenas se percibían las tenues luces de las lamparitas al centro de las mesas y las múltiples siluetas de los clientes que estaban sentados. A pesar de la penumbra, sentí la mirada de todos los ahí presentes sobre nosotras y las manos me empezaron a sudar. El ruidoso aire acondicionado nos pegaba groseramente en la cara. Empezó a darme mucho miedo, tragué saliva amarga y me agarré de Lucía, mientras los tres acompañantes se dispersaban para ir a saludar a más de la mitad de los individuos que ocupaban las mesas.

—Esta es su casa —murmuré en el oído a mi amiga—, ¡están como peces en el agua!

—¡Tengo miedo! —confesó Lucía apretándome el brazo.

—Pues ya somos dos. —Añadí con el corazón golpeando fuertemente contra mi pecho.

—¿Sabes qué trató de hacerme este patán en el coche? —confesó mi amiga.

—¿Qué?

—Intentó meter su manota entre mis piernas, ¡es un asco!

—¿Y tú?, ¿qué hiciste?

—Le aventé la mano y le advertí que se fuera tranquilo. Desde ese momento, no me ha vuelto a ver ni a dirigir la palabra. Se me hace que están drogados, ¿no?

—Pues yo también ya me di cuenta de eso. Somos unas taradas, ¡larguémonos de aquí cuanto antes!, huelen a marihuana.

—Y ¿qué le decimos a la Nuria? Ya ves que está embrutecida con el mamarracho este, que se me hace un fanfarrón y un macho asqueroso. ¡Híjole! —añadió Lucía echando un vistazo—, ¡aquí hay gente de lo más selecto!

Nos empezamos a mofar, como de costumbre, cuando Lucía decía el comentario ocurrente en el momento preciso. Nos tapábamos la cara para que nadie nos viera.

—Pues le decimos o nos la llevamos cargando, pero ¡aquí esta acumulada toda la mala vibra del planeta! —Añadí.

—Y ¿el coche de Nuria?, el pelado este le entregó las llaves al acomodador y él

tiene el boleto, ¡ni a carcacha llega el pobre jodido!, ¡qué decepción! Tan bien que me habían caído antier. Hasta me había latido un poco el atascado este del Diego — continuó Nuria.

—Caras vemos, sus mañitas no sabemos. Mi mamá me rompería la cara si supiera que salimos con unos bichos raros que ni conocemos. Jamás le vayas a decir una palabra de esto, ¿eh?, ni a mi abue.

—¿Y si me pregunta?

—Le inventé que íbamos a salir con tu primo Rolando y sus amigos.

—Okey, pero ¿qué hacemos con el boleto del coche?, ¡a buena hora dejé ir a Martín, el chófer!, ¡no sirve su mugroso celular!

—Pues a ver qué lucubramos para quitarle el boleto del estacionamiento al Joaquín, al cabo que, con lo atarantado que está... Yo puedo manejar el Chevy.

—¡Señoritas! —interrumpió un mesero vestido de saco blanco y corbata—. Pasen por favor. Tienen mesa de pista. ¿Vienen con el señor Joaquín, verdad?

Las dos asentimos.

—Síguenme por acá.

—¡Ay sí!, este camarero, ¡como si estuviéramos en el Hotel Camino Real! — Masculló Lucía en mi oído—. «Tienen mesa de pista, ¿vienen con el señor Joaquín, verdad?». —Imitó, graciosamente, al camarero.

Por supuesto, yo ya no podía de la risa.

—¡Qué señor Joaquín ni que mis polainas! —continuó balbuceando sin parar hasta que llegamos a la mesa—. ¡Galancete de petate!

—¡Ya cállate!, —le supliqué sentándome y presionándome el estómago—, ¡me voy a hacer pipí!

—Eso sí que sería bueno, ¡los baños deben de estar de agasajo en este cuchitril! Acepto que nosotras no somos ni «gente bien» ni de lo más finolis de la sociedad mexicana, pero mira que traernos a este lugar, ¡aquí sí pasamos por niñas fresas, me cae!

—*Ladies* —interrumpió nuevamente el mesero, dirigiéndose a ambas—, ¿qué gustan tomar?

Yo seguía doblada de la risa. Lucía le respondió que esperaríamos al «señor Joaquín» para decidir. El camarero hizo una cara de pocos amigos y se marchó de ahí.

—¿*Ladies*? —Continuó ella bromeando—, ¿a poco en los burdeles les dicen así a las mujeres? Mira que traernos a este prostíbulo, ¿quién creen que somos, estos nacos?

—¿Dónde está Nuria?, ¿la ves por ahí? —pregunté a carcajadas.

—¡Ni sus luces!, no me quiero imaginar ni dónde está. Oye, pero cuéntame de tu amor de hoy, ¿quién es?, ¿de dónde lo sacaste? Que me presente a un amigo, ¡por lo que más quieras!

—No es mala onda, pero contártelo aquí sería como embarrar de lodo a un diamante.

—Está bien, está bien. Me lo cuentas en *Cartier*, entonces.

—¿De qué tanto se ríen, niñas? —Escuché una voz grave detrás de mi nuca y pegué un salto. Volteé para encontrarme con la cara de Joaquín, muy cerca de la mía. Este me miraba con ojos depravados y penetrantes. Me alejé, bruscamente, y él sonrió con malicia. Se acercó, acosándome aún más, para tomarme de la barbilla.

—No muerdo, morenita linda —declaró—. No soy como ese *looser* de «Mordelón», que inventa que muerde a las chicas ¡y las enloquece!, ¡pobre jodido! Eres mucha pieza para esa alimaña. Mejor vente conmigo.

Sentí un escalofrío de la nuca a los pies. Zafé mi rostro de su mano, con la excusa de ir al baño. Lucía se puso de pie para acompañarme y ambas corrimos hacia un letrero, a punto de caer y apenas colgado de un extremo, en el que se leía: «Baño damas».

—¿Qué onda con el tipo? —le pregunté a mi amiga, una vez adentro, casi expulsando el corazón por la boca.

—¡Si no es Chana, es Juana!, ¡con la que caiga! —me respondió.

—Sí, ya me di cuenta, pero ¿qué onda?, ¿por qué habla tan mal de su amigo? Todo esto me da muy mala espina...

—¿De quién hablan? —Se escuchó la voz de Nuria, que provenía de uno de los retretes.

Lucía y yo nos volteamos a ver, aterradas. Me tapé la boca.

—De un borrachín que anda queriendo con la Sandía, ya sabes, nada interesante —improvisó Lucía—. ¿Y tú?, ¿qué haces encerrada ahí?, ¿cuánto tiempo llevas ahí?, ¿ya te fuiste por el excusado y regresaste o qué? Estamos como lelas esperándolos a todos en la mesa.

—¿Qué creen?, —soltó Nuria, abriendo la puerta del inodoro sin responder a lo que acababan de preguntarle— ¡ya me besó!

—Y, ¿qué tal? —La animé, disimulando mi asombro.

—¡Delicioso! —Se relamió los labios, sentada sobre el excusado, con los calzones a medio tobillo y el cuerpo doblado hacia delante, mientras nos miraba con los ojos rojos y los labios despintados.

Dentro del tocador de damas, estaba una cuidadora veterana, arrugada y seca como un palo, quien nos lanzaba miradas sin disimulo y estaba al tanto de toda la conversación. Advertí que observaba a Nuria, con recelo.

El baño era pequeño, viejo y roído. En el momento de ingresar en uno de los cubículos, noté que los retretes no tenían tapa y que en los botes de basura se podían distinguir papeles usados abiertos de par en par, embarrados con sangre y excremento de todos los colores imaginables. Quise vomitar. Todo lo que ocurría esa noche era repulsivo. Cerré los ojos y oriné como pude, sin tocar algo mientras leía los «tiernos» recados impresos con plumón en la puerta; ¡las leperadas más bajas que jamás hubiera imaginado! Con dibujos agregados.

Le preguntamos a Nuria si se sentía bien, a lo que nos respondió que estaba un

poco mareada, pero insistió en que no dejáramos solos a los muchachos y que fuéramos a la mesa. Cerramos la puerta y la dejamos ahí sentada. Salimos del baño para quedarnos boquiabiertas ante la revolución que había ahí afuera.

En tan solo unos minutos, todo ahí dentro se había transformado. La clientela estaba de pie, rodeando una de las mesas, y se escuchaba un escándalo; las luces del estrobo se habían encendido y la gente, enloquecida, lanzaba porras, chiflidos y se movía de un lado a otro. Había hombres, mujeres y hasta los meseros asomaban la cabeza, de puntitas, para alcanzar a observar el espectáculo. «¡Dale duro, Chacal!», escuché a Diego que gritaba entre la muchedumbre. Otros más vitoreaban al «Chacal».

—¿Qué estarán haciendo? —le grité a Lucía para que me pudiera escuchar.

—No sé, pero yo no me lo pierdo, ¡vamos! —vociferó, animadamente, agarrándome de la mano y jalándome hacia el lugar de los hechos.

Como buena desinhibida que era, mi amiga jaló dos sillas sin preguntar, y pronto nos trepamos sobre ellas detrás de la multitud. Apenas alargando el cuello, y de puntillas, alcanzábamos a ver la cabeza despeinada de alguien que estaba en continuo movimiento; nos mataba la curiosidad por descubrir qué era lo que estaba haciendo. Parecía ser que se estaba arrastrando sobre el suelo. Por mi mente pasaron todas las perversiones inimaginables, pero nada comparado con lo que estaba a punto de presenciar.

De pronto, un hombre robusto fue empujado por la multitud y empezó a perder el equilibrio, tambaleándose hacia atrás, hasta llegar a chocar contra mi silla, provocando así que me cayera al suelo hacia adelante. Al meter las manos, me encajé unos pedazos de vidrio roto que estaban esparcidos sobre el piso, alrededor de la mesa. Una mujer presenció todo, se agachó y trató de ayudarme a levantar. Los empujones no me permitían tomarle la mano que extendía. En el momento de hacerlo, se movió de su sitio, dejando a la vista un pequeño agujero por donde alcancé a observar, aún tirada en el piso y con las manos sangrantes, lo que estaba aconteciendo. Tan solo unos segundos fueron suficientes para que lograra presenciar el clímax de todo aquello.

Súbitamente, todo empezó a aclararse. La cabeza que alcanzábamos a distinguir Lucía y yo era, nada más ni nada menos, que la de Joaquín, quien tenía el rostro color vino y parecía poseído de un odio incontrolable. Estaba completamente fuera de sí, desgredado, con los dientes apretados, la camisa rota y los puños cubiertos de sangre. Acababa de atestar un golpe mortal al que estaba tirado en el piso, cuya cara no reconocía porque estaba bañado de carmín. Para rematar, cogió una botella de vidrio y la estrelló contra una mesa, logrando romperla. Enterró en el cuello del semihumano que yacía en el piso, destrozado e inmóvil, el mango roto de la botella. Aquel cuerpo, aún con vida, brincó, haciendo el último esfuerzo por defenderse, al mismo tiempo de que borbotones de sangre oscura empezaron a correr como ríos fuera de su cuello.



Un estruendo de aplausos y gritos se escuchó de inmediato, sofocando un alarido de terror que salía de mi garganta. Toda la gente estaba fuera de sus cabales. Al unísono, todos empezaron a corear a una sola voz: «¡Chacal, chacal, chacal!». A lo lejos, escuchaba la voz de Lucía que me gritaba desesperada «¡Zyanya!, ¡Zyanya!, ¿estás bien? No puedo llegar hasta ti». Joaquín se limpió el sudor de la frente con una de sus manos ensangrentadas, dejándose la cara embarrada del líquido rojo y quedando así con un aspecto aterrador.

En un parpadeo, volteó la mirada hacia abajo, donde yo yacía de bruces, y me descubrió. Horrorizada, vomité un líquido blanquecino y me puse de pie como un resorte, sin siquiera sentir el dolor provocado por los vidrios que acababa de hundir, profundamente, en mis muñecas. Lucía bajó de la silla como pudo, me jaló de la blusa y nos fuimos a empujones de regreso al baño.

Al verme a la luz del tocador, mi amiga lanzó un grito ensordecedor. Yo le tapé la cara con la mano sangrante, dejándola manchada de la nariz a la barba. Ella se quedó con la boca abierta y gruesas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. La esquelética cuidadora del baño ya no estaba.

De una patada, abrí la puerta del inodoro donde habíamos dejado a Nuria, para descubrir que ahí continuaba, sentada con la ropa bien puesta, inconsciente y con el cuerpo y los brazos colgando hacia adelante. Le hice una seña a Nuria para que me ayudara a cargarla. Entre las dos la sacamos arrastrando, como pudimos, y nos dirigimos a la salida del antro.

En el ínter, eché un vistazo al lugar de los hechos, pero la gente se había esparcido para tomar sus asientos. Lo único que quedaba era un cuerpo inanimado, que nadie volteaba a ver, sobre el suelo. Un mesero desdoblaba una sábana blanca para cubrirlo. Por la ropa, supe que «Mordelón» acababa de pasar a una mejor vida.

Huimos al estacionamiento, rogándole a Dios que el *valet parking* nos diera las llaves del Chevy, aunque no trajéramos el boleto en la mano. Durante el trayecto, también había manchado de sangre toda la ropa de Nuria.

«¡Santo Cristo!» fue lo que el acomodador exclamó en cuanto nos vio salir. Sin necesidad de decir una palabra, fue de inmediato por el coche y me entregó las llaves, tembloroso y con el semblante pálido, cual muñeco de cera. Lucía, saliendo de su estado de *shock*, me las arrebató y sacó de su bolso una propina, que él rechazó. Aventamos a Nuria en los asientos traseros y nos subimos velozmente al auto. El anciano no dejó de mirarnos. En cuanto arrancamos, alcancé a ver, por el espejo lateral, que se estaba persignando y recogía sus cosas para marcharse de aquel lugar maldito.

Fue hasta entonces cuando un dolor punzante, en ambas manos, empezó a hacerme retorcer en el asiento. Tenía los vidrios enterrados hasta lo más profundo de la carne, casi tocando el hueso. Metí las manos entre la ropa, me encogí y empecé a llorar como una niña pequeña, desahogándome y platicándole a Lucía todo lo que había visto. Ella se arrancó del cuello la mascada que traía puesta y la rasgó, sin

dificultad, separándola en dos pedazos. Amarró mis muñecas fuertemente, para detener el sangrado, y me tapó con un suéter viejo de Nuria, que encontró en el suelo del automóvil.

Mi amiga me miraba con tristeza, lloraba sorprendida, secándose las lágrimas y me acariciaba la espalda.

—¡Locos asesinos! —gritaba frenética—, ¿quién lo iba a imaginar? ¡Vamos a denunciar a este enfermo del Joaquín y a sus secuaces! El pelado grandote de la entrada también tenía algo que ver en todo esto.

—¡No, por favor! —le supliqué—. Me da pavor, saben dónde vivo, ¡te lo ruego! Él me vio.

—¿Estás segura?

—¡Sí, sí!, ¡lo sé!, ¡sé que me vio! Tal vez me está buscando.

Lucía guardaba silencio pensativa, al mismo tiempo que manejaba en dirección contraria a mi casa.

—¿Qué vamos a hacer?, ¿a dónde te diriges? —inquirí.

—Vamos al hospital —ordenó enérgicamente.

—¡No!, ¡por favor! —imploré de nueva vez—, ¿qué les vamos a decir a mis papás?, ¡me van a matar a estas horas!

—¡Silencio! —gritó furibunda—. Vamos directo al hospital, ¿te quieres morir desangrada o qué?

Cuando Lucía se enojaba, que era en escasas ocasiones, no había poder humano que la amedrentara. Robusta y de carácter, sabía imponerse en las buenas y en las malas.

El resto del trayecto me la pasé en silencio, tiritando de frío, de pánico y de nervios. Llegamos al Hospital Siglo Veintiuno, en la colonia del Valle. Eran las once con veinticinco minutos de la noche cuando ingresé en urgencias del sanatorio. Apenas habíamos estado en aquel lugar, de pesadilla, una hora con quince minutos.

Ingresaron a Nuria en camilla a la par que a mí, en estado inconsciente, y yo caminé hasta una sala donde me topé con toda clase de personas que acababan de sufrir accidentes y con mujeres a punto de parir. Nada me sorprendía a estas alturas.

Lucía y yo acordamos en que ella les llamaría a mis padres y a la mamá de Nuria, quien estaba divorciada, y les diría la verdad, ¡a medias!

Me atendió un doctor con anteojos, de unos cincuenta años, llamado Ernesto Limón.

—Pero ¿qué te sucedió? —preguntó sorprendido mientras analizaba, visualmente, los cortes en mis manos—. Esto está grave, da gracias que los vidrios no hubieran atravesado alguna arteria delicada, ¡te hubieras desangrado! Ya no estaríamos hablando.

Como no tenía ánimos para detallar lo sucedido, me limité a acortar la historia y a narrarle solo lo necesario. El médico me explicó que me veía muy pálida, debido a la pérdida de sangre, y que cabía la posibilidad de que me realizaran una transfusión.

Preguntó mi tipo de sangre, mismo que anexó a mi expediente, e ingresé de inmediato al quirófano. Una vez ahí, me pusieron anestesia local, desenterraron los vidrios, me desinfectaron y cosieron los cortes profundos en las dos manos. Al final, vendaron mis muñecas.

Bernardo había llegado, junto con mis padres, minutos después de la llamada de Lucía y estaba esperándome en la sala de recuperación. La transfusión de sangre no había sido necesaria, así que me trasladaron y me topé con él.

—Mis papás están «bien contentos» contigo, ¿eh?, ¡no sabes la que te espera! — me advirtió sonriente en cuanto me vio a lo lejos.

El médico comenzó a reír a sus anchas al escucharlo.

—¿A poco estuviste con este cuate, el que te trae botando?, ¿el de hoy en la mañana? —continuó mientras se acercaba hacia mí.

—¡Nombre!, ¡nada que ver! —Apuré a aclarar.

—¡Uy!, menos mal, tendría que tomarme la molestia de romperle la cara.

—¿Puedes cerrar la bocota? No quiero escuchar nada sobre violencia.

—Mira, pues lo que sí debes saber, es que los «jefes» no quisieron ni entrar a verte, están como energúmenos allá afuera, ¡qué bueno porque se van a asustar, pareces vampiro de lo pálida que te ves! Además, tu amiguita esa que se ve de «cascos ligeros», ¿cómo se llama?

El doctor se la estaba pasando en grande con las tonterías que decía mi hermano.

—¡No es «cascos ligeros»!, se viste exótica, eso es todo —chillé—. Se llama Nuria.

—¡Claro!, ¡se ve bien decente!, ¡me quiere comer a mordidas cada que me ve! Mira que pervertir a un bebé como yo...

No aguanté más y sonreí un poco.

—Cuando llegaron hoy por ti —continuó Bernie—, las estaba espiando desde mi ventana y Nuria, la devoradora de hombres, ¡casi se pone a fajar con el nacazo ese!

—¡Claro que no! —La defendí.

—Bueno, de perdida la gordita es decente. Fue la única que se preocupó por ti y te trajo acá al hospital. ¡Está toda embarrada de tu sangre!, ¡qué asco!, me cae que esa sí te quiere.

—Lucía no está gordita.

—¡Oh, bueno!, la robustita esa, me cae bien. Por cierto, ya se fue a su casa y me mandó decir que te despidiera y que mañana te llamaba por la mañana, ¡no inventes!, hasta vino un chófer por ella. ¿Tiene lana, o qué?

—¿Qué te importa?, ¿a ella sí la vas a pelar porque te puede pagar todo?

—No, no me vendo tan barato, ¡ni que fuera bailarín del Chippendale!

—¡Estarás tan bueno!, ella no te va a cambiar los pañales, mocoso.

—No, pero sí los boxers...

— ¡Ya, por favor!

—¡Oh, pues!, no te enojas que te hace daño, ¿verdad, doc? ¿Va a quedar bien mi

hermana o medio cucha? Espérate, debes saber que la otra, la pierna suelta esa, está en drogas. Ya me dijo la doctora que aún no saben bien qué mezcla le metieron en el *drink*, pero todavía está en el viaje. Su mamá también está festejando re contenta, allá afuera. La mamá también parece vedette.

—¡Ya salte de aquí!, —lo interrumpí— ¡vieja chismosa!

—Espérate, ¿no me vas a decir entonces con quién estuviste hoy? Mira que soy bueno para los cates.

—¡Eres un bueno para nada! Y ya salte de aquí.

Comentarios como estos me tuvieron entretenida un tiempo. El rostro me cambió cuando entraron mis padres a verme. El doctor Limón estaba terminando de revisarme las costuras.

—¡Mentirosa, sinvergüenza! —clamó furibunda mi madre, mientras yo observaba cómo Bernie se escabullía por una esquina del consultorio para no escuchar la regañiza que me iban a poner, más no solo fue eso. Mi madre me cacheteó delante del médico quien, tras intentar tranquilizarla sin éxito, se vio obligado a salir de la sala, evitando presenciar aquella escena. Mi padre me chantajeó hasta más no poder.

—¡Mira que salir con unos completos desconocidos! —me hablaba con un tono de voz lleno de enojo y con los puños cerrados—. Ya eres mayor de edad como para habernos mentido diciendo que ibas con el primo de Lucía; ya estás grandecita como para saber que esta ciudad es extremadamente peligrosa, ¡no tientes a la suerte de esta manera! Y ¿dónde están esos rufianes?, ¿cómo es posible que tu amiga te haya traído al hospital?, ¡me dan ganas de romperles el hocico a todos!, ¿a qué clase de covacha te llevaron como para que hayas acabado así?, ¿de este modo desperdicias la educación que tanto nos ha costado darte a tu madre y a mí? Estás cambiando para mal y decepcionándome.

Yo soportaba todo, pacientemente, a sabiendas de que merecía eso y más. Guardé silencio, con la vista hacia abajo, en lo que continuaba la retahíla de amenazas y sermones, que apenas asimilaba. Lo único que ocupaba mi mente, una y otra vez, era aquella imagen sangrienta que apenas si podía concebir como real. No podía dejar de pensarlo, era como una cinta que se repetía en mi memoria sin pausa.

Cuando eres testigo de un acto tan violento e inusitado como lo que yo acababa de presenciar, algo dentro de ti sucumbe, se transforma, te pervierte para el resto de tus días. Sentí que habían robado una parte de mi alma, que me habían arrebatado lo que quedaba de mi ingenuidad y que no volvería a ser la misma persona. Me dolían las manos, el corazón y el espíritu.

Mis padres estaban realmente preocupados y molestos conmigo. Me habían castigado sin salir durante dos semanas y me habían prohibido, terminantemente, volver a ver a Nuria. Me explicaron que el resultado de su muestra de sangre había dado positivo a Rohypnol, una sustancia que no cambia el sabor de las bebidas y que los delincuentes usan en bares. La persona se puede sentir embriagada y con sueño hasta por ocho horas. El medicamento puede causar profunda sedación, dificultades

respiratorias, pérdida temporal de la memoria y amnesia. Defendí a Nuria, explicando que ella era inocente y que no sabía que la iban a drogar, pero todo intento fue en vano. La sentencia estaba dictada.

De regreso a casa, pasamos por una farmacia a comprar varias medicinas impresas por el médico en una receta: antibióticos, desinfectante líquido, Dolac, vendas esterilizadas y micro poro. Una vez de regreso en el auto, mis padres continuaron cuestionándome acerca de aquel lugar.

—¿Y dónde diablos está ese tugurio de mala muerte al que fuiste, para reportarlo a las autoridades? —indagó mi padre.

—En Periférico Sur —mentí.

—¿Cómo se llama el lugar? —continuó mi madre.

—Mamá, no me acuerdo.

—Pues mañana me llevas ahí y me dices dónde es, ¿entendiste?

—Sí, madre. —Respondí dócilmente.

—¿Cómo te cortaste de ese modo las dos manos?, explícate —prosiguió mi padre mirándome por el retrovisor.

—Es que al mesero se le resbaló la charola, con vasos y botellas de vidrio, y todo se cayó al suelo y se rompió. Mientras él se apresuró por un trapo y escoba, me quise levantar para ir al baño y me tropecé, cayendo encima de todo aquello.

Bernardo, quien venía escuchándome escurrido en el asiento de al lado con los ojos cerrados, los abrió de golpe y me murmuró al oído: «En buena onda, eso no te lo cree nadie. Inventa otra cosa».

—¿Y cómo demonios se te enterraron los cristales de manera tan profunda? —prosiguió mi padre, incrédulo.

Por fin, mi madre se armó de valor, y me soltó la conclusión menos esperada. Giró la cabeza, desde el asiento delantero, para mirarme con un gesto de conmiseración.

—Hija, si tienes problemas emocionales por el trabajo o porque no tienes pareja, debes confiar en nosotros, somos tu familia. Ya sé que no estás del todo contenta donde laboras, ¿por qué no buscas empleo en otro lugar?

No comprendía a dónde quería llegar con esta plática.

—¿De qué hablas, mamá? —le pregunté.

—De eso, hija, de tu depresión. Estos últimos días te hemos visto como fuera de la realidad. Anoche que te marchaste, me puse a indagar qué era lo que habías estado haciendo metida en la computadora toda la tarde, y encontré cosas extrañas como el fin del mundo en el 2012 y las profecías mayas, ¿eso es lo que te está preocupando?, ¿por eso atentaste contra tu vida? Eso de la catástrofe mundial es falso. Hay profesionales que te pueden dar atención psiquiátrica, acompañada de pastillas antidepresivas, para que superes esto, Zyanya. Solo las debes tomar un corto tiempo y listo. Podemos buscar ayuda.

Aquello era demasiado. No podía seguir escuchando ese tipo de incongruencias

salir de la boca de mi madre. Tampoco podía concebir que mis padres hubieran llegado a la conclusión de que me había querido quitar la vida, abriéndome las muñecas con los cristales, y estaba furiosa porque habían estado humeando mis pertenencias.

Exploté, como nunca lo había hecho, en mi corta existencia.

—¡No te atrevas a seguir diciendo este tipo de barbaridades!, ¿cómo esperas que confíe en ustedes si esculcan mis cosas?, ¿quién te autorizó a entrar en mi computadora?, ¿cómo sabes mi clave de acceso?, ¿qué más sabes mamá, que no me hayas dicho? —empecé a gritar con la voz quebrándoseme por el llanto contenido.

Mi hermano pegó un brinco y se enderezó en el asiento, observándome con los ojos desorbitados.

—¿Quitarme la vida?, ¿quitarme la vida?, ¡no puede ser que crean eso de mí!, ¡no me conocen!, ¡ya estoy harta de ustedes!

—Tranquilízate, Zyayna, tranquila —me decía Bernie intentando agarrarme el brazo, pero yo me zafaba.

—¿Y tú qué, galán de pacotilla, egoísta y mal educado? A ti nadie te pone «peros» de todas las sandeces que haces, pero a mí me traen como perro encadenado. Fui buena estudiante, soy buena hija, trabajo y ayudo con los gastos en casa, ¿qué más quieren de mí?

—¡Ya basta! —Soltó mi padre confundido.

Todos nos quedamos callados de ahí en adelante. Lo único que se escuchaba, era mi respiración rápida y entrecortada. Una vez que me tranquilicé, todo fue absoluto silencio.

En cuanto llegamos a casa, ya de madrugada, me dejé caer en la cama y lloré sin parar no se por cuánto tiempo. Me dolía el corazón, me punzaba el remordimiento de conciencia, el orgullo, ¡todo al mismo tiempo! La cabeza me daba vueltas sin parar. Había dicho que estaba hastiada de ellos y quizás, en el fondo, era cierto pero ¿qué podía hacer? Era mi familia, lo único que tenía, aunque sentía que ninguno de sus integrantes me comprendía... ni me conocía. Era muy distinta a ellos tres.

Para colmo de males, no iba a poder ir a trabajar durante varios días, me lo había prescrito el doctor. Como mi labor dependía, en un cincuenta por ciento de mi creatividad y del otro cincuenta por ciento de mis manos, lo mejor era esperar a que las heridas sanaran y a que me quitaran los puntos, lo cual tardaría casi una semana. Eso significaba que tendría que estar encerrada en mi casa, sola, esperando a que todos regresaran de sus obligaciones diarias, picándome los ojos día y noche, ¡qué tortura! Ni siquiera podía hacer ejercicio y estaba castigada quince días.

Como un relámpago, me vino la solución a la cabeza de inmediato. Podría irme a vivir a casa de mi abuela, en lo que me recuperaba y me levantaban el castigo; ella sí me escuchaba y me entendía, ella iba a estar al pendiente de mí las veinticuatro horas, ella y yo éramos como una sola persona porque me conocía a la perfección, más que mi propia madre. Lentamente, mis ojos hinchados se cerraron y me quedé dormida.

Soñé que iba manejando mi coche hacia afuera del maltratado edificio donde trabajaba. Silverio, el policía, se despedía de mí. En el momento en el que frenaba para observar si venía algún automóvil por la avenida, volteé a mirar la pared de enfrente y descubrí a un joven escudriñando el muro detenidamente. Él me daba la espalda y yo no alcanzaba a ver su rostro. El grafiti seguía ahí, tal cual lo había visto con mis propios ojos. Me pregunté en el sueño si él sería el autor de dicho símbolo. Me quedé observándolo con gran curiosidad. Él pareció entender mis pensamientos y giró la cabeza, pausadamente, para mirarme. En el instante en el que iba a voltear, surgió una llamarada de fuego intensa, desde el centro del grafiti, que me deslumbró. Tapé mi vista con una mano unos instantes; la intensidad disminuía y empecé a abrir los ojos, poco a poco. Conforme me iba acostumbrando al resplandor, la silueta se iba definiendo a la par de que la luz se iba extinguendo, hasta que llegó un momento en el que solo quedaba un hilo de aquella luminosidad cegadora y logré reconocer claramente la cara del individuo que me sonreía. Era Joaquín, el «Chacal».

Abrí los ojos para descubrir en mi despertador que ya eran las nueve de la mañana. Salté de la cama para llamar a mi oficina y avisar que estaría ausente durante cinco días. Un dolor agudo me atravesó ambas manos y recordé que estaba herida y vendada. Las observé y caí en la cuenta de que la sangre había traspasado el blanco del lienzo con manchones rojos, pero tenía que dejar todo así por indicaciones médicas. Me cambiaría las vendas hasta pasadas las primeras veinticuatro horas.

Mientras intentaba mover los dedos, recordé mi pesadilla y el mortífero suceso de la noche anterior y, con mucho cuidado, abrí el cajón de mi buró para sacar mi libretita de apuntes y anotar todo.

Lo primero que saltó a mi vista, fue la tarjeta personal de Violeta. Era femenina y perfumada, los datos estaban impresos con tinta rosa y letra manuscrita. Dudé si debía llamarle para narrarle lo sucedido, pero su recuerdo era tan limpio que no quería ensuciarlo ni por una situación de vida o muerte.

Abandoné mis cavilaciones al recordar que tenía pendiente la llamada a mi oficina. ¿Qué clase de explicación le iba a dar a Carmina?, ¿qué había ido a un antro, irresponsablemente, la noche anterior, y que me había caído de bruces sobre los vidrios de vasos rotos que habían salido volando como resultado de una pelea entre un drogadicto y un asesino? Era mejor que fuera a presentar mi renuncia antes que confesar la verdad. Hurgaba en mi mente cuál sería el mejor pretexto cuando la puerta de mi habitación se abrió y mi madre se asomó para verme.

—¿No fuiste a trabajar?, ¿qué haces aquí a estas horas? —exclamé, sorprendida, al encontrarla.

—Me voy a quedar cuidando de ti —respondió muy seria—. Ya llamé a tu oficina para decir que estarías ausente esta semana, explicando que te habías resbalado sobre unas botellas de cristal en una comida familiar en casa de tu abuela. Estoy terminando de hacer tu desayuno. Vístete y te espero en el comedor.

Cerró la puerta para abrirla nuevamente en cuestión de segundos.

—Déjame ayudarte a vestir.

Ella abrió mi ropero y seleccionó la indumentaria más cómoda que pudo encontrar. Se sentó sobre la cama a mi lado, delicadamente, y empezó a quitarme el pijama y a ataviarme como a una chiquilla. Un tornado de remordimiento empezó a carcomer mi consciencia, ¡mi madre había dejado de ir a su escuela para cuidarme! Rara vez faltaba a su trabajo, y yo le había dicho que no la soportaba apenas hacía unas horas.

Salimos juntas de la habitación y ella corrió rumbo a la cocina, mientras yo me sentaba ante la mesa. Alcancé a ver que me servía un huevo revuelto, que ya tenía preparado, junto con un pan tostado. Acto seguido, se apresuró a colocar el plato frente a mí, acompañado de un vaso con jugo de zanahoria recién hecho. Me hizo compañía y se acomodó a mi lado.

Al principio, las dos estábamos calladas y apenas si nos movíamos.

—¿Te ayudo a comer? —se ofreció mi madre.

—No gracias, yo puedo sola.

Tomé el tenedor como pude, con los dedos apretujados por las vendas, y empecé a desayunar.

La verdad era que Ameyali, el nombre de mi madre también de origen náhuatl, de ningún modo había sido como ese tipo de mamás que observas en algunas películas, quienes se desviven por sus hijos en atenciones, muestras de afecto y preocupación. Ella jamás había sido así, más bien era fría, distante y parecía costarle mucho trabajo mostrar simpatía hacia cualquier persona, incluyendo a su propio esposo. En contadas ocasiones, mi hermano y yo habíamos presenciado que ella tomara la iniciativa de darle un beso o hacerle alguna caricia a mi padre. Por lo general, él era el que le traía flores, la rodeaba con sus brazos y la mimaba. Me parecía que esto se debía a que ella siempre trataba de «guardar la compostura», hasta en su propia casa. No comprendía cómo mi abuela, quien era toda ternura y amor desbordante, podía haber concebido a una hija tan opuesta a ella.

Había escuchado alguna vez decir a mi papá que mi abuelo solo tenía ojos para mi madre y que mi abuela, para contrarrestar aquella preferencia tan marcada, había escogido como su consentida a mi tía Itzel. Quizás sería por eso que mi mamá se había vuelto aún más reservada cuando mi abuelo había muerto y tal vez, en el fondo, le guardaba cierto rencor a su propia madre como resultado de sus evidentes preferencias.

Pero aquí había algo contradictorio en su modo de proceder; si le había afectado tanto el hecho de que mi abuela hubiera tenido como favorita suya a su hermana, no concebía cómo era que ella misma mostrara una notable predilección por Bernardo, al grado de que personas externas a la familia lo percibían, como era el caso de Nuria y Lucía.

¿Por qué razón actuaba de la misma manera que lo habían hecho mis abuelos, a sabiendas de que me iba a lastimar? Muchas veces, la había descubierto abrazando a



Bernie, dándole besos como a un chiquillo, conversando alegremente con él o, simplemente, mirándolo embobada mientras entrenaba para su partido de fútbol. Además, le festejaba todas sus fechorías y lo solapaba para que lograra su objetivo a escondidas de mi padre. Por muy guapo que él estuviera, no era como para que ella pasara por alto todas sus osadías.

Una madrugada, recibió la llamada de una compañera de Bernardo, quien le aseguraba que pronto iba a ser abuela, debido a que su hijo la había embarazado. Todo resultó ser una vil patraña, pero en ningún momento presencié que mi madre se molestara en indagar al respecto. Solía hablar de ello como si estuviera orgullosa de la virilidad de su retoño y hasta mi padre se veía obligado a intervenir, pidiéndole que se lo tomara más en serio ya que, de haber sido cierto, toda la familia nos hubiéramos encontrado en graves problemas.

Si el caso hubiera sido al revés, y yo hubiera sido víctima de tremenda difamación, no quiero ni imaginar lo que me hubiera sucedido. Seguramente me hubiera ofendido, me habría echado de la casa y, a estas alturas, continuaría reconstruyéndome la dentadura postiza con un especialista, como resultado del golpe que me hubiera atestado en la boca.

Mi padre procuraba ser neutral, aunque también era evidente que su hijo se lo sabía ganar y echárselo al bolsillo. Hasta este día, no me había quejado al respecto, a pesar de que nana Angelita hacía alusión a eso, frecuentemente.

Me sentí bien de haberles dicho lo que pensaba, pero no debí haber ofendido a mi hermano de esa manera. Bien dice el dicho «Cuando el buche se llena de piedritas, explota», más él no era culpable de esto. Me propuse hablar con él en cuanto estuviera de regreso de la universidad. Aquella semana tendría el coche y no llegaría tan tarde, tratando de conseguir aventones.

A mitad del desayuno, el silencio se rompió.

—Llamaron tu abuela y tu tía Itzel para ver cómo seguías —informó mi madre.

—¿Mi tía Itzel?, ¿cómo lo supo? —pregunté sobrecogida.

—Tu abuela —respondió mirando el fondo de su taza de café.

—Pero ¿para qué hablaría mi abuela hasta Canadá?, ¿solo para eso?

—¿Cómo que solo para eso?, ¿no debes de importarnos o qué? Lo que te sucedió es grave —afirmó mi madre volteando a verme a los ojos—. Además, jamás habías sufrido un rasguño, mucho menos un accidente o algo por el estilo. Tu abuela está muy preocupada.

Volvió a ver su taza de café y aproveché que estaba hablando de mi abuela.

—Mamá —fingí la voz más dulce que podía— ¿podría quedarme estos días de incapacidad en casa de mi abue?

Frunció el entrecejo y volvió a mirarme a los ojos.

—Y ¿por qué querrías hacer algo así? —cuestionó sorprendida—. ¿No estás a gusto en tu casa o qué te sucede? Ya dijiste que estás harta de nosotros, ¿no? Quizás yo no haya sido la mejor madre para ti, pero he hecho mi mayor esfuerzo, aunque no

lo creas.

—Perdóname, mamá, yo no quise decir eso.

Los ojos se le llenaron de agua. Muy pocas veces había visto llorar a mi madre. Sus palabras me conmovieron en lo más profundo del alma. Me nació ponerme de pie y abrazarla en ese momento. Lo hice con cautela, porque no sabía si estaba enfadada conmigo e iba a reaccionar rechazándome. Ella me correspondió de inmediato y las dos lloramos unos instantes. No obstante, su compostura la hizo alejarme de sí suavemente, ponerse de pie de un movimiento, limpiarse las lágrimas con el mandil y escabullirse hacia la cocina. Suspiré profundamente y cerré los ojos. Sentí cómo abundantes lágrimas me escurrían por las mejillas.

—Vamos a que te vea tu abuela, que ya no soporta más la incertidumbre. —Soltó desde la cocina—. Nos está esperando. No quiero que te quedes en su casa porque te va a querer atender como a una princesa, ya sabes, y ha andado mala de la presión y tiene mucha tos desde hace algunos días. Solo la saludamos y volvemos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asentí pensando de qué manera iría a socavar a mi nana para que persuadiera a mi madre de quedarme con ella.

Tomé mis medicinas, me cepillé los dientes y me peiné como pude, con los amoratados dedos de las manos. Ambas subimos al auto de mi madre, un Stratus 2002, que ella mantenía impecable.

Un ligero alivio me llenó por completo. Ya no sentía el peso del remordimiento hacia ella, solo faltaba dialogar con los otros dos miembros de la familia y todo quedaría arreglado. Al menos, eso yo pensaba.

Durante el trayecto, casi no cruzamos palabra. Algo de lo que le había dicho al amanecer había lastimado a mi madre en lo más profundo del alma, pero no hallaba cómo descubrirlo. Ella trataba de aparentar que todo estaba en orden, como cualquier otro día, pero apenas si me volteaba a ver cuando le dirigía la palabra.

—¿Estás enojada? —Finalmente me atreví a preguntarle.

—Estoy decepcionada, asustada, eso es todo —respondió secamente.

—¿Asustada de qué?

—De tus amistades y de tu comportamiento.

—Sí, pero ya quedamos en que ya no volveré a ver a Nuria, ¿no es así?

Hubo una pausa.

—Sí, pero Lucía tampoco me acaba de convencer. No sé en qué enredos anda metido su padre, pero no le creo eso de que, de la noche a la mañana, se haya vuelto millonaria honradamente.

—¿Con quién quieres que me lleve entonces, mamá? Tú explícame.

—Podrías llevarte con tus amiguitas de antaño, las de secundaria, las que tanto te buscan y a las que tú ni te dignas en contestarles el teléfono.

—¡Ay, no!, —exclamé sobresaltada— ¿las ñoñas de Ivette y Gabriela?, ¡son de lo más aburrido que existe en el mundo!

—¡Pues las prefiero que a esas lobas con las que andas metida en antros de pésima calaña! —Alzó la voz.

—Okey, okey, está bien. —Concluí la conversación para evitar un pleito mayor. Mi madre siempre tenía que tener la razón y no quise contradecirla.

—¿Las vas a buscar? —continuó sin darse por vencida.

—Sí, mamá, en cuanto me recupere. —Respondí fastidiada.

—Y nada de decir dónde andabas anoche, ¿eh? La versión que di en tu trabajo es la única verdad. No quiero habladurías de ningún tipo. Una maestra de primaria como yo, no puede darse el lujo de tener una mala reputación porque puedo perder el empleo.

—Sí, no te alarmes. Mantendré la boca cerrada.

A veces, me impresionaba que a mi madre que le afectara tanto lo que pensarán los demás. Era capaz de tenerme encerrada en una jaula hasta que mis manos cicatrizaran, con tal de que todos estuvieran convencidos de que éramos la familia perfecta.

Volví a ver el grafiti plasmado en una pared sobre calzada de Tlalpan, en el momento de detenernos en un alto. Me vino a la mente mi último sueño y relacioné, de inmediato, mi misión en la vida junto a Joaquín y sus secuaces. Analicé la posibilidad de que los humanos hubiéramos llegado a tal grado de decadencia que el observar a alguien siendo asesinado a sangre fría, fuera un espectáculo en grande, tal como en el circo romano. La humanidad iba en retroceso. Imágenes como flashazos iban y venían a mi memoria. No recordaba haber distinguido a alguien que se hubiera preocupado por defender a «Mordelón», ni había notado un solo rostro espantado o ansioso por reportar lo acontecido; solo había percibido furia y sed de sangre en el ambiente. En ningún momento llegó a mis oídos el sonido de la sirena de una patrulla o de una ambulancia cuando íbamos saliendo del local. Si no habían tomado preso a Joaquín, ¿qué estaba sucediendo en este mundo? Por lo visto, yo había vivido completamente en la inopia, pero era urgente que abriera los ojos a la realidad.

Quise regresar el tiempo una semana atrás y borrar de mi vida todo este torbellino de acontecimientos incomprensibles, volver a ser una persona común y corriente, retornar a mi vida tranquila y sin retos de esta envergadura.

Llegamos a casa de mi abuela. Me extrañó que no estuviera de pie, esperándonos en el portal. El rostro de mi madre también denotó cierta sorpresa y preocupación. Ella se apresuró a bajar del coche y presionó el timbre. Yo la alcancé y aguardamos unos segundos. No se escuchó ruido alguno. Volvió a presionarlo y sucedió nada. Nos volteamos a ver.

—¿Y si está dormida? —pregunté.

—¿Tu abuela, dormida?, ¡no lo creo! —respondió inquieta.

—¡Abuela! —Comencé a alzar la voz en dirección a su ventana. Mi madre volteaba a ver, abochornada, en todas direcciones, cerciorándose de que nadie me escuchara.

—¡Nana Angelita! —volví a gritar, sonoramente.

Nadie contestaba. Sentí un nudo en la garganta. Mi madre empezó a marcarle desde su celular. La casa estaba vacía.

—¡Abuela! —volví a vociferar desesperada causando que esta vez mamá perdiera el control y se pusiera frenética, exigiéndome que dejara de aullar.

—¡Niñas! —Escuchamos esa voz dulce detrás de nosotras.

Volteamos para encontrar a mi abuelita, a unos pasos de distancia, cargada de bolsas del mercado. Corrimos a alcanzarla.

—¡Mamá!, —gruñó mi madre— ¿qué haces?, ¡no seas necia!, no puedes andar cargando tanto peso, andas mal de la presión, ¡mira cómo estás tosiendo!

—Sí nanita. No seas desobediente. —Rematé.

—¡Míralas, míralas! —se quejó indignada mientras tosía—. Las dos se pusieron de acuerdo para poner en su lugar a la vieja. Ahora resulta que me regañan, a mis setenta y tantos años, ¡nomás faltaba! Mi hija y mi nieta.

—Ya mami, apúrate para que entremos. Dame eso. —La apuró mi madre.

Nana Angelita botó todo en la banqueta para tomarme cuidadosamente las dos manos y envolverlas entre las suyas, mientras mi mamá levantaba todas las bolsas por sí sola. Me sentí una completa inútil.

—¿Qué es esto, mijita?, ¿te duele?, ¿cómo sigues? —Y besó ambas manos sobre la venda ensangrentada—. Ame, ¿ya le revisaste las heridas?, ¡esto no se ve bien!, sigue sangrando.

—Mamá, todo está bajo control, no te exasperes. Estamos siguiendo las indicaciones del médico tal y como nos las prescribió.

En cuanto entramos a su casa, mi abue se dejó caer en su sillón y me hizo una seña para que me aproximara. Me senté a su lado y ella continuó observando, preocupada, mis muñecas. Mi madre apuró los víveres al refrigerador. Distinguí que la abuela había comprado pollo, papas, zanahorias, calabacitas, garbanzos, cilantro, cebolla y demás condimentos que reconocí de inmediato. Tenía la intención de hacerme de comer mi puchero preferido, con pollo deshebrado y verduras.

—¿Me vas a cocinar mi puchero favorito? —le pregunté, acercándome a ella, y notando que su respiración estaba muy agitada.

—Exactamente, nena —contestó trayendo su boca a mi oído como a punto de decirme un secreto—. Vamos a intentar que tu madre se marche de aquí porque nada más anda de metiche con los nervios de punta y no nos deja platicar a nuestras anchas. Ahora verás.

—Abue, —le dije al oído, imitando el murmullo— convéncela de que me quede contigo hasta que sanen mis heridas, ¿sí?, ¡por fa!

Me guiñó un ojo, en señal de aprobación. Yo sonreí satisfecha y ella se dirigió hacia donde estaba mi mamá, de espaldas, y le hizo una caricia en el dorso.

—Ameyali, hija, te veo muy tensa, ¿por qué no te vas a cumplir con tus deberes?, de veras. Yo me hago cargo de Zyanya y vienes a recogerla más tarde, ¿qué dices? O

mejor me la dejas esta semanita para que me haga compañía.

Cuando mi madre volteó, mi abuela y yo nos quedamos de una pieza. Largas hileras de lágrimas le corrían por las dos mejillas.

—¿Qué pasa, Ame?, ¿por qué lloras? —cuestionó mi abuela consternada.

Ella se limpió las lágrimas con la manga de la blusa. Por primera vez, me pareció indefensa.

—Es que no te cuidas, mamá, eres una necia y estás mala de la presión. Dios no lo quiera y un día de estos...

—¡Un día de estos nada! —refunfuñó mi abuela—. Esta anciana ha pasado por peores escenarios y ha salido victoriosa. Diosito aún no me necesita allá arriba, hablo mucho, lo voy a fastidiar. Además, tengo que cuidar a mi nietecita que está herida y esta bola de pajarracos escandalosos. No me va a pasar nada, anda, vete de aquí y déjanos a las dos solas. Déjamela aquí una semana o dos en lo que se recupera.

Mi madre volteó a verla, bruscamente y muy molesta.

—Mamá, sabes que eso no va a ser posible —la reprendió mirándome de reojo—. Tú estás delicada y no te voy a traer encargos ajenos a tu propia casa.

—Bueno, bueno, anda que ya van dos veces que me regañas. Exageras, mijita, no estoy tan indispuesta como crees. Puedo cuidar de mi florecita con todo mi amor.

Cuando me percaté, yo también estaba sollozando. No podía imaginar mi vida sin que mi abuela estuviera presente. Tan solo escucharla hablando así, me partió el corazón.

Mamá se quitó el mandil que traía puesto, se enjugó la cara, le dio un abrazo a mi nana y se aproximó a donde yo estaba.

—No la dejes que cocine hija, por favor. Vete a comprar comida hecha al tianguis y procura que ella descanse un rato.

Colocó un billete sobre mis piernas.

—Está bien, mamá.

—Ya me voy. Te cuidas y la cuidas a ella.

Dio la media vuelta y salió de ahí como un ventarrón.

—Así está mejor. Le apuraba irse a terminar sus pendientes, la conozco. Mira, hija... Empezó a hablar mientras se dirigía a la cocina, con toda la intención de empezar a guisar. La detuve a medio camino.

—Oye, abue —persuadí—, ¿qué te parece si nos echamos un par de esas gorditas de allá, cruzando la calle, que tanto nos gustan?

—¿Las de chicharrón? —preguntó saboreándose las.

—Con quesito rallado, aguacate, cremita y salsa... mmm...

—Pero ¿y tu puchero?

—Otro día, nana, otro día. Déjame ir por las gorditas. Tú espérame aquí, ahora vuelvo. Me extrañó que no me insistiera más, pues era terca como pocas. La escolté, lentamente, a su sillón y me dirigí a la puerta de entrada.

—¡Abuelita! —Levanté la voz desde ahí—. Solo una por lo de la presión, ¿eh?

—Sí, sí, solo una, anda, ya vete por eso. Toma las llaves.

Regresé hacia ella y tomé el llavero de su mano, misma que percibí fría. Sentí una patada en el estómago al presenciar que ella se quedaba tendida en la butaca de la sala con los ojos cerrados. Me mordí los labios para no lloriquear y desaparecí de allí. Empero, una vez en la acera, el agua comenzó a brotar, involuntariamente, fuera de mis ojos, como si se tratara de una manguera. Me desahugué llorando a cántaros, en lo que iba recorriendo, puesto por puesto, en busca de comida. Recapacité en mi paranoia, llegando a la conclusión de que mi abuela era tan fuerte como un roble y nada podía sucederle. La gente se alarmaba al descubrir mis manos en ese estado y mi rostro abultado por el llanto.

Me apresuré lo más que pude, adquirí las gorditas, un caldo con verduras, algo de fruta y regresé galopando a la casa. Abrí la cerradura y descubrí que mi abuela seguía justo en la misma posición en la que la había dejado. Me acerqué para tocarla. Sus manos seguían heladas y ella no se movía. Dejé caer la comida y me cubrí la boca. El ruido la hizo despertar de un salto. Sentí un alivio indescriptible cuando volví a toparme con su tierna mirada.

—¿Qué pasa, hija? —cuestionó.

—Este... es que se me resbalaron las cosas, abue, por el malestar en las manos. Ahorita mismo las recojo y limpio.

Me apresuré por un trapeador al patio y, fingiendo que no me lastimaba, limpié el piso.

—A ver, a ver, veme detallando lo que te pasó ayer por la noche, ¿cómo es que andas saliendo con unos bándalos?, ¿por qué te rebajas a ese nivel? Te he dicho mil veces que eres una princesa, ¿no lo entiendes? —inquirió mi abuela.

—Es que me lo pidió mi amiga Nuria y me dio pena decirle que no. —Respondí tontamente.

—¿Son esos muchachitos que conociste el viernes con tus amigas?

—Sí, son ellos.

—Ni siquiera sabes bien quiénes son en realidad esos despatarrados. Si tu amiga está urgida de macho, que se lo busque ella sola y que no te ande inmiscuyendo en sus porquerías. Mira nada más tus preciosas manitas cómo quedaron.

—Ya va a pasar. Me van a quedar como si nada.

—¿Cómo si nada?, ya me explicó tu madre que los cortes están grandes y profundos. Tú no tienes necesidad de andar en esos tejes y manejes, no te maltrates por los demás. Grábate de memoria esto último que te acabo de decir: «No te lesiones por los demás».

Ella guardó silencio, observando mis manos, a lo lejos.

—¿Sabes qué fue lo que pensó la atarantada de tu madre? —continuó—. ¡Ay, Dios mío!, a veces ni parece que yo la haya criado.

No podía estar más de acuerdo con ella, pero me reservé mis opiniones.

—Dijo que, lo más probable, es que te hubieras querido suicidar, ¡hazme el favor!

—expresó con una risotada que hizo que su abdomen saltara.

Yo empecé a reír con ella.

—¡Ay, mi niña! —prosiguió—, me duele la panza al carcajearme tanto, pero eso hice cuando tu mamá me llamó muy temprano por la mañana para contarme. ¿Suicidarse mi nieta?, le pregunté, ¿estás chiflada o qué te pasa? No la conoces ni una pizca, Ameyali. Esa muchacha está llena de alegría, de vida, de energía; es lo que menos se le va a ocurrir en su existencia. Además, es inteligente y puede resolver cualquier problema de un modo sencillo. Eso que se hizo, seguramente, fue una metida de pata de jovencita que cualquiera comete. Tu hija se sabe cuidar sola en cualquier tugurio, como tú los llamas, solo obsérvala y la empezará a comprender un poco. Ya quita tu mirada exclusivamente del Adonis que tienes por hijo, y fíjate en la Venus de Nilo, aceitunada, que tienes como hija.

Corrí hacia ella y la abracé con todas mis fuerzas.

—¡Cuidado, niña, que me dejas sin aire! —Soltó sonriendo—. Eso es, se tienen que poner a platicar las dos de vez en cuando y tú también debes poner de tu parte para que su relación mejore. Prométemelo que lo harás.

—¡*Pinky promess*, abuelita! —Y enredamos los meñiques—. ¡Te adoro, abuela! —exclamé.

—Y ya sabes que yo también. Ahora, basta de melodramas y vayamos a devorar esas gorditas que trajiste, porque ya me suenan las tripas nomás de olerlas.

La ayudé a ponerse de pie y caminamos juntas hacia el comedor. Ella quiso ayudar en todo, porque le gustaba atender, más no que la atendiera. Yo me serví mi plato, sin hambre, y nos sentamos a comer el caldo y las dichosas gorditas de chicharrón.

Me moría de ganas por relatarle toda la verdad de aquella noche y lo que me estaba sucediendo con los mensajes al celular, los grafitis, Adrián, Violeta. Confiaba en ella más que en nadie en el mundo, pero la veía cansada y enferma y sabía que, aunque se estuviera sintiendo fatal, jamás me lo haría saber y trataría de estar sonriente y a la espera de lo que yo fuera a expresarle. No obstante, debía quitarme algo de la cabeza y percibí aquel momento como ideal para platicar.

—Oye, abue, ¿tú tenías una consentida cuando mi tía y mi madre vivían aquí? —Sonsaqué, aprovechando lo que ella acababa de decir sobre mi hermano y sobre mí.

Ella cambió su semblante y, de pronto, reparé en que envejecía. Tomó aire y me miró, melancólicamente, a los ojos.

—Mira, hija, uno como madre y padre trata de dar y hacer lo mejor para sus hijos, pero solo la experiencia te indica los errores que has cometido en el camino. Tu abuelo y yo no pudimos tener el hijo varón que él siempre soñó, pero aprendió a lidiar con mujeres en casa. Cuando nació Ameyali, pronto se volvió loco con ella; la traía cargada de acá para allá, la presumía y la mimaba como jamás lo hubiera imaginado ni yo misma. Era su vida y sus ojos; no permitía que nadie se le acercara y le dio todo lo que ella pedía, pero eso no es criar, sino malcriar a una criatura. Tres

años después, vino Itzel. Desde que nació, fue una beba hermosa y llena de luz; sonriente, cariñosa y lista como pocas. Mucho más hermosa y brillante que Ame, aunque me cueste decirlo. Su inteligencia dejaba asombrado a todo el que la conocía. Empezó a hablar desde el año de nacida, clarito como el agua; armaba y desarmaba juguetes que eran aptos para niños de cuatro o cinco años, percibía la vida y el mundo de una manera muy peculiar. Siempre supe que mi hija venía a enseñarnos algo a nosotros dos, sus padres. Tanta belleza acarreó un descontrol en la familia, pues la hermana mayor sintió unos celos desproporcionados al percatarse de tantas cualidades juntas en su hermanita. Tu abuelo y Ameyali sellaron un tipo de alianza contra ella, ya que él no soportaba ver sufrir de ese modo a su primogénita. De inmediato, yo me volqué sobre Itzel y la sobreprotegí como una loca. Todo en exceso es malo en la vida, hija, absolutamente todo.

Mi abuela siguió comiendo, pausadamente. De vez en cuando, hacía un alto para seguir hablando. Me llamaba la atención que se refiriera a mi mamá por su nombre.

—Sin darnos cuenta, les hicimos un daño irreparable a las dos hermanas y nuestras preferencias se hicieron evidentes ante los ojos de todos nuestros amigos, vecinos, familiares y demás gente con la que convivíamos. Además, tu abuelo me llevaba diez años y era chapado a la antigua. En aquellas épocas, los hombres siempre tenían la razón y hacían las cosas a su manera, pero yo me le enfrentaba y discutíamos. Lo más doloroso de todo esto, fue que nunca permitimos que las hermanas se quisieran y convivieran sanamente, como debió haber sido.

Hizo otra pausa para tomar un sorbo de su agua de horchata.

—A pesar de todo esto, Itzel siempre fue noble y buscó el cariño de su hermana mayor, pero Ameyali fue orgullosa y grosera con ella. Día y noche sufría pensando en el día en que su hermana se casara y fuera a dejar desolado a aquel que jamás la había querido a ella, triste y sin el amor de su vida. Ella jamás reemplazaría a Ameyali. Sin embargo, las cosas dieron un giro repentino, Itzel cometió un error y tu abuelo la corrió, diciéndole que la desconocía como a su hija y ordenándole que no volviera.

—Pero ¿qué cosa tan grave pudo haber hecho como para que mi abuelo la tratara así? —pregunté sorprendida.

—Se enamoró, hija, perdidamente.

—Y ¿qué tiene eso de malo?

—Mucho, si no eres consciente de tus acciones. Itzel huyó con el corazón roto, lo más lejos que pudo, y después cayó enferma. No tuve contacto con ella durante seis meses, la busqué por cielo, mar y tierra sin poder dar con su paradero. Un buen día, su mejor amiga nos llamó para decirnos que mi hija vivía en Canadá, que nos amaba, pero que no iba a volver. Fui muchas veces a visitarla, rogándole que regresara, pero fue imposible. A mí esto me arrancó la vida. Jamás pude volver a amar a tu abuelo de la misma manera.

Guardé un respetuoso silencio y bajé la vista al suelo. No podía ni siquiera imaginar el terrible dolor que siente una madre al perder a su hija, a la más amada.



Mi nana Angelita salió de su trance y regresó a la realidad.

—¿Hace cuánto fue eso, abuela?

—Hace muchos años. Tu abuelo sobrevivió diez años más a aquella tragedia, siempre soberbio y amargado, sin mencionar a su hija menor, era como si nunca hubiera existido. Cuando nos visitaba tu madre, se le iluminaba nuevamente el rostro, pero a medias, yo sabía que le dolía en lo más profundo el haber perdido a su pequeña... para siempre. Tu abuelo ansiaba que Ameyali le diera muchos nietos, pero solo pudo tenerte a ti y luego a Bernardo, en quien halló a ese hijo varón que él nunca pudo tener. Él los adoraba a los dos. Cuando llegó a su lecho de muerte, me suplicó que le rogara a Itzel que lo perdonara, pero las cosas no se solucionan así, hija, se resuelven en vida y en persona, no por medio de una intermediaria.

Mi abuelita fijó sus ojos tristes en los míos y acarició mi cabello.

—Pero no nos juzgues, Zyanya —prosiguió—, no juzgues a tu abuelo, ni a tu nana. Cometimos graves errores, más la lección de vida ya está aprendida y no hay nada más qué hacer, salvo lo que todavía se pueda corregir. Ahora, hay que vivir el presente.

—¿Le diste a mi tía el recado de mi abuelo? —inquirí.

—No, y no lo haré. Ella es demasiado sensible y no podría vivir el resto de sus días con el remordimiento de no haber visitado a su padre, en sus últimos momentos, sabiéndose perdonada. Poco tiempo después, se enteró de la muerte de tu abuelo y lloró desconsolada, más que la misma Ameyali. Por eso, Zyanya, no debes ofender y decir cosas hirientes, que no te nacen, cuando estás enojada. Es preferible guardar el control unos minutos, que llorar cien noches de arrepentimiento.

—Abuela, dime la verdad —insistí intrigada—, ¿mi tía Itzel huyó con su novio?

—Algo parecido a eso, nena lista, algo así —respondió sonriente.

Abracé a mi abuelita. Recordé cómo yo misma acababa de insultar a mis padres y a mi hermano.

—Te tengo un regalito para tu cumpleaños, que es dentro de dos semanas —me dijo entusiasmada, cambiando drásticamente de tema.

—Pero mejor espero a que me lo des el mismo dos de agosto. —Respondí—. Vamos a venir a tu casa un sábado antes de mi cumple, abue.

—No, quiero dártelo hoy mismo porque se me da la gana —insistió poniéndose de pie y dirigiéndose al cajón del mueble de la cocina—. Tómallo, hija, y cuídalo. Hay mucha sabiduría en él y encontrarás todo lo que buscas.

Abrió el cajón y me extendió una pequeña cajita envuelta en un papel de fantasía, con un moño color rosa claro.

—Pensé que era un libro, abuela —expresé extrañada ante el pequeño tamaño de aquella cajita.

—¡Nooo!, es algo mucho más completo que un libro. Prométeme que lo abrirás el

mero día de tu cumple, no antes.

—Si lo abriré contigo a mi lado, abue.

—No, no, no. Tienes que estar solita. Es algo muy especial que solo te corresponde a ti.

—De acuerdo —asentí intrigada—. Lo abriré yo solita en un lugar seguro.

Unimos los meñiques una vez más para exclamar ¡*Pinky promess!*, al unísono. Guardé mi preciado regalo en el bolsillo de mis pants.

Ni en sueños hubiera imaginado que existiera una historia tan conmovedora en la familia. Ahora me explicaba por qué la tía Itzel nunca había regresado a casa. Me dieron unas ganas incontenibles de conocerla.

—Abue, ¿puedo hablar un día con la tía Itzel?

—Un día, hija, un día, ya verás. Ahora no creo que sea el mejor momento. Vente, vamos a recoger un poco la cocina. Cuidado con tus manitas.

—¡Yo lo hago! —grité—. Tú vete a ver la tele.

Volví a acompañarla hasta su sillón y la dejé sentada con el control en la mano. Minutos después, ya estaba roncando con el televisor a todo volumen. La cubrí con una manta y la besé en la frente. Apagué el aparato y encendí su lamparita. Ya no se me ocurrió insistirle en quedarme en su casa, yo estaba convaleciente y ella se veía enferma. Más que ayudarla, me iba a convertir en una responsabilidad.

Me desplomé, melancólica, en otro sillón. Sentí que me acababan de arrancar otra parte del alma.

## Revelación

Escuché el claxon del auto de mi mamá y me puse de pie en silencio. Dejé a la abuela durmiendo como un bebé. Al subir al coche, no pude evitar sentir cierta nostalgia por la historia que acababa de escuchar y me costaba trabajo imaginarme a Ameyali siendo tan cruel con su propia hermana.

Mi madre estaba muy bien arreglada y mucho más tranquila de como la recordaba horas antes.

—¿Cómo siguió tu abuela?, ¿la ayudaste en todo? —cuestionó en cuanto terminé de abrocharme el cinturón de seguridad.

—La dejé dormida y tapada en la sala. No la quise despertar y sí, la ayudé en todo.

—Tienes unas flores en casa —me dijo contenta.

—¿Qué?, —pregunté intrigada— ¿de quién?

—No lo sé. El sobre está cerrado y no quise abrirlo —me respondió animadamente.

—¡No!, ¿quién será, mamá?

—Calma, calma, ya lo descubrirás llegando.

—¿Por qué tan guapa? —indagué observándola de pies a cabeza.

—Nada más.

Todo el camino de regreso, vine cavilando en la posibilidad de que Adrián hubiera investigado la dirección de mi casa y me hubiera enviado las flores. Hacía mucho tiempo que no recibía ni una sola rosa y no había contrincante posible que fuera el responsable de aquel detalle. Con seguridad era él, no había otra opción.

Quería volar en helicóptero para llegar, lo más pronto posible, a descubrir la verdadera identidad del detallista caballero que me haría la tarde feliz. Revisé mi celular y no había nada más que una llamada perdida de Lucía. Extrañé los mensajes, en grupos de siete; curiosamente, desde que había conocido a mi príncipe azul, habían dejado de llegarme.

Pasamos al supermercado, a la tintorería y a una tienda de libros de texto hasta que, finalmente, llegamos a casa. Subí las escaleras de dos en dos, casi tropezándome.

—¡Cuidado con las manos! —gritó mi madre desde el estacionamiento.

Presioné el timbre hasta casi reventarlo. Bernardo abrió refunfuñando.

—¡Hola! —exclamé sin voltear a verlo y corrí hacia la mesa de la sala.

Ahí estaba el ramillete de color... ¿rosa?, ¿de amistad? Yo esperaba unas flores rojas, de amor. En fin, de todos modos eran hermosas. Tomé el pequeño sobre con la tarjeta adentro y lo abrí desesperadamente para leer.

*¡Mejórate pronto!*  
*Te quiere,*  
*Daniel*

La decepción me hizo caer de un sentón sobre el suelo, con la boca semi abierta.

—¿No son de quien esperabas? —inquirió Bernie, quien había estado observando la escena desde el comedor. Lo volteé a ver desconcertada.

—Creo que no. Son de mi ex, el mujeriego, ¿quién le diría del accidente?

—¡Y yo qué voy a saber! —agregó gesticulando con las manos.

Tiré la tarjeta sobre la mesa y fui a sentarme, tímidamente, delante de mi hermano. Él se cruzó de brazos, extrañado, y frunció el ceño. Pensé en las palabras adecuadas que iría a utilizar y me atreví a hablar.

—Mira, quiero hablar de lo que te dije ayer en el coche de papá —articulé sin atreverme a mirarlo a los ojos.

—Veme a los ojos, ¡no seas collona! —exigió.

Alcé la mirada para encontrarlo divertido. Lo descubrí un poco más varonil y se le marcaba la manzana de Adán en el cuello. Ya era todo un hombre. Llevaba puesta una playera de fútbol, embarrada a su esbelto y atlético cuerpo; el cabello revuelto y unos *shorts* negros que dejaban a la vista sus dos piernazas, cubiertas con vellos delgados, donde no había cabida para un gramo de grasa, pues los músculos las abarcaban por completo. Entendí la razón por la cual todas las chicas que lo conocían caían rendidas a sus pies.

—No te burles, a veces me cuesta trabajo pedir perdón —le rogué.

—¡Ah! —dijo riendo—, con que ¿me vas a pedir perdón?

—Sí, ¿me perdonas por lo que te dije ayer? No quise ofenderte de esa forma. —Solté, apresuradamente.

—¡Menos mal, diva!, pues lo lograste, ¡lograste ofenderme de lo lindo!

—Por favor, en realidad no pienso eso de ti.

—¡Por supuesto que lo piensas! —interrumpió, cada vez más juguetón—. Te salió del alma, no hay más.

—Bueno, a veces lo pienso.

Él soltó una sonora carcajada, mostrando sus dientes blancos y perfectos.

—Está bien, no hay bronca, pero eso de galán de pacotilla me dolió ¿eh? Y no soy tan egoísta como crees.

—Es que a veces te pasas.

—Bueno, vamos a hacer un trato. Tienes que decirme que soy el más galán del mundo cinco veces, si quieres que en verdad te perdone —propuso atragantándose de la risa.

—¿Qué?, ¡tú sí que estás operado del cerebro!

—¿Otra ofensa?

—¡Ay, ya!, ¡otra cosa por favor! Te limpio tu cuarto todos los días, lavo el coche

pero ¿eso?

—No, es eso o nada.

—Ya sé, ¡te presto una lana!

—Eso o nada. Lo que me dijiste estuvo gacho hasta la ma...

—¡Shhh! —chisté—. No digas groserías. Está bien, está bien.

—Pero mirándome fijamente a los ojos, si no, no vale —recalcó.

Me preparé, mentalmente, para la humillación a la que iba a ser sometida. Levanté la cara y me topé con su ansiosa mirada.

—Eres el más galán del mundo, eres el más galán del mundo, eres el más galán del mundo, eres el más galán del mundo, eres el más galán del mundo, ¿listo?

—No, no tan deprisa. Otra vez.

Repetí las frases de manera más pausada.

—¡Listo! —gritó jubiloso—, ¡estás perdonada! —Y me dio un apretón, aún carcajeándose—. Neta, vas a necesitar limpiar mi cuarto también.

—¿Qué te pasa?, tratos son tratos.

Mamá había estado escuchando todo desde la cocina.

—¡A cenar!, «el más galán del mundo y diva» —interrumpió—. Antes que lo olvide, vamos al baño a cambiar tus vendas y a desinfectarte las manos. Tómate tu antibiótico.

Bernardo y yo nos pusimos de pie y chocamos las manos, con extrema precaución.

Me dejé mimar por los cuidados maternos cuando me quitaron las vendas, como a una criatura, era delicioso. Mis manos parecían haber salido de una película de terror; estaban moradas, hinchadas y resaltaban a la vista los hilos negros con los que me las habían cosido. Mi mamá disimuló su sorpresa. Una vez concluida mi curación, me ayudó a quitarme la ropa para bañarme y nos pidió, a mi hermano y a mí, que nos vistiéramos decentemente para cenar. Eso me extrañó, pero me fui a arreglar.

Aquella noche fue de las más hermosas que pasamos en familia. Bien dice el dicho que, después de la tempestad, vuelve la calma.

Mi padre llegó muy contento, con la noticia de su nuevo ascenso en el trabajo. Revisó mis manos al llegar. Había comprado comida japonesa, de nuestra favorita, y mamá le dio un obsequio de parte de toda la familia. Era un reloj de pulso suizo que él había estado deseando comprar desde hacía mucho tiempo, pero ni de cerca le alcanzaba el dinero para pagarlo, así que mi madre decidió regalárselo, con nuestros ahorros.

Mi papá se emocionó demasiado al abrir la caja y, de un jalón, sentó a mi madre en sus piernas y le plantó un beso apasionado en la boca, delante de nosotros. Bernie y yo nos volteamos a ver, incrédulos. Mi madre se arregló el cabello y las ropas y se puso de pie como un resorte. Seguía siendo la misma de siempre.

Abrimos una botella de vino para festejar. Entre mi padre y mi hermano se bebieron las tres cuartas partes, casi de un tiró. Debido a mi tratamiento con

antibióticos, yo ni siquiera la probé, pero me decidí por tomar una copa con agua para brindar por el trabajo de mi padre, por el de mi madre, por el mío, por la carrera profesional de mi hermano, por la familia, los nietos que aún no llegaban, ¡por la vida! Ni siquiera nos acordamos del catastrófico evento de la noche anterior. Estábamos eufóricos. Mi padre venía esperando este ascenso y ganandoselo a pulso desde hacía cinco años. Mi hermano abrió otra botella.

Me adelanté, sin esperar a que se le subieran a mi papá los tragos a la cabeza, aproveché para pedir perdón una vez más.

—Papi —me acerqué a él apenada—, ¿puedes perdonarme por lo que te dije ayer y por haberles mentido a ti y a mamá?

—¡Hija! —respondió jalándome hacia él y abrazándome—. Ya no lo recordaba.

Yo era la menos indicada para irme a dormir, pues no tendría que levantarme temprano al día siguiente para ir a trabajar, pero me punzaban las manos y algo más, algo en el corazón me tenía inquieta: mi abuela.

Aquella noche oré como pocas veces, dándole gracias a Dios por esta transformación que empezaba a sentirse dentro de mi familia, porque me hubiera dado tantas cosas y porque quizás no había sido tan malo el desenlace que había ocasionado con mi revelación.

A las siete y media de la mañana del día siguiente, sonó el teléfono. Era Lucía.

—¿Cómo sigues, *my friend*? —me saludó.

—¿Qué onda contigo? —contesté adormilada—. Son las siete y media, *my friend*.

—Ya lo sé, pero quiero si has mejorado. Ayer te llamé al celular.

—Sí, ya sé, pero estaba en casa de nana Angelita y ya sabes que no contesto mientras estoy con ella.

—¡Ahhh!, tu abuelita, ¿cómo está?

—No tan bien como siempre. Tiene la presión alta y le recetaron varias medicinas para la tos.

—¡Pero ella es invencible!

—¡Pero ya tiene setenta y tantos años!

—La voy a ir a visitar y le voy a llevar una caja de esos jamoncillos de leche que tanto le gustan.

—Ella va a estar encantada, pero mejor llévale algo sin azúcar.

—Bueno, déjame pensar, ya se me ocurrirá algo más sano y menos sabroso. Por cierto, tengo que contarte muchas cosas, ¿te habló ayer Daniel?

—¡Con que tú fuiste la chismosa que le dijiste que yo estaba convaleciente!

—No, no es lo que parece. Es que me lo encontré en el gimnasio y, pues, se lo platicué.

—¿Todo? —Alcancé a hablar con un hilo de voz.

—No, no mucho. Ya sabes, versión corta, que te caíste de frente en el antro; bla, bla, bla.

—¡Oh, no!, ya van tres versiones, la de casa de mi abuela que describe mi madre,

nuestra historia corta dentro del antro y la verdadera, ¡ya no se ni a quién le voy a decir cada adaptación de los hechos!

—A los amigos de tus papás y familiares, la de tu madre y a los demás la versión corta. La larga solo la sabremos tú y yo, y creo que la bruta de Nuria.

—¿Qué?, ¿cómo? Pero si estuvo inconsciente la mayor parte del tiempo.

—Pero alguien le dio su versión, el guarro del Joaquín. Oye, creo que Daniel aún te quiere, ¿eh?

—Pues qué mal por él, porque yo no lo quiero ni como conocido. ¿Cómo sabes lo de Joaquín?

—A ver, a ver, me imagino que vas a estar en tu casa, ¿no? Te caigo al rato para que me cuentes de este Romeo que se te apareció de la nada y para detallarte estos asuntitos sobre Nuria. Me llamó ayer.

—Está bien. Vente para acá —acepté.

—¿Ya desayunaste?

—¡Claro que no!

—Perfecto. Te voy a llevar unos tamales y un atole ¡de miedo!

—Okey. Aquí te espero.

Me incorporé, salté de la cama y, justo al salir de la recámara, me topé con mis padres y hermano, quienes tenían mucha prisa por partir a sus labores. Uno se bañaba, otro bebía café y mi madre se peinaba y se acomodaba el cabello con la secadora. Todos tenían dolor de cabeza y una cruda impresionante.

Eché un rápido vistazo a la mesa del comedor para descubrir que estaba hecha un asco; llena de platos con sobras de comida, copas medio llenas, migajas por aquí y por allá. Me dio asco.

—¿Te puedes quedar hoy sola? —me preguntó mi mamá apagando el secador de pelo para que pudiera escucharla—. Tengo que aplicar exámenes. No te apures por el cochinerero, Doña Jovita viene a limpiar al rato. Cualquier cosa que necesites, me llamas.

—Mamá —musité con miedo—, Lucía me quiere venir a ver, ¿te importa?

—Ya habíamos hablado de eso Zyanya —respondió, endureciendo las facciones—. No vuelvas a lo mismo.

—¡Pero ella me salvó la vida llevándome al hospital! —chantajeé con cara angelical—, ¿lo olvidas?

Mi madre me volteó a ver, conteniéndose para no vociferar, y recapacitó unos segundos.

—Me la despachas rapidito —suspiró.

—Gracias, mamá.

Sentí un gran alivio. Me despedí de todos, me cambié como pude y esperé a mi amiga.

Conocí a Lucía a la edad de seis años; habíamos estudiado en la misma escuela desde primero de primaria pero no nos llevábamos para nada, cada quien tenía su

grupo distinto de amistades. Desde pequeña, era graciosa y líder, y me caía bien. Sus dos padres eran gente humilde y trabajaban para procurarse el pan de cada día; tanto ella como uno de sus hermanos estaban becados en los estudios. En total eran cinco hermanos. Lucía, la tercera.

Cuando ingresamos en la secundaria, su padre había tomado un puesto en una empresa de importaciones, de dudosa procedencia. El señor tenía fama de ser honrado, como pocos, e incorruptible. Sin embargo, poco a poco, se fue enrolando en la forma de trabajar de sus jefes y le empezó a gustar el dinero fácil. Ya para primero de preparatoria, Lucía se había cambiado de casa a la colonia Roma, una de las más antiguas de la ciudad que habían sido de abolengo en otras épocas. Su casa era una mansión inmensa.

En un abrir y cerrar de ojos, unas flamantes camionetas del año, manejadas por chóferes, llegaban a recogerla a la escuela. Todos nos quedábamos boquiabiertos. Por supuesto, no faltó la amiga interesada que quisiera empezar a juntarse con ella por su dinero, pero Lucía no era tonta, su amiga de toda la vida era Nuria y decidió seguir llevándose exclusivamente con ella.

Dos años más adelante, en tercero de prepa, me las topé a ambas por un capricho del destino y, desde entonces, hicimos una buena amistad.

Como sus padres ya se sentían pertenecientes a la alta sociedad mexicana, habían obligado a su hija a estudiar en la Universidad Iberoamericana, se habían mudado a vivir a un penthouse en Polanco y nos veían a Nuria y a mí como un par de pulgas venidas a menos. A pesar de todo, Lucía nos seguía procurando, aunque tenía nuevas amistades de la universidad y frecuentaba lugares caros y sofisticados en la misma colonia Polanco, la Condesa y Santa Fe. Todo indicaba que ella era la única en su familia que no había dejado de ser auténtica y tampoco se había olvidado de sus raíces.

El timbre sonó. Me apresuré a abrir la puerta. La muchacha de servicio y Lucía llegaron al mismo tiempo.

—A ver, a ver, —me saludó Lucía— sube la manita y di: «Tengo manita no tengo manita, porque la tengo desconchabadita».

Solté la carcajada y la abracé.

Doña Jovita se espantó tanto al verme las manos en tal estado, que casi se pone a llorar. Después de explicarle la versión corta de lo que me había sucedido, ella se tranquilizó un poco y me tendió una lista interminable de plantas y tés curativos, mismos que debía mezclar con miel de abeja, para que me los aplicara. Ella misma se comprometió a traerme la sábila a la mañana siguiente, de pasada hacia su otro trabajo.

Lucía y yo nos sentamos a comer esos aromáticos y deliciosos tamales, calientitos y recién hechos.

—Ahora sí, ¡cuéntamelo todo! —me reclamó a la espera de que le narrara la historia de Adrián.



Me solté hablando sin parar, explicándole todo, con puntos y señas; desde los mensajes dirigidos a los dos celulares, hasta el momento en que él se despidiera de mí con la mano, afuera de los Bísquets de Obregón. Doña Jovita, fingiendo que iba y venía mientras hacía su quehacer, aguzaba los oídos con una sonrisa pícaro en los labios.

Lucía no podía concebir una historia más romántica que la mía. Suspiraba y me pedía, una y otra vez, que le describiera el tono de voz y el físico de Adrián.

—Amiga —susurraba, como hablando para sí—, este es tu príncipe azul. —Y empezaba a tararear la canción de la Bella Durmiente, poniéndose de pie y simulando que bailaba con un hombre alto y apuesto.

Yo me moría de la risa, a la par de que las risitas que Doña Jovita trataba de ahogar desde el cuarto de mis padres, se escuchaban hasta el comedor. A ratos, Lucía consultaba a la muchacha tras decir algo, lanzándole preguntas como: «¿Verdad, Doña Jovita?» o «¿sí o no, señora?». La señora se limitaba a asentir, dándole por su lado.

Mi amiga descubrió una foto, recientemente tomada, de los cuatro integrantes de mi familia. Estaba recargada sobre la pared de la sala.

—¡Déjame ver esa foto más de cerca para saborearme al papacito de tu hermano! —gritó, mientras se dirigía hacia la sala para agarrarla.

En cuanto la tuvo entre las manos, bromeaba observándola unos momentos, se la recargaba en el pecho y volteaba los ojos hacia el cielo.

—¡Cuñada!, ¿cuándo formalizamos esta relación? —expresaba con ojos soñadores.

—¡Ni Dios lo quiera!, es un mujeriego —le respondía divertida.

—¡No me importa! Lo prefiero compartido antes de dejarlo escapar. O ¿no está rechulo el hermano de mi amiga, Doña Jova?

—¡Eso sí que ni qué! —le respondía la señora a gritos desde el cuarto.

—¡Ya deja de decir tonterías! —expresé—. Ahora cuéntame de Nuria, ¿qué pasa con ella?

La diversión se terminó. Lucía regresó la foto a su lugar y se sentó, muy derecha, en la silla. Tomó una bocanada de aire y empezó a hablar.

—Pues, ¡está de la patada!, y me duele verla así. —Susurró bajando la voz para que la sirvienta no pudiera escucharla más. Yo me acerqué a ella—. Resulta que, no conforme con haber terminado como un bulto y de habernos metido a ti y a mí en gigantesco lío al habernos obligado a sacarla de ahí cargando, ahora nos echa la culpa a nosotras de su inconsciencia.

—¿Cómo?, —pregunté incrédula— ¿culpables de qué?

—Dice, la muy necia, que tú y yo fuimos las que, seguramente, le echamos algo en la bebida para que se atontara y le pudiéramos bajar a su galán, el tal Joaquín, ¿lo puedes creer?

—¿Qué?, ¡no, no lo puedo creer! —Solté un aullido—. Y ¿cómo puede asegurar

tal incongruencia si ni nos acercamos a ella en toda la noche?, ¿cómo pudimos haber puesto algo en su bebida? Cuando la hallamos, ya estaba en otra dimensión dentro del baño.

—Pues eso dice, pero eso no es lo peor. Quiere hablar con nuestros papás, a como de lugar, para explicarles la verdad de lo sucedido. Por supuesto, influenciada por su «amigovio», «novio» o como se le pueda llamar a ese engendro del mal.

—Ya está grandecita como para andar con esas bobadas, ¿no? Mi mamá la va a sacar de patitas a la calle, ¡no la quiere ver ni en pintura! —le reclamé, omitiendo que ella tampoco era bienvenida en mi casa.

—Pues quiere venir a decir dónde se encuentra exactamente el antro, cómo atentamos contra ella y no sé qué tantas más tarugadas. Me duele el alma que se deje manipular por ese patán y nos de la espalda a ti y a mí, sus amigas.

—Ni me lo hubieras platicado. Ya me pusiste en alerta.

—No te lo tomes así, es pura «boca floja», recuerda que «pero que ladra, no muerde». Lo que sí es que está idiotizada por este cuate y no lo piensa dejar.

—¿Le platicaste lo que hizo el asesino este?

—No, ¿para qué?, ¿para que diga que es mentira y que estoy celosa?

Sonó el teléfono. Era mi madre, cerciorándose que Lucía se hubiera marchado de la casa. Yo mentí asintiendo, simulé una sonrisa y colgué.

—Era mi mamá, viene por mí para llevarme a revisar las costuras al hospital —mentí.

—Entonces, creo que ya me voy. Que te mejores, Sandía.

—Gracias por todo —agregué.

—No tienes por qué. Para eso estamos las amigas, ¡hasta luego, Jovita! —se despidió alegremente y salió del departamento, azotando la puerta.

El resto del día recibí llamadas de mis compañeras de la oficina, quienes hablaban para ver cómo seguía. La propia Carmina me llamó, personalmente, indicando lo mucho que hacía falta en la oficina. Hablé con Miriam, con Adriana y con Karla. Prometí estar de regreso el lunes en el trabajo.

También me llamaron Ivette y Gabriela, las «nerds», explicándome que mi mamá les había informado acerca del accidente y que estaban preocupadas por mí. Les indiqué que todo estaba mejorando y que yo las buscaría cuando estuviera recuperada.

El mismo Daniel no se hizo esperar y marcó mi número para preguntarme si ya había recibido las flores. Le di las gracias y percibí que me quería decir algo más. Lo escuché desinteresadamente. Cuando la cursilería empezó a desbordarse, la llamada se cortó como por arte de magia. De inmediato, sonó de nuevo el teléfono.

—No quiero nada contigo. —Solté sin estar segura de quién llamaba.

Hubo un silencio. Esperé una reacción, más no la escuché. Cuando estaba a punto de colgar el auricular, una voz me detuvo.

—¿Zyanya? —Escuché del otro lado. Súbitamente, reconocí la voz de Adrián.

—¿Bueno?, ¿quién habla?

—Zyanya, soy Adrián.

La adrenalina me invadió la cabeza en segundos.

—Adrián, ¿cómo estás? —saludé frenética.

—Bien, ¿estás ocupada?, ¿por qué dices que no quieres nada conmigo?

—No, no... no era para ti —tartamudeé—. No estoy ocupada.

Me sentí la más torpe del mundo, casi lo echaba todo a perder.

—¿Cómo sabías que estaba en mi casa? —continué.

—Porque llamé a tu trabajo y me dijeron que estabas de incapacidad, ¿te encuentras bien?

—Sí, más o menos. Tuve un accidente.

—No lo vas a creer pero lo soñé, soñé contigo la noche del domingo. Te lastimabas las manos terriblemente, con unos cristales.

Pegué un grito de terror.

—¿Qué sucede?, —preguntó preocupado— ¿es eso?, ¿tienes las manos heridas?

—Sí.

—¿Puedo verte?

—No lo sé, no puedo manejar y estoy castigada.

—Yo paso por ti, es lo de menos —interrumpió—. Dame tu dirección.

—Y, ¿no estás trabajando?

—Por supuesto, de aquí te estoy llamando, de mi oficina. Puedo pedir permiso a mi jefe para salir un par de horas. No puedo dejar de... de pensar en eso... de pensar en ti.

Mi corazón se paralizó por la sorpresa y se retrasó por un lapso de dos latidos. Las manos empapadas de sudor me chorreaban por los nervios; cerré los ojos inundada de ilusión de arriba abajo, no podía decirle que no al amor de mi vida. Según mi percepción, me estaba empezando a confesar que él también había estado pensando en mí, ¿podía existir en verdad algo así sin que fuera un cuento de hadas? Me repuse del asombro, tan pronto como pude.

—Bueno, si quieres podemos tomar un café en alguna parte, cerca de aquí —dije emocionada.

—Quiero llevarte a un lugar, ¿te importa? —sugirió.

—No, al contrario, me encantaría.

—Perfecto. Salgo para allá.

Le di mi dirección y le expliqué cómo llegar. Él trabajaba en una colonia cercana y eran las once de la mañana, a esa hora no había mucho tráfico. Tardaría unos veinte minutos en llegar.

Opté por dejar mi celular en casa, en caso de que me buscara Daniel, y me puse de acuerdo con Doña Jovita para que le dijera a mi madre que estaba dormida, por si llamaba por teléfono.

—¡Que nos perdone el Santísimo! —exclamó espantada—. Señorita Zyanya,

¿cómo le voy a mentir a la patrona?

—Por favor, Doña Jovita, te lo ruego —le imploré juntando las manos como si estuviera rezando—. Solo por esta vez, es el chico más perfecto que he conocido en mi vida.

—Mejor no contesto a *nadien*.

—¡No!, porque va a sospechar. Diga eso por mí, se lo imploro.

Tras mucho insistir, Jovita asintió con recelo. Le pedí que bajara de inmediato a limpiar las manchas de mugre pegadas en el timbre de la calle. Me apuré a hacer mi rutina de limpieza personal, peiné mi cabello con cautela, para no lastimarme; maquillé mi cara tenuemente, me perfumé y me vestí de manera casual. Llamaron a la puerta.

Respiré profundamente, una y otra vez, antes de abrir la puerta. Volvieron a presionar la campana. Abrí la puerta y ahí estaba él, tan irresistible como la primera vez, vestido con un traje color gris oscuro. Debajo de este, se distinguía una camisa azul claro y una corbata de un azul más intenso. Adrián estaba divino.

—¡Hola! —lo saludé y él se acercó para darme un beso en la mejilla. Identifiqué su olor de inmediato. Enseguida, bajó la vista para observarme las manos y se puso muy serio. No decía una sola palabra.

—¿Nos vamos? —inquirí.

—Sí, por favor. —Pareció salir de su estado de *shock*.

Bajamos las escaleras, una a una, cuidadosamente. Él, llevándome tomada del brazo.

Me abrió la puerta de su Golf color negro y yo me subí encantada. Cuando cerró, pude percibir su aroma concentrado en todo el interior, hasta en las vestiduras de los asientos. Inspiré intensamente. Subió veloz del otro lado y se abrochó el cinturón de seguridad. Me miró de golpe, para quedarse estupefacto.

—¿Te sucede algo? —pregunté intrigada por su insólito comportamiento.

—Es que estoy sorprendido por lo que ocurrió. Tenemos una conexión muy extraña. Las manos... ¿te duelen?

—Un poco menos a estas alturas. Me quitan las puntadas el jueves por la mañana.

—Quiero que me platiques, exactamente, qué fue lo que aconteció. Si quieres, cuando lleguemos al café, ¿te parece?

—Me parece.

—Te ves tan tranquila —sonrió.

Comprendí que él no había vivido experiencias esotéricas, ¡estaba más que espantado! Ahora, yo estaba muy confundida, porque no sabía por dónde iba la cosa; si había estado pensando en mí porque le había gustado o porque estaba impresionado ante tal coincidencia.

Durante el trayecto, conversamos sobre su trabajo y otros temas cotidianos. A ratos, comenzó a ser él nuevamente y volví a amar aquella espléndida sonrisa que me bloqueaba la respiración. Le gustaba escuchar todo tipo de música y saltaba de una

estación de radio a otra cada que terminaba una melodía. Al final, prefirió poner un disco compacto de música rock en inglés.

Llegamos al Parque España, en la colonia Condesa, y él se detuvo en una pequeña cafetería, situada en una esquina. Le entregó las llaves al *valet parking* y, caballerosamente, abrió la puerta de mi lado, agarrándome del brazo, para ayudarme a salir. Nos sentamos en una mesita, instalada en la calle.

—¡Qué bonito lugar! —afirmé encantada.

—Es mi café predilecto —confesó.

Pidió la carta al mesero, quien parecía conocerlo, y este se la entregó ágilmente. Adrián se quitó el saco y lo colocó en el respaldo de la silla. No podía dejar de observarlo discretamente, así como tampoco podía dejar de echar rápidos vistazos al grafiti que me sonreía, justo en la puerta corrediza de un negocio, del otro lado de la calle.

Yo ordené un capuchino y, por recomendación suya, un pastel de naranja. Él pidió un café americano y una tarta de frutas. Le devolvió la carta al mesero.

—Ahora sí, mujer, soy todo oídos —exclamó poniéndose cómodo y recargándose en el respaldo de la silla.

—No sé si debo contarte esto —me justifiqué apenada.

—Por favor —me rogó en voz baja acariciando mi brazo. Los bellos de mi extremidad se pusieron de punta al instante.

Comencé a relatarle la historia a partir de aquel viernes, en el que había ido al cine con mis amigas, procurando no omitir un solo detalle. Le revelé que esa había sido la primera vez que había observado el grafiti y que había recibido los mensajes.

Él me escuchaba muy atento, con los brazos cruzados sobre el pecho, y casi no gesticulaba. Le mostré el diseño del singular grafiti a sus espaldas y volteó a observarlo, con poco interés. Narré lo de los tres chicos en el centro comercial, le describí a mi abuela, le hablé de Violeta, sin perder una pincelada de lo que había vivido ahí. Fue justo cuando empecé a hablar de este tema cuando, incrédulo, abrió la boca. Primero, me escuchó, casi sin respirar, para después lanzarme varias preguntas, dejándome claro que dudaba que existieran ese tipo de sucesos. Me exasperé un poco.

—¿Por qué no puedes creer en la energía, en la magia, en seres iluminados con dones especiales? —lo cuestioné abiertamente.

—En la energía por supuesto que creo. La energía lo es todo, pero eso de que tu misión sea descifrar unos grafitis que te llevarán a la clave para salvar al planeta, ¡me parece de lo más absurdo!, con todo el respeto que me mereces.

—Y ¿cómo es que me creíste cuando te llamé por teléfono y accediste a verme?

—Eso es distinto. Un hombre jamás se va a negar a una cita con una mujer, a menos que esté loco. Eso de los mensajes escritos tiene una explicación lógica, quizás tú me los enviaste para ver quién era yo, o yo que sé.

—¿Qué estás diciendo?, —expresé indignada— ¿cómo iba yo a saber tu número telefónico? Si tú mismo comprobaste, en mi carpeta de entrada, que los mensajes

provenían de tu celular, ¿cómo es que te prestaste a salir conmigo, entonces?

—Porque me gustó tu atrevimiento, y tu voz.

Me di cuenta de que éramos dos seres completamente distintos, que no teníamos algo en común y que esto iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba. ¡Claro!, ¿cómo iba a ser tan fácil encontrar a tu media naranja? Solo una ingenua como yo lo podría haber creído.

—Entonces, déjame entender lo que estás diciendo —continué consternada—. ¿Crees que yo inventé una serie de patrañas para conocerte, a pesar de la evidencia que tú mismo observaste?

—No sé qué creer, Zyanya, quisiera que me platicaras qué fue lo que te sucedió para haber sufrido un accidente tan aparatoso —insistió.

—¿Cómo sabes que fue aparatoso?

—Porque lo estoy viendo —argumentó, posando su mirada sobre mis manos hinchadas.

Cavilé unos instantes sobre qué versión narrarle, si la corta o la verdadera. Como era escéptico, en la vida creería la historia corta, así que me explayé describiéndole con punto y señas la interpretación real. Conforme me iba escuchando, suspiraba en momentos, o negaba con la cabeza, como signo de reprobación. Me sentí apenada al confesarle que había sido en extremo complaciente con Nuria, al grado de haber puesto mi propia vida en peligro. Me preocupó lo que fuera a pensar de mí, saliendo a escondidas de mis padres, con unos completos extraños; pero su reacción fue aún más allá de lo esperado.

Se aclaró la garganta y se aproximó, mirándome directamente a los ojos, con un gesto en el rostro que hasta entonces yo desconocía. Me intimidaba su reacción hasta lo más profundo.

—Estás mal, ¿sabes? —me reprendió seriamente—. Muy mal. Tu manera de actuar es alarmante. No comprendo cómo puedes llegar a ese grado de inconsciencia, preocupando a tus padres y a tu hermano hasta ese extremo. Ya no eres una adolescente.

El encantamiento se me vino a los pies y me contuve para evitar empezar a berrear como una chiquilla. Parecía que lo había arruinado todo por no haber querido mentirle. Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras lo escuchaba, callada y arrepentida, con ganas de borrar de mi vida aquella noche fatal y nunca más tener que ver las cicatrices en mis manos que me recordarían aquella desgracia por el resto de mi vida.

—No concibo cómo no tuviste la voluntad de decir «no» en cuanto te diste cuenta de que los tipos estos venían ebrios y drogados. Debes quererte a ti misma antes que a cualquier persona en este mundo. Tú no eres como para estar en ese tipo de conflictos y con ese tipo de personas; por lo que platicas, me parece que tienes más educación y clase que tus amigas, sin necesidad conocerlas. La clase no se compra con dinero, se trae en la sangre. Si ellas están dispuestas a esto, te sugiero que te vayas separando

poco a poco, y buscando nuevas amistades.

Él callaba a momentos, reflejando preocupación en el rostro y manteniendo el ceño fruncido. Cuando me traspasaba con los ojos, yo bajaba la mirada y observaba mi taza de café, sorprendida ante sus duras palabras. Sentí como si mi padre me estuviera reprendiendo y empecé a tragar saliva, apresuradamente. No podía darle un trago a mi capuchino porque las manos me temblaban, y me daba vergüenza derramar el líquido sobre el plato y hacer tan evidente mi nerviosismo.

—¿Por qué no huiste de ese antro de mala muerte en un taxi? Te hubieras ido de ahí de inmediato, ¡te podría haber sucedido algo peor!, ¿qué tal que estos pelados las violan a las tres?

Corté la respiración y abrí los ojos mirándolo sorprendida. Tan solo de imaginar la imagen de la violación me causó náuseas.

—Voy al baño —hablé con un hilo de voz.

Me puse de pie, tambaleante, y me dirigí a los sanitarios, sintiéndome vulnerable e indefensa al extremo. Este extraño me había dejado desarmada con tan solo dos o tres estocadas en lo más hondo de la conciencia. Además, él tenía toda la razón del mundo, y yo no podía refutarlo en algo.

Caminé nerviosamente, de un lado a otro, dentro del tocador, sin saber si huir de ahí por otra puerta o seguir escuchando la perorata que Adrián me estaba dirigiendo. «Pero ¿cómo es posible que se me haya ocurrido decirle esto a un chico con el que he salido una vez en mi vida?», pensaba para mis adentros. «Solo a una tonta, como yo, le puede suceder algo así».

Salí del baño y me dirigí a la mesa donde Adrián me esperaba haciendo una llamada por su celular. En cuanto advirtió que me aproximaba, le susurró algo a la persona con la que conversaba y colgó el teléfono. Nos quedamos callados unos minutos mientras yo tomaba unos sorbos de mi tibio café. Él rompió el silencio.

—Te hubieras quedado en tu casa y no tendrías así las muñecas.

Me vino a la mente la imagen de mi padre diciéndome exactamente lo mismo y reaccioné.

—Y tú, ¿quién crees que eres para hablar así de mí y de mis amigas? —reclamé—. Ni siquiera me conoces, me has visto una sola vez en tu vida, ¡no puedes juzgarme de esa manera! Tú también eres un extraño para mí.

—No, la verdad es que no sé quién eres y yo soy un desconocido para ti, pero tus acciones me están afectando de manera inexplicable y no lo voy a soportar más.

Escuché cómo un vidrio se quebraba en mi mente; era el castillo de cristal que yo había construido al lado de Adrián, el mismo que se estaba derrumbando a pedazos ante mi atónita mirada.

—Eso me pasa por confiar en ti —refuté—. Creí que éramos amigos.

Guardó silencio. Le pidió la cuenta al camarero y pagó. Bajé la vista y encontré mi pastel de naranja intacto.

—Eres una mujer extraordinariamente atractiva y tienes una energía muy positiva

—continuó mientras tomaba su saco del respaldo del asiento y se ponía de pie—. Me da pena que te quieras autodestruir de esta manera. No somos amigos, apenas si nos conocemos.

Esto último fue una bofetada de desilusión. Adiviné que esta sería la última vez que yo mirara su hermoso rostro y escuchara su encantador tono de voz.

Adrián esperó a que yo me parara de la mesa para irnos. Sin mirarlo, me apeé y caminé hasta la banqueta. Mi respiración era entrecortada y quería llegar a casa lo antes posible para sollozar amargamente mi derrota. Ambos subimos al auto de un solo movimiento. De regreso, no cruzamos palabra alguna; advertí que él manejaba a mayor velocidad y estaba molesto. En cuanto llegamos a mi casa, se bajó y abrió la puerta de mi lado y yo brinqué fuera de ahí como un resorte. Volteé a verlo por última vez.

—Gra... gracias por todo —murmuré, esta vez, atreviéndome a observarlo a los ojos.

—Por nada —espetó secamente.

Me escabullí por las escaleras de mi edificio. Escuché cómo arrancaba su auto y se alejaba velozmente.

Caí sentada como un saco de patatas sobre las escaleras del segundo piso y empecé a chillar sin importarme que los vecinos lo notaran; empapé mis vendas con las lágrimas. No hallaba consuelo por ningún lado hasta que recordé a Violeta y apuré mis pasos escalones arriba, hecha un mar de lágrimas, para buscar alivio en sus consejos.

Apenas entré a casa, Doña Jovita se quedó como estatua al hallarme en tal estado. Me seguí de largo y cerré mi habitación de un portazo. Encontré rápidamente la tarjeta y marqué el teléfono. Violeta contestó.

—¿Violeta? —confirmé a sabiendas de que era ella. Su voz melodiosa era inconfundible.

—¿Zyanya? —me reconoció de inmediato—, ¿estás bien?

—No. —Respondí con la voz temblorosa por el llanto—. Han pasado muchas cosas en estos días y me siento mal. Tuve un accidente el domingo por la noche, y ahora... quiero decirte que yo creo que... no soy la indicada para esta tarea; tengo muchos problemas desde que todo esto empezó; siento que me voy a volver loca y quiero regresar a ser la persona normal que era antes de que este torbellino me sacudiera.

—No sé a qué es a lo que le llamas «ser normal» —respondió serena—. Si eso quiere decir que te consideras una persona común y corriente que nace, crece, se reproduce y muere sin dejar huella en este planeta, debes razonar que estás equivocada. Comienza por escucharte y te comprenderás mejor. Además, yo no dije que esta empresa sería fácil, si así fuese, cualquier individuo en la tierra, con ciertas características, podría llevarla a cabo. Las grandes personas van forjando su carácter y tesón gracias a los golpes de la vida; toman las experiencias negativas como un



aprendizaje para salir adelante y fortalecer su espíritu. Tú aún eres muy joven y podrás cometer algunos errores, pero en tu línea de vida ya todo está trazado; no hay forma de que lo puedas evitar, las oportunidades se te seguirán presentando, las quieras ver o no. De ti depende sacarles el provecho que debes en esta dimensión. Si las ignoras, tu círculo quedará inconcluso y esta experiencia se repetirá una y otra vez a lo largo de tus siguientes existencias, quizás no con la lucidez y las altas probabilidades que tienes de lograrlo en esta encarnación.

No me explicaba cómo era que yo comprendía todo a la perfección cuando ella hablaba. De haber sido otra persona, estoy segura de que no hubiera podido hilar ni la mitad de sus palabras.

—Tengo roto el corazón, acabo de echar a perder todo con el chico del que me quería enamorar —estallé en llantos.

Ella rio como una campanita.

—Has echado a perder nada en absoluto —me animó—. Este chico es tu opuesto, como el blanco y el negro, son el ying y el yang, se complementan, se necesitan el uno del otro. Tú misma eres dualidad, ya te lo dije. Él será tu mano derecha en esta empresa y tú la suya. Simplemente está deslumbrado, eso es todo. Ha perdido ese contacto con lo espiritual, que es lo que tú aún conservas e imanas de pies a cabeza. Él volverá.

—¡No creo!

—Aunque no lo creas. Solo piensa en la manera en la que llegó a ti. Tú lo buscaste porque creíste en lo increíble, no cualquier ser humano tiene fe de esa manera.

Me quedé en silencio, analizando sus palabras.

—No puedes darte por vencida —continuó—; no ahora que la cadena de eventos ya se desató. Sigue adelante. Cuentas conmigo cuando lo necesites, aquí estaré.

—Gracias, Violeta. —Quise decir que la quería, pero me pareció de lo más cursi y precipitado—. ¿Por qué dices que soy dualidad?

—Gracias a ti. Porque hay otra parte de ti que es imprescindible que halles.

—No comprendo muy bien, pero...

—Lo entenderás a la perfección cuando llegue el momento, ¿tienes otra pregunta?

—Volviendo al tema, ¿este chico de tez blanca es del que me voy a enamorar perdidamente y me va a hacer sufrir?

Ella volvió a reír musicalmente.

—No lo sé, no quiero que te sugestionen. Tú ya lo sabes.

—Bueno, gracias de nuevo. Nos vemos.

—Nos vemos. Tranquila.

En cuanto colgué el teléfono, escuché que llamaban a mi puerta. Parecía que Doña Jovita se había enterado de toda mi conversación. Abrió, sin esperar a que yo respondiera, y me observó silenciosa, con cara de culpabilidad. Le sostuve la mirada y ella se sentó a mi lado, encima de la cama.

—Niña, ¿qué es lo que le sucedió? —preguntó preocupada.

—No estoy de humor para platicar, Jovita, otro día sería mejor, ¿llamó mi mamá?

—No, *nadien* ha llamado.

Se puso de pie, cuidadosamente, y salió de mi cuarto caminando despacio. La percibí afligida.

Los siguientes días pasaron sin novedad. Recibí algunas llamadas y me vinieron a visitar Ivette y Gabriela con una caja de chocolates, un peluche y dos cartitas. A partir de ese momento, dejé de apodarlas como las «ñoñas». Estuve en contacto con mi abuelita, quien ya estaba mejorando poco a poco, pues bromeaba por el auricular como antaño y se escuchaba activa como siempre.

El jueves acudí puntual a quitarme las costuras con un médico de la familia. Las cicatrices aún estaban muy llamativas, pero me unté miel pura de abeja y la sábila que Doña Jovita me había llevado, esperando que las cortadas no fueran tan notorias en unos cuantos meses. Ya no me punzaban tanto las manos.

El lunes me presenté a trabajar con gran entusiasmo. Todas ahí me recibieron amablemente; me vi obligada a narrar, en tres ocasiones, la versión corta de lo acontecido, pues mis compañeras de trabajo no dejaban de asombrarse ante tal carnicería.

Tomé mi lugar que, en el fondo, ya extrañaba. De inmediato, me percaté de que me esperaban mil y un pendientes de la semana anterior: citas por confirmar, papeleo, minutas por capturar y repartir, llamadas, etcétera. Carmina me pidió que dibujara el boceto para la nueva imagen de la caja de una conocida marca de pañales, y me sentí honrada. Con suerte y mi diseño sería el siguiente en estar en los escaparates de todas las tiendas.

A la hora del almuerzo, Miriam y Adriana me invitaron a un lugar de comida corrida, cerca de ahí, en donde te servían los tres tiempos: sopa, guisado y postre, más agua de frutas por tan solo treinta y cinco pesos. Acepté y nos fuimos caminando. Respiré profundamente el aire de la ciudad y me supo a libertad, después de haber estado encerrada por tanto tiempo en casa.

Llegamos a un pequeño local, repleto de gente. No sentamos en una mesita de metal, ubicada en una esquina, que tenía puesto un mantel sencillo, de color blanco. Después de que mis compañeras demandaran, una vez más, que les narrara los pormenores acerca de mi accidente, continuamos conversando de trivialidades, al mismo tiempo de que comíamos.

—¡Nombre, amiga! —le decía Miriam a Adriana—. No sabes cómo nos la pasamos el sábado por la noche después de que te marchaste.

«No sabía que salieran juntas los fines de semana, ¿a tanto había llegado su relación?», pensé.

—¿Qué pasó?, ¡cuéntamelo todo! —Soltó Adriana intrigada.

—Pues que el cuate este, Jorge, me quiso plantar un beso y me hice del rogar. —Continuó Miriam muy sonriente.

—¡Cómo crees!, ¿a estas alturas del partido y te pones tus moños?

—Oyeme, pues ¿quién crees que soy o qué?, ¿una facilona?

Adriana soltó tremenda risotada, a la que hicimos eco Miriam y yo.

—¡Ay, bájale!, la muy santurrona, ¿no? —continuó Adriana en tono de burla.

—Pues sí —respondió Miriam—. Aunque sea hay que hacerlos esperar para la segunda o tercera vez que sales con ellos si quieres que te tomen en serio. Si te dejas llevar, ¿qué esperas después?

—Tienes toda la razón, mi inteligente amiga. Con los hombres hay que andar con mucho cuidadito, ya sabes. Los buenos partidos, de nuestra edad, ya están escogiditos, así que hay que aprovechar toda ocasión.

—¡Tampoco! —se quejó nuestra compañera—, ¡ni que estuviéramos tan viejas!

Yo me divertía a mis anchas escuchándolas.

—¿Y tú? —me sorprendió Adriana—, ¿por qué tan callada?

—Pues... ¡no sé! —Respondí sorprendida.

—Es que tú no dejas hablar a nadie —prorrumpió Miriam.

—Bueno, pues ahora sí que se van a quedar mudas después de lo que van a escuchar —cuchicheó Adriana bajando la voz y acercándose a nosotras—. No saben lo que me acaban de contar. Lo que les voy a decir es verdadero, aunque no parezca, viene de una muy buena fuente.

Las dos nos aproximamos a ella. Miriam a jaló su silla para sentarse justo a un lado suyo.

—¿Qué?, ¿qué? —apuró su amiga—, ¡cuéntanos!

—Deben prometer que no se lo van a decir a nadie porque me va como en feria si se enteran que lo platicué.

—¡Lo prometo! —expresé intrigada.

—¡Lo prometo! —Fue el turno de Miriam.

—Muy bien. Pues resulta que el reventado de Emilio, mi hermanito, se fue de juerga este sábado. Como mis papás no están en México, podía regresar a la hora que se le diera la gana, así que les llamó a sus amigos y se pusieron de acuerdo. Eran en total cinco chavos: mi hermano, su íntimo, Rodrigo y otros tres más del club.

Adriana hizo una pausa y se aclaró la garganta, cerciorándose así, de que estuviéramos atentas a sus palabras, y continuó.

—Pues resulta que empezaron yendo a los típicos lugares de moda de la ciudad, ya saben, y en cada sitio se tomaban unos cuantos tequilitas, bailaban y se divertían. Según ellos, todas las chavas traían pareja, yo digo que son bien «lentos», pero bueno.

—¿Cuántos años tiene tu hermano? —indagué.

—¡Es un bebé de diecinueve! —soltó Adriana—, le llevo doce años, ¡ups!, ¡ya la regué! No se pongan a hacer cuentas, por favor.

Miriam y yo nos reímos de nuevo. En realidad, Adriana era bastante agradable fuera de la oficina.

—Mi hermano también tiene diecinueve —agregué.

—¡Capaz que se conocen!, ¿no? —exclamó—. Pero bueno, sigamos con lo del sábado. A eso de las tres de la madrugada, cuando ya estaban hartos de deambular por las calles sin encontrar viejas, terminaron en un antrillo que estaba en una esquina de Insurgentes Sur.

Empecé a sentir la sangre subiendo hasta mis sienes y pegué un brinco.

—¿Qué sucede? —me cuestionó Miriam, espantada.

—Nada, nada, sentí un piquete en la pierna —mentí.

—Entonces —continuó Adriana sin inmutarse—, cuando entraron al congal aquel, notaron que había un gentío arremolinado en una mesa echándole porras a un cuate que le estaba propinando una mega golpiza a otro. ¡Bueno!, dice Emilio que, del pánico que les dio, ¡hasta la jarra se les bajó! Se acercaron de metiches a ver y, para su sorpresa, el loco que iba ganando la pelea y ya estaba encima del otro, le estrelló un botellazo a este contra la cabeza dejándolo medio muerto.

Yo fingí que me espantaba y Miriam, asustada, se cubrió la boca con la mano. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero parpadeé rápidamente, tratando de disimular.

—Pero esperen, esperen. No todo terminó ahí. El maníaco de la botella, ¡se la enterró en el estómago al que estaba desangrándose tirado en el piso! El otro se retorció como culebra... hasta que se quedó bien quietecito.

Miriam se tapaba el resto de la cara, horrorizada.

—¡Nooo!, ¿cómo crees? —inquirió su amiga—, ¿no serán mentiras de tu hermano? Está difícil de creer.

—Oye, está bien que sea reventado, pero, no mentiroso. Mira que ¿inventar algo así? —Remató Adriana.

—¿No vería mal por tanto alcohol que traía encima? —insistió Miriam.

—¿A poco los cinco vieron lo mismo por borrachos?

—¡No puede ser! —chilló Miriam horrorizada.

—Así están los antros ahora —continuó Adriana—. Pero eso no es todo, después del desagradable suceso, todo mundo se fue a bailar y a seguir chupando como si nada.

—¿Estaban todos drogados o qué? —fingí.

—Yo me imagino que sí, ¡para tener esos alcances! Pues mi hermano y sus cuates salieron «hechos la raya» de ahí, no sin antes haber visto de reojo que, en una oficinita a la salida, el gorila del cadenero le daba una lana al matón, quien recibía los billetes con las manos aún ensangrentadas y los dientes brillándole como el marfil.

Se me cortó la respiración. Con la excusa de ir al baño por náuseas ante tal narración, me puse de pie y me encerré en uno de los cubículos a recobrar la compostura. Me senté en la tapa del retrete sosteniéndome con la pared. Tal y como lo había imaginado, la atracción de aquel lugar era ver cómo asesinaban a seres humanos y estaba atiborrado de clientes. No podía concebir lo que acababa de

escuchar. Salí del tocador, aparentando cordura, y volví a tomar asiento en la mesa. Ellas seguían dándole vueltas al tema.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó Miriam, asiéndome del brazo.

—Sí, gracias. —Respondí apresurada.

—Zyanita, perdón por hacerte pasar este mal momento, en verdad que no era mi intención, pero no las engaño. Eso fue lo que vieron mi hermano y sus amigos este sábado.

—¡Esto es para ir a denunciarlo! —profirió Miriam con el rostro más pálido que de costumbre.

—¿Cómo? —gruñó Adriana—, si ni siquiera se acuerdan en dónde está ese apestoso sitio.

—Pues alguien tiene que actuar para que las autoridades se hagan cargo de eso —insistió Miriam alarmada—. Los homicidas deben estar tras las rejas. ¿Cómo es que tu hermano te dijo que apodaban al loco este que le enterró la botella al otro?

—«Chacal».

El resto de la tarde, la pasé recordando a ratos lo que había escuchado a la hora de la comida, con un gigantesco nudo en la garganta. No pude concentrarme en otra cosa y no quería ni pensar a cuánta gente había linchado Joaquín a esas alturas. Me sentí su cómplice por no haberlo reportado en aquella velada de pesadilla.

Dieron las siete de la noche; no podía más con el cansancio. Dejé uno que otro pendiente para el día siguiente y salí de ahí para fugarme a casa a descansar.

Cuando llegué, noté que todavía nadie había regresado. Me quité los tacones y las medias en la sala, aventé mi bolso de mano y, justo cuando me acomodé en el sofá de la televisión, escuché un ruido proveniente de la cocina, parecía que alguien guardaba las ollas en el mueble. Se me electrizaron los pelos del cuerpo y me quedé muy quieta, hundida en el sillón. De pronto, una cabeza se asomó desde la cocina y reconocí a la muchacha de servicio de la casa.

—¡Jovita!, —grité— pero ¿qué es lo que hace aquí tan tarde?

—Ya mero me voy; señorita Zyanya, la estaba esperando porque quería hablar con usted. La miré muy triste el otro día y me quedé con pendiente.

—¡Ah, eso!, ya pasó, solo son cosas del corazón, no se preocupe.

—Sí me preocupo —insistió y permaneció pensativa unos segundos en busca de las palabras adecuadas para hablar.

—¿Qué es, Jovita? —la apuré—, ¿qué me quiere aconsejar?

—No, no es tanto aconsejarla, señorita Zyanya, es decirle la mera verdad de lo que está ocurriendo.

Me sacudieron cien interrogantes en la mente. No tenía ni la más remota idea de a qué se refería. Ella se armó de valor y continuó.

—Pues que yo tengo a mi prima Mary, que trabaja allá en el Centro, con su patrona, la mamá del joven Adrián.

Se me abrieron los ojos como toronjas. ¿A qué «Adrián» se refería?, ¿sería el

mismo que yo conocía?

—¿Usted conoce a Adrián, Doña Jovita? —Reaccioné espantada.

—Ese mismo, con el que usted está saliendo ahora.

—¿Qué? —solté un aullido—, pero ¿cómo es esto posible?

—¡Uy!, lo vi desde que era así de chiquito —respondió, mostrándome una medida minúscula con las manos.

—¡No lo puedo creer! —clamé impresionada aunque, a estas alturas de mi vida, cualquier incoherencia podía ser posible.

—¿Se acuerda que le dije que mi *apá* me había enseñado a hablar el náhuatl? —prosiguió—. Él es un maya que les ayuda a los Guardianes de las Tradiciones.

—¿Guardianes de las Tradiciones?, ¿existe eso? —inquirí sorprendida.

—¡Que si no!, hay Guardianes de las Tradiciones Maya, Azteca, Zapoteca, Olmeca, Chichimeca y de todas las demás que existen en nuestro país. Desde siempre han estado y son gente sabia y *güena*.

No me explicaba por qué descabellada razón Jovita me estaba hablando de esto. Sin embargo, lo que me había dejado atónita, era que lo de Adrián.

—Pues que mi tata le dijo a mi *apá* que usted, mi niña Zyanya, era la señalada para esa tarea junto con el joven Adrián, que porque juntos iban a hacer algo grande. Entonces que la Mary y yo nos pusimos de acuerdo para juntarlos a los dos, escribiendo los mensajes a cada celular para que se conocieran. No sabíamos si se iban a enamorar o no, pero todos estamos en espera.

—¡Jovita! —interrumpí de inmediato—, ¡por Dios!, ¡eso no es posible! Mis mensajes me llegaron a la misma hora que a él. Necesitaban haber tenido los dos celulares, al mismo tiempo, para haber podido hacer algo así.

—¡No se crea! Todo se puede cuando uno se lo propone. No sabe cuánto tiempo practicamos la Mary y yo a pura risotada, hasta que pudimos hacerlo con un utensilio que tiene su patrón. Le llaman in... in... terceptor de llamadas. El señor trabaja en esa compañía grande de teléfonos.

—¿Cómo?, ¡eso debe ser un delito! Espiar o interceptar las llamadas ajenas.

—¡Uy!, ¡si usted supiera! *Nadien* estamos a salvo de eso. Escuchan lo que decimos todo el tiempo y leen nuestros mensajes, pero no lo dicen.

—¿Y le pidieron prestado el interceptor al señor? —pregunté inocentemente.

—¡Pues claro que no, mi niña!, pues ¿cómo? —respondió con sonrisa pícara.

Me salió la risa del corazón. No me podía imaginar a esta sencilla señora utilizando un aparato interceptor para llamadas con su prima, pero la vida nos trae muchas sorpresas.

—Entonces, ¿me está diciendo que, entre la muchacha que trabaja en casa de Adrián, quien es su prima Mary, y usted, se pusieron a enviarnos los mensajes cruzando los números telefónicos de cada uno para lograr que nos encontráramos? ¿Qué no era más fácil presentarnos?

—No, así no se podía. Tenían que buscarse.

—Y, ¿por qué los enviaban siete veces?

—¡Ajá! —Jovita estaba ahora emocionada—, todo tiene su significado. Eso simboliza las siete profecías del 21 de diciembre del 2012, ¿sabe usted de las profecías?

—¿Lo del fin del mundo? Lo estoy leyendo exactamente en estos días.

—Pues eso es verdad.

—Y, ¿Adrián sabe de esto? —añadí agarrándome las sienes confundida—, ¿sabe del plan entre usted y Mary?

—No, no íbamos a decir nada. Mi tata se va a enojar hartito conmigo, pero yo la veo requejido triste a usted y la quise ayudar. Prométame que no dirá nada.

—Lo prometo, pero, Jovita, ¿qué tiene que ver el joven Adrián en todo esto?

—Usted ya sabrá. Tiene algo que está haciendo hace un tiempo, ¿ya ve que él estudió para ingeniero?, pues tiene un proyecto para que no se derrita el hielo de allá de donde están los osos polares y los pingüinos.

—Jovita, espere unos minutos.

Ahora los ojos se me salían de las órbitas, ¿Adrián tenía un proyecto en manos para evitar del calentamiento global?, ¡esto sí que era una locura! Me tapé el rostro para empezar a atar cabos. Era demasiada la información que estaba recibiendo y trataba de asimilarla poco a poco.

Empecé a enredar hilos delgados en mi mente, trenzando con esmero cada una de sus partes para concebir un todo lo más claro posible. Me tomó bastante tiempo relacionar esta serie de sucesos inverosímiles que se me presentaban, uno tras otro, como un manantial de información. Doña Jovita respetaba silenciosamente mis cavilaciones, en espera de alguna reacción de mi parte, mientras yo iba atando cabos sueltos desde todas las direcciones.

De pronto, algún mecanismo produjo una chispa que terminó por alumbrar aquel enredado de reflexiones. Todo empezó a cobrar sentido: los mensajes, la encomienda, Adrián y su proyecto, mi misión en la vida era, ¡salvar al planeta!

Si entendía bien, mi tarea era unirme en un esfuerzo con Adrián para evitar la catástrofe que se avecinaba, predicha por el Calendario Maya, la cual señala que el mundo acabará en diciembre del 2012. Poca cosa, ¿era Adrián tan perspicaz como para proponer al mundo la solución para evitar así que muriéramos todos achicharrados?

Como una ráfaga de viento helado, me vinieron a la memoria cada uno de mis sueños. Empecé a descifrar aquel en el que las bolas de fuego caían desde el cielo. Aunque no lograba reconocer a aquella mujer con la que iba de la mano, entendí por qué razón todos los niños me miraban a mí, en espera de que hiciera algo; recordé aquel otro sueño del grafiti con la cara de Joaquín, ¿él sería el malo del cuento?, ¿trataría de impedir nuestra misión? Preguntas y más preguntas sin respuesta. Parecía una película de acción, más que una realidad.

Saqué mi libretita de apuntes y empecé a leer todo lo que había escrito ahí.

Escribí y escribí sin parar; mis letras se asemejaban a los rayones de un niño de primer año de kínder, pero la urgencia no me permitía anotar con mayor nitidez.

Doña Jovita continuaba esperando, pacientemente, con una gran sonrisa en el semblante. Estaba satisfecha de haber cumplido con su cometido. Inesperadamente, se puso de pie y marcó un número desde su celular. Ahora me explicaba por qué sabía utilizarlo a la perfección.

—*Ya yo nikilvi* —dijo haciendo una pausa—. *Yom pá. Manivia* —concluyó y colgó el teléfono.

—¿Le llamaste a Mary? —Curioseé.

—Sí, le dije que usted ya sabía —agregó.

—Doña Jovita, ¿por qué querrían nuestros Guardianes de las Tradiciones interrumpir lo predicho en sus códices?, ¿no hablan de una renovación del ser humano en sus Siete Profecías?

—Es que ya está habiendo gente que se preocupa por *No má Tlali*, la Madre Tierra. Unos morirán, incluso antes de que llegue la fecha exacta, los malditos habrán perecido ante el fuego, quemados, pero los iluminados y nobles de espíritu, quedarán. Debemos salvar a muchos.

—Doña Jovita, ¿por dónde empiezo?



## Armonía

El resto de la noche me dediqué a investigar todo lo que pude sobre los Guardianes de las Tradiciones y descubrí cosas realmente maravillosas y sorprendentes.

A nuestros indígenas les habían sido arrebatadas sus tierras, su identidad, sus raíces, templos y tradiciones; la mezcla con los españoles los tenía oprimidos desde hacía más de quinientos años por cuestiones raciales y era una verdadera pena que ahora hubiera tanta desigualdad y pobreza en el país. Los nobles, los sabios y los guerreros de antaño, ahora se dedicaran a servirnos en la sociedad.

No obstante la invasión europea, persisten fuertes lazos ancestrales con nuestras raíces, que han perdurado a través de los siglos. Personas sabias y espiritualmente avanzadas han defendido, con sus propias vidas, valiosa información acerca del universo. Gracias a sus incorruptibles códigos de ética, su amor y respeto hacia el cosmos, el hombre y la naturaleza, estos seres extraordinarios han perdurado con su invaluable sabiduría.

Al día siguiente fui a la oficina, muy desvelada, pero satisfecha. La magia me rodeaba por completo, no había cabida en mi mente para algo más que no fuera la sorprendente confesión que me había hecho Doña Jovita; era una coincidencia irrefutable. Primero, me lo había revelado Violeta, y ahora la persona menos esperada me decía, en distintas palabras, lo mismo.

Aun así la pregunta que deambulaba en mi cabeza, sin encontrar respuesta, era la misma: «¿Por qué yo?». Que yo supiera, no tenía relación alguna con los Guardianes de las Tradiciones, mi nombre era náhuatl y eso era todo. Escuché en mi memoria la voz de mi abuela que parecía estar en conexión conmigo y me susurraba al oído: «Eres especial, no lo olvides».

—¡Zyanya! —Carmina interrumpió mi meditación y pegué un brinco—, ¡te estás durmiendo! —me reprendió molesta—. ¿Ya tienes el boceto del diseño para la nueva imagen de los pañales?

—Este, sí, ya está desde ayer. —Respondí intimidada.

Le extendí, tímidamente, mi dibujo y ella lo tomó desesperada, para darle un vistazo. Se quedó muy seria, observando cada detalle, unos momentos. Yo tragué saliva y esperé, fingiendo hacer otra cosa.

—¡No está mal! —opinó ásperamente y volvió a ponerlo sobre mi escritorio—. Junta hoy a las seis de la tarde en punto, ¡despábilate ya! —agregó y se dio la media vuelta en dirección a su oficina, sin voltear atrás.

«¿Junta a las seis?», pensé acongojada. Eso significaba que saldríamos de ahí a las ocho y media de la noche. Me estaba cayendo de la silla por el agotamiento.

No salí a comer debido a la carga de trabajo y estuve muy distraída el resto de la tarde. Carmina volvió a llamarme la atención en dos ocasiones. Pensé que me iba a despedir a la siguiente quincena. Aquel día me pareció eterno.

Por fin, dieron las seis de la tarde e inició la reunión con todos los empleados de la pequeña agencia. Nuestra directora tomó la palabra y nos mostró las gráficas de calidad que nos exigían nuestros distintos clientes. Miriam y Adriana se volteaban a ver, burlonamente, imitándola mientras ella nos daba la espalda. Karla y yo fingíamos tomar notas con la mirada puesta en unas hojas, para evitar ser partícipes de la parodia que estaban haciendo.

Cerca de las siete, escuchamos el peculiar timbre del teléfono celular de la directora; estaba recibiendo una llamada. Ella lo tomó de su bolso enfadada, con la intención de apagarlo, pero alcanzó a observar de reojo la pantalla y se apresuró a responder. Todos sabíamos que era Germán, su esposo, el que la buscaba.

El cambio de actitud que la dueña del negocio experimentaba, inconscientemente, cuando su marido le llamaba o se aparecía por sorpresa en la agencia, era motivo de eternas burlas por parte de las comadres chismosas de Miriam y Adriana. Carmina profesaba una especie de temor reverencial a su cónyuge y su voz se endulzaba cuando se dirigía a él. Parecía empequeñecerse y aquel carácter reacio que la caracterizaba, como cabeza de la empresa, se esfumaba por los aires. Carmina le temía a Germán.

Aquella noche todos amamos a su esposo más que ella misma pues, recién colgado el celular, se excusó diciendo que tenía un imprevisto y la junta se dio por terminada. Salimos disparadas, cual caballos de carreras, fuera del despacho.

Bajé al aparcamiento por el anticuado y ruidoso elevador, en el que casi me quedo dormida, recargada en la pared. Arrastré los pies hacia mi auto y lo encendí. En el momento en el que iba saliendo hacia la avenida, una aparición me hizo frenar en seco.

Tal como había predicho Violeta, por muy increíble que pareciera, Adrián había vuelto y aguardaba de pie afuera del inmueble. Me tallé los ojos para ver claramente y verificar que no fuera tan solo un capricho visual, pero ahí estaba, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón. Se acercó contento hasta mi puerta y yo bajé la ventana.

—Sí, soy yo —musitó—, ¿podemos hablar unos segundos?

Mi cansancio físico se esfumó por completo.

—Sí, ¡claro! —balbuceé—. Me miré de reojo al espejo y descubrí que no traía ni un pincelazo de pintura en los labios, el rimel se me había corrido en las ojeras y mechones de cabello despeinado salían de mi diadema. No podía hacer ya nada por mí.

Adrián subió ágilmente a mi auto y me plantó un beso en la mejilla, mismo que me puso a dar vueltas la cabeza.

—¡Hola! —saludé, aún sorprendida.

—Hola, —respondió con una mirada tierna—, ¿conoces algún lugar por aquí dónde podamos conversar?

—¡Claro!, hay un sitio de malteadas y hamburguesas, justo en la calle de atrás.

Podemos tomar una malteada, ¿quieres?

—¡Eres una niña! —asintió, dedicándome una bella sonrisa—. Vamos.

Manejé temblando de la emoción y esforzándome por que él no se percatara de ello.

—¿Cómo supiste dónde está mi trabajo? —cuestioné intrigada.

—Estamos conectados, ¿recuerdas? —bromeó—. Lo sé todo de ti.

—Pero yo sé nada de ti. No es mutuo, ni es justo.

Soltó una carcajada.

—Pronto lo sabrás. La verdad es que llamé por teléfono y una mujer me dio la dirección.

—¡Ah!, okey —pensé que había sido Alicia, la secretaria.

Llegamos al lugar. Como el caballero que era, se bajó a abrirme la puerta y por fin pude tener unos segundos a solas para hacer el intento de peinarme con los dedos y reacomodarme la diadema.

Nos sentamos en una mesa central y ordenamos dos malteadas de chocolate. Descubrí que él estaba impresionante, como el día que lo había conocido, y me sentí la más inadecuada para estar sentada ante tremendo monumento.

—Zyanya —mencionó mi nombre y fue música para mis oídos.

—¿Sí? —Respondí.

—Antes que nada, quiero pedirte una disculpa por lo del martes pasado. Sé que fui un soquete, con toda la extensión de la palabra, por haberte hablado de esa manera. Simplemente quería hacerte ver que habías actuado irresponsablemente y podías haberte lastimado mucho más de lo que ya estás. —Hubo un silencio—. No vislumbro del todo qué es lo que se está atravesando entre tú y yo, ni se si sea cierto que hay una liga en nuestras vidas, lo que sí sé es que por algo nos encontramos y... ¡vas a decir que estoy loco!, pero...

—Pero, continúa —lo animé.

—Mary, la muchacha que trabaja en mi casa, me reveló una serie de cosas extravagantes que no las creería nadie. No se si platicarte esto.

Me empezó a hacer mucha gracia verlo en tal aprieto y me reí. Él también rio.

—Vamos, dime —lo animé nuevamente—. Te escucho.

—Bueno —prosiguió—, dice que ella y tu muchacha son primas, ¡imagínate la casualidad!, y que entre ellas enviaron los mensajes, cruzándolos con un interceptor y no sé qué más, pero ¡me cuesta trabajo creer que una muchacha tenga esos alcances!, ¿tu empleada doméstica se llama Jovita?

—Así es.

—Pero yo conozco a Jovita desde hace años. Trabajó en mi casa cuando yo era un mocoso. Se fue porque estaba embarazada y tuvo un hijo estando ya en edad muy avanzada.

—Lo sé. —Respondí entretenida—. Casi muere en el parto. Tiene a su hijo Ramiro, por el que casi da la vida, ¡y la sigue dando!

—¿Cómo lo sabes?, ¿cómo es que labora en tu casa?

—Pues alguien se la recomendó a mi mamá y también lleva mucho tiempo con nosotros. Va dos veces por semana. Al principio, llevaba con ella a su bebé, Ramirito, quien es como dos años menor que yo, y jugábamos. Después nació mi hermano y todo se complicó porque, cuando Bernardo creció, se peleaban mucho. Yo me metía a defender a mi hermanito y el pobre Ramiro salía todos los días desgreñado de la casa, hasta que Jovita decidió dejar de llevarlo.

Ambos reímos de lo que yo le acababa de revelar y el encanto regresó a envolvernos en una burbuja que nos aisló de todo cuanto nos rodeaba. Rememoré haber sentido lo mismo aquella mañana en los Bísquets de Obregón.

—Pero ¿será la misma Jovita, prima de la misma Mary? Hay muchas «Jovitas» y «Marys», ¿no crees? —indagó, aún incrédulo.

—Y ¿cómo te explicas que sepan de nosotros? No puede ser que lo hayan inventado —opiné.

—Bueno, ¿y todo este enredo de los celulares y una misión especial?, ¿me puedes explicar qué es lo que ocurre? Yo no creía en nada de estas cosas, pero ya estoy empezando a ver tus grafitis por todas partes y empieza a hacerme sentido lo que me costaba tanto aceptar.

—Solo si no te enojas conmigo —advertí.

Él volvió a sonreír, con ese gesto varonil que me dejaba magnetizada.

—Depende de lo que me vayas a decir —bromeó.

Con mucha cautela, le describí la segunda parte de la introducción que le había dado días antes y la conclusión a la que había llegado después de platicar con Doña Jovita. Esta vez, su lenguaje corporal era mucho más natural y relajado, parecía plenamente concentrado en lo que escuchaba. Aunque tenía los brazos cruzados sobre el pecho, sus ojos eran cristalinos y sonreía a ratos.

—¡Esa es la bronca de tener a alguien trabajando en tu casa desde que eres un bebé! —se quejó—. Conocen toda tu vida, intimidades y hasta proyectos personales.

—Y te quieren, y se preocupan por ti. —Añadí.

Se quedó pensativo unos segundos.

—La muchacha de servicio de la casa conoce mis planes, ¡increíble!

—Pues sí, parece que Mary te conoce muy bien —proseguí—. Ahora te toca a ti, ¿podría saber de qué se trata tu proyecto?

Se acomodó en el asiento, pensando en la manera de explicármelo, y tomó un gran sorbo de la malteada de chocolate. Después se relamió los bigotes, desinhibido, y comenzó.

—¡Es un disparate que se me ocurrió un día! Vengo trabajando en él hace ya algún tiempo, pero me parece un sueño más que una realidad.

Volvió a permanecer ensimismado en sus reflexiones.

—Vamos, pláticame, que ya no puedo de la curiosidad —lo animé.

—¡Es que no sé ni por dónde empezar! —externó, confundido, pasando la mano

sobre su cabello, ¡se veía tan atractivo!

—Pues mira, tengo un amigo en la carrera que está medio chiflado y se le ocurren puras loqueras. Se llama Marco. Un día que estábamos trabajando en un proyecto de fin de curso, nos pusimos a fantasear sobre construir algo que nos hiciera inmortales, algo magnánimo, jamás visto por el ojo humano y que además trajera algún beneficio al mundo entero. Enunciamos una serie de artefactos inverosímiles, tales como hospitales que poseyeran magnetos fijos dentro del techo, piso y paredes y que sirvieran para neutralizar la energía negativa en los cuerpos de las personas, de manera que los curaran sin necesidad de medicinas; o edificios anti terremotos cuyos cimientos descansaran a kilómetros de profundidad y que fueran elevados por gigantescos gatos hidráulicos, en forma de resortes, que se activaran en el momento de detectar un temblor. Y así propusimos varias ideas que consiguieran salvar vidas, pero necesitábamos descubrir algo que nos satisficiera más, algo que abarcara a la humanidad entera y no solo a unos cuantos que obtuvieran los beneficios. Fue entonces que empezamos a hacer una lluvia de ideas entre los dos, una detrás de la otra, y armamos el proyecto más gigantesco jamás ideado por el hombre: un puente de metal, de dimensiones colosales, que se mantuviera congelado por medio de energía humana, para no contaminar aún más el medio ambiente, cimentado en los dos polos del mundo: Polo Norte y Polo Sur. Una obra monumental de ingeniería, nunca antes vista.

Se detuvo para cerciorarse de que nadie escuchara a nuestro alrededor.

—Según nuestros cálculos —continuó—, esta propuesta podría volver a congelar, paulatinamente, los dos polos del globo terráqueo en apenas unos años, recuperando así la temperatura del planeta y evitando más pérdidas en la flora y la fauna. De este modo, el ecosistema empezaría a equilibrarse hasta regresar a su estado natural.

—Y, ¿cómo planearon construir esta maravilla que traen en mente? —interrogué fascinada y boquiabierta.

—El puente de acero estará sujeto por los dos extremos dentro de la tierra y cruzará cada uno de los dos polos, de punta a punta. Existirá perennemente congelado y será alimentado por la misma energía que producimos los seres humanos al caminar o hacer ejercicio, instalando unos chips en el calzado de cada habitante del planeta. Estos chips irán registrando cada movimiento y enviando ondas energéticas a un generador que estará ubicado debajo del mar, mismo que alimentará al puente de energía las veinticuatro horas, para mantenerlo congelado.

—¡Sorpriente! —grité entusiasmada provocando que algunos de los ahí presentes voltearan a mirarnos.

Adrián se puso serio, se inclinó hacia delante y me hizo una señal con el dedo índice para que yo me acercara a él.

—Debes guardar toda esta información y que nadie se entere de ello —susurró en voz baja—. No sé por qué estoy confiándote el proyecto de mi vida; a nadie se lo había dicho hasta ahora, pero tienes que prometerme...

—Lo prometo —interrumpí en voz baja mientras observaba otra vez sus labios, casi rozando los míos, con unos deseos incontenibles de besarlos. Percibí de nuevo su exquisito aroma, su cálido aliento que rozaba mi cara y su voz ronca que me acariciaba.

Él sonrió brevemente, se percató de la posición comprometedoramente en la que nos encontrábamos, miró mi boca y, cuando pensé que esto sucedería y estuve a punto de cerrar los ojos, suspiró y se apartó de mí. Recuperó la cordura en el acto.

Yo me aventé hacia atrás, ruborizada, y respiré profundo. Adiviné que le temía a entablar algún tipo de relación con una mujer, no imaginaba por qué motivo; aunque me parecía imposible que alguien que poseyera tantos atributos físicos, que fuera en extremo masculino y con una personalidad tan encantadora, no trajera vueltas locas de amor a más de una.

—¿Y tu amigo Marco, sigue interesado en el proyecto? —Rompí el incómodo silencio que se generó.

—¡Claro!, por eso ya no está aquí —afirmó—. Hace unos meses se fue a hacer su maestría fuera del país. Seguimos en contacto por Facebook y por *mail*.

—¿A qué lugar se fue? —inquirí.

—Al Centro Universitario de Svalbard, a mil kilómetros de Polo Norte.

—¿Qué? —exclamé desde el corazón.

En mi vida había escuchado hablar de aquella institución, ni siquiera sabía que existía gente viviendo tan al norte en el mundo, que no fuera *Santa Claus*. Esto que mi amor platónico acababa de narrarme, era un asunto serio.

—Y, ¿por qué no te fuiste con él? —continué anhelando que me confesara que no pensaba hacerlo.

Él soltó una carcajada que le provocó casi caer de la silla y ponerse rojo como un tomate. No hallaba qué era lo que le había causado tanta gracia. Aguardé una explicación, intentando sonreír.

—Perdón, Zyanya —se tranquilizó un poco—, es que no me esperaba esa pregunta. Pues simple y sencillamente porque él tiene los recursos económicos para irse y yo no. Su papá tiene mucho dinero y él lo pudo hacer. Esas cantidades exorbitantes de capital para pagar una maestría en aquel lugar no existen, ni cercanamente, en mi familia. Cuando Marco estaba acá, trabajamos en planos y diseños complicadísimos que nos costaron días y noches sin descanso, pero no hay nada más certero que hacer mediciones y cálculos en el lugar de los hechos. Es por eso que mi gran amigo está allá. En cuanto consigamos apoyo financiero para nuestro descabellado proyecto, yo iré a alcanzarlo.

Sentí que el alma se me desintegraba, pero permanecí sonriendo de dientes para afuera. El hombre más perfecto que había conocido hasta entonces, se iría a vivir, nada más ni nada menos, que ¡al Polo Norte!, no podía correr con peor suerte.

—Ya tengo el contacto del director de una empresa trasnacional llamada *Inti Earth Corporation*, que se dedica a obras de construcción monumentales —continuó

—. El ingeniero Carlos Zubieta es el Director General en México y vamos bastante avanzados con la presentación para conseguir apoyo financiero. Ya tiene en sus manos la propuesta, proyección, planimetría y altimetría de los planos topográficos de los dos polos y demás cálculos necesarios. Tengo cita en persona con él el miércoles de la semana entrante.

—¡Suerte! —Brindé con mi malteada a medio beber.

—¡Gracias! —Levantó también su vaso y lo estrelló contra el mío—. Tengo que pulir todo esto para que quede perfecto para la cita. Quizás necesite la ayuda de alguien que pueda darle un mejor efecto visual.

Interrumpió su plática y se quedó mirándome, pensando detenidamente en la siguiente frase que iría a articular. Mi osadía me condujo demasiado lejos como para imaginar que me iba a pedir que le ayudara, pero me atreví a adelantarme.

—Quizás, ¿podría ayudarte en algo, siendo diseñadora gráfica, para que tu presentación quede impactante?

—¡Telepatía pura!, me adivinaste el pensamiento —agregó—. Necesito una computadora Macintosh para darle un toque fantástico a las gráficas y textos de la exposición y también quiero que vayamos trabajando en lo que dice tu «adivina» que debemos hacer juntos para salvar al planeta de su fin, el 21 de diciembre del 2012. —Esto último, lo dijo bromeando.

—¿Adivina? —Solté una risotada que hizo que escupiera parte de la malteada fuera de mi boca.

Él se empezó a reír sonoramente, y yo estaba apenadísima, mojada de las piernas por el líquido café. Adrián me pasó una servilleta y me sequé rápidamente.

—Eso me gusta de ti —exclamó aún sonriente.

—Ella no es una adivina —corregí—, eso suena a charlatanería barata, ella es vidente y tiene un don.

—Okey, ella, como sea.

—Oye, solo quedan unos cuantos días, y, ¿cuándo comenzamos a trabajar en «El puente de hielo»? —le pregunté.

Nos pusimos de acuerdo para mentir, argumentando que éramos parientes, y poder vernos todas las tardes en mi oficina a la hora salida, ya que la Macintosh estaba instalada ahí. Utilizaríamos la sala de juntas del despacho, donde yacía una computadora abandonada. Adrián y yo teníamos justo cuatro días para maquillar y dejar perfecto su ultra ambicioso proyecto.

Al día siguiente, a primera hora, le pedí permiso a Carmina para ayudar a «mi primo» Adrián en un proyecto de arquitectura. Ella, dudosa, me cuestionó de inmediato sobre dicho plan y me pidió que le entregara un permiso por escrito, firmado por ambos, detallando la finalidad del trabajo.

Conjuntamente, exigió los datos completos de «mi pariente» y dos fotografías, y me solicitó que lo llevara ante ella, minutos antes de la primera reunión, para conocerlo en persona y entregarle uno de los dos gafetes necesarios para el acceso al

edificio. Al final accedió, con la condición de que nos fuéramos de ahí antes de las nueve de la noche.

En casa me excusé con mis padres, argumentando que había mucho trabajo por terminar en el despacho, como consecuencia de haber estado ausente una semana. Expliqué que estaría llegando todos los días entre nueve y media y diez de la noche.

A las siete en punto de la tarde siguiente, jueves, mi flamante «primo» llegaba a la oficina. Tan pronto llamaron a la puerta, corrí a abrir. Adrián venía vestido de traje oscuro, camisa blanca, corbata a rayas tipo casual y traía consigo unos planos de arquitectura debajo del brazo. Me saludó con un beso en el cachete y pasó a la recepción, completamente desinhibido. Yo casi desfallezco al verlo, además de que durante todo aquel día, me la había pasado contando los minutos y segundos para reencontrarme con él.

Casualmente, el par de metiches de Miriam y Adriana, fingieron ir a la sala de juntas para desfilas por ahí y ver quién había ingresado al lugar. Le presenté a Adrián a las dos y ambas dibujaron una amable sonrisa en el rostro. Carmina lo analizó de pies a cabeza, con una decisiva aprobación en la mirada. Le dio una rápida bienvenida, estrechó su mano y le extendió el gafete.

Mientras yo terminaba de recoger y cerrar mi cajón, le señalé a Adrián el lugar en el que se encontraba la sala de juntas y él ingresó de inmediato. Cuando regresé a apagar mi computadora, Miriam y Adriana asomaron graciosamente las cabezas, desde el cubículo contiguo, haciéndome señas que me daban a entender que mi pariente era todo un Adonis. Yo me reí en silencio.

Me integré en el cubículo para descubrir que mi amor platónico ya estaba como en casa, con el ordenador encendido y consultando algunos datos por internet. En cuanto me vio llegar, alzó la mirada y jaló una silla para que me situara a su lado; sentí un hormigueo en el estómago y se aceleró mi respiración, pero tomé asiento y clavé la mirada en la pantalla del monitor.

Ni lentos ni perezosos, empezamos a trabajar. Me mostró los planos que había realizado con trazos, colores y medidas exactas.

—Pero ¿cómo sabes tanto de arquitectura, si eres ingeniero? —inquirí admirada.

—Pues los ingenieros civiles sabemos algo, lo suficiente sobre arquitectura —respondió animadamente y quitado de la pena, tal como el día que lo había conocido—. A parte, desde pequeño, me ha fascinado dibujar planos para construcciones y Marco es extraordinario en cálculos dimensionales.

—¡Guau!, ¿catorce millones de kilómetros cuadrados mide la superficie de la Antártida? —grité entusiasmada.

—Y otros catorce del Océano Artico.

—Y ¿dónde piensas colocar los puentes? Es una obra monumental de ingeniería.

—Dentro del mar, ¿te acuerdas del Eurotúnel entre Francia e Inglaterra? Mide apenas cincuenta kilómetros de longitud y tardaron más de siete años en construirlo, pero al principio nadie creía que eso fuera factible. Este tendrá que tardar menos



tiempo, ¿verdad? Estamos a fines de julio del 2010, tenemos poco menos de dos años y medio.

Cuando dijo «tenemos», me sentí halagada, ¡ya éramos un equipo!

Empecé a vaciar toda la información que traía impresa en los planos y a preparar una presentación que estuviera a la altura de tan importante pesquisa. Él me iba dictando a ratos, se sentaba a ayudarme para evitar que utilizara las manos lastimadas y me daba explicaciones muy específicas sobre el tema. De vez en cuando, alguno de los dos salíamos para ir al tocador o a tomar agua del bebedero, y fue ahí que me percaté de que estábamos completamente solos en la oficina. Suspiré profundo y mi imaginación empezó a volar a mil por hora e imploré porque yo le gustara a Adrián tanto como él me gustaba a mí.

Me esforcé lo más que pude y el perfeccionismo me invadió. La labor de ambos era admirable y yo no podía echarlo todo a perder. Me estaban confiando el proyecto de sus vidas.

Marco y Adrián llevaban mucho tiempo ocupados en hacer cálculos y mediciones lo más preciso posible; investigando la cantidad de energía que producíamos los más de seis mil millones de habitantes del planeta mientras hacíamos ejercicio o caminábamos, descartando a personas que estaban en sillas de ruedas, bebés en brazos, niños muy pequeños, personas internadas en hospitales, ¡era una monstruosidad de trabajo! No obstante, por medio de cientos de fórmulas, habían logrado obtener las cifras exactas; tenían calculado el peso y la presión ejercida contra el metal de los puentes que irían a ser enterrados en los dos polos del mundo. Aunque ya tenían todo el material investigado y adelantado, faltaban texturas y colores, y aquí entraba yo, con los detalles finales de una magnífica presentación tridimensional.

El tiempo pasó volando, en un respiro, dieron las nueve de la noche y el policía, por órdenes de Carmina, llamó a la puerta del despacho, puntualmente. Ambos nos hallábamos tan absortos con nuestra faena, que continuamos tecleando hasta que los golpes en la puerta fueron más intensos. «¡Ya vamos!», lancé un grito en lo que iba guardando la información en un USB y apagaba la computadora. Adrián tomó sus planos, los colocó debajo del brazo, tal como lo había hecho a su llegada, y se quedó mirando fijamente a la nada.

—¡Es una locura! —exclamó refiriéndose a su ambicioso proyecto.

Hice caso omiso a su comentario y le toqué el hombro para que nos dirigiéramos a la puerta. El guardia aún esperaba, impaciente, a que nos retiráramos para que pudiera apagar las luces de los pasillos.

—¡Buenas noches, Silverio! —exclamé, casi bostezando.

—Que descanse, señorita —expresó observando a Adrián con cara de pocos amigos.

Subimos al ascensor, que ahora no me pareció tan frío y desolado como apenas hacía unas horas, mi acompañante iluminaba todo a su alrededor. Nos mantuvimos en

silencio hasta que llegamos al piso del estacionamiento. Él estuvo serio y pensativo, y yo lo observaba de reojo, sin emitir palabra alguna. Al abrirse el ascensor, este salió de su estado meditativo.

—¡Hasta mañana! —articuló afectuoso, mientras se retiraba dando grandes zancadas.

—A la misma hora. —Añadí.

—Claro, ¡gracias por todo! —se despidió con la mano de lejos y siguió caminando deprisa. Sus extraños cambios de estado de ánimo me tenían completamente enredada y embrutecida.

Todas las mañanas me levantaba de la cama con una actitud positiva y animosa. Adrián me inspiraba a hacer todo de la mejor manera posible. Mis padres estaban un poco extrañados ante este cambio repentino de humor, pero se limitaban a observar y a guardar silencio. Bernardo me imitaba silbando las mismas canciones que yo tarareaba, burlándose en silencio de mi obvio estado de enamoramiento.

Apenas abrí la puerta de la oficina cuando Miriam y Adriana me abordaron de inmediato. Fue extraño que hubieran llegado aquel día antes que yo. Me llevaron a empujones a mi lugar para interrogarme.

—¿Qué onda con tu primo Adrián, eh? —empezó Miriam.

—¿Qué onda de qué? —interrogué.

—Pues, —continuó Adriana volteando a ver risueña a su compañera— ¡está hermoso!, ¿por qué no lo habías traído a al despacho para presentárnoslo? Además, es mi tocayo, ¡no podría ser mejor! Adrián y Adriana, suena *cool*, ¿no? —Soltó volteando a ver a Miriam.

—Suena repetitivo. —Atacó esta.

—¡Ay, sí!, ¿estás celosa, amiga?

—¡Hoy sí que estás más sonsa de lo normal! Pero sí, Zyanya, ¿por qué no habías traído a tu primo a al despacho para que lo conociéramos?

—Pues porque...

—Pesándolo bien, —interrumpió Miriam— ¿quién trae a sus parientes al trabajo?, ¡qué aburrido! Y mucho menos a este edificio deprimente, ¡a mí me daría pena!

—Bueno, pero si el bomboncito está como para presumirlo por todos lados —concluyó Adriana.

Sentí una ráfaga de energía ardiente que me recorría la espina dorsal y me dejaba paralizada momentáneamente para después aterrizar, bruscamente, en mis vísceras. Esa reacción tan familiar para mí hacía algunos años, cuando había tenido como novio a Daniel. Aquellos terribles calambres que me corroían por dentro cuando lo sorprendía coqueteando descaradamente frente a mí con otra chica, o cuando me platicaba, sin recato, de sus innumerables exnovias, describiendo intimidades y secretos, pavoneándose como un experto que las volvía locas, ¡no podía concebirlo! Tenía celos. Estaba celosa de que a estas dos urracas parlanchinas también les hubiera

llamado tanto la atención el que se había convertido, en un parpadeo, en el amor de mi vida. No podía permitir que se expresaran de él de esa manera, pero tampoco debía olvidar que ellas creían que Adrián era mi primo. Estaba obligada a continuar con el engaño o no podría auxiliarlo en su tarea. Intenté disimular.

—¿En verdad está tan apuesto mi primo? —balbuceé, fingiendo desinterés.

—¿Qué no tienes ojos, hija?, —continuó Adriana— ¡está de lo más cachondo!, ¡tiene un traserito firme como para mordisquearlo!

—¡Ay, ya!, —intervino Miriam—, pareces perra en celo. Vas a asustar a la pobre de Zyanya. Pero sí que está muy varonil, el chamaco.

—Zyanita debe estar acostumbrada a este tipo de comentarios. Oye, ¿se puede saber cuántos años tiene? —preguntó Adriana interesada.

—Veinticuatro —afirmé de inmediato, tratando así de ahuyentarlas.

—No importa, en el amor y en la guerra todo se vale.

Justo mi compañera terminó de decir la trillada frase, cuando se abrió la puerta de un porrazo y Carmina apareció en el despacho. Al descubrírnos en plena reunión de féminas, justo a las nueve de la mañana, endureció el semblante.

—Buenos días —saludó a todas molesta—. Zyanya, a mi oficina en diez minutos —ordenó dirigiéndose a mí y se encerró en su cubículo.

—¡Pobrecita! —masculló la chismosa de Adriana en voz baja—. Se está volviendo una amargada. El inútil del marido está acabando con ella.

—Shhh. —Chistó Miriam colocándose el dedo índice sobre los labios para hacerla callar—. Vámonos antes de que salga el ogro de la oficina.

Las dos empezaron a dirigirse hacia sus cubículos, caminando de puntitas. Se despidieron de mí con un ademán, no sin antes insistir en que les volviera a presentar a Adrián aquella tarde.

Ahora me resultaba inconcebible que mi amor platónico no mantuviera una relación con una pareja, ¡o con varias! Comprobé que no solamente era irresistiblemente atractivo para mí, sino para las demás mujeres, tal y como lo había adivinado desde el primer momento en que lo observé.

Una hora y media después de mi reunión a solas con nuestra jefa, salí de su cubículo. Sentí que cada vez me cargaba más la mano con tal cantidad de trabajo, ¡me parecía interminable! Aunado a esto, Carmina me había preguntado por mi primo e indagó detalles sobre lo que habíamos trabajado la noche anterior. Yo no solté, ni remotamente, un solo dato sobre el tema del proyecto. Argumenté no comprender mucho sobre ingeniería y «edificios inteligentes», y me remití a explicarle que yo solo decoraba cifras e imágenes. Algo en su gesto me indicaba que ella no me creía del todo, pero yo me empeñé en fingir ser ignorante en el tema.

Después de trabajar sin pausa, ya entrada la tarde, sentí que la espina dorsal se me partía a la mitad y salí al tocador de damas, a estirarme y a pintarme los labios. Gracias al cielo, era viernes, y tenía dos días completos para descansar.

Cuando iba bajando de regreso por las escaleras del edificio, escuché unas risitas

ahogadas que provenían de la oficina. La puerta estaba entreabierta. Al empujarla, me encontré con una escena de lo más inesperada: mis dos compañeras solteras, una recargada coquetamente sobre la pared y la otra sentada en mi lugar cruzando las piernas y dejando ver medio muslo, abordaban a Adrián sin recato. Él se comportaba cortésmente y se mantenía de pie, conversando agradablemente con ambas.

—Y ¿para qué es este mapa? —cuestionaba Miriam acercándose a él y tratando de jalar el pliego de papel que guardaba, como un tesoro, bajo el brazo.

—Para una edificación que estoy trazando —respondió él, mientras apartaba la mano de mi compañera, sutilmente.

Ella sonrió provocativa.

—¡Qué misterio, Adrián! —externó, moviendo la cabeza, para que el cabello volara de un lado a otro de sus hombros.

—¡No seas metiche! —profirió Adriana, poniéndose de pie y acercándose a él—. Todos los hombres guardan sus secretos —agregó en un tono de voz sensual.

Las dos rieron y yo ardía de furia por dentro. Apenas si podía asimilar tanto descaro. Me vino a la mente la imagen de dos vampiras colmilludas queriendo engatusar a su presa. Apreté los puños y reparé en que se cortaba mi respiración; empecé a sudar frío y la rabia me golpeó con una patada en el estómago. Como Adrián estaba de espaldas hacia mí y ellas no me volteaban a ver, a pesar de que sabían que yo había llegado, me convertí en un estúpido fantasma presenciando tan desagradable escena.

Intenté tranquilizarme, mientras me atacaban pensamientos fatalistas como que yo era una simple asistente y ellas dos eran las ejecutivas de cuenta y diseñadoras estrella, manos derecha de la dueña del negocio; mujeres de buena familia con una carrera profesional terminada en universidades particulares, quienes vestían con ropa de las marcas más costosas, se hacían manicure y pedicura semanalmente, visitaban *Spas* que yo en la vida hubiera imaginado, conducían autos del año para ir a laborar y no necesitaban, tanto como yo, de un sueldo quincenal. Quizás, alguien como Adrián, se fijaría en ellas mil veces antes que en mí. Yo no era de su nivel económico ni social.

Lentamente, fui dando sigilosos pasos hacia atrás, hasta salir de ahí. Caminé de puntillas por el corredor y subí deprisa las escaleras de regreso hacia el baño. Una vez ahí, me encerré a sollozar por mi pérdida, la que yo daba por sentada sin siquiera haberla batallado, y me sentí una idiota, insegura y devaluada. Estaba enfurecida conmigo misma y con los estigmas sociales de este país, que te castigan por el color de la piel y el estatus social; por los habitantes de esta parte del mundo, quienes somos malinchistas y racistas contra nuestra propia gente, contra nuestras raíces, los que alguna vez fueron los sabios y respetables amos y señores de este territorio.

Recordé haberme percatado de un fenómeno completamente desconocido para mí hasta antes de haber ingresado a trabajar en este despacho de diseño: había personas mexicanas que pronunciaban palabras con la «z», la misma que utilizan los españoles

al hablar. A más de uno de los amigos de Carmina y de su esposo, quienes visitaban el despacho de vez en cuando, los había escuchado conversando así, llamando a las cosas con otros nombres y utilizando frases y palabrejas raras, sintiéndose europeos imperialistas en tierra americana.

En cuanto salían de ahí, mi jefa y su marido se burlaban de ellos, imitándolos en voz alta y diciendo que eran unos ridículos, tataranietos de españoles nacidos en México, que hablaban de este modo para llamar la atención y sentirse «superiores» en su primitiva manera de pensar. Se hacían llamar «gente bien» o «gente bonita» y Carmina y su marido aborrecían que criticaran a nuestro México, país que les había dado todo a sus ancestros, quienes no hubieran amasado ni la cuarta parte de su fortuna de haber permanecido en España. «Si tanto critican, que se regresen a su país», exclamaban molestos. «Ahí serían unos Don Nadie, ¡papanatas!».

Una tarde había escuchado horrorizada, decir a Greta, una amiga de Carmina, que en «países civilizados como España y otros europeos, el aborto estaba permitido, como debía ser, no como en países tercermundistas como México, en donde apenas habíamos avanzado al respecto». Pensé en lo «civilizado» que me parecía atentar contra la vida de un inocente bebé, existiendo miles de tratamientos anticonceptivos e información a quema ropa para prevenir un embarazo no deseado. Concluí en que este mundo estaba pudriéndose y cayéndose a cachos por todas partes.

Incluso, algunos de los amigos de Germán, me trataban prepotentemente a su llegada, para después mirarme con lujuria en los ojos. Carmina, hija de españoles que habían llegado a vivir a México, tenía mucho más clase y estilo que la mayoría de sus amigas que hablaban con la «z», además de que ella jamás la pronunciaba y era mucho más modesta y sencilla que ellas.

En cierta ocasión, un amigo de Germán, rubio, barbado, de baja altura y gordinflón, se había referido a mí como la «morenaza bonita» de la recepción. Mi jefa se molestó mucho y lo reprendió fuertemente pidiéndole que me respetara. A partir de ahí, empecé a sentir gran admiración y respeto mutuo hacia ella.

Minutos después de mi berrinche negativo y lleno de complejos, me consideré ridícula y culpé de esto a mis hormonas. Pronto me incorporé, me lavé la cara y volví a rizarme las pestañas, las cubrí con rímel y apliqué brillo en mis labios; peiné mi negra y lacia melena, misma que tanto adoraba, y me decidí dejar de protagonizar escenas chuscas; lo importante era que Adrián me necesitaba y yo estaría con él para ayudarlo en lo que pudiera.

Salí azotando la puerta del baño e intentando reponer los minutos perdidos; bajé las escaleras, ruidosamente, e ingresé de nuevo a la oficina como un tornado, sintiéndome otra persona. Inevitablemente, las dos vampiresas voltearon a verme, fingiendo sorpresa, y un Adrián acorralado giró para mirarme con una sonrisa de alivio.

La adrenalina me poseyó y me dirigí hacia él, dando grandes pasos. Lo saludé impetuosamente, con un beso en la mejilla, provocando que mis dos contrincantes se

quedaran atónitas ante tan repentino cambio de personalidad. También él parecía sorprendido, pues no dejaba de mirarme embelesado.

—¡Zyanita!, te hemos estado esperando como diez minutos —exclamó Adriana, la desinhibida—, ¿dónde te metiste?

—En el baño —dije sin pudor alguno.

—Aquí tu primo Adrián, mi tocayo, nos ha tenido muy entretenidas a Miriam y a mí platicándonos de alpinismo y buceo, ¡qué interesante!

—¿Alpinismo y buceo? —interrogué asombrada.

—Aún no sabes todo sobre mí, prima —añadió sonriente, sin dejar de mirarme.

—¿En verdad no lo sabías? —inquirió Miriam sorprendida—, pues, ¿qué clase de parientes son ustedes?

—Es que antes practicaba béisbol. Apenas empecé con los deportes extremos —improvisó Adrián indicándome con la mirada que huyéramos de ahí.

—Chicas, me da gusto que les caiga tan bien mi primo, pero tenemos muchas cosas pendientes por hacer.

—¿Podemos ayudarlos? —agregó Adriana observándolo solo a él.

Pensé que no podía verse más ofrecida. No cabía la menor duda de que las mujeres somos las peores enemigas de nosotras mismas.

—Este... no, gracias, yo me las arreglo con Zyanya, ¿verdad, primita? —bromeó, propinándome un ligero golpe en la espalda.

—Bueno —apuré—, ¡manos a la obra!

Y, sin más explicaciones, nos dirigimos hacia la sala de juntas, uno detrás del otro, dejando a mis compañeras solas y enredadas en su propia trampa. Adrián se despidió de ellas a lo lejos, con la mano, y cerró la puerta. Seguía atarantado ante mi arranque de personalidad.

—Oye, —rompió el silencio en lo que yo encendía la computadora— te desconozco, ¡estás impresionante!

—Más bien aún no me conoces —expresé sintiendo ese potente imán de atracción mutuo, irresistible, mágico, único entre los dos.

—Es que entraste al despacho como la dueña y señora del lugar y dejaste a tus amigas sin habla.

—¡No son mis amigas! —corregí.

—A tus compañeras de trabajo.

Sonreí para mis adentros.

—¿Qué te decían mientras me esperabas? —interrogué aparentando indiferencia.

—Nada en especial, son extrañas, se me figura que...

—¿Qué? —Solté una carcajada volteando a verlo y él también rio.

—Pues que... —continuó hablando a risotadas sin atreverse a decir lo que pensaba.

—¿Qué? —Insistí casi a gritos ahogándome de la risa.

—Que les falta un macho que...

Entonces sucedió algo inesperado. Adrián se acercó a mí por detrás, para evitar que Miriam y Adriana escucharan lo que decíamos, y me tapó la boca con la mano. Instantáneamente, percibí su delicioso aroma y experimenté un escalofrío al sentir su cuerpo pegado a mi espalda. Ambos dejamos de reír, poco a poco. Tomé su mano de lleno y la separé lentamente de mis labios, sentí que su corazón pegó un brinco a la altura de mi cabeza; giré lentamente, para encontrarme con él, cara a cara, y alcé la vista. Sus ojos brillaban y me examinaban el rostro, detenidamente, para después quedarse fijos en mi boca entreabierta; mi mano seguía sujetando la suya y él la apretó. Percibí que se acercaba hacia mí para besarme y cerré los ojos, embriagada de deseo.

De pronto, me soltó y todo se desvaneció. Se separó y sacudió la cabeza.

—Voy por un vaso con agua —musitó abriendo la puerta y saliendo deprisa.

Alcancé a escuchar a lo lejos las voces de mis compañeras, quienes no perdieron la oportunidad para hacer su último intento de conquista. Él les respondió algo, ellas volvieron a despedirse y se marcharon de ahí. Ni siquiera presté atención a lo que decían.

El corazón aún me retumbaba rápidamente dentro del pecho y todavía resplandecían destellos de luz en la sala de juntas, ¡tan cerca habíamos estado! El momento mágico que había soñado, en innumerables ocasiones, no había culminado porque él se había negado a besarme, ¿qué era lo que sucedía? Sentí bochorno por haber cerrado los ojos antes de tiempo.

Di un giro sobre la silla y empecé a abrir archivos. Pronto, sus pasos volvieron a detenerse tras de mí y lo escuché tomar el vaso con agua de un sorbo. Traté de concentrarme hasta hallar donde habíamos interrumpido nuestra labor la noche anterior y evité, a toda costa, mirarlo a los ojos. Tardamos varios minutos en romper el silencio.

—Zyanya —su voz acarició mi oído izquierdo—, aquí tengo que hacer nuevas mediciones, ¿me prestas un momento la computadora?

—¡Claro! —Respondí dando un salto para cederle mi asiento.

Torpemente, los dos chocamos. Yo agachaba la cabeza para no mirarlo; estábamos visiblemente nerviosos. Se quitó el saco, lo colocó sobre el respaldo, se arremangó la camisa y dejó asomar sus hermosos y marcados antebrazos, cubiertos de vello color castaño. Empezó a trabajar rápidamente, utilizando los programas de la computadora como todo un experto. Yo me senté en el borde de la mesa y fingí estar leyendo una revista. Sonó su celular.

—Hola, papá —contestó—. En la oficina de esta chica que te platicué, la diseñadora gráfica.

Está bien, iré a verla mañana. Por fa, papá, ahora no puedo ir con ella. Está bien, adiós.

Me dieron ganas de vomitar al escuchar la palabra «ella», ¿sería su novia? Él volteó a verme de inmediato y me sonrió preocupado.

—¿Qué te sucede, mujer?, te notas indispuesta.

—Nada. —Le devolví una mueca sin ganas.

Súbitamente se puso de pie y se dirigió hacia donde yo estaba. Yo me paré de un brinco, alarmada. Se detuvo delante de mí.

—Quiero que sepas que te agradezco muchísimo todo lo que estás haciendo por mí.

Pensé por unos instantes que era una despedida. Demasiados altibajos para unas cuantas horas. Entonces se agachó y, de un solo movimiento, me ciñó por la cintura, casi cargándome y acercándome a él de golpe, provocando que las pinzas que sostenían mi cabello cayeran al piso. Me quedé sin habla y sin fuerzas, mis piernas flaquearon por falta de oxígeno, pero él me sostuvo. Nos quedamos así, con los cuerpos pegados unos instantes que para mí fueron lo más grandioso que me había sucedido en mis veintidós años de vida. Todo me daba vueltas, tenía los brazos alrededor de su cuello y mi cabeza recargada en su hombro derecho. Él me apretaba contra su cuerpo, delgado y firme, y yo me dejé llevar.

—Me tengo que ir —susurró, sin dejar de apretarme—. Surgió algo que tengo que arreglar. Discúlpame. Te veo el lunes a las siete.

Y me estampó tremendo beso en la mejilla, para después, soltarme lentamente. Volvió a sonreírme con su gesto hipnotizante, cara a cara, para después darse la media vuelta, tomar su saco, sus planos y salir de ahí disparado.

Escuché cuando azotó la puerta. Permanecí inmóvil, como una boba, tratando de asimilar lo que acababa de suceder. Apagué las luces; quería que ese momento, que era mío y solo mío, se repitiera una y otra vez en mi mente y lo recorría sin pausa, como una grabadora descompuesta, para saborearlo a mi antojo.

Me dejé caer como un bulto sobre la mesa y lo abracé en la penumbra; estaba impregnada con su olor de pies a cabeza. Cada movimiento que él hacía me dejaba fascinada, pasmada para el resto de la noche, ¿qué habría significado ese apretón para él?, ¿estaría mostrándome que seríamos solo amigos?, ¿por qué no me había querido besar?, ¿quién era «ella»?

Este hombre era más que un misterio que yo estaba loca por descifrar.



## Pinceladas

El fin de semana la pasé tirada en cama, soñando despierta y dormida con Adrián. Lo escuchaba, lo abrazaba, percibía su aroma, sentía su cuerpo firme ciñendo el mío, quería que los días pasaran volando para estar de nuevo junto a mi amado. Tal era mi ensimismamiento que olvidé por completo, que el siguiente lunes, era mi cumpleaños.

El sábado habíamos ido a visitar, como cada quince días, a mi abuelita. Milagrosamente, Bernardo había accedido a ir. La pasamos muy divertidos toda la familia, bromeando y molestando a mi hermano; comimos delicioso y disfrutamos de una tarde soleada.

El rostro de mi abuela se notaba algo demacrado y había perdido unos cuantos kilos de peso. Le daban accesos de tos que nos ponían a todos los nervios de punta. Mi madre había intentado llevarla al médico varias veces, sin éxito. Ella odiaba a los doctores.

—Nena, ¡tú estás bien enamorada! —me susurró mi abue al oído en cuanto tuvo la oportunidad—. Esos ojitos de borrego medio muerto son inconfundibles. Suspiras y vuelves a suspirar sin darte cuenta.

—Sí, abuela, estoy enamorada.

—Me gusta que seas sincera. Seguramente él estará prendado también de ti, ¿verdad?, ¿ya se te declaró?

—¡Ay, nana! —Solté la carcajada—. Eso ya ni se usa, ahora te plantan un beso y se acabó. Alguno que otro anticuado «te llega».

—¿Te llega? —cuestionó mi abuela asombrada—, ¿ahora se dice «te llega»? y ¿qué es eso de que te plantan un beso y eso es todo?, ¡bola de rufianes! Ya no hay romanticismo, antes era hermoso, el hombre se desvivía en detalles para conquistar el corazón de una dama.

—Sigue siendo hermoso, pero distinto. No sé si él está enamorado de mí, es muy, muy raro.

—¡Qué raro ni qué ocho cuartos!, ¿qué espera este desdichado para «plantarte el beso», como tú dices? O sí, o no. Pero date a respetar, hija, eso es lo primero que se necesita para enamorar a un varón que quiere algo en serio contigo.

—Un besito, abuelita, nada más.

—Entonces, ¡plántaselo tú!, si ahora son tan modernos...

—¡No, nana!, no me atrevo. No sé qué vaya a pensar, ¡aunque me muero de las ganas!

—Ya te dije, todo depende si te quiere bien. Si no estás segura, mejor no lo hagas.

—Y luego que la gente se entere.

—La gente siempre va a hablar, niña, apréndetelo bien. Te voy a contar una

historia que quiero que recuerdes todos los años que vayas a vivir, que serán muchos.

—¿Cómo sabes eso? —cuestioné sonriendo.

—Porque yo lo sé, estoy segura de que vivirás para ser testigo de muchas cosas. Ahora escucha —comenzó mientras se acomodaba en el asiento—. Había una vez un viejecito, como yo, que tenía un nieto pequeño, un niño de unos siete años. Los dos necesitaban ir a un pueblo lejano, pero solo contaban con la ayuda de un burrito para que los llevara. Entonces decidieron irse los tres, el abuelo, el niño y el animal. El anciano le cedió su lugar para montar al asno al nietecito, por ser un niño, y así llegaron al primer pueblo. Todos los que se cruzaban, comentaban: «¡Mira nada más!, este escuincle malcriado trae al pobre viejo caminando kilómetros y el muy descarado viene trepado en el animal». Al escuchar esto, el infante le pidió al abuelo que mejor fuera él quien se subiera al lomo de borrico hasta la próxima parada.

Mi abuela tomó un sorbo de su aromático café de olla.

—Muy tempranito —prosiguió—, salieron de nuevo de camino hasta llegar al siguiente poblado. La gente que se cruzaba, vociferaban: «¡Mira nada más!, este abuelo holgazán trae al pobre chiquillo caminando kilómetros enteros mientras él, muy comodino, viene trepado en el asno». Al oír esto, el niño y el anciano decidieron que ninguno de los dos se iba a subir al animal y que los tres llegarían a pie a su siguiente parada. Una vez ahí, todos los que se cruzaban, exclamaban: «¡Mira nada más!, este par de tontos. Tienen a un burro para ir montados encima de él y los dos prefieren ponerse a caminar».

Moraleja, hija: Nunca podrás complacer al mundo entero y siempre van a hablar de ti, hagas lo que hagas, así que no te debe importar lo que opinen los demás.

Regresamos a casa casi al anochecer. El domingo me pareció eterno. Aquel día se cumplían las dos semanas desde mi castigo y estaría libre de ir a donde yo quisiera al día siguiente.

El lunes, a las seis de la mañana, mis padres y mi hermano me cantaron *Las Mañanitas* en mi cama, llevando un pastel de natas, hecho por mi abuela, con veintitrés velitas encendidas. Las apagué de un soplido.

—Hoy puedes salir con tus amigas —me dijo mi madre—. Has cumplido con tu sanción.

—Lo sé, mamá —exclamé brincando fuera de la cama para irme a correr.

Nana Angelita me llamó para felicitarme y me pidió que abriera mi obsequio cuando estuviera tranquila, por la noche. Le prometí que así lo haría, pues ya lo tenía bien guardado en el cajoncito de mi cómoda.

Me coloqué unos pants y salí eufórica a trotar pensando en que, en unas horas, estaría de nueva cuenta junto a mi príncipe azul. En cuanto pisé la calle, me quedé paralizada de terror. Todas las construcciones de alrededor, incluyendo la mía, tenían grabado el grafiti en diversas posiciones y colores. Empecé a girar sobre mis talones dando vueltas y vueltas mirando todos los dibujos. Me sentí observada por ellos y se me quitaron las ganas de hacer ejercicio. Me escabullí, velozmente, de regreso a mi

edificio e ingresé en mi departamento con la excusa de que me dolía la cabeza.

Mientras me estaba bañando, alcancé a escuchar a mi padre que encendía su automóvil quejándose enfurecido acerca de los vagos «pinta calles». La noche anterior no había distinguido un solo grafiti en las paredes.

Mis compañeras y mi jefa tuvieron el gran detalle de festejarme mi cumpleaños en el trabajo. Carmina me compró un fino pastel que partí y convidé a todos los ahí presentes y me dijo que ese día me daba dos horas para comer. «¡Guau, qué gran cosa!», pensé.

Me fui a almorzar con Lucía, quien me invitó a un restaurante bar de lo más caro, ubicado en Insurgentes Sur, a tan solo unas cuadas de la oficina. Llegó por mí con Martín, su chófer y con Rolando, su primo.

—¡Chupa, amiga! —gritaba a la par de que chocábamos nuestros enormes vasos de coctel y cantábamos abrazadas a la par de la música a todo volumen.

—¡Salud, camarada!, gracias por la invitación.

Le narré, fugazmente, detalles sobre mis encuentros con Adrián, omitiendo el significado de nuestras juntas por las noches.

—Ese cuate tiene problemas mentales —balbuceó, ingiriendo como troglodita todo lo que encontraba en la mesa—. Yo creo que es «gay».

—¡Cállate, babosa! —exclamé molesta—. Por supuesto que no.

—Pues tanta indecisión indica que, o es «homo», o tiene vieja.

—No te quiero escuchar —interrumpí, visiblemente molesta, volteando la vista en otra dirección.

—No te enojés, amiga. Es mejor alguien seguro como aquí mi primito Rolando, quien ha muerto por tus huesitos desde siempre y está sexualmente muy bien definido.

—¿Qué? —Volteé a ver a su primo, anonadada.

Rolando estaba un poco ebrio, con los ojos a medio cerrar, observándome y comiéndome con la mirada. Jamás me hubiera imaginado que yo le gustara a su primo. Además, era como Lucía en versión varonil y no me atraía en lo más mínimo.

—Por eso vino, Sandía, para declararte su amor —agregó mi amiga.

Me puse de peor humor que antes; me caía muy mal que Lucía se hubiera puesto de acuerdo con Rolando para tomar como excusa mi cumpleaños y aprovechara la ocasión para arruinármelo de esa manera.

—Pues ya está bastante crecrido como para hablar por sí mismo, ¿no crees? —le dije en voz alta.

—Exacto —prosiguió mi amiga—. Por eso, yo me retiro y los dejo a solas.

Se puso de pie, danzando y gritando, y se fue a brincar a la pista de baile, dejándome con su primo en la mesa. Rolando se limitó tratar de incorporarse, tambaleándose, y se acercó a mí, pero no pudo emitir palabra alguna. «Tengo un imán para los borrachos», pensé mientras jalaba mi bolsa y me ponía de pie para marcharme de ahí sin decir adiós.

Tomé un taxi de sitio de regreso a mi oficina, a unas cuantas cuadras del lugar. Cuando el chófer de Lucía me descubrió, salió del auto manoteando, pero el otro vehículo ya estaba avanzando frente a sus narices a toda velocidad. Quizás, en el fondo, Adrián y mi madre tenían razón, ese tipo de amistades eran muy distintas a mí.

Aunque Miriam y Adriana, mis dos colegas, habían salido a una cita, me cercioré de estar presente a las siete en punto para evitar disturbios. Recordé, vagamente, haberle mencionado a Adrián que era mi cumpleaños.

Entró una llamada telefónica a mi extensión y la contesté; era una clienta platicadora que buscaba a mi jefa y no paraba de interrogarme. En ese preciso instante, escuché que llamaban a la puerta y Karlita se apresuró a abrirla. Cuando el amor de mi vida ingresó a al despacho, lo encontré encantador, trayendo un ramo de flores que me extendió de inmediato.

—¡Feliz cumpleaños, Zyanya! —profirió entusiasmado, sin importarle que estuviera ocupada.

Solté el auricular para recibir su caluroso abrazo.

—Gracias —mascullé nerviosamente.

La becaria nos observaba contenta. Me preguntaba si ella sería tan ingenua como para creer que este joven, que me hacía tartamudear, era mi pariente. Me incorporé y tomé de nuevo el teléfono para descubrir que la clienta no había parado de hablar, sin inmutarse de la interrupción. Me despedí como pude y colgué.

—¿Lista? —inquirió él—, ¿qué te parece si hoy te invito a cenar, saliendo de aquí?

Observé de reojo a Karlita, sorprendida detrás de él, haciéndome señas de aprobación. Me reí y acepté la invitación. Me quedó claro que ella no se tragaba tremenda mentira y agradecí su discreción.

—Tengo tiempo para salir. Mis padres me dieron permiso, por ser mi cumpleaños.

—¡Excelente! —expresó—. Entonces, apurémonos para terminar lo antes posible y ¡a festejar!

Era el mejor regalo de cumpleaños de mi vida. Tomé las flores para plantarlas en un jarrón con agua, eran de color blanco. Este hombre era impredecible y empecé a sospechar que le gustaba jugar con mis sentimientos.

Apuramos la presentación hasta verla terminada, con las gráficas en tercera dimensión, perfectamente trazadas, y la información ordenada en segmentos y con movimiento. Acordamos que, si terminábamos a tiempo, la noche siguiente no nos veríamos, para estar descansados y frescos y sería hasta el miércoles a las ocho y media de la mañana, el día de la importante presentación, en el edificio de *Inti Earth Corporation*, ubicado a una corta distancia de mi trabajo.

La cita era a las nueve, sin embargo, Adrián me había pedido que lo acompañara y le ayudara con la computadora y el cañón mientras él daba la explicación, así que decidimos llegar media hora antes para montar todo el equipo en la sala que nos sería asignada. Accedí embobada. Ya le había avisado a Carmina que ese día llegaría tarde.

Aquella noche, Adrián estuvo en especial galante y bromista. Me preguntó cómo había festejado mi cumpleaños. Decidí platicarle sobre lo sucedido con Rolando.

—¡Nombre!, tú y tus amistades. Me gustaría ver qué clase de personaje es tu amiga Lucía —opinó burlón—. Ya me la puedo imaginar, de medio pelo.

—No sé si sea la persona más fina y educada del mundo, pero me apoyó en tiempos difíciles, incondicionalmente, y le debo mi lealtad y agradecimiento.

—Ahora que salgamos a cenar, quiero que me platiques bien eso que tanto mencionas que te sucedió con ella en la escuela. Estoy al tanto de que esta semana no tienes coche, así que yo te llevo de regreso a tu casa, ¿te parece?

—Me parece muy bien —agregué asombrada de que hubiera recordado también eso.

Me percaté de que él había avanzado mucho el fin de semana, trabajando en los últimos pormenores de la presentación. Le faltaban unos toques finales y estaría lista. La curiosidad de saber quién era «ella», la que le había mencionado su padre el viernes anterior, me carcomía por dentro.

—Y ¿cómo te fue el viernes que tuviste que salir disparado de aquí? —Curioseé.

—Mejor de lo que pensaba —profirió, tranquilamente, mientras tecleaba.

La respuesta me había generado más dudas que antes.

—¿Se puede saber por qué razón saliste casi corriendo?

—¿Te lo puedo explicar en el restaurante? —suplicó.

—Muy bien —me conformé.

Nos pusimos a trabajar sin pausa. Repasamos cada diapositiva a detalle y corregimos los errores finales. Había quedado impecable y yo estaba realmente orgullosa de mi trabajo. Estábamos observándola de corrido, por última vez, cuando escuchamos la puerta de la entrada principal al despacho abrirse de golpe. Los dos nos volteamos a ver, sorprendidos. Unas fuertes pisadas se dirigían justo hacia la sala de juntas y permanecimos callados.

De pronto, la chapa de la puerta giró, y apareció la persona menos esperada.

—¡Buenas noches! —exclamó Germán, asomando la cabeza. Nos observó a los dos con un gesto perverso, como deseando habernos descubierto haciendo algo indebido.

—Buenas noches. —Respondí temerosa, pues su temperamento explosivo era conocido por todos. Uno nunca sabía cómo iba a reaccionar—. Él es Adrián, mi primo —lo presenté mientras este se ponía de pie para estrechar su mano.

—¿Tu primo? —Reaccionó sarcásticamente, mirándonos a los dos y dejando asomar su dentadura recién blanqueada—. No se parecen en lo más mínimo, ¿por parte materna o paterna? —agregó, estrechando la mano de Adrián.

—Materna —mentí.

Acto seguido, entró de lleno a la sala de juntas y se quitó el saco.

—Me dijo mi mujer que estabas trabajando en un proyecto, fuera del horario de trabajo, con... tu primo, ¿cuánto tiempo más les va a tomar esto? —Se dirigió hacia

mí dejándose caer, bruscamente, en uno de los asientos giratorios, sin un dejo de cortesía.

—Ya terminamos. Estábamos en los detalles finales. —Respondí nerviosa.

—¿Hay algún inconveniente? —lo retó Adrián.

—Sí, hay inconvenientes, compadre —expresó burlón—. Pues el problema es que yo tendré que utilizar la oficina por las noches, a partir de este momento. No sé de qué manera podrían apresurar este trabajito, ¿puedo echar un ojo a lo que hacen? —consultó con malicia, como si pensara que estábamos perdiendo el tiempo.

Adrián y yo nos quedamos tan fríos como el puente de hielo en el que estábamos trabajando. Su pregunta nos tomó completamente por sorpresa. Volteé a ver a mi príncipe azul para ver qué era lo que opinaba.

—Es un proyecto personal, nada del otro mundo —improvisó Adrián—. Además, prácticamente ya está terminado.

—Bueno, bueno, ¿qué tanto es tantito? Vamos, una ojeada rápida no les va a quitar tiempo —insistió mientras se agachaba para observar la pantalla más de cerca.

Germán agarró el mouse y comenzó a escudriñar, sin discreción, nuestra presentación. Desacomodó, con sus bruscas manazas, cada uno de los planos; escritos, cálculos, dibujos y papeles quedaron esparcidos por todas partes encima del mueble. Adrián y yo lo observábamos incrédulos. Nadie más había tenido acceso a esa valiosa información.

Aguardamos impacientes unos minutos, mientras presenciábamos cómo este hombre violaba la intimidad de nuestra investigación a sus anchas.

—Ya tienes una idea de lo que se trata —¿verdad?— finalmente intervino Adrián, apartando bruscamente de sus manos algunos papeles.

Germán lo volteó a ver con una terrible cara de suficiencia.

—No te vaya a robar tu lunática idea. —Lanzó poniéndose de pie y retando a Adrián con la mirada, quien se la sostuvo.

Ambos se quedaron en esa posición unos instantes y yo me tapé los ojos, esperando escuchar el sonido seco del primer puñetazo; mas la prudencia llamó en la cabeza de Germán quien, fingiendo indiferencia, salió de ahí, no sin antes gritar desde la puerta.

—¡Buenas noches!, quiero que hoy me desocupen todo. —Y salió dando grandes zancadas.

—¿Quién es este tipo? —Lanzó Adrián enfurecido.

—Es el esposo de mi jefa.

Observé que este se había quedado furibundo. Con los puños cerrados y temblando, empezó a apretujar los planos, arrugándolos, mientras mantenía la vista puesta en la puerta de entrada.

—¿Quién se cree que es ese idiota arrogante? —Soltó.

Yo me coloqué despacio, delante de él, y le tomé las manos, intentando deslizar el papel que tenía apresado para quitárselo, y tratar de apaciguarlo.

—Tranquilo, no vale la pena —mascullé.

Lentamente, él empezó a aflojar los puños y dejó deslizar las hojas. Me miró detenidamente mientras yo las regresaba al escritorio.

—¿Sabes qué?, suficiente por hoy —agregó—. Vámonos a cenar. Hay que buscar otro lugar para archivar la información porque no me siento seguro de que este tipo haya tenido acceso a ella.

—Yo guardo todo con llave en mi cajón, no hay por qué temer. Si deseas, me lo puedo llevar a mi casa. Lo tengo respaldado en USB.

—No, no te lo lleves, es mucha responsabilidad para ti. Tampoco lo podemos acarrear al restaurante, ¡seríamos unos locos de atar!, correríamos el riesgo de extraviarlo. Deja todo aquí, al fin y al cabo, hoy será el último día que trabajemos para que este neurótico no te intimide de esta manera —concluyó más tranquilo.

—Perfecto, entonces tendré que llegar el miércoles a la oficina a las ocho en punto, para agarrar todo, tomar un taxi y alcanzarte.

—¿Quieres que pase por ti ese día? —sugirió cortésmente.

—No, está bien. Tú relájate y concéntrate en tu exposición y yo te alcanzo allá.

Repasamos todo una vez más, me cercioré de respaldar y de guardar todo bajo llave, apagamos el ordenador y salimos de ahí, apurados.

Una vez en la calle, Adrián me pidió que camináramos hacia un lugar pequeño, tipo bar, donde servían comida italiana acompañada de buenos vinos.

El aire tibio nos pegaba de lleno en la cara y el cielo estaba muy claro, con la luna brillando espectacularmente. Caminamos hasta ahí mientras se tranquilizaban los ánimos.

El restaurante me pareció de lo más romántico y acogedor. El piso, techo y paredes eran de madera y estaban detalladamente decoradas con cuadros antiguos. Las mesitas cuadradas coqueteaban cubiertas con manteles a cuadros, de color blanco y rojo, con flores al centro. Un mesero robusto nos dio, cordialmente, la bienvenida y nos entregó dos cartas hechas de papel reciclado y atadas por un listón.

—Bonito lugar —exclamé.

—Para ti —dijo sonriendo y coqueteándome con su atrevida mirada.

—Y bueno, justo antes de esta desagradable interrupción en el cubículo, estabas por explicarme qué era lo que te había alterado tanto el viernes. —Insistí.

Él suspiró, profundamente, y posó las manos detrás de su cabeza.

Es algo muy largo de explicar, y aburrido —confesó evadiendo el tema—. ¿Por qué no mejor me cuentas de tu amiga Lucía y después yo te explico, a detalle, sobre este asunto?

—¡Tramposo!, ¿por qué he de comenzar yo?

—Por favor —insistió sonriendo, y caí rendida.

—Muy bien. Tampoco creas que es muy divertido lo que te voy a platicar, pero cuanto más lo repaso, más lo voy asimilando, ¡y superando!

El mesero le dio a catar a Adrián una muestra del vino tinto de la casa y este,

encantado, le pidió que nos trajera una botella. Ambos ordenamos dos pastas con ensalada César y el simpático camarero se retiró silbando.

—Soy todo oídos —expresó, al mismo tiempo que estrellábamos las copas brindando—, ¡salud!, por tu cumpleaños.

—¡Salud porque terminamos la presentación a tiempo! —agregué.

—Somos un buen equipo. —Soltó.

Tomamos un sorbo del afrutado vino. Me aclaré la garganta para empezar a hablar.

—Pues todo empezó en el primer año de preparatoria, cuando me hice muy amiga de dos niñas de la escuela, llamadas Martha y Claudia. Siempre habíamos ido juntas en el salón, pero yo no les había hecho mucho caso. Ellas dos sí eran amigas, así que se podría decir que yo me incorporé a su pequeño grupo. No recuerdo por qué razón ellas me empezaron a frecuentar a mí.

Mientras narraba la historia bebía, repetidamente, pequeños tragos de la copa de vino tinto.

—Mis otras amigas, desde la infancia, habían sido Ivette y Gabriela —proseguí—, pero un cambio de «aires» pensé que me vendría muy bien. Fue entonces que me crucé con las otras dos. Martha, en especial, había sido siempre una niña precoz que gozaba de cierta mala fama en la escuela, y me daba curiosidad empezar a salir con ella. Claudia era una niña grandota y consentida, que aún se chupaba el dedo pulgar; lenta, rechoncha y tosca; hablaba y se movía torpemente, no así Martha, quien era más bien ágil, bonita y delgada. Ambas eran diametralmente distintas, pero hacían la mancuerna perfecta. Martha tenía un hermano llamado Carlos que, a su vez, frecuentaba muchos amigos que formaban un grupo, una especie de vándalos que pintaban paredes, se emborrachaban y se la pasaban de antro en antro y de fiesta en fiesta, sin autoridad paterna ni materna que los controlara.

Adrián volvió a llenar las copas de vino a medio beber. Empecé a sentir un calor delicioso en mi interior. Continué.

—Martha tenía novios desde los doce o trece años, uno tras otro. Sus padres eran dueños de una casa de campo pequeña en las afueras de la ciudad. La primera vez que me invitó a su casa de fines de semana, fui testigo de algo que hizo con su novio, a los quince años, y que me dejó aturdida durante varias primaveras. Todo sucedió en una de sus reuniones, en las que yo no soportaba tanta vulgaridad proveniente de los invitados, y fingí estar borracha. Me encerré en un cuarto y me fui a acostar sobre una de las camas. Minutos después, Martha entró a la recámara con su novio, el de aquel entonces, y ya no te puedo narrar más porque me da pena.

—Por favor —me rogó tomado un sorbo de su copa de vino.

—No es correcto que platique contigo de estas cosas, si apenas te conozco.

—No hay problema, Zyanya, digo, ya todos conocemos estas situaciones, ya somos mayores de edad, ¿no?, ¡hoy cumplés veintitrés años!

—Sí, pero son temas privados.



—¡Por Dios!, son temas naturales.

—Pues ya sabes, lo que hace todo mundo.

No me atrevía a seguirle contando a Adrián asuntos tan íntimos y vergonzosos, y sentí la cara caliente como el sol.

—¿Lo que hace todo el mundo? Mujer, no te voy a juzgar —insistió con una sonrisa de oreja a oreja—. Soy un morbosos, como todos los hombres, y me divierte escuchar este tipo de situaciones narradas por una mujercita.

—Bueno. —Me di valor con la segunda copa de vino que estaba bebiendo—. Se pusieron a hacer ¡hasta lo que no debían! Para su edad, ella estaba muy adelantada en todo. Aunque yo les daba la espalda y no me pude mover durante un lapso de tiempo prolongado para no interrumpirlos, empecé a escuchar ruidos de cierres de pantalones que se abrían en la oscuridad, respiraciones aceleradas, pujidos, palabras obscenas de su novio diciéndole: «Ahora tómatelo, es nutritivo». Me quedé asustada por mucho tiempo.

Adrián soltó la carcajada más sonora que, hasta ese momento, hubiera escuchado salir de su garganta. Me recordó al bobalicón de Bernardo, mi hermano, al que le causaba mucha gracia todo tipo de circunstancias relacionadas con el sexo. Mientras más prosaicas, mejor para él. Pensé que se iban a llevar de maravilla cuando se conocieran. De inmediato, me arrepentí de lo que le estaba describiendo y bajé la mirada a la mesa, no quería que pensara que yo era una corriente.

—Sigue, por favor, ¡vaya tu amiguita precoz! Estoy encantado con tu historia. —Incitó, levantando mi barbilla con la mano.

—Pero la fascinación termina, ya verás —le advertí, percatándome de su descarada forma de seducirme—. No más intimidades ajenas, por favor.

—No las omitas si existen en la narración, te lo ruego —solicitó divertido.

—Pues Claudia daba la impresión de estar siempre «en la boba», no se daba cuenta de nada, parecía ser muy inocente. Resultó ser que Martha nos invitó a las dos a pasar un Año Nuevo en Manzanillo. Con demasiado trabajo, mis padres accedieron, no sin antes encargarme con su madre más de cinco veces, ¡casi me querían encadenada a ella!

—Se preocupan por ti, y con mucha razón —observó.

—Entonces me dejaron ir. Este es el cuento de «la Cenicienta *reloaded*», así lo llamo.

Adrián asintió con la cabeza, indudablemente, entretenido.

—Un sábado muy temprano, Martha pasó por mí a casa; ya venía con Claudia, su mamá, Carlos y un amigo de su hermano llamado Mauricio. En cuanto me subí a la camioneta, empezó la pesadilla de mi vida. «Vente, Clau», le dijo Martha en voz alta a nuestra amiga para que se sentara a su lado, consiguiendo que yo me quedara sola en el asiento trasero. Todo el camino de ida, Martha se la pasó insultándome de lo lindo. Como se sentía protegida por todos los ahí presentes, cualquier situación que surgiera era motivo de agresión en mi contra, de burlas y palabrería. Uno de los

comentarios que recuerdo que hizo, fue volteando la cara hacia atrás y exclamando en voz alta: «¡Qué fea eres!», ocasionando que todos se carcajearon. Yo trataba de seguirles las bromas, para no pasarla mal. Su mamá no participaba en este jueguito, pero tampoco les llamaba la atención.

El mesero nos sirvió los dos platos con pasta caliente que olían delicioso a ajo; colocó las ensaladas al centro, acompañadas de una canasta de panes artesanales con especias, frutas secas y nueces, y un recipiente con mantequilla para untar.

—Se le ocurrió al tal Mauricio —proseguí—, de súbito y apenas conociéndome, apodarme como «la Ranflakes», por ranfla, o sea, mujer fácil, en su léxico florido. Como acababa de salir al mercado el cereal que se llama *Bran Flakes*, le pareció muy gracioso llamarme así durante los siete días del viaje.

La sonrisa pegajosa en el rostro de Adrián empezó a congelarse.

—A ver, a ver, no me tienes que seguir platicando grandes detalles para saber que la tal «Martha la facilona» te quería hacer pedazos porque te tenía una envidia enfermiza; que la tal Claudia parecía una tonta de primera, pero era perversa y convenenciera y que el hermano y su amigo eran unos gañanes sacados de la alcantarilla, ahora ¿por qué no llamaste a tu casa para que fueran por ti?

—Porque no quería preocupar a mis padres y mi hermano era un mocoso de catorce o quince años. No quería perturbarlos, pero ¿no quieres escuchar el resto?

—Continúa, claro que sí. Disculpa que me altere, pero no soporto que un patán le falte al respeto así a una mujer.

—Adrián, a pocas personas les he platicado esto, porque aún me lastima. Cuando iba a la mitad de la carrera, se lo platicué a una compañera de salón y no paró de llorar durante toda la narración.

—Entonces, cambiemos de tema. Venimos a festejar tu cumpleaños, no a que sufras.

—¡No! —interrumpí de un grito—, quiero contártelo. Me sirve como terapia, para superarlo.

—Muy bien, respeto tu decisión. Te escucho —dijo empezando a enrollar el espagueti en su tenedor, ayudándose con la cuchara.

—En esas épocas yo tenía todo el cuerpo marcado, sobre todo de las piernas, porque corría medio maratón e iba a *kick boxing*, ¡creo que es el mejor cuerpo que he tenido en toda mi vida! —exclamé orgullosa—. Súper atlético.

Advertí que Adrián me traspasaba la ropa con la mirada de arriba abajo.

—Pues, ¡yo diría que sigues muy bien!

La sangre me estalló en la cara y me puse morada de vergüenza.

—Disculpa, no te intimides —sonrió seductoramente—. Es la verdad.

—Bueno —interrumpí impresionada ante lo desinhibidos que ambos estábamos—. Resulta ser que hicimos demasiadas horas de camino. Carlos y Martha se turnaban manejando la vieja camioneta de su mamá, repleta de víveres y maletas, color verde pastel, de esas que tienen en los costados tiras que simulan madera.

—Un guayín antiguo —interrumpió Adrián.

—Esa, ¡tú sí sabes! El resto del traslado fue un tormento hasta que llegamos por la madrugada a Manzanillo. En cuanto nos bajamos del automóvil, fastidiados y hartos de la carretera, Martha volteó a verme para burlarse de mí con Claudia, una vez más, exclamando: «¡Checa la jeta de Zyanya!, ¡pobre vieja!». La táctica de Martha de ignorarme y ofenderme le resultaba perfecta porque Claudia era su aliada incondicional.

Nos hospedamos en una pequeña villita que tenía cocineta, tres recámaras y dos baños. Al principio, yo me levantaba a desayunar, junto con todos los demás, en la mesa y las burlas no se hacían esperar, así que opté por hacer tiempo a que todos terminaran, para después, sentarme sola a comer. Todas las mañanas que nos dirigíamos hacia la playa, Claudia y Martha caminaban adelantándose para dejarme atrás, como su guardaespaldas, y ponían sus toallas encima de la arena, lejos de mí. Cuando yo me acercaba, me decían que me fuera de ahí porque «les daba pena» que las vieran con alguien como yo. Yo movía mi toalla para estar lo más alejada posible de las dos y sola. Todo el día se la pasaban haciendo bromas acerca una película pornográfica que acababan de ver, donde describían el lenguaje sexual utilizado y le llamaban «la cuca» al órgano sexual femenino. Entonces, empezaron a llamarme «Cuca», frente a cualquier persona.

—¡Qué majadería es esta! —irrumpió Adrián enojado y propinando un golpe con el puño a la mesa—, tu historia está mucho peor que la de la Cenicienta porque ahí solo había dos hermanastras malas y una madrastra. En tu cuento, además, existieron dos estúpidos gañanes, quienes son cómplices, y una madrastra que pasaba desapercibida, como si no hubiera ido al viaje la señora. ¿Qué onda con la mamá de la precoz?, ¿no se daba cuenta de lo que sucedía o les tenía miedo a los hijos?, ¿por qué no le ponía un alto a la culebra ponzoñosa que tenía por hija y a los otros dos zoquetes?, ¡*Ran Flakes* tu amiga! Ya me dieron ganas de partirlas la cara a esos dos maricas —prorrumpió, cerrando los puños—, ¡que se pongan con un hombre!

—¿Te vas a molestar y me vas a regañar como la vez pasada? Entonces mejor aquí acaba la historia, no quiero que eso se repita.

—Es que en verdad me tiene molesto que seas capaz de soportar tanta vejación a tu persona.

—Cuando quiero a alguien, me es imposible percibir objetivamente lo que sucede en el momento en el que lo estoy viviendo. Tengo que ponerme a pensar fríamente en esto, más tarde a solas, para percatarme de los alcances a los que he permitido que lleguen varias personas en mi vida. Lo bueno es que ya me doy cuenta. Tranquilo, déjame continuar, todavía no termina el cuento —indiqué notando que yo ya había tomado dos copas de vino y no había tocado mi platillo.

—Ya no te voy a interrumpir más. —Se relajó.

—Gracias al cielo, desde el primer día de mi llegada, conocí a amigos que me hacían compañía. La primera tarde, llegó un canadiense muy atractivo y se acercó a

platicar conmigo. De inmediato, mis dos hermanastras corrieron a sentarse en la misma mesa donde yo me encontraba, para abordarlo. Él no les hacía caso, pero ellas insistían en decirle que yo me llamaba «Cuca». Como él no hablaba una pizca de español y no entendía qué gracia podía tener aquello, me miraba extrañado, dándose cuenta de todo lo que ahí sucedía, sin tener que hablar el mismo idioma.

Al día siguiente llegaron las dos vociferando que «me habían quitado» a mi galán y que se había acercado a mi mesa la noche anterior porque, en realidad, quería conquistarlas a ellas. Yo me encogí de hombros y me fui de ahí. Horas después me encontraría al canadiense en la alberca, donde me explicó que mis compañeras eran muy raras, que se le habían acercado a platicar y él había salido disparado de ahí.

Aquella noche fuimos al bar del hotel y yo no llevaba dinero. Martha le decía a Claudia, delante de mí, que ella le invitaba los tequilas y se iban a beber dejándome sola en la mesa. Como cualquier adolescente ingenua, me parecía que fumar era de lo más casual así que, de vez en cuando, le pedía un cigarro a Martha, quien fumaba como una chimenea, y me los negaba rotundamente. Esa noche conocí a otro chico, llamado Sergio, quien se convirtió en mi Ángel de la Guarda por el resto de esas vacaciones.

—Ya me estoy poniendo celoso, ¿eh? —Soltó bromeando—. No quiero más galanes por el resto del viaje.

Chocamos nuestras copas para brindar y yo continué desahogándome sin pausa.

—La rutina diaria era la siguiente: yo me levantaba a correr más temprano que todos; cuando regresaba, los demás ya estaban despiertos esperando a que llegara para convertirme en el bufón del día. Procuraba, entonces, seguirme de largo hacia las escaleras y subir a las recámaras para evitarlos a toda costa. Uno de aquellos días que llegué en plena discusión, en la que argumentaban que las mujeres bonitas no necesitaban maquillarse, apenas si abrí la puerta para que Martha me gritara, luciéndose desde su silla: «Oye, adefesio, ¡maquíllate!». Las estruendosas carcajadas de todos retumbaban en la villa; «*Ran Flakes*» para allá y para acá, y también criticaban mi cuerpo. Esa fue la única vez que su madre intervino para defenderme diciendo: «Pues yo veo que Zyanita tiene muy buen cuerpo», dejándolos callados a todos.

Cuando iba al baño y cerraba la puerta, Martha y Claudia atestaban de porrazos desde afuera, gritando majaderías y cuestionando qué era lo que hacía ahí dentro. En cuanto abría la portezuela y salía, aunque hubiera estado cepillándome los dientes, empezaban a gritar que apestaba para que todos los demás escucharan. No me dejaban en paz un solo minuto del día. Lo siguiente que hacía, era esperar a que terminaran de desayunar para poderme sentar. Ellos se iban sin esperarme. Cuando los alcanzaba y quería convivir con Mauricio y Carlos en los aerobics de la alberca o en cualquier otro sitio, ellos me mentaban la madre diciéndome que me largara de ahí y yo me iba al otro extremo de la piscina. Después fue que conocí a Sergio y ya no busqué la compañía de nadie más, pues la pasábamos juntos el resto del día.

Por las noches, comenzaba a llorar en silencio, con la almohada en la cara para evitar que me escucharan, rogándole a la Virgen que me empezaran a tratar bien o que ya me fuera de regreso a casa. —Sentí que la voz se me cortaba, pero continué—. Sergio me repetía, una y otra vez, que el par de «esperpentos» con los que iba me tenían unos celos sin precedentes, en especial Martha. Yo le insistía en que no eran tan espantosas y él me aseguraba que yo las quería mucho para verlas bonitas. La verdad, en el fondo de mi corazón, me empezó a gustar tener un aliado que se burlara de ellas y me reía con él, discretamente.

—¡Buen muchacho! —indicó alzando la copa—, ¡salud por el tal Sergio!, ya me cayó bien.

Volvamos a brindar.

Chocamos nuestras copas una vez más. Entre Adrián y yo ya habíamos bebido casi toda botella de vino.

—Una tarde en que Martha y Claudia estaban jugando beisbol playero —proseguí—, Sergio me invitó formalmente a salir, sin discreción, a la discoteca del hotel. Lo había hecho adrede en voz alta para que ellas escucharan y su plan funcionó a la perfección ya que, de inmediato, Martha se volteó furibunda a gruñir que yo no tenía permiso de salir aquella noche con nadie y que ella no me permitiría ir a la disco.

Mi amor platónico volvió a carcajearse ruidosamente. Yo continué, sin pausa.

—En el ínter, empezaron a llegar a Manzanillo muchos invitados y parientes de Martha, entre ellos, Ana su sobrina, de nuestra misma edad, junto con una amiga. Mis oraciones fueron escuchadas y las cosas empezaron a dar un giro rotundo. Como ya éramos muchas personas en la villa, ya no estaban todos sobre mí y yo ya no necesitaba tanto de la compañía femenina de mis dos acompañantes, pues ya había más mujeres para conversar y convivir durante el día. Martha dejó de ser el centro de atención.

Una noche, en la discoteca, se organizó un concurso de las mejores piernas femeninas y Ana y su amiga me insistieron mucho en que participara con ellas. En cuanto Martha y Claudia me vieron ponerme de pie brincaron a la pista, como resortes, advirtiéndome que ellas me iban descalificar del concurso y me iban a ganar. La música empezó y las veinte contrincantes empezamos a bailar por todas partes. La gente, enloquecida, aplaudía. A la primera vuelta, descalificaron a Martha y a Claudia y después a las demás, quedando como finalistas otra de las primas de Martha, alta y delgada, y yo. Teníamos que ir quitándonos la ropa, en cada vuelta, hasta quedar en traje de baño o bikini y a mí me daba vergüenza, pero a la otra chica no.

Adrián me observaba boquiabierto y yo apenas si podía creer que le estuviera contando esto.

—¿Y tu galán?, ¿el Sergio?, ¡con la bocota abierta!, ¿no? —Soltó Adrián.

—¡No digas eso! —exclamé divertida.

—Oye, pues a ver si te vuelve a invitar tu «hermanastra malvada» y yo voy a echarte porras al concurso de piernas, ¡no me lo quisiera perder!, ¡guau!

—Ya detente, o no te sigo platicando nada. En verdad me da pena contigo, pero estoy convencida que, entre más repases tus sufrimientos, más los vas superando. No me explico por qué te estoy teniendo esta confianza repentina.

—¡Por esto! —interrumpió agarrando la botella casi vacía y levantándola—. Hizo un ademán al mesero, pidiéndole una segunda botella de vino tinto.

—Entonces, ya no quiero beber más. Mejor cenemos.

—Completamente de acuerdo contigo. Cenemos algo para no tener los estómagos vacíos y bebamos un poco más, pero ¿puedes seguir narrando tu vivencia en lo que comemos?, me tienes embobado. Sigue, entonces. Esto que te hicieron fue bullying puro y llano, pero de los más violentos que jamás he escuchado.

Empezamos a merendar la deliciosa pasta y la ensalada. Algo mágico estaba sucediendo aquella noche que no quería que terminara nunca; el hielo entre nosotros se estaba rompiendo lentamente, al igual que los témpanos de los dos polos del mundo, situación que debíamos impedir a como diera lugar. A fin de cuentas, para eso el destino nos había unido. Algo tan inconcebible era lo que le daba esa aura de misterio a nuestra relación.

—Entonces —continué—, los aplausos nos hicieron ganar el primer lugar a las dos, empatamos. Nos regalaron una botella de champaña a cada una y ahí terminó esa noche.

Días antes del festejo de la noche de Año Nuevo, resultó ser que Martha enfermó y cayó en cama, no sé si fue invento suyo, debido a que se le estaba derrumbando su plan, o fue verdad, lo cierto es que todos empezaron a cambiar.

Fue inolvidable una mañana en la que Carlos y Mauricio entraron en mi habitación, cabizbajos, para disculparse del cúmulo de insultos y groserías que me habían hecho sin razón, y se retiraron de ahí, aún apenados. Apenas si lo podía concebir. Ana, la prima de Martha, y su amiga, resultaron ser amigables y lindas personas; Claudia, no sabiendo qué hacer, se me unió y me acompañó a todas partes a partir de ese momento, ¡no volví a estar sola por el resto del viaje! Martha no pudo asistir a la cena de Año Nuevo y se quejaba, tendida en la cama, de que no íbamos a visitarla durante el día.

Supuestamente, de tanto alcohol y cigarros que había consumido, había terminado por enfermarse. Después de haber estado en Manzanillo nos dirigimos a Guadalajara, a casa de unos parientes de Martha. Ahí pasamos unos días con una tía que era simpática y muy amable. Nos trató de maravilla. No obstante, Martha trató de insultarme una que otra vez más sin éxito, pues Claudia ya no se prestaba tanto a estar de su compinche y, lugar al que fuéramos, lugar en el que yo terminaba divirtiéndome en grande, conociendo gente, recibiendo bebidas de cortesía que me enviaba alguno que otro galán de las mesas de junto. En fin. La tortura había terminado.

—Respóndeme solo esto, por favor, ¿seguiste llevándote con Martha y con Claudia? —Lanzó sorprendido.

—Me temía que ibas a formular esa pregunta. Sí y no, es la respuesta. Como tenía que ver a Martha todos los días en el salón y ella pasaba a recogerme a mi casa por las mañanas para ir a la escuela, convivimos los siguientes seis meses del ciclo escolar. Yo cambié mi actitud hacia su persona y ella todavía tuvo el descaro de preguntarme, de vez en cuando, «si estaba molesta con ella». Yo le respondía negativamente, moviendo la cabeza, y me quedaba callada. No me atreví a comentarle esto a nadie durante un largo tiempo, hasta que un día en el recreo Lucía y Nuria me encontraron sola, recargada en una pared, recordando tanta atrocidad y humillación, y se acercaron a hablar conmigo. Fue la primera vez que conversé al respecto y lloré con alguien más. Ellas dos, de inmediato, me acogieron como si hubiéramos sido amigas toda la vida, dejaron de dirigirla la palabra a Martha, quien no les caía del todo bien antaño, y me hicieron sentir apoyada y comprendida. Claudia no les interesaba tanto, pues no la bajaban de «borrega» y «tonta», y así fuimos construyendo una sólida amistad desde entonces. Nos hemos seguido frecuentando durante todos los años de nuestras carreras profesionales, han estado en las buenas y en las malas a mi lado.

—¿Y la bruja de Martha?, ¿qué fue de ella?

—La he vuelto a ver algunas veces. Ella entró a estudiar en una universidad privada y religiosa. Hace algunos años, organizaron una comida, a la que yo fui invitada por otra persona, y me la encontré ahí. Estaba decentemente vestida, rodeada de sus nuevas amistades, gente que me parecía de lo más persignada, falsa y critica. Apenas si me saludó y se volteó para darme la espalda. Yo estuve disfrutando con un grupo de conocidos, pues había muy buena música, y empezamos a bailar en la parte de arriba de una gran casa, situada en el Pedregal de San Angel. Martha, espantada por mi comportamiento «indecente y atroz», se paró justo frente a mí y empezó a tacharme, descaradamente, con el grupo de compañeros con el que estaba. Incluso, la escuché decir que «no me conocía», aunque sus amigas le insistían que hacía unas horas me había saludado. Me sentí muy incómoda, tomé mi saco y salí de ahí furiosa caminando por la calle.

—¿Cómo se atreve a hacerse la «mosca muerta» actuando de esa manera?, le hubieras recordado lo que hizo en ese cuarto con el novio a sus quince años.

—Lo sé, lo sé —intervine—. La última vez que me la topé fue con un novio suyo, muy grosero e irrespetuoso, por el que ella moría de amor como una maniática. La encontré en un restaurante con él y sus amigos. En cuanto me vio ponerme de pie y pasar al lado de su mesa, hizo lo mismo que aquel día de la comida y comenzó a hablar mal de mí con sus acompañantes, ocasionando así que todos me voltearan a ver. Uno de los amigos de su novio me sonrió y ella comenzó a echar chispas por todas partes. Jamás la he vuelto a ver, gracias a Dios.

—No parece real todo esto que me estás platicando. No puedo creer que existan mujeres tan inseguras e invadidas por el odio que sean capaces de pisotear de esa manera a alguien de su mismo sexo por celos y rivalidad.

—Sí que existen, ¡y en rebaños!

Nos mantuvimos callados unos minutos. Sentí que me había desecho de un gran peso que llevaba cargando en la espalda y me percibí ligera. Ya podía platicar de esta funesta experiencia sin que me apenara de mí misma, abierta y sinceramente. Me sentí orgullosa, más aún no había olvidado que a él le tocaba hablar de «ella»; tratos eran tratos.

—Ahora sí, es tu turno. —Rompí el silencio—. Te toca platicarme la razón por la que saliste volando del despacho el viernes.

—¿Por qué insistes tanto en eso? No tiene gran importancia.

Se puso serio, mientras deshojaba una de las flores del centro de mesa. Estuvo pensativo unos segundos hasta que, finalmente, se atrevió a comenzar.

—Salí corriendo porque tengo un asunto pendiente por resolver con una persona. Una cuestión delicada —musitó.

—¿De qué persona se trata? —Insistí tímidamente.

—De alguien que fue muy importante para mí.

—Y, ¿ya no lo es?

—Sí lo es, pero de manera distinta.

—¿Se puede saber de quién estás hablando?

Adrián suspiró, sin atreverse a mirarme a los ojos. Escuché dos palabras dolorosas salir de su boca.

—Mi prometida.



## Ojos que no ven

Dos sucesos transformaron, el que hasta hacía unos minutos había sido el mejor cumpleaños de mi vida, en mi peor pesadilla. El primero, fue la confesión que me acababa de hacer Adrián, misma que me había dejado enmudecida el resto de la velada y me había roto el corazón en pedazos. Confirmé todas y cada una de mis sospechas, este hombre no podía estar solo, ostentando tantos atributos.

Intenté disimular mi enorme sorpresa ante tremenda revelación, pero nada pudo volver a ser lo mismo. El ambiente se había coloreado de gris; Adrián tampoco supo qué decir después, ante a mi notorio desconcierto, así que terminó por pedir la cuenta, dejando la segunda botella intacta.

Como él era de buen comer, él había terminado toda su pasta y ensalada, pero la mía estaba a medio acabar y el estómago se me había cerrado de golpe. Pronto, pidió su auto al acomodador y nos fuimos de ahí, callados; aún no era la media noche. A ratos, él volteaba a verme y yo le sonreía débilmente, pero la segunda catástrofe estaba por llegar.

A tan solo una cuadra de mi edificio, distinguimos a dos patrullas con las torretas encendidas estacionadas en la calle, y a mis padres y a mi hermano hablando con uno de los policías. Adrián se estacionó rápidamente y yo abrí la puerta para correr hacia donde se encontraba mi familia.

—¿Qué sucede? —pregunté alarmada.

Mi padre volteó a verme para, después, mirar receloso a Adrián. Mi madre hizo lo mismo.

—¡Ah! —exclamé—. Les presento a Adrián, un amigo.

—Buenas noches —saludó mi padre, secamente, y le extendió la mano. Adrián se la estrechó, así como también a mi madre y a mi hermano. Mis padres se mantuvieron en silencio, observando unos documentos que llenaba uno de los policías, mientras que el otro patrullero daba referencias de la ubicación de mi casa por radio.

—¿Qué pasa?, ¿papá?, ¿mamá?

Bernardo nos hizo una señal para que nos distanciáramos de ahí y nos pudiera narrar lo sucedido. Caminamos hacia la otra esquina. El uniformado entregaba a mi padre una especie de reporte y le daba explicaciones.

—Te trajeron un regalito de cumpleaños. Lanzaron una piedra contra el vidrio de la sala. —Soltó Bernardo—. Adrián y yo volteamos a ver hacia la ventana.

—Y ¿quién fue? —cuestioné.

—Suponemos que los pelados con los que saliste la semana pasada —respondió bruscamente mi hermano.

—¿Cómo saben? —inquirí aterrada.

—Porque en la piedra hay un recado pintado con plumón que dice: «Ojos que no

ven...», y dibujaron al lado una figura de una mujer a la que le están sacando los ojos con un picahielos. Creo que este mensaje es directo para ti, ¿qué es lo que viste o qué?

Sentí que me iba a desmayar del espanto. Adrián me tomó del brazo.

—Y ¿dónde está la roca? —preguntó Adrián.

—Se la llevan como evidencia los de la patrulla, ¿hay algo más que no nos has platicado, Zyanya? Esto está de miedo.

—Quiero ver el mensaje —espetó Adrián y se dirigió, con grandes pasos, hacia el policía que estaba dentro de la patrulla. Corrí tras él, de inmediato y le rogué, en voz baja, que no confesara una sola palabra de lo que le había platicado aquel día en el café, explicándole que mis padres no sabían acerca del «Chacal».

El oficial nos mostró la piedra, de tamaño mediano, dentro de una bolsa transparente de plástico. Nos la acercó para que advirtiéramos mejor la inscripción; de ninguna manera debíamos tocarla. Claramente, con acuarelas de color rojo, se distinguía el dibujo que mi hermano nos acababa de describir y la frase escrita, chorreando tinta que simulaba sangre. Tanto el diseño como la caligrafía eran impresionantes, detallados, perfectos. Se notaba que les había tomado tiempo alcanzar algo tan bien logrado. De nueva vez sentí terror y empecé a hiperventilar.

—No se alarme, señorita —profirió el oficial, tratando de tranquilizarme—. Todos los días amenazan a alguien y, ¿sabe cuántos de estos «valientes» se atreven a hacer algo? Recuerde que, perro que ladra, no muerde.

—¿Cuántos? —aullé.

—El dos por ciento.

—Pero esto está muy bien hecho como para que sea una broma o no se lo tomen en serio —empecé a tartamudear y a temblar—. Les ha costado tiempo y esfuerzo lograr algo así. Mire, yo soy diseñadora gráfica y se de esto...

Adrián me jaló del brazo y, sin importarle en absoluto que estuvieran mis padres a unos metros de distancia, me abrazó con todas sus fuerzas, silenciándome de inmediato. Me solté a llorar por el miedo, por la decepción, por el dolor de corazón que ya no soportaba, porque me sentía engañada por Adrián y amenazada por un grupo de drogadictos, porque todo estaba saliendo mal.

Lloré y lloré sin parar, empapando de agua y rímel negro la camisa de este hombre, del que estaba tan perdidamente enamorada, y quien deseaba que estuviera conmigo sobre todas las cosas en el mundo.

Minutos después, mi hermano se acercó y le susurró a Adrián algo al oído. Él me separó de sí, lentamente; alcancé a ver su gesto de preocupación mirándome sin saber qué hacer. Me entregó con mi hermano, quien también me abrazó y me llevó caminando hasta la otra esquina. Escuché la voz de Adrián a lo lejos, discutiendo algo con los policías, se aproximó a nosotros y le pidió a Bernardo que me cuidara. Volteé a mirarlo con los ojos desbordando lágrimas. Me acarició tiernamente el rostro, comentó que me llamaba al día siguiente y se marchó.

—Ya Sandía, en buena onda, cálmate porque me estás poniendo los pelos de punta y ya me embarraste toda la playera de tu cosa esa negra de las pestañas —se quejaba mi hermano en voz baja, sin dejar de abrazarme—. Dime ¿qué está pasando?

—Nada, nada. —Respondí tratando de reponerme y enjugándome las lágrimas con los dedos.

—No es para tanto. Ya te dijo el poli que estos maricas nada más asustan y se esconden. Oye, ¿y este cuate es el que te trae cortita?, ¡está galán!, ¿eh? No me llega ni a los pies, pero pasa la prueba.

—¿Qué es lo que le dijiste cuando estaba con él?

—¿Por qué?, ¿te interrumpí tu momento romántico? Lo siento, pero nada más le expliqué rapidito cómo te iban a poner pinta mis papás al verte abrazadita, en plena calle, con un desconocido, ya sabes cómo son. Te quise rescatar, eso fue todo.

—Estuvo bien. —Respondí agradecida.

—Ya súbete. Mejor espera allá arriba, en un rato te alcanzamos.

Le hice caso a mi hermano, me separé de él y me fui de ahí con la moral pisoteada y cansada, muy cansada de tantos altibajos. Cuando empecé a subir las escaleras, escuché la voz penetrante de mi madre que decía: «Prepárate, que tenemos que hablar».

No tenía ganas ni de respirar; no quería discutir con alguien y, mucho menos, oír los gritos de mi madre a esas horas de la noche, ¡estaba tan confundida! El amor de mi vida me había estado engañando todo este tiempo, jugando con mis sentimientos, dándome esperanzas en vano, pero ¡un momento! La cabeza se me enfrió de golpe y empecé a pensar en todo lo que había sucedido entre él y yo desde el día en que lo había conocido hasta hacía apenas unos minutos, ¿en alguna ocasión me había hecho alguna proposición amorosa?, ¿se había querido sobrepasar conmigo de alguna forma?, ¿había dicho que me quería para otra cosa que no fuera como amiga? No, no y no. La que estaba alucinando era yo, él jamás se había dirigido a mí de otra forma que no fuera cortés y respetuosamente. De hecho, en más de una ocasión había tenido la oportunidad de besarme y se había abstenido de hacerlo, ¡era un caballero! Yo era la tonta que estaba construyendo castillos de ilusión sin cimientos. Pero ¿por qué había accedido a salir conmigo si estaba comprometido?, y ¿por qué había dicho que su prometida había sido importante para él?, ¿acaso ya no lo era? Y ¿dónde quedaban tantas coincidencias en nuestras vidas?

Apenas me coloqué el pijama, cuando mis padres y mi hermano entraron a la casa.

—¡Zyanya! —clamó mi madre, aun girando con la llave a la cerradura de la puerta—. Te quiero en la sala en este instante.

Percibía los regaños de mi mamá a lo lejos, pues no me concentraba en la conversación. Mi padre intervenía frenético, mientras mi hermano, de pie y recargado en la mesa, miraba en todas direcciones. Después vino el interrogatorio, mismo que resultó cruel y despiadado. Tuve que dar puntos y señas, repitiendo todo lo

acontecido en el antro, paso por paso, una vez más. Mil y un veces me preguntaron a qué se referían con lo de «ojos que no ven», a lo que respondí, invariablemente, que lo ignoraba.

Me informaron que habían levantado un reporte que llevarían, a primera hora de la mañana, rumbo al Ministerio Público, y que las patrullas iban a estar yendo y viniendo continuamente para evitar otro altercado; me hicieron sentir miserable al reprocharme el peligro en el que había inmiscuido a toda la familia. Para finalizar, me interrogaron sobre todo lo relacionado con Adrián.

—¿Dónde conociste a este jovencito? —reprendió mi madre.

—Me lo presentaron en la oficina —mentí.

—Y, ¿qué tal la escenita de allá afuera?, ¿te parece decente estar abrazándote con un completo extraño delante de tus padres en la calle?, ¡pareces una cualquiera!

Miré de reojo a mi hermano, recordando sus palabras. Estaba casi roncando de pie.

—Lo conozco hace más de un mes —mentí nuevamente.

—No nos interesa. Aquí viene y se presenta como se debe, ¡date a respetar!

—No sales con este muchacho hasta que venga a conocernos. —Acordó mi padre—. Tiene razón tu madre, esos no son modos. Ya hasta andas trepada en su coche con él.

No tenía ganas de abrir la boca. Asentí con la cabeza a todo lo que me pidieron.

—Se ve buena onda y decente, má. —Salió mi hermano, medio despierto, en mi defensa—. Es el primero que usa zapatos.

Sonreí levemente.

—Bueno, pues ya escuchaste —concluyó mi madre para entrar de lleno otra vez en el tema de los patanes que habían roto el vidrio de mi casa.

Me fui a la cama ya tarde, muy tarde.

Tras apenas unas cuantas horas de sueño, desperté a la hora de costumbre. Encendí mi lamparita de buró, pues aún estaba oscuro a esa hora del alba y, al abrir mi cajón, lo primero que saltó a la vista fue la pequeña cajita, con moño rosado, que mi abuela me había obsequiado para el día de mi cumpleaños, ¡la había olvidado por completo! La tomé y la abrí rápidamente, rompiendo la envoltura, y me encontré con que era una joya; una especie de gargantilla antigua compuesta por una cadena de oro de dieciocho quilates que sostenía, altivamente, a un dije cuadrado, del mismo metal y quilataje. Lo que me dejó hechizada fue una figura, delicadamente grabada, en el centro. Aproximé a mis ojos aquella preciosura, incrédula y aturdida, para distinguir qué forma tenía. Descubrí un diminuto paisaje con un sol saliendo detrás plasmado, divinamente, sobre el costoso metal.

—¡Qué cosa! —pronuncié embelesada—. La abuela esta vez sí que se voló la barda, ¿cuánto costará algo así?, ¿a quién pertenecería este objeto?

Lo devolví, suavemente, a su cajita y la escondí hasta el fondo de mi cajón, colocando cuadernos encima para que nadie fuera a robármelo. «Encontrarás todo lo

que buscas», escuché las palabras de mi abuela, ¿qué querría decir con eso?

Me sacudí la pereza y salté apurada de la cama. Mis padres me habían prohibido ir a correr por las mañanas, ya que temían por mi seguridad tras lo acontecido la noche anterior, así que tomé un libro y me puse a leer, bostezando a cada minuto.

Continuaba triste. Me resultaba difícil concentrarme ya que, durante mis escasas horas de descanso, había soñado con Adrián. Lo vi claramente como un hombre exitoso, llevando a cabo su singular proyecto, vestido elegantemente y sonriendo a sus anchas. Parecía estar en una oficina gigantesca, acompañado de varias personas que lo adulaban para obtener algo a cambio, pero él no se percataba de esto. Se puso de pie para salir de ahí y darle la bienvenida a alguien que estaba esperando del otro lado de la puerta; cuando giró la perilla, apareció una mujer de cabello dorado sin rostro, la miró embelesado. Él la amaba.

Tomé una drástica decisión en ese preciso segundo; dejaría de andar caminando sobre las nubes y haciéndome ilusiones con alguien que no me correspondía de igual manera. Resolví empezar a tratar a Adrián fría e indiferentemente, como a un amigo más, aunque para aparentar esto tenía que dejar de atender a mi corazón y empezar a utilizar la razón. «Así hay que tratar a los hombres», concluí. Tal y como habíamos acordado, aquel martes no lo vería, sino hasta el día siguiente por la mañana.

Terminada mi rutina de aseo y arreglo personal, me dirigí al despacho, como todos los días. Me pareció solitaria cuando llegué y empecé a extrañar las visitas nocturnas de «mi primo». Luché contra mis emociones y me puse a trabajar como desesperada, sin pausa, para distraerme en otras cosas. Casi no crucé la palabra ni la mirada con mis colegas.

Antes de salir, me cercioré de que la puerta del salón de juntas hubiera permanecido cerrada con llave todo aquel día y me retiré a descansar.

Dormí nerviosa, me dolía el pecho, y desperté en el mismo estado. Vestí mis mejores galas, un traje sastre negro con blusa blanca, para acompañar a mi Romeo en su inconcebible empresa y tomé un taxi hacia el trabajo.

Eran las ocho con tres minutos cuando introduje la llave en el cerrojo de la entrada principal a la oficina, que permanecía vacía y sin luz. Encendí el interruptor de la recepción y crucé caminando hasta la sala de juntas, ubicada en la esquina, ese rincón que tan gratos y excitantes recuerdos acarrea a mi memoria. Abrí la puerta y encendí la luz. Me acerqué al mueble de madera apolillada para sacar de ahí la computadora lap top, el USB, el cañón y los planos. En el momento de separar las puertas y los cajones, sentí que me desvanecía al encontrar todo vacío. Había absolutamente nada, no estaban ni siquiera los borradores que habíamos dibujado con información garabateada, ni los lápices que habíamos utilizado, ¡nada! Pero ¡esa sala había permanecido cerrada el día anterior, yo misma me había encargado de eso!

Tomé el celular de mi bolso, con las manos temblorosas, y le marqué a Adrián.

—Buenos días, ¿cómo amaneciste? —me respondió amablemente.

—Bien, pero mal —mascullé entrecortando las palabras.

—¿Cómo?, ¿qué te sucede?

—Es que estoy en la oficina y... las cosas no están.

Hubo un silencio sobrecogedor.

—¡No puede ser! —pegó un grito asombrado—, seguro fue el papanatas ese del esposo de tu jefa, ¡le voy a partir!... Salgo para allá.

Encendí, de un movimiento, todas las luces y empecé a arrastrarme como reptil por la alfombra roída, buscando un indicio de que alguien hubiera estado ahí y hubiera dejado una pista. Examiné huellas sobre el escritorio, corrí de cubículo en cubículo, abrí cajones de mis compañeras, desordené papeles, busqué en los baños, volteé de cabeza el lugar para hallar nada. Las manos empezaron a dolerme de tanto impulsirlas de un lado a otro.

Adrián llegó minutos después, portando un traje oscuro, brillaba como el sol.

—¡Qué guapa te ves! —exclamó en cuanto me descubrió cuando le abrí la puerta. Los vellos se me electrizaron como las espinas de un puerco espín.

—Gracias —contesté fríamente, fingiendo apatía, mientras me mordía la lengua y la cordura me llegaba al cerebro—. Pasa, para que te cerciores de lo que te dije.

—No es necesario, te creo, aunque te puedo ayudar a buscar, cuatro ojos son mejores que dos. —Soltó alejándose de mí y corriendo, de un lado a otro, por el reducido perímetro del despacho.

—Ya lo hice, Adrián, se llevaron todo —expliqué consternada.

Pareció no escucharme y esculcó por los mismos lugares que yo. Una vez que se dio por vencido, se quedó petrificado unos segundos, con las dos manos en la cintura, mirando al horizonte por la ventana. Adiviné que deliberaba qué era lo que podíamos hacer.

—¡Vámonos! —expresó de pronto—. Ya improvisaré la presentación y ese tipejo me las va a pagar, no se va a salir con la suya.

—Si tú dices —agregué, tratando de mostrar desdén, a la par de que me dolía el alma hablarle con ese tono de voz.

Apagué las luces como pude y salimos, precipitadamente, de ahí. Subimos a su auto, mal estacionado, y llegamos al corporativo de la empresa trasnacional a las ocho y veintisiete minutos. Adrián estacionó su coche en el extenso sótano del edificio.

—Adrián —solté asustada,— ¿a qué venimos si tenemos nada?

—Ya verás —respondió completamente seguro de sí mismo—, ¿estás molesta conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? —mascullé serena.

Algo quiso explicar antes de salir del auto, pero no se atrevió y optó por salir del auto y abrirme la puerta. No podía imaginar qué era lo que estaba tramando pero, en el fondo, confiaba ciegamente en él.

Tomamos el elegantísimo elevador de subida, hacia la planta baja, y entramos al edificio con la respiración agitada.

—Buenos días —saludó una joven y bonita recepcionista.

—Buenos días —respondió Adrián—. Tengo una cita con el ingeniero Carlos Zubieta. Es a las nueve, pero quedé con él de llegar media hora antes para preparar el material de una exposición.

—¿Trae el material a la mano, señor? —inquirió la mujer, percatándose que no portábamos objeto alguno.

—Tengo que bajar por él al estacionamiento —mintió—. Solo quisiera observar el salón que me van a asignar para calcular espacios y tiempos, ¿ve?

—Un segundo, por favor.

La joven mordió el anzuelo. De inmediato, nos solicitó las identificaciones, marcó a la extensión de la dirección general y nos anunció. Yo no sabía exactamente qué era lo que mi amado se traía entre manos, pero me mantuve al margen, con la adrenalina reventándose en las sienes.

—Pasen, por favor, piso dieciséis —explicó extendiéndonos dos gafetes—. Por los elevadores del fondo a la izquierda.

El edificio de *Inti Earth Corporation* era una maravilla de la tecnología y la arquitectura. Recientemente remodelado había fungido, en otras épocas, como una construcción sencilla, destinada para oficinas de gobierno, durante muchos años. Lo habían derribado casi por completo para edificar una torre delgada y alta, con grandes ventanales de cristal, suspendidos en el aire. El patio exterior, estaba adornado por espejos de agua y macetas gigantescas y exóticas, mismas que te acompañaban hasta el ostentoso interior, donde la deslumbrante recepción olía a nuevo. Parecía un hotel de lujo, con cámaras y guardias de seguridad apostados en cada esquina.

Las sonrientes recepcionistas, enfundadas en traje sastre color azul marino, manejaban las identificaciones y te comunicaban a las diversas extensiones telefónicas, por medio de auriculares. En un extremo, había una barra con cafés para llevar, ensaladas, y *sushis*; en el centro aparecía una sala de espera con muebles oscuros de piel. En la parte superior del muro, que quedaba a espaldas de la recepción, se distinguía el imponente logotipo de la compañía, en color dorado.

Bajamos del ascensor en el piso dieciséis y otro amplio recibidor advertía que ahí estaba localizada la oficina del ingeniero Carlos Zubieta. La fina secretaria se presentó como Ofelia y nos indicó que él estaba ocupado. Acto seguido, nos acompañó a una sala de espera, amplia y acojinada, para que aguardáramos ahí. Nos ofreció café o agua, a lo que ambos negamos agradecidos, y se retiró.

—Adrián —rompí el silencio—, será mejor que tú pases solo a la cita con este señor. Yo no tengo qué hacer aquí.

—Eres parte de todo esto, eres inteligente y dedicada y quiero que estés conmigo.

—Es tu idea, tu proyecto, tu sueño. Yo solo te ayudé, escasamente, a decorarlo y a ponerle movimiento; no soy la autora ni merezco reconocimiento por lo poco que hice.

—Quiero que seas mi mano derecha en esta empresa, ¿recuerdas «nuestros

destinos unidos por alguna razón?»

No volví a abrir la boca. Me quedé callada, tensa y pensativa. Él se puso de pie y comenzó a caminar, nerviosamente, de un lado hacia otro. Ahí permanecemos, a puerta cerrada, casi treinta minutos, hasta que por fin, la ayudante del director, apareció. Mi corazón pegó un brinco, no tenía ni idea de qué era lo que Adrián estaba tramando hacer frente a este importante empresario, pero sería testigo ello.

—¿Es usted el señor Adrián Pontones? —inquirió Ofelia.

—Sí —respondió el apresurado—, ya me habían anunciado, ¿no es así?

—Sí, pero debe haber una confusión. Acaban de venir de parte del señor Pontones. El caballero apenas salió del despacho del ingeniero Carlos Zubieta. Necesito que me preste su identificación, por favor.

—¿Qué? —soltó Adrián furioso—, ¿cómo?, ¿dónde está ese impostor que se hace pasar por mí?

—Un momento, señor.

Me tapé la cara con las dos manos en lo que Adrián le propinaba un golpe a la puerta para después salir disparado de ahí, en busca del farsante que acababa de utilizar su nombre y, quizás, su material y su idea. La oficinista corrió tras él y yo permanecí paralizada de la sorpresa, ¿en verdad sería capaz Germán, el esposo de Carmina, de cometer tal fechoría? Era robo de propiedad intelectual y era un delito. Me sentía culpable por estarle haciendo pasar este mal sabor de boca a Adrián.

Di unos pasos fuera de la sala, Adrián cruzó corriendo hacia el elevador y subió de un salto. Yo piqué el botón para tomar el siguiente ascensor que estuviera libre. Mientras esperaba, la amable secretaria apareció atrás de mí, asustada.

—Pero ¿qué fue lo que sucedió? Esta persona dijo que venía en ausencia del señor Pontones, ¿tienen a algún socio o mensajero que hayan enviado? Parecía un hombre muy serio.

—¿Se encuentra el ingeniero Zubieta? —pregunté.

—No, él salió aproximadamente hace cinco minutos, poco después de que terminara de atender su cita.

—¿Tiene su coche estacionado allá abajo?

—Lo está esperando su chófer, venga, acompáñeme.

Las dos caminamos rápidamente hacia el enorme ventanal que daba a la calle. Desde el piso dieciséis, alcancé a distinguir una silueta que se estaba subiendo a una camioneta con vidrios oscuros, a la que seguía una escolta de otras dos imponentes camionetas de color negro. Los tres automóviles arrancaron y, de inmediato, observé a Adrián saliendo del edificio, corriendo a toda velocidad, tratando de alcanzar a los tres autos, a la par de que gritaba y manoteaba desesperado. Sentí una gran angustia al presenciar esta escena. Él bajó la cabeza y regresó hacia el interior de la construcción, dando pequeños pasos. Yo recargué la cabeza en el vidrio y suspiré profundamente; Ofelia se dirigió a su escritorio, apurada, para contestar la línea por la que le marcaba su jefe.



De pronto, apareció un automóvil conocido, un deportivo que yo había visto una decena de veces y que reconocía a kilómetros de distancia. El auto convertible de Germán salía del estacionamiento a toda velocidad.

—¡No! —chillé consternada.

Corrí hacia el ascensor y picoteé el botón varias veces. Las dudas estaban confirmadas, Germán había robado nuestro invaluable tesoro y se había hecho pasar por Adrián, pero ¿cómo? Un ramalazo en la sien me trajo la respuesta, los dos gafetes con fotografía que Carmina me había pedido. Ella se había guardado uno en el bolso, frente a mis narices. Ahí estaba la respuesta, solamente había tenido que cambiar el retrato, pero ¿actuaría Carmina como cómplice de su marido?, ¿sería capaz de tramar algo así de siniestro?

El ascensor se abrió y me encontré con un Adrián de mirada triste que, hasta ese entonces, desconocía. Me dieron ganas de abrazarlo, pero me contuve. Subí de inmediato a su lado y esperé a que las puertas de metal se cerraran.

—Fue él, fue el esposo de mi jefa, lo vi saliendo del estacionamiento —aseguré.

—Los sabíamos, ¿no?

—Disculpa mi descuido, no pensé que tuviera llaves de ese escritorio, es mi culpa.

—El único culpable es él, no digas eso; es un pillo.

—Ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Pedir otra cita, con otro nombre, y explicarle todo esto al ingeniero Zubieta.

—Pero ¿cuándo nos dará otra cita este señor tan ocupado?

Mi guapísimo acompañante sonrió de manera encantadora, dejándome paralizada.

—¡Quizás dentro de seis meses! —bromeó.

No podía creer que a, pesar de todo, estuviera de buen humor. Las puertas del ascensor se abrieron de golpe. Quise salir a respirar.

—Vamos afuera, por favor, necesito aire fresco —le pedí.

Apenas íbamos saliendo, cuando empecé a sentir las hormigas en el estómago al percibir su mano deslizándose, hasta asir la mía. Me jaló para que me detuviera y yo volteé a mirarlo, quedando frente a él. Poco a poco, empezó a acercarse a mí y comenzó a rozar su mejilla con la mía. Mi respiración se aceleró al instante y cerré los ojos. Deslizó lentamente sus labios por toda mi cara hasta que llegó por fin a mi boca y empezó a besarme despacio. Los besos se hicieron cada vez más efusivos hasta que dejamos escapar toda la pasión que habíamos reprimido desde el primer día que nos conocimos. Él soltó mis manos y me ciñó por la cintura y yo enredé mis brazos alrededor de su cuello. Jamás había experimentado tal arrebatado de deseo en toda mi vida; sentí que un puñado de estrellas nos rodeaba a los dos, que una energía portentosa nos unía aún con más fuerza, no podíamos dejar de besarnos.

Yo le acariciaba el rostro desesperadamente y él me estrechaba contra su cuerpo, con fuerza. Escuchábamos los respiros entrecortados de ambos, dos corazones latiendo con el ímpetu de un tornado, sentíamos el calor perturbador que emanaba de

nuestros cuerpos, quería quedarme ahí para siempre. Tanto deseo reprimido había estallado como un volcán.

Estábamos en plena calle, justo a la entrada del extraordinario edificio, sin que nos importara en absoluto. Era nuestro momento y nadie nos lo iba a quitar. Así estuvimos tiempo sin tiempo, hasta que hicimos una pausa para mirarnos a los ojos.

—No sabes cuánto había deseado este momento —me susurró al oído.

—Yo también.

—Desde el primer momento en que te vi.

—¿Por qué esperaste tanto tiempo?

—Porque tenía miedo.

—Oye —interrumpí—, ¿qué significa esto para ti?

—Lo que parece, ¿y para ti?

—¿Y tu prometida? —Lancé como un balazo.

Adrián me miró pensativo, con una sonrisa en los labios, rojos e hinchados de tanto besarme.

—Ella está en coma, desde hace cinco meses.

—¿Qué? —exclamé sorprendida, cubriéndome la boca con la mano.

—Es por eso que no me decidía a demostrarte nada, por respeto a su persona, pero todo indica que las cosas no van a mejorar.

—Lo siento mucho, en verdad.

—El viernes se puso muy mal y por eso salí disparado a verla al hospital. No había encontrado a alguien más que me interesara hasta que llegaste tú.

—Y ahora, ¿qué va a pasar?

—No lo sé, pero hoy quédate conmigo, no quiero que regreses a esa oficina nunca más ni que convivas con esa calaña de gente.

—Yo creo que debería volver para dar con el culpable y recuperar lo perdido.

—Como quieras, mujercita, pero hoy te voy a secuestrar.

—De acuerdo.

Nos tomamos de la mano y caminamos por avenida Insurgentes, envueltos en el aire que olía a enamoramiento, las calles lucían hermosas, los ojos me brillaban como luceros; apenas si podía concebir, con certeza, que lo que estaba sucediendo era real.

No nos percatamos de que habíamos estado siendo observados, sin parpadear, por un mudo testigo que nos acechaba. A lo lejos un grafiti, plasmado de manera perfecta en la pared lateral del edificio de *Inti Earth Corporation*, no nos perdió de vista.

## Despedidas

La tan temida noticia que mi memoria había bloqueado, momentáneamente, fue revelada. Tras un breve mes de amarnos a escondidas, como unos locos, todo este ensueño se veía interrumpido por una llamada. Marco le informó a Adrián que había conseguido la tan esperada ayuda financiera para que lo alcanzara en el Polo Norte, con el fin de que trabajaran en conjunto con un equipo de expertos en la construcción, el deshielo polar y calentamiento global. Tenía quince días para marcharse.

Cuando Adrián le comentó a Marco, confuso, sobre el asunto del robo de los planos y el proyecto, este guardó silencio unos instantes.

—¿Estás bromeando? —le preguntó a risotadas.

—¿Cómo iba a bromear con algo tan delicado? —Se sorprendió Adrián.

—¿Con qué dinero crees que te estamos financiando boletos de avión, estancia y comida, mi hermano?

—Pero, pero... ¡no llegué a la cita!, ¡alguien se me adelantó! Creemos que es el esposo de la jefa de la diseñadora gráfica, con la que trabajé en la presentación.

—Tú estás demente, ya estás delirando. El ingeniero Carlos Zubieta me mencionó que habías enviado a un socio tuyo, conocedor del proyecto, serio y formal. Él quedó encantado con la presentación y, de inmediato, se comprometió en contactarse con su gente para enviar a su equipo, primero, al Polo Norte y después al Sur. De hecho ya están acá, Adrián, son ingenieros, arquitectos, geólogos, climatólogos y especialistas de primera, ¡te impresionarías de ver la maquinaria y equipo que traen! Ya me urge que vuelas para acá, hermano, ¡nuestro sueño es una realidad!

—Y ¿cómo se llamaba el individuo que fue a hablar por mí?

—¿Cómo?, ¿no lo sabes?

—No, te juro que no.

—Un tal señor Santibáñez.

No pudimos dar con la identidad de esta persona. Estábamos realmente sorprendidos debido a que, lo que a nuestros ojos había parecido ser una estafa, había resultado en algo positivo. Llegamos al extremo de especular que, quizás, Germán había falsificado su identificación utilizando ese nombre, pero era muy improbable que nos hubiera querido ayudar. No lográbamos hallar una sola pista de este incidente que parecía, por lo demás, ilógico.

Por otra parte, un asunto curioso también estaba aconteciendo. Los grafitis que me perseguían, responsables y causantes de tanto embrollo en mi vida, se esfumaron de mi vista. Poco a poco, día tras día, alguien los había borrado de las paredes de los edificios que rodeaban el mío y, por más que escudriñaba por distintos lares, no hallaba alguno por los muros de la ciudad. En el fondo de mi ser, los echaba de menos.

Ni Adrián ni yo habíamos querido enterar a nuestras amistades o familiares sobre nuestra relación amorosa. Aunque aún no habíamos tocado el tema, el acuerdo estaba implícito.

Generalmente, él me alcanzaba todas las tardes a la salida de mi trabajo e íbamos al cine, a caminar o a cenar por los alrededores de la colonia Nápoles. Los fines de semana los guardábamos para estar en familia y nos enviábamos mensajes a los celulares unas treinta veces al día. Sábados y domingos me parecían eternos y desabridos sin su presencia. No obstante de que deseaba enamorarme ciega y desenfrenadamente de Adrián, algo en su actitud me hacía ir con pies de plomo y controlar mi imperiosa necesidad de contar con una pareja y ser amada.

Al día siguiente de aquel desafortunado incidente en la torre de oficinas de Inti Earth Corporation, me presenté a trabajar como de costumbre. Llevé una bufanda para simular que estaba enferma de la garganta, y noté absolutamente nada fuera de lo normal.

—¿Bufanda en pleno verano? —me cuestionó Adriana.

—Es que no soporto la garganta —fingí toser.

Me extendió unas de las decenas de pastillas que cargaba en su bolso.

Alguna que otra vez, tanto ella como Miriam, me preguntaban por mi «primo» o me invitaban para que fuéramos juntas a comer. Los días transcurrían sin novedad.

Una mañana, Carmina me cuestionó acerca del desenlace sobre el proyecto de mi primo, más por parecer cordial que por estar realmente interesada. Le respondí con toda clase de inventos y caso cerrado, no se volvió a tocar el tema.

Días después, apareció Germán en el despacho, con su actitud apresurada y engreída; me saludó de reojo, se encaminó hacia la sala de juntas, en la que habíamos trabajado Adrián y yo, se coló y cerró la puerta. Nada había cambiado. Pensé en dos posibilidades: o eran muy buenos y cínicos actores, o eran inocentes. Preguntas y dudas sin resolver surgían a cada instante, pero ¿y el convertible de Germán que yo misma había visto salir del edificio?

Uno de esos días Lucía me llamó a la oficina, situación que me tomó por sorpresa, pues no había sabido de ella desde aquel incidente con su primo.

—¿Cómo estás, *princess*?, ¿cómo va ese loco amorío con el galán? —me saludó efusiva.

—¿Cómo sabes de un amorío?, ¿te he platicado algo al respecto? —Respondí a la defensiva.

—¿Ya se decidió el hombrecito o yo tenía razón y te salió maricón?

Sus comentarios lascivos me hicieron hervir la cabeza de furia en un santiamén.

—Te voy a pedir de favor que no te refieras a él de esa manera, ni siquiera lo conoces. Si me estás llamando para insultar y criticar, no me llames.

—Estás bien, enamoradota, me da gusto por ti. Hace mucho que no nos vemos, ¿comemos hoy? Ya sabes que te quiero mucho, perdona mis indiscreciones.

Como buena experta en manipular sentimientos, Lucía me convenció. Pasó por

mí con su chófer y fuimos a comer a un lugar cercano y económico. Me percaté de que su escolta había aumentado considerablemente. Ahora la seguían dos camionetas con guardaespaldas, además del chófer que venía conduciendo.

—Mi reina —expresó al dar un vistazo al sito—, ni en mis épocas de «muerta de hambre» comía en un lugar así de furrís.

—Shhh —le indiqué que guardara silencio—. Tengo mucho trabajo, no me puedo tardar. Otro día vamos a donde tú quieras, ¿de acuerdo?

—Nada más porque eres tú, Sandía, ya sabes cómo soy de especial en esto. Bueno, pláticame qué has hecho.

Empecé por reclamarle sobre la ridícula escena que había hecho su primo Rolando, en el restaurante, aquella tarde de mi cumpleaños. Ella se limitó a reír a carcajadas y a excusarse con bromas y chascarrillos, a su manera. Se disculpó, de mil y un maneras, y me prometió que jamás volvería a ser cómplice de alguien. También le narré lo del incidente de la piedra con la amenaza dibujada.

—¡Son unos cobardes!, ¿quieres que te mande a uno de mis escoltas? —Gruñó enfurecida.

—No, no, cálmate, Lo mismo expresaron los policías de la cuadra, que solo un porcentaje muy bajo de delincuentes cumplían con sus amenazas y que la mayoría se dedicaba a asustar.

—«Perro que ladra, no muerde» —pronunció.

—Exactamente eso dijeron, ¡adivinaste!

—De todos modos, cuídate. Ni te vas a enterar, pero te van a estar rondando por ahí uno que otro gorila de los míos.

—Gracias, gracias, amiga, aunque no creo que sea necesario.

No le prestamos más importancia al asunto. De ahí en adelante, me sentí con toda la libertad de narrarle acerca de mi relación con Adrián, de nuestro proyecto imposible de concebir, del robo de los papeles y de mi nuevo plan, detectivesco, para atrapar al esposo de Carmina y recuperar los planos con la importante exposición. Cerré la plática narrándole sobre el misterioso señor Santibáñez, mismo que, hasta el momento, parecía tener buenas intenciones. Lucía me escuchaba interesada.

—Estás perdida, Sandía —musitó—. El inútil del esposo de tu jefa no es el responsable de esto.

—Y tú, ¿cómo sabes? Te digo que divisé su auto saliendo del estacionamiento aquel mismo día.

—No me suena. No te dejes llevar por lo obvio, amiga.

Juntas, analizamos varias posibilidades, sin llegar a alguna conclusión del todo coherente. Lucía habló muy poco de su vida y no me dejó pagar la cuenta. Me llevó de regreso a la oficina.

—Fue un placer. Nos hablamos después —agregó mientras bajaba la ventana trasera del auto.

—Oye —improvisé—, casi no me platicaste de lo que tú has hecho.

—Nada interesante, está más atractivo lo que tú me cuentas.

—Y, ¿qué has sabido de Nuria?

—Perdida, perdida en el infierno.

Nos despedimos con la mano. Aunque la presencia de Lucía me animaba, me quedé inquieta por la incertidumbre de averiguar en qué andaba metida Nuria a estas alturas. Aunado a eso, traía un gran embrollo que no me dejaba descansar; el aviso acerca de la llamada telefónica de Marco, me cayó como una roca en la cabeza. El amor de mi vida se marchaba más lejos de lo que yo podía calcular. Tras tomar un vuelo de doce horas, iba a descender en el aeropuerto más septentrional del mundo, el de Kings Bay, en la isla noruega de Spisbergen (Picos Escarpados), a tan solo mil kilómetros del Polo Norte. Partía a perseguir sus sueños, y yo no era quien se interpondría en su labor.

En uno de nuestros encuentros y tras mucha insistencia de mi parte, Adrián me había confesado, a medias, la historia de su exnovia, quien yacía en estado de coma sobre una cama de hospital. El accidente había ocurrido cinco meses atrás, una noche en la que ella iba con su madre, manejando su automóvil. Intempestivamente, un par de rufianes las interceptaron, a unas pocas cuadras antes de llegar a su casa, las golpearon y las aventaron a la calle, dejándolas sin más pertenencias que la ropa que llevaban puesta. El golpazo en la cabeza de su exnovia la había dejado inconsciente en el instante, para después agravarse y desencadenar en un delicado estado de coma.

Noté que Adrián se alteraba al tocar este tema y sentí mucha pena por esa chica.

—Era mi prometida —expresaba con la vista perdida—. Llevábamos un año y medio y es una gran persona. Es ingenua, como una chiquilla, ¿sabes?, me la recuerdas mucho.

De inmediato, cambiaba de tema.

Me dolían las entrañas al observarlo y pensar que, quizás, él continuaba enamorado de ella. Para colmo de males, me comparaba, mencionando que yo se la recordaba. «Era mi prometida,» decía con orgullo, es decir, se iban a casar. Imposible competir contra eso. Entonces, yo, ¿qué era?

No podía ser su amante, porque aún no llegábamos a tanta intimidad. Además, él parecía respetar mucho este aspecto y jamás había intentado «pasarse de la raya» conmigo. Yo tampoco había dado pie a nada que fuera más allá de besos apasionados y simples caricias. Entonces, ¿a qué estábamos jugando?, ¿qué iba a suceder cuando su prometida regresara del estado de coma, si es que esto llegaba a ocurrir algún día?

Me conformaba con guardarme mis dudas y disfrutar del momento, aunque la inquietud me dominaba. «No debo presionarlo», concluía desanimadamente, tratando de consolarme a mí misma.

Aquella melancólica noche de septiembre, en la que me había dado la inevitable noticia de su partida, me había provocado una crisis emocional y las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos, instantáneamente. Nos encontrábamos en la puerta de entrada hacia el estacionamiento del edificio donde yo trabajaba; ese rinconcito

que había sido testigo de tantas demostraciones de cariño, mi lugarcito especial por el que entraba suspirando todas las mañanas a mi oficina.

Por más que Adrián había tratado de consolarme con palabras de aliento, abrazos y caricias, yo no me pude contener; saqué toda mi frustración, mi coraje, mi impotencia ante el evento que estaba por suceder y que me era imposible impedir. Quería irme con él, a seguirlo hasta el rincón más recóndito del planeta, pero no era lo correcto, él no me lo había pedido. De haberlo deseado así, él mismo me lo habría propuesto. Seguramente, esa era la razón por la que él había evitado, a toda costa, relacionarse sentimentalmente de una manera más formal conmigo, para no lastimarme, pero ya era tarde. Me había enamorado de él desde el primer momento en que había escuchado su voz.

Adrián pareció sorprendido ante mi reacción. Besaba tiernamente mis manos y me repetía, una y otra vez, que algún día volvería y que estaríamos en contacto a través de todos los medios electrónicos existentes. Con todo el dolor de mi afligido corazón, le rogué que no me volviera a buscar durante esas dos semanas de preparativos para su marcha. No quería que me lastimara aún más. Se puso triste, me rodeó con sus brazos y se despidió de mí con un beso en la frente.

—Perdóname. —Fue lo último que le escuché musitar mientras se alejaba, lentamente, volteando a verme de vez en vez.

—Te amo. —Solté entre sollozos, sin que él me oyera, rogándole al cielo y a todos los santos que un impulso lo hiciera regresar a implorarme que me fuera con él. Estaba dispuesta a todo, a dejar a mi familia, a huir por amor, pero eso no sucedió.

Sequé mis lágrimas, recargada en la pared, recordando todos y cada uno de los mágicos momentos que habíamos compartido juntos, saboreándolos en mi mente, mientras se me acentuaba una punzada recóndita en el pecho, el dolor del desconsuelo.

Tomé las frías llaves de mi bolso y arrastré los pies hacia mi auto. Me percaté que Silverio había estado presenciando toda la escena, desde su rincón de guardia. Se acercó, respetuosamente, a abrirme la puerta del auto, sin atreverse a mirarme a los ojos. Algunas veces, su presencia me llenaba de paz. Parecía compartir el dolor conmigo y detuve la puerta para observarlo a los ojos, él me devolvió la mirada. Jamás me había percatado de los ojos tan puros y transparentes del guardia de seguridad del edificio. Quise emitir una palabra, mas él me sonrió reverencialmente, como señal de empatía. Conmovida hasta las entrañas, me marché.

Dos semanas después, recibí un mensaje de texto en mi celular escrito por Adrián, en el que me decía que estaba en el aeropuerto camino al Polo Norte, que me escribiría pronto y que siempre guardaría mi valioso recuerdo en su memoria.

Ese fin de semana nos tocaba ir a visitar a mi abuela. Era tal mi pesar, que no me había dado cuenta de que llevaba días sin cruzar una sola palabra con mis padres y mi hermano; había transcurrido un mes desde la última ocasión en la que había marcado el teléfono de mi abue, ¡treinta días! El tiempo pasaba tan rápido como una ráfaga de

viento. Ni siquiera tenía ganas de ver a nana Angelita en estas condiciones.

Mi madre ya se había percatado de esto así que, todo el camino hacia Xochimilco, me vino dando un sermón sobre el amor y desamor, como toda una experta en la materia. Yo apenas si la escuchaba. Una vez más, Bernardo se había ido a entrenar fútbol desde las seis de la mañana.

Mi cuerpo se estremeció al divisar a mi abuela, de pie en el zaguán, pálida como el mármol y un poco encogida. Salté fuera del auto para abrazarla y mi corazón dio un vuelco cuando la noté fría y temblorosa.

—¿A qué se debe este milagro?, ¿ya no merezco que me visite mi estrellita fugaz? Era la primera vez que me llamaba de ese modo.

—No, no abuela, es que he andado ocupada.

—En la vida habías estado tanto como para no llamarle a esta pobre anciana que te adora. Te noto más triste que nunca, hija, tu mirada no miente. —Y empezó a toser.

A decir verdad, yo también noté a mi abuela cabizbaja. No era la de siempre, la que desbordaba energía y candor. Aun estando indispuesta, esa aura de luz siempre la acompañaba. Esta vez no había un rastro de ella.

Mi madre, aprehensiva como pocas, no pudo disimular su preocupación. Todos entramos en la acogedora casa, pero estaba helada. Pronto, subí a cerrar todas las ventanas y puertas que daban al patio, mientras sollozaba en silencio.

Una vez en la sala, descubrí que mi padre se encontraba sentado al lado de mi abue y mi madre no estaba; ambos guardaban silencio, mismo que era interrumpido por las entrecortadas respiraciones de mi nana. Una breve mirada de mi papá me indicó que las cosas no estaban bien. Sentí ganas de ir a vomitar y me puse de pie. Ella pareció percibir mis intenciones.

—Niña, niña, ven, acércate. No andes dando tumbos de acá para allá, como conejito en la pradera. Tengo que decirte algo.

Mi padre aprobó que me acercara, con un leve movimiento de cabeza, mientras se puso de pie para ir a consolar a mi madre, quien seguramente estaba llorando desconsolada en alguno de los baños de la casa. Me senté en el piso, justo delante de ella.

—Tus padres son necios y me quieren internar otra vez en un hospital. Acabo de salir apenas ayer de ese horrible lugar, lleno de gente contagiada y con cara de palo. Mis pobres periquitos se quedaron solos, sin comida, por la necia de Ameyali.

—¿Tú estuviste encerrada en un hospital?, ¿por qué nadie me lo dijo?, ¿soy una estúpida egoísta que no ha estado al tanto de ti!

—No, no te insultes de esa forma. Yo le pedí a Ame que no lo hiciera. Solo estuve unos días, mijita, nada del otro mundo. Tú tienes muchos asuntos pendientes por resolver y ya sé qué has estado en líos sentimentales.

—Sí abue, tengo el corazón hecho pedazos.

—Pues ya te he dicho, en repetidas ocasiones... —interrumpió para toser varias veces. El sonido de su garganta era seco. Me quise incorporar para traerle un pañuelo,



pero ella me asió de la mano derecha, con fuerza, y me miró de una manera hasta entonces desconocida para mí, como alarmada, con los ojos vidriosos y muy abiertos.

—Hija —continuó—, apúrate, ya no hay tiempo. Los sucesos se vienen, uno tras otro, como en cadena. Sabes perfectamente bien que tú y yo estamos conectadas por algo más allá que la propia sangre, yo se todo de ti. No dejes que me internen en un hospital, quiero irme de este mundo en mi hogar.

—¡No digas eso que me asustas!, *Pinky promess!* —Acordé tratando de unir mi meñique con el suyo, pero esta vez no lo conseguí. Ella no pudo levantar la mano—. ¡Abuela! —Estallé en llantos.

—Déjame hablar las pocas palabras que me quedan —continuó tosiendo mientras su mano temblorosa asía la mía cada vez con más fuerza. Me tapé la cara, con la otra mano, para que no me viera llorar—. Solo te estaba esperando para poder irme tranquila. Escucha, escucha, busca a la dueña de aquella joyita que te regalé de cumpleaños, ¿todavía la tienes?

—¡Claro! —balbuceé como pude.

—Esa alhaja te va a revelar toda la verdad, te va a llevar a tus verdaderos orígenes, así comprenderás todo esto por lo que tienes que pasar. Te tienes que ir. — Se le quebró la voz.

—¿Ir a dónde?, ¿ir a dónde, nana?

—Yo sabía que iba a suceder todo esto desde que naciste y estoy muy orgullosa de ti, hijita, pero hice una promesa que debo cumplir. No te puedo revelar más, tú debes descubrir tu contraparte. Ve y búscala...

—¿A quién busco?

—A ella. A la que te dio la vida...

—¿Qué?, ¿quién es ella?, ¡nanita!, ¿de qué me estás hablando?

Nana Angelita recargó la cabeza en el sillón, cerró los ojos y empezó a respirar con mayor dificultad. Parecía que el pecho le iba a explotar. Me zafé, como pude, y brinqué, llamándoles a gritos a mis padres.

—Cóatl —emitió, suavemente— cóatl.

«¿Cóatl?» repetí para mis adentros mientras corría hacia el patio central. Allí me topé con ellos dos, quienes habían escuchado mis alaridos y venían deprisa para ver qué era lo que sucedía.

—¡Ameyali!, ¡llama a una ambulancia de inmediato! —ordenada frenético mi padre mientras le tomaba el pulso a su suegra—, ¿cómo se te pudo ocurrir sacarla ayer del hospital con neumonía y con la presión hasta el tope?, ¡qué tontería más grande!

—¡Ella se salió caminando! —sollozaba mi madre, alterada como nunca antes la había visto—. Yo vine a internarla nuevamente y me sacó a gritos de la casa. Llamé a la ambulancia pero... pero... —Mi madre se recargó, dándose por vencida, en una mesita lateral.

—Pero ¿qué? —interrogó mi padre, desesperadamente.

—Pero ella estaba completamente sana, ¿es que no lo vas a creer!, yo presencié todo. Le tomaron el pulso, la revisaron de pies a cabeza y estaba completamente normal, bromeando con los paramédicos... es que... ¡parecía que había sucedido un milagro! Fue entonces que mi madre explotó por completo, cayendo de un sentón sobre el piso, llorando sin control, mientras se agarraba la cabeza, jalándose los cabellos.

—¡Ella lo hizo! —profería— ¡ella sanó momentáneamente, para poder morir en su propia casa y no en una cama de hospital!

Yo presenciaba todo de pie en el pasillo, muda, temblorosa, deshecha. Me percaté de que los periquitos australianos habían guardado silencio, parecía que advertían lo que estaba ocurriendo. Corrí a tomar el teléfono para marcar a emergencias, entre lamentos y llantos. Cuando escuché la voz de la agente, apenas si le pude proporcionar la dirección de casa de mi abuela.

Colgué el auricular para correr a abrazar a la persona que más amaba en este mundo, a mi guía, a mi maestra, a mi primera madre. Supe que seguía con vida y empecé a gritarle, desgarrándome la garganta.

—¡Abuela, abuela!, te necesito más que a nadie, por favor, no te vayas, abuela, ¿qué voy a hacer sin ti? Nanita, nanita, escúchame, me quiero ir contigo, ¡no me dejes!

Por una milésima de segundo, percibí una ligera sonrisa en su rostro. Le apreté las manos con todas mis fuerzas y se las besé. Una de sus extremidades cayó inerte sobre su regazo, su boca se entreabrió y su cabeza descansó hacia un lado. Mi adorada abuela había exhalado por última vez.

## Nonatsin

Era el amanecer del lunes. El cuerpo de mi abuela había permanecido en la morgue el resto de la tarde y noche del sábado, para practicarle la autopsia y arreglarla. La habían traído al velatorio el domingo temprano. Hoy, lunes, la enterraríamos.

El día anterior me había puesto un vestido negro y corto, sobrio, al igual que mi estado de ánimo. El fallecimiento de mi abuela me dejó hueca; vacía por dentro y por fuera. Quería saber absolutamente nada, nadie me interesaba, no podía levantarme de la cama. Llamé al trabajo para avisar que iría a ausentarme por tres días.

Las llamadas de condolencia a mi casa no cesaban; mi nana Angelita era una persona tan apreciada por todos quienes la rodeaban y conocían, que era de esperarse. Oleadas de personas nos visitaron en el velorio, repleto de flores y coronas blancas. Mi padre atendía a todas las visitas, iba y venía, firmaba papeles, hacía llamadas telefónicas.

Doña Jovita nos acompañó a mi familia y a mí en todo momento. A ratos, sollozaba, para después ponerse a mover objetos o cargar cosas de un lado a otro. Amigas mías de la infancia y de ahora estuvieron conmigo, excepto Nuria.

Compañeros del equipo de fútbol y amistades de mi hermano llegaban en manadas. Bernardo guardaba un silencio sepulcral, acorde al evento, ignoro si por remordimiento de consciencia o por respeto. Colegas de la oficina de mi padre entraban y salían; alumnos y profesores de la escuela donde laboraba mi madre la abrazaban y consolaban por turnos. Incluso, hasta las vecinas de mi abuela estuvieron presentes.

Aquella mañana antes del entierro, y tras velarla toda la noche, me quedé sola con ella y observé su rostro pálido y sin vida. Eran las cinco de la mañana con cuarenta minutos.

—¡Qué feo te acomodaron el cabello, nanita! —le indiqué—. Te dejaron los pelos parados con gel, tú así no te peinabas.

Me atreví a tocar su suave y helada piel. De tanto llorar, ya no me salían lágrimas, solamente me ardían los ojos, como si tuviera una fogata ante de mí y me mantuviera observándola de cerca. Tanto sufrimiento me hacía ver la realidad como en otra dimensión, además de que estaba molesta con mi abuela porque se hubiera ido tan de repente.

—¿Qué es eso de cóatl? —continué—, de perdida, te hubieras quedado otro día más para que me explicaras bien todo, ¡ya ni la amuelas!

Interrumpió mi monólogo la persona menos esperada por mí. Sin preguntar, alguien abrió, lentamente, la puerta y asomó la cabeza, para después, ingresar en la habitación de cuerpo completo. Perfectamente vestida de negro, con las uñas impecables y oliendo a perfume costoso a metros de distancia, apareció Carmina

Toussaint, mi jefa. Me quedé paralizada y sin saber qué decir.

Carmina me dio un abrazo, con el semblante serio, y me condujo a uno de los sillones que rodeaban el féretro.

—Carmina, gracias por venir —formulé apenada—. ¿Tan temprano?, ¡apenas van a ser las seis de la mañana!

—Es que no hubiera podido venir más tarde, tengo muchas cosas que hacer —me explicó—. Y te quería acompañar.

Nos quedamos pensativas unos segundos.

Zyanya —expresó con la voz más suave que yo hubiera escuchado salir de su boca—, sé que estás muy deprimida y que este incidente te atormenta hasta lo más profundo del alma. Durante estos cortos meses que tuve el gusto de convivir contigo, te escuché referirte a tu abuela decenas de veces, y me llamaba la atención el cariño con el que la describías y el amor sincero que sentías por ella. Debe estar muy complacida de tener a una nieta que la quiera tanto, dondequiera que esté.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Las palabras de consuelo de Carmina me llegaron hasta lo más profundo del corazón. Rápidamente, ella sacó una bolsita de pañuelos, misma que me regaló, y continuó.

—Quiero platicarte algo muy significativo. Quizás no debería, pero siento la responsabilidad de hacerlo. —Se detuvo unos instantes, pensativa—. Tuve el gusto de conocer a tu abuela, a la señora Angelita Cano de Bacab, hace casi dos meses.

—¿Cómo? —solté sorprendida e incrédula—, ¡no puede ser!, ¿dónde?

—Fue a visitarme, al despacho.

—¡No lo puedo creer! —exclamé—. Yo nunca la vi.

Se dibujó una tierna sonrisita en el rostro de Carmina.

—Es porque ella no quería que la vieras —indicó—. De hecho, me suplicó que jamás te dijera esto que estoy a punto de relatarte —suspiró profundo—. Una tarde, llamó por teléfono a la oficina y tú habías salido a comer con Miriam y con Adriana. Se presentó como tu abuela, y me pidió que le diera quince minutos de mi tiempo, argumentando que tenía que explicarme algo muy importante. Quedamos de vernos a las doce en punto del día siguiente.

Mientras mi jefa hablaba, se escuchaba, continuamente, el timbre de su celular; llamada tras llamada, a lo que ella se mostraba indiferente. Me preguntaba qué iría a suceder si era Germán quien la estaba buscando.

—Nos encontramos en las banquetas que están afuera del edificio —prosiguió—. Ella llegó puntual a nuestra cita. Se presentó, amablemente, me obsequió unos bollos hechos en casa, que eran una exquisitez, e inició la charla sin detenerse, no sin antes haberme elevado al cielo la autoestima, echándome cuantiosos piropos.

—Así era mi abuela —intenté alegrarme, a la vez de que reparé en que, por primera vez, había empleado un verbo en tiempo pasado para referirme a ella. Sentí un escalofrío.

—Enseguida se centró, exclusivamente, en ti, su «amada nietecita». Me narró

maravillas sobre tu persona, detallando los muchos dones que habías heredado de tu madre; lo sensible que eras, lo brillante y capaz de lograr cualquier tarea, por inconcebible que pareciera.

Las lágrimas me salían de los ojos por borbotones, pero Carmina no se contuvo. De vez en cuando, posaba su delicada mano sobre la mía, como señal de empatía.

—Hizo referencia a experiencias de tu infancia, me habló de Bernardo, tu hermano, de tus sueños, e hizo mucho hincapié en que tenías el alma de niña. Lo que más me llamó la atención, fue una petición que me hizo al final.

—¿Qué pudo haber sido? —balbuceé, casi sin poder hablar.

—Zyanya, ¿tú no estás contenta en el trabajo, verdad?

—Pero... ¿por qué me preguntas eso? —apuré, sorprendida.

—Porque lo he notado en ciertos momentos y porque ella me dijo esta frase muy sabia, a ver, si mal no recuerdo fue: «A un ave no se le puede encerrar en una jaula; hay que dejarla volar».

Guardé silencio. Ella prosiguió.

—Antes de despedirse, tu abuelita agregó: «Déjala libre. Ella tiene una misión extraordinaria que debe cumplir, pero es muy formal y comprometida con sus obligaciones. Mi nieta es incapaz de renunciar a su trabajo, ¡despídela! Es urgente que se enfoque en lo primordial. La ayuda económica llegará sola».

Acaba de escuchar la misma voz de mi abuela pronunciando estas últimas palabras. Así hablaba. Permanecí atónita mirando a Carmina sin dejar de imaginar la escena donde mi nana, ya enferma, se había tomado la molestia de realizar esa travesía en transporte público, desde Xochimilco a la colonia Nápoles, para conversar con mi jefa en persona. Esto era demasiado.

Recordé las ocasiones en las que le relataba lo que acontecía dentro de la oficina; ella me escuchaba atenta y comentaba que mi jefa era buena persona en el fondo, pero que su marido era todo lo contrario.

—Carmina —la interrogante me salió del alma—, ¿por qué sigues casada con Germán?

Pensé que me iría a reprender, en ese mismo instante, y saldría de ahí enfurecida. Para mi sorpresa, ella se relajó y me miró tranquila.

—Muchas veces pensé que él iría a cambiar su forma de ser. El tiempo me enseñó que las personas, difícilmente, modifican sus hábitos con el transcurso de los años, entonces me hice a su modo, dañando mi amor propio con tal de mantenerlo a mi lado. Un buen día, descubrí que ya no tenía algo que admirarle, quedaban polvo y recuerdos, además de que él se negaba a tener hijos. Le había cachado algunos negocios turbios, de apuestas; sin embargo, estaba indecisa sobre qué hacer hasta que un incidente me dio el empujón final; indirectamente, tú me ayudaste a decidirme. Me estoy divorciando, hace poco más de un mes.

—¿Yo? —indagué impresionada.

—Sí, tú. —Respondió alegremente, como nunca la había visto. Sonrió como una

chiquilla, ¡en verdad era hermosa!

—¿Cómo es que yo te pude ayudar a tomar una decisión como esa?

—Con tu proyecto, el que trabajaste con tu primo, ¿por qué crees que te permití hacerlo a sabiendas de que esas no eran horas de trabajo?, porque estaba segura de que algo de lo que me había dicho tu abuela, tenía que ver con eso, ¿me equivoco?

—No, ¡para nada!

—Yo le platicué a Germán lo que tu abuelita me había dicho y, después, lo de la presentación en la que ibas a trabajar, así que resolvió ir a figonear aquella noche para comprender de qué se trataba todo este asunto.

—¡Ah!, claro, lo recuerdo muy bien.

—Pero no se conformó solo con eso, quiso ir más allá, pretendió robarles la idea e ir a presentarla con el directivo de la empresa transnacional.

—Pe... pero ¿cómo tenía esos datos?

—¡Zyanya!, ¡siempre hubo una cámara grabando todo lo que decían y hacían tu «primo» y tú!

—¿Qué? —Sentí cómo me ruborizaba hasta las orejas.

—¡Claro!, así como lo oyes. Él mismo la colocó en un extremo de la sala de juntas, una noche antes de que empezaran a trabajar; ¡Germán no confía ni en su propia madre! Recuerda que, en su familia, son abogados. Vimos todo lo que ahí sucedió y de inmediato supimos que ese joven no era tu primo.

—¡No!, y ¿cómo es que me permitiste continuar?

—Porque era más interesante para mi exmarido el contenido de su plan que tu romance con Adrián.

—Y tú, ¿no te molestaste conmigo por haberte mentido?

—La verdad, al principio, sí. Estaba sumamente enojada, pero lo que sucedió después rebasó todo lo demás.

—¿Que Germán nos quiso robar el proyecto?, ¡pero sí lo consiguió!, yo lo descubrí saliendo de la torre de *Inti Earth Corporation*, en su coche, el convertible.

Carmina soltó la carcajada.

—Nuestros ojos, a veces, nos engañan. Te apuesto a que observaste el auto, pero no a quien lo iba manejando.

—No, bueno, este... No lo sé, pero supuse...

—No supongas ni des por sentado ningún hecho sin antes haber averiguado.

—¿Me estás confesando que él no era el conductor?, ¿entonces eso es cierto?

—¡Claro que es cierto!, ¿quién te lo dijo?

—El socio de Adrián, el que está en el Polo Norte.

—Marco.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Estaba escrito en las diapositivas.

—Y ¿tú sabes quién es un tal señor Santibáñez?, ¿lo conoces?

—¡Por supuesto! Tú también lo conoces muy bien.

—¿Cómo?, ¿quién es?

—El mismo que tanto te cuida y protege a todas horas. Parece tu perro guardián. Se llama Silverio, Silverio Santibáñez.

—¿El policía del edificio?

—El mismo.

Ahora mi cabeza daba vueltas como un torbellino, no entendía qué era lo que estaba sucediendo y si era realidad o estaba soñando. Mi jefa se percató de esto.

—A ver, a ver, tranquila, te explico. Aquella última noche en la que se quedaron trabajando, si mal no recuerdo, un martes, descubrí las funestas intenciones de Germán. Rápidamente, ordené llamar a Silverio para que, tan pronto se marcharan, entrara en el despacho y se llevara consigo los papeles, planos y el USB. Yo guardo duplicado de todas las llaves de la oficina y el policía sabe dónde encontrarlas, en caso de emergencia. Cuando mi exesposo llegó, minutos después, encontró todo vacío. Se quedó furioso y decidió ir a curar sus penas en algún bar cercano, dejando estacionado su auto dentro del edificio.

A la mañana siguiente, por órdenes mías, Silverio se enfundó un traje y zapatos de mi exmarido y asistió, formalmente, a la cita que tenían con el señor Carlos Zubieta, manejando su auto convertible y haciéndose pasar por un colaborador de Adrián. De este modo, me aseguré de que los papeles llegaran a las manos correctas antes de que a Germán se le ocurriera realizar un acto violento esa misma mañana. Para mi sorpresa, se quedó dormido y crudo, y no despertó hasta tarde, jamás se enteró de lo sucedido.

Ahí fue cuando, de golpe, abrí los ojos y vi claramente la clase de persona con la que me había casado. En ese momento, fui a buscar un abogado para firmar los papeles del divorcio.

—Pero, Silverio, ¿el policía?, ¿cómo es posible que se haya presentado con tan importante señor a hacer una exposición tan complicada como esa?

Carmina rio a sus anchas esta vez.

—¡Silverio es más culto e inteligente que tú y yo juntas!, te impresionarías si algún día platicas con él. Lee muchos libros y es bilingüe, alguna vez se fue a trabajar de «mojado» a Estado Unidos, cuando era un adolescente, y aprendió rápidamente el idioma inglés. Echa una ojeada en su caseta de seguridad y verás que te encuentras toda clase de libros, en lugar de revistas baratas de chismes de la farándula e historietas románticas. El hecho de que no haya tenido los recursos para estudiar, no le quita méritos propios. Él me hace trabajitos importantes, y se los pago aparte. Además, tuvo toda la madrugada para estudiar los planos y la presentación que iban hacer ustedes. Tiene buen porte y se ve muy bien vistiendo un traje *Hugo Boss* y calzando un par de zapatos *Ferragamo*, ¡el director mordió el anzuelo!

Yo escuchaba a Carmina embelesada, mientras me relataba toda esta historia, que más bien parecía de ficción que verdadera.

—Me cuesta creer en lo que dices, ¿por qué habrías de hacer algo así por mí,

Carmina? He faltado a trabajar, te he mentado, me siento en deuda contigo.

—Me debes a mí nada, más bien, dale gracias a tu abuela, quien me hizo recapacitar en muchas cosas sobre el concepto que tenía de tu persona.

—Pero ¿qué pasó después? Yo te noté igual que siempre. De hecho, me parecía que hasta estabas fastidiada.

—Estuve muy estresada unas cuantas semanas, por lo del divorcio, por eso me encontrabas de malas en la oficina, más no era contra ti.

—Y ¿qué concepto tenías de mí?

—El de una buena chica, inteligente, responsable y trabajadora, pero eso era todo. Conversando con Silverio, me percaté de que, por alguna razón, tiene un excelente concepto sobre ti, te admira y te respeta. Después vino lo de tu abuela. Yo creo que tienes algo mucho más importante que hacer en tu vida, ve y hazlo. Creo en ti y te deseo el mejor de los éxitos en tu encomienda, la cual, aún no me queda clara del todo. Ya lo sabré cuando lo consigas.

—Carmina —la voz se me cortó—, gracias por todo.

—No hay por qué. Ve a recoger tus pertenencias tan pronto como puedas, para que te puedan dar acceso mientras yo esté. Le voy a pedir a Karlita que te guarde todo en una bolsa y a ella le dejaré el cheque de tu finiquito. Me voy de viaje unas semanas, sola, a ordenar ideas y a reposar.

—Te lo mereces.

—Tú también descansa. Por cierto, te mandan sus condolencias todas las de la oficina. Y no olvides que tu abuela está contigo.

Asentí con la cabeza. Ella me abrazó nuevamente y se puso de pie, ligera como una pluma. La observé caminar de espaldas, erguida, con sus tacones altos y su traje sastre, femenina, perfecta; exponiendo su noble casta a cada paso, su indiscutible cuna. La percibí libre y, por primera vez, feliz.

Había estado tan absorta en la conversación con Camina, que apenas si me había percatado de que el salón del velatorio estaba ya repleto de gente. Me puse de pie para sacudir las piernas y saludar a una que otra persona cuando divisé, a lo lejos, a mi madre discutiendo con la persona del rostro angelical, la que me había llenado de paz desde el primer momento en que lo había observado, era Violeta. Me pregunté qué era lo que estaba haciendo aquí.

Intenté abrirme paso a empujones; la gente se cruzaba en mi camino, queriéndome saludar y dándome el pésame, y yo no podía ser grosera e ignorarlas. Me detuve a conversar con una de las ancianas, amigas de mi abuela, procurando no perder de vista aquella cabeza rubia. Mi madre volteó de reojo hacia donde yo estaba y jaló del brazo a la vidente. Alguien me abrazó de frente, causando así, que perdiera la visibilidad.

En un abrir y cerrar de ojos, las dos mujeres desaparecieron de escena. Corrí en esa dirección y me topé con el pasillo vacío; busqué a mi madre por todas partes, pero solo encontré a mi hermano.



—¿Has visto a mamá? —pregunté extraviada.

—No.

—Pero si hace unos segundos estaba aquí, en este preciso lugar.

—No, no la he visto. Oye, a la que vi salir fue a una chava espectacular. Me quiero casar con esa preciosura de mujer, ¡qué estilo! ¿Cuál es el nombre de mi futura esposa?

—Buen chiste, ni en tus mejores sueños tendrás a alguien así.

Bajé las escaleras deprisa. En el piso inferior no había más personas que una señora rubicunda, la encargada de la cafetería.

—Buenos días, señora —la sorprendí mientras limpiaba el mostrador—, ¿de casualidad usted vio salir a dos mujeres del velatorio, hace unos minutos?

—Buenos días. Sí, mira, salió una mujer alta, rellenita, de cabello rubio; no vi a alguna otra.

—¡Gracias! —grité mientras corría hacia la calle.

Volteé a mirar en ambos sentidos y no divisé a Violeta. Estaba apunto de darme la media vuelta para regresar, cuando noté una figura singular pintada en varias paredes de los edificios. Era un círculo, mitad negro y mitad blanco, con símbolos en medio. «Otra señal», comprendí de inmediato. Retorné, precipitadamente, dentro de la edificación. La mujer ahora pulía el cristal del mostrador.

—Oiga, otra vez yo, disculpe —volví a cuestionarla con la respiración agitada—, ¿es esta la única salida del velatorio?

—¿Quieres decir hacia la acera?

—Sí.

—Sí, esta es la única salida hacia afuera. Hay otro acceso para subir a los velatorios —señaló de frente con el dedo índice.

—Gracias.

Divisé una escalera de caracol color gris que casi estaba en la penumbra. Me apresuré hacia ella y empecé a subir las escaleras rápidamente, de dos en dos.

—¡Con cuidado! —Oí exclamar a lo lejos a la señora de la cafetería.

Llegué al primer piso, a una puerta que daba al pasillo de los diversos privados. No hallé ni un vestigio de la presencia de Violeta. Decepcionada, ingresé en el salón donde yacía el cadáver de mi abuela, para toparme con mi madre justo a la entrada.

—Oye —expresé—, ¿con quién estabas conversando hace unos minutos allá afuera, en el pasillo?

—Con muchas personas, ¿a qué te refieres?

—Te vi con una señora joven, de cabello rubio. —Insistí.

—No recuerdo quién podría ser.

—Mamá, ¡por Dios!, hace unos momentos estabas discutiendo con ella. Yo la conozco, ¡se llama Violeta! La jalaste del brazo para que yo no te viera con ella.

—¡Qué tonterías dices! —vociferó impaciente—, ¿por qué yo habría querido hacer algo así? No conozco a alguna mujer que se llame Violeta ni sé de qué me estás

hablando.

—No te creo —musité en voz baja, mientras me retiraba de su vista.

Me acurruqué en un rincón, cavilando sobre la posibilidad de que mi cansancio físico me estuviera haciendo ver alucinaciones. No tenía la tarjeta de presentación de Violeta a la mano, así que no había mucho qué hacer al respecto. El sepelio iba a llevarse a cabo esa mañana, justo a medio día.

Pronto, me quedé dormida. Soñé nítidamente, como el agua. Mi abuela se puso de pie, desde su ataúd, y caminó desnuda hacia el rinconcito donde me encontraba dormitando. Yo abrí los ojos y la encontré.

—¡Abuela!, ¿qué haces sin ropa? —la reprendí—. Te habíamos mandado vestir con ese traje de lino que te fascinaba. No puedes irte desnuda.

—Hija, eso es lo de menos, yo ya estoy muerta y no me importa mostrarme ante ti tal y como soy. Al mundo llegamos y nos vamos encuerados.

Su voz era como una melodía.

—Esto que está sucediendo, ¿en verdad está pasando o estoy soñando, abue?

—Es lo mismo. Los sueños son recuerdos del pasado, premoniciones del futuro o vivencias del presente, aunque algunas veces también soñamos disparates. Ya no hagas preguntas, tenemos poco tiempo. Ya te empezaron a buscar los distractores, pero yo te estoy tapando y, por el momento, no te pueden ver.

—¿Los distractores?

—Sí, hay seres que te quieren desviar de tu objetivo, pero eso no importa, te dije que ya no me hicieras preguntas. Escucha, me urgía hablar contigo, pero no estás quieta ni un solo momento. Estaba esperando a que te relajaras para indicarte lo que debes hacer. No descansaré en paz si no te dejo encaminada. Sé que estás encaprichada conmigo, pero era mi momento de partir, ya se te pasará. Quiero que, en cuanto despiertes, te marches de aquí, de este mar de lamentos y lágrimas de las personas que están velándome. Algunas están sufriendo por mí y otras nada más andan ahí derramando lágrimas de cocodrilo, ahora me doy cuenta muy bien de todo. No te quedes a que me den sepultura, ese cuerpo inerte que yace en la caja de madera, no es más que carne putrefacta, es un caparazón, no vale la pena que pierdas más tiempo. Tampoco vayas la novenario, ora por mí, mi niña, reza hasta el cansancio para que pueda llegar a otro nivel de consciencia; yo estaré cuidando de ti en todo momento, no temas. Sal de aquí y ve a tu casa. En la recámara principal, hay una caja vieja de cartón hasta el fondo del ropero, en la parte de arriba. Abrela. Encontrarás tu pasaporte canadiense, para que vuelas a Vancouver. Ahí también hay dinero que es tuyo y que tú has trabajado. Ameyali te ha exigido que le ayudes con los gastos del departamento sin necesidad, solo para enseñarte lo que representa la obligación de una manutención.

—¿Pasaporte canadiense? —interrumpí por tercera vez—. Mi madre siempre me ha dicho que no teníamos dinero para viajar.

—Tus cuidadores te han dicho muchas falsedades para controlarte, saben que

tienes la energía de un volcán y temen que arrases con todo y descubras la verdad. Tú ya has estado en Canadá, ahí naciste; ahora que vuelvas, lo recordarás. Compra el primer boleto de avión, solo de ida, sin vuelta. Empaca poca ropa, pero abrigada. Lleva la joya y busca, busca el significado del dibujo grabado. Apresúrate, es el comienzo de lo que debe acontecer.

—Pero, quieres decir que ¿yo soy canadiense?, mi acta de nacimiento dice que soy mexicana. Y, ¿no regresaré a México?

—Retornarás, en su momento.

—Bernardo, ¿sabe de esto, nanita?

—No sabe, pero lo descubrirá. Es buen muchacho. Vuela, estrellita fugaz, surca los cielos sin parar.

—Y, ¿qué hago en Vancouver?

—Te estarán esperando.

—Abue, en Vancouver solo está mi tía Itzel.

Mi abuela sonrió y sentí su calor. Dio media vuelta y caminó de regreso hacia el féretro para meterse en él y colocarse boca arriba.

—Abuela, abuela, ¿qué es eso de cóatl?, ¡abuelita, espera!

Mi madre me despertó a jalones. Abrí los ojos y observé todo a mi alrededor con una brillantez extraordinaria. Comprendí, de inmediato, que esto era un claro mensaje.

—Estabas soñando pesadillas —susurró mi madre, apenada, delante de los ahí presentes—. Gritabas, ¡abuela, abuela!, ¡espera!

—Claro, tenía pesadillas, disculpa.

Me puse de pie delante de ella, retándola por primera vez, y le reclamé frente a todos.

—Madre, ¿ya le avisaste a mi tía Itzel sobre el fallecimiento de su propia madre?

Ameyali se puso visiblemente nerviosa, volteó a ver a los demás, y soltó la primera excusa que se le vino a la mente.

—No, aún no la he podido localizar.

Me dirigí con paso firme, sin titubear, hacia las escaleras que conducían a la salida de aquel lúgubre lugar. Empecé a sentir la energía de un tsunami fluyendo por mis venas. Repasé en mi mente cada palabra de la revelación de ultratumba de mi abuela. Ya no creía en mis padres, estaba sola, ahora me las vería de frente con mi destino.

—¿Hacia dónde te diriges, Zyanya? —Escuché, a lo lejos, la voz de Ameyali.

—A tomar aire fresco. —Respondí sin girar la cabeza.

—Es que ha estado muy extraña, la muerte de su abuela la tiene muy consternada. —Percibí que justificaba mi actitud ante los demás, como de costumbre, viviendo para quedar bien con la sociedad.

Continué caminando sin mirar atrás. Una vez en la calle, tomé un taxi y me dirigí hacia la colonia Narvarte. A lo largo del recorrido, visualicé más de diez grafitis con

el nuevo símbolo bicolor. Tomé una foto con la cámara de mi celular, al mismo tiempo que me percaté que tenía un mensaje de texto nuevo. Rápidamente picoteé las teclas para leer: «Zyanya, ya están listas tus cosas. Pasa al despacho, cuando quieras, a partir de hoy. Saludos. Carmina».

Llegué a mi hogar y encendí la computadora, ese aparato que tanto iría a extrañar ahora que me marchaba. Empecé a buscar símbolos parecidos a los de la fotografía. De inmediato, apareció la descripción ante mis ojos.



El ave que surca el cielo, Quetzalcóatl, con la belleza del Quetzal y el sofisma de la serpiente en contacto con la tierra. Quetzalcóatl, al día de hoy conocido como Serpiente Hermosa, representando la dualidad, el bien y el mal, el cielo y tierra, o como le llaman en las culturas orientales, el Yin y el Yang que los mayas representaron como Hunab ku, el Dios uno de los mayas, el corazón y la mente del creador. Una dualidad unificada. Cóatl, dualidad.

—¿Cóatl?, ¿dualidad? —expresé en voz alta—, ¿qué querría decir mi abuela con esto?

Enseguida busqué los vuelos a Vancouver. El más próximo era por *Alaska Airlines*, a las ocho con veinticinco minutos de la noche, con una escala en Los Angeles, para llegar a Vancouver a las seis con treinta minutos de la mañana. Un total de ocho horas de vuelo, más las dos horas de diferencia de horario entre México y Canadá. De inmediato, reservé el boleto, vía internet, con mi tarjeta de débito.

Eran las diez de la mañana con cinco minutos. Tomé la silla de mi escritorio y me

dirigí a la recámara de mis padres, segura de hallar lo que buscaba. Me trepé en el asiento y empecé a hurgar la parte alta del vestidor. Cada que movía algo, el polvo flotaba en el aire y me provocaba una tos asfixiante. Descubrí objetos y pertenencias que jamás hubiera imaginado que existieran; mi madre era muy aprehensiva con sus cosas y no le gustaba que metiéramos mano en su clóset.

Parada de puntas, logré tocar una caja, casi empotrada en un extremo dentro de la pared. La jalé con todas mis fuerzas; decenas de objetos cayeron al suelo, provocando un estruendo. Coloqué la caja de cartón sobre la cama y recogí todo velozmente, tratando de acomodarlo de regreso en su lugar con sumo cuidado, para no dejar evidencia al descubierto. Me apuré a abrir la caja de cartón y ahí estaba el pasaporte, justo donde mi abuela me había indicado. Permanecí inmóvil unos minutos, con las manos temblorosas ante la incertidumbre de lo que estaba por descubrir. Por fin, me animé a seguir adelante y lo tomé entre mis manos. En el documento aparecía una fotografía mía, de algunos años atrás, con mi nombre completo y fecha de nacimiento, todo en inglés.

Name: Zyanya Farías Bacab.

Date of birth: August 2nd, 1987.

Date of issue: September 13, 2004.

Expiration date: September 12, 2014.

Este pasaporte había sido renovado sin mi autorización, cuando yo era menor de edad, tenía diecisiete años. No había pasaportes anteriores dentro de la caja. También hallé el acta de nacimiento original de Bernardo, expedida por un Registro Civil en México, más no la mía. De esta solo existían copias fotostáticas amarillentas. Mi hermano no contaba con un pasaporte canadiense, ¿qué sucedía aquí?

El embrollo empezó a tomar sentido. Confirmé que, tal como mi nana me lo había revelado, yo había nacido en Canadá y mi hermano en México; mis padres se habían abstenido de confesarnos la verdad, pero ¿a qué se refería mi abuela cuando me hizo hincapié en que hallara «a quien me había dado la vida», minutos antes de fallecer?

Moví papeles y desenterré fajos de billetes amarrados por ligas de colores con recibos de pago antiguos y actuales, que indicaban la proveniencia de este dinero. Para mi asombro, descubrí comprobantes míos de trabajos anteriores, de cuando aún estaba en la universidad y de mi actual empleo, ¡sentí que la sangre me hervía de rabia! Encontré cantidades exorbitantes de dinero que se gastaba, mes con mes, en colegiaturas para los estudios de Bernardo en el Instituto Mexicano para las Artes Cinematográficas. «¿No que mi hermanito estaba, supuestamente, becado?», especulé impresionada.

Había mucho dinero en efectivo, documentos que indicaban transferencias bancarias de una institución financiera canadiense, realizadas por Itzel Bacab Cano. «¡La tía Itzel!, ¿por qué razón les enviaba dinero a mis padres?», cuestioné. El

corazón me rebotaba en el pecho. Agarré un fajo de billetes, reacomodé lo demás en su lugar y coloqué de regreso la caja en la esquina del vestidor. De ahí, salté a mi recámara en busca de la preciada joya que mi abuela me había obsequiado en mi cumpleaños.

La cajita estaba exactamente en el mismo lugar donde la había guardado, ¡era un milagro! Comúnmente, mi madre esculcaba mis cosas, absolutamente todo, y yo me percataba de ello. De vez en cuando, le reclamaba, pero esta lo negaba.

Volví a sentarme delante a mi computadora, especulando en que si cóatl significaba «dualidad», en náhuatl, ¿cómo se diría sol? El diseño grabado en la placa de oro era el de un sol que brotaba detrás del diminuto paisaje, es decir, ¿sol del amanecer?

Encontré sol, que en náhuatl se dice *Tonatiuh*, pero no conocía a alguien que se llamara Tonatiuh; intenté con la palabra «mañana», que se dice *cualcan*, no comprendía en absoluto qué era lo que debía descifrar. ¿Cómo se diría sol naciente?, o alguna otra manera de nombrar el amanecer... ¡lo tengo! Lucero o estrella de la mañana. Le di buscar en internet y ¡ahí estaba! Itzel o estrella de la mañana.

Me cubrí la cara con ambas manos; ya no cabía lugar para una sola duda más. Esta joya pertenecía a mi tía Itzel y me la había heredado mi abuela, ¿en su nombre? Ahora, la tía alejada de la familia por años, aparecía por todas partes. Me urgía llegar a Vancouver a aclarar las cosas. Seguramente, ella misma sería la que me estaría esperando.

Apagué la computadora y suspiré profundo, despidiéndome de todas mis pertenencias y de mi recámara. Tomé una pequeña maleta y empecé a meter ropa abrigada, la poca que tenía para climas fríos, dos pares de zapatos, el perfume que me había obsequiado mi abuela, mi libretita de apuntes y artículos de aseo personal, a la vez de que me preguntaba cómo me las iría a arreglar allá con mi escaso dominio del idioma inglés. Mis únicas lecciones las había tomado en la secundaria y en la preparatoria, y eran de lo más básico. Entendía mejor de lo que hablaba, eso me sirvió de consuelo, pero me esforzaría por aprender.

Jalé mi maleta, mi bolso de mano en el que había puesto el pasaporte, el dinero en efectivo y la alhaja; giré a echar un último vistazo al que fuera mi hogar durante años, cerré la puerta y me fui. Tenía el presentimiento de que no regresaría a vivir ahí.

Para mi buena suerte, esa semana me tocaba usar el auto a mí. Eché la maleta en la cajuela del Nissan plateado y recapacité en que lo correcto era presentarme en la oficina para cobrar mi finiquito y despedirme; cerrar aquel ciclo de aprendizaje en mi existencia, así que me dirigí a Insurgentes Sur número ochocientos trece.

Era una mañana soleada con el cielo despejado. Venía muy concentrada en mis cavilaciones sobre Canadá y la muerte de mi abuela, así que no me percaté de que un automóvil me venía siguiendo, muy de cerca. Me sorprendí al llegar y encontrar las puertas del estacionamiento, del añejo edificio abiertas de par en par, sin Silverio a la vista. La caseta de vigilancia estaba vacía. En absoluto había sucedido algo parecido.

Eché una rápida ojeada a la pared de enfrente, esa misma en la que había encontrado, por primera vez, el grafiti del baktun. Ahora lo engalanaba el símbolo de la dualidad. Me estacioné en mi lugar habitual y subí las escaleras, por el interior de la edificación, hasta la recepción. Ahí me topé con una sonriente Alicia que me saludaba, a lo lejos, con la mano. Le devolví el saludo y tomé el escandaloso ascensor.

Empecé a recordar a Adrián y aquella maravillosa mañana en la que nos besamos por primera vez.

Una sacudida del ascensor, que indicaba que había llegado al piso diez, me regresó a la realidad. Avancé hacia la tan familiar puerta de entrada al despacho y la abrí con mis llaves. La oficina estaba vacía, excepto por Karlita, quien corrió a asomarse para ver quién había ingresado. Pronto, me alcanzó mí y me dio un caluroso abrazo.

—¡Lo siento mucho, Zyanya! —me dijo, con sinceridad.

—Gracias, Karlita, gracias, es una verdadera pena —correspondí.

—¿No estabas en el entierro de tu abuela esta mañana? —espetó extrañada.

—Sí —me excusé—, pero vine por unas cosas.

—Me tomé la libertad, por órdenes de Carmina, de vaciar tu cubículo —expresó mientras se dirigía a su escritorio y regresaba con un pequeño paquete envuelto en papel manila que me entregó—. Te vamos a extrañar mucho. Tenías pocos objetos personales, ¡hasta empaqué tu cepillo y pasta de dientes!

—Gracias. —Sonreí—. Yo también las voy a extrañar.

—Espera, tengo tu cheque de finiquito —agregó mientras hurgaba dentro de mis cajones—. Aquí lo tienes, fírmame de recibido, por favor.

Mientras me agachaba para plasmar mi firma sobre el documento, pude dar un vistazo a la cantidad de dinero que me estaban otorgando. No estaba mal. Le devolví su pluma a Karla, le entregué las llaves y nos abrazamos de nueva cuenta.

—Gracias por todo, Zyanya —agregó Karla, nostálgica.

—No hay de qué. —Respondí—. Fue un placer.

Giré sobre mis talones, despidiendo aquel lugar, lleno de remembranzas, y salí de ahí. Bajé del elevador en la planta baja y tomé el tramo de escalones que conducían al aparcamiento. Faltando dos escalones para llegar a la puerta del sótano, algo inusitado me sorprendió. De la esquina más oscura, apareció una sombra, en contra luz, que me abordó y me cerró el paso. Era el Chacal.

—¿Sorprendida de verme, linda? —Soltó, acercando su temible rostro al mío.

Pude escuchar a mi corazón pegando un brinco y azotando contra mi pecho; las piernas me empezaron a tiritar y sospeché que traía algún arma para hacerme daño o sacarme los ojos. Solté el paquete de objetos personales y empecé a movilizarme de vuelta, escaleras arriba, pero Joaquín pronto me dio alcance y me tapó la boca con una de sus sanguinarias manos.

—No tan deprisa, tú y yo tenemos muchas cosas de qué hablar, ¿verdad? —me

susurraba al oído con su fétido aliento, mezclado con alcohol y cigarro—. Tú me debes una, bonita, eres una fisgona y quiero que me expliques qué es lo que viste aquella noche.

Yo forcejeaba para zafarme de sus garras, pero él me detenía y me inutilizaba por completo. Me jaló al rincón oscuro de donde había salido, estrellándome contra la pared, y empezó a besuquearme, violentamente, en la boca, a la par de que me toqueteaba todo el cuerpo. Yo lanzaba gemidos y patadas pidiendo auxilio, pero este se apresuraba a callarme de nuevo con una de las manos, mientras que con la otra me manoseaba ansioso, hasta llegar a romper mi sostén. Embarraba su cuerpo al mío, salvajemente, escuchaba su respiración acelerada en mi oído y noté que su bragueta se abría. Cerré los ojos, tibias lágrimas corrían por mis mejillas, como un río sin caudal.

—¿Con que Adrián para acá y para allá, eh? —mascullaba excitado—, ya te acostaste con él, ¿verdad, zorra?, y a mí, ¿qué me dejas?

Una voz, proveniente de afuera de la puerta de salida, interrumpió al verdugo.

—¡Contrólate, Joaquín!, ¡ya basta!

El hombre se detuvo.

—Quedamos de vernos en diez minutos, ¿por qué fregados te adelantaste? —se quejó él, con la respiración entrecortada.

—Ya sé que le traes ganas, pero el plan no era que la violaras, bruto. No le des placer fortuito a alguien que no vale la pena.

De inmediato, identifiqué el tono de voz de la mujer y me quedé fría. De la sombra, emergió la persona que menos esperaba encontrar.

—Hola, Sandía, ¿por qué no estás en el velorio de tu abuela?, ¿no que la querías mucho?, ¡loba, mal agradecida! Ella que te dio todo y, mira nada más, que te viera ahora valiéndote un comino. Su nietecita querida fajando con un desconocido el día de su sepultura. Bueno, no es del todo un extraño para ti, ya lo habías visto, y muy de cerca.

Permanecí recargada en la pared, horrorizada ante tal escena. El Chacal me soltó de golpe y se incorporó, aún tembloroso de excitación, subiéndose el cierre del pantalón y relamiéndose los labios a la par de que me tragaba, de pies a cabeza, con la mirada.

—Dale las gracias a tu «mejor amiga» por salvarte esta vez, la próxima, ¡no te la acabas!

Joaquín sonrió, abiertamente. Advertí dos incisivos de oro postizos en la parte inferior de su dentadura. Como pude, me incorporé y me cubrí con el vestido.

—Lucía —balbuceé, bajando mi vestido a su lugar—, ¿por qué haces esto?

—Porque quiero que me entregues los planos y la exposición en la que trabajaste con el tal Adrián, el bobo ese, por el que mueres de amor. Dámelos, dime dónde están y te dejo libre.

—Pero, si ya te expliqué que ni siquiera yo los tengo en mi poder, ¡los hurtaron!



—¡Cállate, embustera!, ¿crees que te voy a creer esos cuentos? —aulló Lucía.

En mi vida la había visto así de enfurecida. Los ojos le brillaban, con una malicia perturbadora.

—Lucía, ¿no era más fácil que me dijeras que querías participar en el proyecto en lugar de agredirme de esta manera? Además, creí que éramos amigas, tantas cosas estupendas que hemos vivido juntas, tú lo tienes todo, ¿qué es lo que buscas?

—Busco reconocimiento, mucha lana, fama mundial, éxito y todo lo que estás a punto de tener tú, la niñita noble y obediente con sus papis; la linda y mustia, la ejemplar, ¡ya me tienes harta!

—Pero tú puedes lograr lo que te propongas, puedes ayudarme en este proyecto...

—¡Cállate!, ¡no me vengas con tus choros mareadores! Quiero tus documentos y desaparecerte del mapa, eso es todo. Como aquí mi amigo Joaquín, desea lo mismo, me asocié con él en esta sencilla empresa, ¡exterminarte! Nada más fácil que eso.

Mientras ella hablaba, el Chacal se notaba, inquieto, caminando de un lado para otro. Escupía sobre el piso y me miraba amenazadoramente, asintiendo a cada palabra que Lucía exclamaba. Me costaba mucho trabajo hallar la conexión entre ellos dos.

En un abrir y cerrar de ojos, ambos se hicieron una seña y Joaquín sacó, de su calcetín, un pequeño pica hielos oxidado. De mi faringe, surgió un grito de terror. Lucía se acercó a mí de un salto.

—Entonces, Zyanya, ¿cooperas o no? Dinos dónde está esa información.

De inmediato, percibí sus ojos rojos y el aroma que emanaba de su boca; estaba drogada, al igual que Joaquín, no había manera de llegar a un acuerdo pacífico. Quise hacer tiempo, alzando la voz para que alguien me escuchara.

—¿Qué han hecho con Nuria? —pregunté.

Ambos se miraron y empezaron a carcajearse, al unísono. Aproveché este segundo de distracción para intentar huir.

—¿Nuria? —pronunció Joaquín, alterado—. Está en cama, cuidando un embarazo de alto riesgo. En siete meses, dará a luz a un «Chacalito».

Me dieron náuseas. En el momento en el que iba a salir destapada en dirección a la angosta salida, apareció un ángel enfundando su espada. Era Silverio, quien escuchó los gritos y había ido a buscarme, quedando de pie detrás de ellos, sin que estos lo percibieran. Sigilosamente, tomó su garrote y atestó tremendo porrazo en la nuca a Joaquín, quien cayó boca abajo, justo delante de mis pies, completamente inconsciente. Lucía, al darse cuenta de esto, pulsó el botón de emergencia en su celular, para llamar a sus guardaespaldas.

—¡Silverio! —aullé frenética—, ¡apresúrese!, tenemos que salir de aquí porque viene su escolta.

El guardia jaló y empujó con fuerza a Lucía hacia afuera de la puerta de salida y esta cayó rodando, mientras profería maldiciones y gritaba como endemoniada.

Salté el cuerpo de Joaquín, quien yacía inconsciente, rodeado por un charco de sangre, y corrí en dirección hacia el policía. Pronto, subimos al auto y él tomó el

volante. Arrancó rechinando las llantas, a toda velocidad y a punto de estrellarse contra una de las camionetas blindadas de los guaruras de Lucía, quienes llegaban en manadas al edificio. Vislumbré el Chevy azul de Nuria, estacionado a un lado de la banqueta, y comprendí que Joaquín me había seguido hasta allí.

Con gran dolor me despedí para siempre, de la que algún día, fuera mi mejor amiga.

—¡Nos van a alcanzar, Silverio! —berreaba, mordiéndome las uñas.

—No se preocupe, recuerde que también soy chófer. —Profería tratando de tranquilizarme.

Giré la cabeza para ver si alguien nos seguía, pero no alcancé a divisar los vehículos oscuros de los guardaespaldas.

—¿Dónde andaba?, ¿por qué no estaba en su lugar? —le reclamé, entre llantos.

—Perdóneme —lanzó angustiada—, es mi culpa, perdóneme. Yo sabía que usted iba a venir y quise esperarla en la entrada del edificio, sobre Insurgentes, no sobre la calle de Nebraska. No imaginé que fuera usted a llegar manejando su coche; discúlpeme, en verdad, ¿a dónde la llevo?

—Al aeropuerto.

—¿Se va a Canadá?

Me quedé sobrecogida. Silverio estaba al corriente de que yo me iba a ir a Vancouver, ¿cómo podría saberlo? Pronto, desatendí mis pensamientos cuando alcancé a ver, por el espejo retrovisor, a uno de los vehículos de la escolta de Lucía a poca distancia.

—¡Ahí están! —exclamé—, apúrese, por favor, me quieren matar.

—Lo sé, pero no lo van a conseguir, no se preocupe. Usted tiene protectores, está muy bien cuidada. Ahora su abuela está aquí.

Confiado en sus palabras, me recargué en el asiento del copiloto y empecé a observar, como si estuviera viendo una película, cómo se frustraban los intentos de los guardaespaldas por alcanzarnos, era algo increíble. Parecía que todos los automovilistas, a propósito, les bloqueaban el paso para impedir que se nos aproximaran.

Una y otra vez estuvieron a punto de darnos alcance hasta que, en un eje vial, los perdimos de vista. Lucía ignoraba que yo me dirigía al aeropuerto, así que estábamos a salvo. Silverio me volteaba a ver, de vez en vez, alegre y seguro de sí mismo. Yo empecé a tranquilizarme.

—¿Cómo es que usted sabe que yo viajo a Canadá? —lo cuestioné.

—Su abuela me lo dijo, todos lo sabemos —respondió, dibujando una sonrisa de sus labios.

—¿Todos?, ¿quiénes son todos?

—Los que venimos a esta vida a cuidarla y a apoyarla en su misión.

—¿Usted y quién más, señor Silverio?

—Los Guardianes de las Tradiciones y sus descendientes. Usted sabe que, el 21

de diciembre del año 2012, es cuando el Calendario Maya termina. Esto significa que un ciclo concluye y esto trae consigo cambios, transformaciones drásticas en el planeta y en sus habitantes. Nuestros ancestros mayas crearon un sistema, de 5,125 años, en el que abarcaron todos los ciclos de la bóveda celeste. Ellos profetizaron terremotos devastadores, tsunamis e inundaciones alrededor del globo terráqueo, como resultado de los abusos de los seres humanos contra *Iukayótl*, la naturaleza, y contra *No má Tlali*, la Madre Tierra. Todo debe reacomodarse, aunque esto conlleve numerosas muertes de seres humanos. Como usted ya sabe, el aumento de la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera, provocado por el uso inconsciente de combustibles fósiles y la deforestación, ha provocado que el efecto invernadero se acentúe y que la temperatura del globo terráqueo aumente. En los últimos cien años, el planeta es de 0.4 a 0.8 grados centígrados más caliente. Los polos se derriten y el nivel de los océanos aumenta; estamos en una etapa de caos y transición, señorita Zyanya. Los buenos permanecerán, los malos perecerán.

—Eso no puede ser —interrumpí—, entonces millones de personas desaparecerán de la faz de la tierra.

—Eso parece, a menos que cambien, se transformen, respeten la vida y la igualdad de todo ser vivo. El viernes 21 de diciembre de 2012 presenciaremos un eclipse solar; *Tonatiuh*, el astro rey, se colocará entre la tierra y el centro de nuestra galaxia; habrá oscuridad, cenizas, se activarán los volcanes, potentes terremotos destruirán el suelo y gigantescas olas inundarán la tierra. Quedaremos privados de la mitad de la energía proveniente del hoyo negro, el que está en el espacio; la vida en el planeta caerá en un caos.

Yo miraba, atónita, a Silverio, recordando lo que Carmina me había dicho sobre su basto conocimiento, gracias a la lectura. Era autodidacta. A la par de que me explicaba todo esto tan aterrador, manejaba mi auto, cautelosamente, rumbo al aeropuerto. Una vez ahí, se estacionó y continuó narrándome todo sobre lo que él llamaba «el Apocalipsis».

—Todo está escrito hace miles de años, en varios libros y hasta en la Biblia. Lo que sucede, señorita Zyanya, es que nuestro sol, ubicado a 150,000 millones de kilómetros, lanzará llamaradas solares de radiación; habrá una explosión que provocará una eyección de masa coronaria en la que toneladas de gas caliente serán expulsados. Toda esta energía, impulsará una gran cantidad de partículas que viajan delante de la masa coronal a una velocidad impresionante, casi a la velocidad de la luz. Cada once años, *Tonatiuh* alcanza su grado máximo de actividad, y es cuando hace dos o tres eyecciones. A fines de diciembre de 2012, alcanzará su máximo solar. Veremos esa gran luz, de color del fuego, aproximarse a la tierra; llegará en pocos días, así que no habrá tiempo para prepararse.

Silverio narraba esto con desesperación y temor, manoteaba y se secaba el sudor de la frente con el antebrazo. Yo lo escuchaba, también atemorizada. Él prosiguió.

—Todas estas partículas, se estrellarán contra el campo magnético, el escudo que

protege a la tierra. Esta barrera natural impide que otros cuerpos celestes lleguen a la superficie pero, si la inyección coronaria es muy fuerte, se verá afectada de manera significativa. Entonces las partículas penetrarán, golpearán y acabarán por destruir nuestra red de satélites artificiales. Esto traerá el oscurantismo en el mundo; no tendremos acceso a luz eléctrica, permaneceremos días y noches enteras en tinieblas, no funcionarán los radares para los aviones; no podremos refrigerar ni congelar alimentos, la comida empezará a descomponerse y esto acarreará hambre y las enfermedades.

—Pero —interrumpí estupefacta—, usted dijo que esto ya había sucedido, cada once años, y no ha desaparecido el planeta.

—Esto ocurre a menudo, lo conocemos como la aurora boreal, más no en estas dimensiones ni con la capa de ozono tan debilitada como ahora. También se verán afectadas las corrientes eléctricas en la tierra, los transformadores se quemarán; las redes de servicios eléctricos caerán en cadena, la recuperación total de lo dañado tomaría años. Los seres humanos moriríamos de frío y de sed, no habrá agua. La gente correrá sin orden, sin respeto por el prójimo, será fin de la sociedad, tal y como la conocemos. Los terrícolas somos cada vez más dependientes de las redes de energía.

—¡Qué situación tan alarmante!, ¿nadie sabe sobre esto?

—Los especialistas, los geólogos, astrólogos, vulcanólogos, ellos lo saben. Quiero decirle algo que acaban de descubrir apenas hace unos años. La magnetósfera, otra de las capas que protege a la tierra, se debilita cada vez más. Hallaron una fisura en el Océano Atlántico, desde América del sur hasta Africa, ocasionada por el sol; con una sola eyección solar de grandes magnitudes, que penetrara por dicha fisura, ocasionaría que los polos magnéticos del mundo cambiaran de posición, no físicamente, pero si polarmente. Una reversión del campo magnético pondrá de cabeza la vida en la tierra. Cada explosión solar afectará nuestra capa de ozono hasta hacerla pedazos, rayos ultravioleta destruirán la fotosíntesis y la cadena alimenticia del planeta caería, trayendo consigo el colapso ecosistema. Al estar sin rumbo, las brújulas no funcionarán y especies enteras se perderían y extinguirían al tratar de migrar.

—¡Dios mío! —exclamé tratando de asimilar tanta barbarie.

—Pero no se espante tanto, esto ya ha sucedido, la tierra ya se ha alterado ciento ochenta grados en otras eras, pero parece que toma miles de años en manifestarse. La estratósfera aún nos protegerá. Intentó tranquilizarme.

—No me mienta, Silverio, dígame qué más podría suceder.

—Bueno, hay otras teorías que se desprenden de esta idea. Si el campo magnético está cambiando, el hierro fundido del centro de la tierra, en continuo movimiento, podría verse alterado, provocando sismos enormes, ya que la corteza se desestabiliza con el electromagnetismo. El mismo ataque solar podría activar sismos por el metal que mantiene las placas en su sitio, provocando un terremoto por inducción

magnética. Fallas geológicas, derrumbes, la tierra nos castigará por tanto abuso.

—¿Cómo se puede evitar esto, Silverio?

—Con una idea majestuosa, como la que usted y su amigo traen en mente. Quizás el puente que han diseñado, contrarreste los efectos nocivos del calor generado por los disparos solares, además de proyectarlo de regreso al espacio. Aún falta que le mencione los sismos originados por cambios bruscos en el fondo marino. En caso de que el sol penetre, el piso oceánico se desplazaría, generando un enorme volumen de agua, mejor conocido como tsunami. Este calor activaría también erupciones volcánicas en el mar, despertando de su estado de letargo a colosos, súper volcanes, escondidos en el fondo de los océanos. No hay manera de desconectar esas bombas en peligro de erupción. Una expulsión de esas dimensiones, podría llegar al grado de alterar la rotación del planeta; casi nadie quedará vivo después de esto. Solo se verá una lluvia de lava, fuego y cenizas. Entonces vendrá el nuevo comienzo de este ciclo perpetuo. El final significa el principio de los tiempos de cambio.

—¡Silverio!, usted sabe tanto, ¿tan terrible es en verdad lo que está por venir?

—Aterrador. Aún hay esperanzas, en gente como usted.

—¿Por qué yo?

—Por sus antepasados y su misión de vida. Usted fue la elegida. Su apellido, Bacab, es maya, ¿lo sabía? Usted es descendiente directa del gran Guardián de la Tradición Maya, «*Tlapaltic*».

—No, parece que no sé nada.

—Pues lo está descubriendo. Acéptelo.

Guardé silencio unos segundos. Mi responsabilidad de vida era casi imposible, pero me decidí a esforzarme por conseguirlo.

—Silverio —agregué—, ¿por qué no se dedica a dar clases o a hacer otra cosa?, ¿cómo es que alguien, tan culto como usted, trabaje como guardia de seguridad de un edificio que se está cayendo a pedazos? Podría ganar un muy buen puesto en cualquier empresa, con ingresos económicos interesantes.

—No, señorita, no es tan fácil como parece. En este país aprendimos a traicionarnos los unos a los otros desde que los españoles nos conquistaron. Ya ve que los tlaxcaltecas le dieron la victoria a Hernán Cortés y su grupo de presidiarios, la peor calaña de la sociedad española, con hábitos repugnantes, rateros de oficio, y con un respeto nulo por la vida ajena y los valores. Este grupo de rufianes, vino a infectarnos de enfermedades desconocidas en América, muchas derivadas del desaseo y la inmundicia. La misma Malinche, concubina de Cortés, participó en la felonía. Desde entonces, nos convertimos en un país malinchista, menospreciando a nuestra propia gente.

—Eso lo sé, Silverio, y es una verdadera tristeza.

—Ese «complejo del conquistado», lo traemos arrastrando desde hace más de quinientos años, no lo podemos superar. La manía de quererle robar al que más tiene, de no dar crédito al éxito de nuestros connacionales a nivel mundial, sin antes lanzar

comentarios despectivos como: «seguro es un tranza», o «alguien le ayudó, no sabemos a cambio de qué». Así no podremos progresar, los mismos extranjeros se creen con el derecho de hablar maldiciones de nuestra gente y de nuestro país en nuestro propio territorio; si nosotros mismos lo hacemos, ¿cómo no lo van a hacer ellos!

—Pensé que solo pocas personas estábamos conscientes de esto.

—De ninguna manera. Hace unos meses, un mexicano y un extranjero reñían, caminando por la acera del edificio de Insurgentes Sur. La conversación giraba en torno a los hombres más ricos y poderosos del mundo. Era tan acalorada la discusión, que tuvieron que detenerse, justo enfrente del estacionamiento, así que yo alcancé a escucharlo todo. El extranjero hacía alarde de nombres de personajes de todo el mundo, mencionando sus patrimonios en millones de dólares. El mexicano, pacientemente, tomó la palabra al final y remató mencionando el nombre de un connacional considerado como uno de los hombres con más fortuna en el mundo. De inmediato el extranjero, celoso y viéndose acorralado, añadió: «Bueno, bueno, tienes razón, pero solo en parte. Ese magnate es más bien de origen libanés».

Yo solté la carcajada.

—¡No puede ser! —expresé—. El chiste era negar que fuera mexicano, aunque los de origen libanés hayan sido sus tatarabuelos, ¡inconcebible!

—Así es, resulta inconcebible lo que ocurre en este país. Nadie cree en nadie, las grandes empresas en México les facilitan trabajo, puestos directivos y beneficios a gente de cualquier nacionalidad, menos a los nuestros. Centro y sudamericanos migran por nuestra frontera con Guatemala como rebaños, invadiendo nuestras tierras, obstaculizando fuentes de trabajo para nuestros paisanos, exigiendo y maltratando a nuestro país, y haciendo lo que jamás se atreven a hacer en su nación. Prepotentes, jactanciosos y pedantes, critican a México en todos los aspectos cuando en sus tierras jamás tendrían una oportunidad laboral, un nivel de vida, lujos y un desempeño como el que aquí les ofrecemos. Mal agradecidos de por vida, no hacen más que comparar a sus países, en quiebra económica, con el nuestro. Camine por las calles, señorita Zyanya, y escuchará acentos centro y sudamericanos de todo tipo deambulando para acá y para allá, ¡como nunca antes!

—Pues si tanto critican y no les gusta, ¡que se regresen por patitas a su país! No necesitamos a gente así.

—Completamente de acuerdo con usted. Tristemente, si esto sucede, es porque nosotros lo permitimos, no existe mayor explicación. Algún día escuché decir a un coreano, directivo de una gran empresa transnacional, que si en su país se enteraban que estaba laborando en México, lo iban a tachar de «perdedor». Señorita Zyanya, ¡aquella vez no me contuve y lo senté de un golpazo en la cara! Menudito y bajo de estatura, no se pudo poner de pie. Por supuesto, me echaron de aquel empleo, pues yo solo era un obrero. Lo que más me enfureció fue que todos nuestros paisanos que estaban alrededor escuchando esta terrible ofensa, permanecieron callados y

sonrientes.

—¡Cobardes! —exclamé.

—Así es la gran mayoría de la gente; pocos ejercen el amor a la patria; prefieren ser tibios y conformistas y navegar para donde les convenga. En países como Brasil, las empresas apoyan a su gente, su mercado está floreciendo gracias a su proteccionismo. Para que algún extranjero pueda ingresar laboralmente en su territorio, debe estar perfectamente bien justificado que no existe en el mercado un empleado que cubra con esos requisitos, de otro modo, le dan el puesto a sus paisanos. En cambio para nosotros, los mexicanos, cualquier persona, venga de donde venga, es mejor aceptada que nuestra misma gente.

—¡Qué tristeza! —exclamé.

—Ya ve a los estadounidenses ¡cómo protegen sus fronteras!, aunque ellos jamás realizarían la mano de obra que despelleja las manos y quema la coronilla. En parte, les conviene que migremos a su país. Le confieso que estuve de «mojado» unos años y fui deportado, pero viví una gran experiencia. Asimilé como les inculcan a sus niños, desde edades tempranas, su amor incondicional por la patria; por eso dan la vida por su nación. Eso nos urge hacer en nuestro país, educar. Parte de este cambio, de este fin de ciclo, se refiere a eso, a un despertar de la conciencia mundial. Por nuestra parte los mexicanos, los pocos o muchos que quedemos con vida posterior a la catástrofe, debemos revalorarnos y estar orgullosos de nuestras raíces y de nuestra patria.

—¿Sucederá eso algún día, Silverio?

—Yo tengo fe en que sí. Tomará un lapso significativo, quizás generaciones enteras, pero progresaremos.

Guardamos silencio unos minutos, asimilando el significado de nuestras palabras.

—Sobre lo que me comentó con referencia a buscar empleo en una oficina —añadió—, le confieso que yo no podría estar encerrado ocho horas, todos los días dentro, de un cubículo, eso me acabaría.

—Me suena familiar. —Acordé.

—Además, no busco dinero, no me importa. Con lo poco que gano, cubro mis necesidades básicas y las de mi familia. Este fue el último día que laboré en Insurgentes Sur, mi ciclo cierra con su partida. Le repito que mi oficio es muy distinto, al lado de otros, que vinieron a salvar al mundo.

—Prométame que no volverá a ese edificio, lo pueden ir a buscar Lucía y el Chacal.

—Pierda cuidado, le digo que ya no regreso. Me llevé todas mis pertenencias el día de ayer, además, no les tengo miedo. Por cierto, le entrego el sobre con las cosas que traía en la mano antes de que este individuo la atacara. Alcancé a recogerlas, pero tiene que andarse con precaución, no puede confiar así en las personas. Mucha gente tratará de robarle sus ideas, ya lo vio. Llevaré el coche a su casa, ¿dónde puedo dejar las llaves?

—Pregunte por Jovita. Ella ya debe estar en casa.

—De acuerdo.

Ambos salimos de auto, Silverio abrió la cajuela y me entregó mi maleta.

—¡Muchas bendiciones, señorita Zyanya! Todos tenemos nuestra fe puesta en usted. Luche por sus ideales, no de un solo paso hacia atrás. Encuentre cuanto antes a Nonatsin. Muchos años le han tenido los ojos vendados, es hora de despertar.

Sentí un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de agua.

—¿Nonatsin? —cuestioné.

—Busque el significado, lo hallará.

—Gracias, gracias por todo Silverio; por sus invaluable consejos, por cuidarme, por rescatar nuestro proyecto del puente de hielo y por salvarme la vida. No le podré pagar nunca todo lo que ha hecho por mí.

—Ni yo a usted lo que hará por la humanidad.

Sin pensarlo dos veces, lo abracé con todas mis fuerzas. Él se mantuvo respetuoso, correspondiendo a mi muestra de afecto. Lo miré por última vez a los ojos y advertí aquel centelleo especial que los iluminaba.

—Adiós, Silverio —me despedí dando la media vuelta.

—Hasta pronto, señorita Zyanya. —Escuché a mis espaldas.

Una vez a solas en el aeropuerto, corrí al sanitario a lavarme la cara, las manos y el cuerpo, intentando arrancar las huellas que habían dejado las sucias manos de Joaquín. Amarré de nueva cuenta mi sostén y me percaté de que tenía rasguños marcados por todas partes. Me cepillé los dientes, una y otra vez, pensando en aquella violenta escena que repetía en mi mente.

Lloré por la traición de Lucía y sentí un escalofrío al pensar qué era lo que iría a suceder ahora que me buscaran y no me encontraran. El Chacal, seguramente, tramaría una cruda venganza.

Media hora después, salí del baño y me dirigí a los mostradores de *Alaskan Airlines*. Había tiempo de sobra, el avión despegaría en tres horas.

Con mi pase de abordar en mano, me di a la tarea de repasar todas y cada una de las enseñanzas que, hasta el momento, había asimilado. Era demasiada información la que debía analizar. Saqué mi libretita de apuntes y empecé a subrayar y a atar cabos, mientras bebía agua, como desesperada, y masticaba un emparedado de jamón que adquirí en el área de *fast food*. El tiempo se fue volando, cuando me di cuenta, ya estaban anunciando, por el alta voz, el vuelo 1203 hacia Vancouver.

Respiré profundo, me asomé por un ventanal enorme a observar mi ciudad, a la que tanto amaba y de la que estaba más que orgullosa. Importaba poco que yo hubiera nacido en Canadá, mis ancestros eran mexicanos, mi sangre era mexicana y yo daría la vida por esta tarea que me había sido encomendada, ¡no les fallaría! Vislumbré el grafiti de dualidad que me despedía a lo lejos, en la azotea de un edificio. Otra Zyanya, completamente transformada, subió al avión. Estaba decidida, no había vuelta atrás.



La mayor parte del tiempo dormité en el asiento, al lado de una japonesa, callada y respetuosa, que traía consigo una *lap top* con lo último en tecnología. Ella estuvo trabajando en algo. No cruzamos palabra alguna, pero nos sonreíamos, a ratos.

Saqué de mi bolso la libretita de apuntes para repasar, una vez más, cada una de las ideas que había estado estudiando. Una azafata anunció, en inglés y español, que estábamos por llegar al aeropuerto de la ciudad de Vancouver, y que, en veinte minutos, iniciaríamos el descenso.

De pronto, entre mis garabatos, hallé la palabra Nonatsin y salté del asiento. La japonesa volteó a verme, sorprendida. Entre señas y palabras, le pedí de favor que me prestara su computadora, a lo que ella accedió de buena gana. Tecleó una que otra vez y me dejó el navegador de internet listo para ser utilizado. Busqué un diccionario español-náhuatl y escribí la palabra. Apareció en la pantalla un desplegado de opciones. Piqué la primera de la lista. Ahí leí claramente:

Nonatsin (náhuatl)= madre (español).

Borré mi búsqueda mientras sentí que me ahogaba de los nervios y le devolví la *lap top* a su dueña.

—¿Todo bien? —me preguntó, con su acento oriental, al advertir que empalidecía.

## Rencuentro

Bajé del avión, tambaleándome, y recorrí los amplios pasillos del aeropuerto de Vancouver con la respiración entrecortada; pasé por la aduana hasta llegar al lugar donde se recogen las maletas y ubiqué la mía. Me las arreglé de maravilla con el agente aduanal, ya que, a toda pregunta, me limité a responder con un «yes».

Agarré mi equipaje, abrí mi bolso de mano para sacar la cajita que guardaba con el regalo que nana Angelita me había obsequiado en mi cumpleaños y saqué la preciada alhaja con la cadena. En el acto, me la coloqué alrededor del cuello. Me armé de valor y salí al encuentro de una total desconocida.

Entre la gente que aguardaba a sus seres queridos o a sus amistades, estaba una mujer de tez morena y bellas facciones, justo hasta adelante, esperando de pie con un ramo de flores blancas en la mano. La reconocí de inmediato y ella a mí; nos quedamos inertes mirándonos unos instantes; titubeé, di medio paso hacia adelante, tropecé con mis propios pies.

Ella sonrió de oreja a oreja y, como buena madre, tomó la iniciativa y me fue a alcanzar. Nos dimos el abrazo más amoroso que jamás hubiera experimentado. Ambas empezamos a llorar, empapando con lágrimas el hombro la una de la otra. Instantes después, nos separamos.

—¿Madre? —Solté desde el fondo de mi alma, mientras le mostraba el dije que pendía de mi garganta y que dibujaba su nombre: Itzel, estrella de la mañana.

—Sí, hija, yo soy tu madre.

Emociones encontradas, en forma de mariposas, revoloteaban por mi cabeza, estómago y pies; lo que tanto había sospechado, últimamente, era una realidad. En el fondo de mi alma, di gracias a Dios porque la tía Ameyali no fuera, en realidad, mi progenitora. Jamás me había hecho sentir parte de la familia, aunque mi tío Manuel había sido más dulce y comprensivo para conmigo.

—¡Tengo tantas preguntas qué hacerte! —exclamé.

—Calma —pronunció acariciándome el pelo—, ¡qué hermosa eres! Habrá mucho tiempo para eso, y más.

Mi verdadera madre me entregó el ramo de flores y levantó del piso mi maleta. Pasó su brazo alrededor de mi espalda y me condujo al estacionamiento. Yo me recargaba en su hombro y cerraba los ojos, percibiendo su exquisito aroma. No quería volver a estar lejos de su presencia.

—Mamá —expresé, con bochorno—, llevo dos días sin bañarme, ¡debo oler a rayos!

—No, mi niña. Hueles a mujercita valiente.

—¿Sabes lo de la abuela? —me atreví a preguntarle.

—Por supuesto que lo sé. Ella me lo dijo antes de irse.

—¿Hablabas con ella por teléfono?

—Por teléfono y con el alma, como tú lo haces en sueños. Somos un triángulo

ella, tú y yo, estamos interconectadas.

—¿Por qué no fuiste al velorio?

—Porque ella y yo acordamos en que vendrías tú.

Ya no quise investigar más. Llegamos al aparcamiento y me encontré con una flamante camioneta Cadillac, último modelo, color arena, ¡casi se me cae la baba! Mi madre abrió la puerta con las llaves, subió mi diminuta maleta dentro de su amplia cajuela, me abrió la puerta del copiloto y se posó en el asiento del conductor.

De inmediato, advirtió mi cara de sorpresa ante tanto lujo.

—¿Quieres manejar? —Soltó inesperadamente.

—¿Yo?, pe... pero no me atrevo. Es un auto muy caro y yo...

—¿Has llegado sola hasta acá y no te atreves a manejar una camioneta Cadillac?  
—me interrumpió mientras me entregaba las llaves del ostentoso vehículo en la mano.

No hubo oportunidad de pronunciar una sola palabra. Ella se bajó, de un movimiento, tiró de mi brazo para ayudarme a pasar al asiento que estaba a mi lado y se subió por la otra puerta. Agilmente, me explicó cómo mover la palanca de las velocidades y cómo arrancarlo, eso fue todo.

Maniobré, como pude, para echar en reversa tremendo vehículo, mientras ella me observaba divertida. Resplandecía de energía pura y de juventud.

—¿Cuántos años tienes, mami? —pregunté, sintiendo que las palabras «mami» o «madre» iban resbalando cada vez con mayor facilidad al pasar por mi tráquea.

—Cuarenta y dos. —Soltó.

—¿Me tuviste a los diecinueve años? —inquirí sorprendida.

—¡Qué buena me saliste para los cálculos matemáticos!, y para todo lo demás. Lista en todo, mi madre siempre me lo mencionaba. ¡Cuidado! —chilló al darse cuenta de que, en un alto, me detuve sobre el paso peatonal.

—¿Hice algo mal?

—Zyanya, debes saber que acá las reglas cívicas son muy distintas a las mexicanas. Aquí, en Canadá, se respeta a los peatones, a las señales de tránsito, nadie se pasa los altos, ni te avientan el coche o se te cierran. Existe el civismo entre todos los que convivimos. Respetamos turnos, nos formamos, casi no hay robos ni delincuencia, aunque por supuesto que existe. También están las personas indigentes, como en todas partes del mundo, pero aquí se puede vivir en paz.

—¡Qué aburrido!, ¿me podré acostumbrar a esto algún día?

—Estoy segura de que sí —profirió animada.

Mi auténtica madre era completamente opuesta a mi tía Ameyali. Utilizaba un tono de voz alto, era franca, bromista, reía y disfrutaba de la vida, parecía no importarle lo que opinaran de ella; un aura de armonía la rodeaba por completo. Tenía demasiada energía, y yo estaba encantada a su lado. Pensamientos como que me hubiera gustado que mi madre me cuidara toda la vida, bombardeaban mi mente. Ahora, le tocaba a ella explicarme qué era lo que había sucedido, por qué razón me

había dejado al cuidado de su hermana desde mis primeros tiernos años.

Cruzamos calles limpias, adornadas con casitas de madera, grandes espacios verdes, comercios, edificios, ¡Vancouver era una ciudad pulcra y hermosa! Ella me iba guiando, tranquilamente. A veces, la sorprendía mirándome, con la cabeza inclinada hacia un lado, y con una sonrisa angelical. La camioneta se manejaba como si tuviera piloto automático, ¡era una belleza! En mi vida me imaginé poder conducir un automóvil de esa categoría.

Antes de llegar a su casa, me indicó que doblara a la derecha, justo para ingresar en una amplia calle residencial. Al entrar, un flashazo iluminó mi memoria y empecé a recordar aquel sueño en el que me observaba caminando por una avenida de calles anchas, rodeada de árboles y flores de colores, ¡era la misma que había visto en mis sueños!

—¡Ya he estado aquí, mamá!, ¡estoy segura!

—Sí, mi vida —pronunció acariciando mi mano derecha—. Tienes una extraordinaria memoria. Aquí naciste y viviste hasta los tres añitos de edad.

Rememoré a la persona que iba conmigo de la mano en mi sueño; no le pude ver la cara, pero sus manos eran idénticas a las de Itzel. Frené unos segundos para admirar las casas, las flores y los árboles que llenaban la calle de vida.

—Aquí vivía una pequeña niña rubia que tenía un hermano mayor —describí—; en esta otra casa vivía una señorita con su mamá, ya anciana; del otro lado habitaba una pareja joven con un niño pequeño...

Estaba verdaderamente emocionada. Mi madre me observaba con un gesto de asombro.

—¡Lo soñé!, ¡lo soñé, mamá! —grité eufórica.

—Te creo, hija, te creo.

Percibí un dejo de desánimo en el tono de voz de mi madre y volteé a verla, reparando en que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Por qué me abandonaste? —hablé desde el corazón y empecé a sollozar sin pausa.

Ahí, dentro del auto, ambas nos ahogamos en un río de llantos. Itzel no dejaba de pedirme perdón y yo no cesaba de reclamarle lo mucho que hubiera querido que, alguien como ella, hubiera cuidado de mí. Alguno que otro vecino se acercaba, discretamente, para indagar qué era lo que sucedía. Estábamos estacionadas, justo en medio de la calle, sin importarnos lo demás, abrazándonos y lamentándonos por los veinte años que habíamos estado separadas la una de la otra, por la muerte de la abuela, por lo cruda que había resultado ser toda mi vida al lado de una mujer que no me había dado a luz y por su marcada preferencia hacia su primogénito y único hijo, el verdadero. Bernardo era mi primo hermano.

Con frases entrecortadas, ambas expresamos nuestras emociones reprimidas por tantos años, pero aún faltaba mucho por conocer. Mi mamá se calmó un poco y me insinuó, sutilmente, que me estacionara al fondo de la calle, ahí estaba su

departamento. Enjuagué mis lágrimas y conduje rumbo a esa dirección.

El edificio inteligente al final de la avenida, era un monumento a la arquitectura contemporánea. Elegante, sencillo, acogedor. La recepción era amplia y finamente decorada. El guardia de seguridad saludó, cortésmente a mi madre.

—*Good morning, Miss Itzel.*

—*Good morning, Maurice. Let me introduce you to my daughter, Zyanya.*

—*Pleased to meet you, young lady.*

El guardia, sorprendido, hizo una cortés reverencia y nos cedió el paso.

Tomamos el primoroso elevador al sexto piso, su departamento era el seiscientos uno. Ingresé para percibir, de inmediato, el olor dulzón, característico de Itzel, que ya me empezaba a parecer familiar. En el momento de encender las luces, distinguí un letrero, pintado con acuarelas, que decía: «Bienvenida, Zyanya, este es tu hogar». Se hallaba pegado a la pared de la sala. Debajo del cartel, mi madre había improvisado una mesita, repleta de pastelillos, *cupcakes* con betunes de colores, frutas secas, golosinas y chocolates de todo tipo.

Su amplio departamento era tibio y acojinado, repleto de adornos. Colores vivos se apreciaban en los tapetes, las carpetas, el mantel del comedor y las cenefas de las paredes. Había una agradable chimenea sobre la que descansaba mueble de madera, donde encontré un marco con la fotografía de mi abuela, en blanco y negro, de cuando era joven.

—¡Qué bella! —opiné.

—Por favor, siéntate, Zyanya, donde quieras. Voy a preparar café o té, ¿qué prefieres?

—Mamá —intervine—, antes de decirte qué es lo que quisiera tomar, debo saber una cosa.

—¿Qué sucede, mi vida?

—¿Qué va a pasar ahora?, ¿estaré aquí contigo de paso o me quedaré a vivir aquí?

Me sorprendió observar que esta pregunta le había roto el corazón. Corrió hacia donde yo estaba, me rodeó con sus brazos, con todas fuerzas y, mirándome fijamente a los ojos, profirió las palabras más reconfortantes que yo pudiera escuchar.

—Hija, te traje hasta acá para que te quedes conmigo por siempre, ¿entiendes? Ya te dejé ir en una ocasión, pero nunca más. —Esto último lo dijo con la voz entrecortada—. Esta es nuestra casa.

Acto seguido, me tomó de la mano y me llevó a la que sería mi recámara, ¡era un ensueño! Las paredes estaban tapizadas de color salmón, haciendo juego con el edredón de la cama matrimonial que se hallaba al centro; un mueble de madera oscura, empotrado en la pared, fungía como librero y escritorio. Me emocioné al divisar una computadora Macintosh, reluciente de nueva, encima de este. La alfombra beige era de esas pachonas, en las que te puedes acostar y quedar dormida en un segundo. Hallé dos jugueteros, suspendidos en los extremos de las paredes,

cubiertos de muñecos de peluche. Algunos de estos, curiosamente, se duplicaban.

Justo arriba de mi cabecera pendía una gran cruz de madera hermosamente labrada. A un lado, colgaba una tela que llevaba mi nombre bordado en punto de cruz, enmarcada en cristal, ¡la recordé al instante y me cubrí la boca con la mano para no dejar escapar un grito de júbilo! La muñeca que había visto tirada sobre el suelo en aquel sueño, me observaba sonriente, acostada en medio de mi formidable lecho.

—Esta era tu recámara, hace veinte años —explicó mi mamá, emocionada—, ¿la recuerdas?

Se apresuró a abrir el guardarropa, casi lleno de todo tipo de prendas de vestir, justo de mi talla. Tomé algunos abrigos y vestidos para probármelos por encima de mi atuendo, ¡me sentía como una pequeña niña dentro de una juguetería!, no hallaba por dónde comenzar.

—Nena, ¿te quieres dar un baño? —interrogó, suavemente, mientras me guiaba hacia la ducha—. Tómate tu tiempo, relájate en la tina. Yo prepararé algo ligero para el desayuno. Aquí tienes baño de burbujas, jabón y champú de eucalipto. Deja tu maleta, más tarde te ayudo a desempacar.

—De acuerdo, mamá, siento que apesto. El baño me va a caer de maravilla.

Ella sonrió, con ternura, y se alejó para dejarme a solas.

—Mami —le dije obligándola a detenerse y a voltear hacia mí—. Gracias.

—No, al contrario. Gracias a ti por haber vuelto a llenar mi vida de bendiciones.

En cuanto ella salió por la puerta de la habitación, caí de rodillas, frente a la cruz labrada, y le di las gracias a Dios, entre llantos y regocijo, por haberme permitido volver a mis orígenes, con mi madre, a mi verdadero hogar. Ahora sí estaba segura de que en la vida retornaría al impávido departamento de la colonia Nápoles. No tenía razón alguna para volver ahí, de modo que podían tirar a la basura todas y cada una de mis pertenencias. Ya no me interesaban.

Mientras tomaba una tibia y reconfortante ducha en la blanca e impecable tina de mi nueva recámara, me preguntaba si era posible que mi madre hubiera contraído matrimonio con algún canadiense durante todos estos años, ¡era encantadora!, por dentro y por fuera. Me parecía inconcebible que un hombre no hubiera puesto los ojos en ella. Entre mis cavilaciones, también recordé a Bernardo y lo bien que me caía. Deseé volver a encontrarlo algún día. Lo quería como al hermano que siempre había sido para mí.

Salí de la tina envuelta en una toalla amarilla que olía a nueva. Conecté y encendí la computadora. Ingresé a Facebook para dar de baja de inmediato a Lucía, de mi lista de amistades, y descubrí que había recibido un mensaje. Le di *click* para abrirlo y casi me caigo de sentón. Era Adrián.

El mensaje decía lo siguiente.

*Querida Zyanya:*

*Espero que te encuentres bien y que me extrañes tanto como yo a ti. Me enteré de lo de tu abuela, sé lo mucho que la querías y lo importante que era para ti. En verdad lo siento, daría cualquier cosa por estar a tu lado en estos momentos y poder consolarte. Llamé a tu casa ayer por la noche, horario de México, y tu madre me explicó lo que había sucedido. Ella está muy preocupada, me dijo que no aparecías por ninguna parte y que ya había llamado a la policía para dar contigo, pero que no tuvo éxito. Dice que te vio, por última vez, en el velorio de tu abuela, pero que no te presentaste al sepelio y que teme que este suceso te haya alterado tanto como para que atentes contra tu vida.*

«¡Otra vez con esa cantaleta!, ay, tía, ¡cómo exageras con tal de manipular a los demás!» —pensé en voz alta—. «Si tan solo supieras dónde me encuentro. Hui de la oscura tempestad para ingresar al jardín del arco iris eterno».

Continué leyendo, a la par de que mi asombro aumentaba a cada renglón.

*Es más, me preguntó si yo era tu novio. Me causó gracia que me cuestionara sobre eso.*

*Zyanya, fui un cobarde, lo reconozco. Tuve miedo de enamorarme de ti y de que no me atreviera a dejarte para venir a trabajar en el proyecto, por eso fui frío y distante, pero no sabes cómo me arrepiento. No ha habido un solo día en el que no estés en mi mente.*

*Las bajas temperaturas en el Polo Norte me han hecho caer en cama días enteros; estoy muy solo y nuestro plan es mucho más complicado de lo que pensé. Marco me da ánimos para seguir adelante todos los días.*

*Avanzamos rápidamente en muchos aspectos, gracias a los contactos que tiene el Sr. Carlos Zubieta con los grandes empresarios y compañías a nivel mundial. No lo creerías, pero aún no lo conocemos en persona, es el Señor Misterio. Para que te des una idea, ya consiguió que marcas internacionales de calzado como Nike, Adidas, Puma, Converse, Vans, Caterpillar, Nine West, Camper, Reebok, Donna Karan, Florsheim y hasta nacionales, como Domit, integren los chips para generar energía en sus zapatos o tenis, en el momento de su manufactura, ¡increíble!*

*Miles de trabajadores se han desplazado a la tundra del Océano Artico para empezar a laborar; geólogos, especialistas, arquitectos e ingenieros discuten, sin descanso, los últimos detalles de cimentación y alineación de los puentes colosales; el basto material de construcción opaca la blancura de la nieve, al ser colocado encima de los bloques helados. Sin embargo, hace falta muchísima mano de obra, carecemos de personas que se comprometan con este proyecto, mismo que les puede costar la vida. Estamos buscando*

*voluntarios, becando en sus estudios a jóvenes trabajadores que quieran participar dos años y medio en este ambicioso plan para salvar al planeta. Convocamos por internet a millones de personas, ofreciéndoles un sueldo atractivo, además de hospedaje, comida y demás prestaciones durante el tiempo que laboren aquí, pero muy pocas se arriesgan a viajar hasta el techo y el sótano del globo terráqueo.*

*Necesito tu ayuda, te necesito a mi lado, te mando el boleto de avión cuanto antes.*

*He visto maravillas, ¡estarías fascinada! Simpáticos pingüinos caminando a pocos metros de distancia, familias enteras de morsas, gigantescos osos polares parados en dos pies, iglús con familias de amistosos esquimales; sin embargo, lo más espectacular que jamás hubieras imaginado, es la aurora boreal, ¡no lo puedes concebir! Parece salida de un cuento de hadas. Luces de colores circulando sobre el cielo, magnífico, impresionante.*

*Niña linda, espero que me perdones y me contestes pronto. Aquí te estaré esperando con los brazos y el corazón abierto.*

*Te quiere,*

*Adrián Pontones.*

Por poco y me desmayo. Me recargué en el escritorio debido a que las piernas empezaron a flaquearme, hasta quedar sentada sobre la acolchonada alfombra, y me di a la tarea de analizar cada palabra que el amor de mi vida me acababa de confesar. Parecía increíble que las piezas del complicado rompecabezas empezaran a coincidir, una tras otra, y a tomar forma.

—¡Zyanya!, ¡nena! —interrumpió mi mamá tocando mi puerta, suavemente, con los nudillos—. Ya está listo el desayuno. Te espero en el antecomedor.

—¡Ya voy! —apresuré.

Pronto, me coloqué una linda blusa que había visto colgada en mi nuevo ropero y unos pantalones de mezclilla, me alisé el cabello con un peine, y salí al encuentro.

Mi madre había decorado la mesa divinamente, con mantelitos individuales hechos con telas de colores, una pintoresca vajilla, una jarra de jugo de naranja, aromático café con canela, panecillos ligeros y dos *omelettes* con champiñones servidos en un platón. De todo aquello emanaba un aroma hogareño exquisito.

La dieta diaria de mi madre era baja en grasa y azúcar; endulzaba sus bebidas y postres con Estevia, consumía grandes cantidades de frutas y verduras, acompañadas de granos; no faltaba en el refrigerador leche descremada, queso *cottage*, mermeladas sin azúcar, carne magra.

Ella acercó mi plato para servirme y después fue su turno. Las dos empezamos a comer en silencio, el estómago se me contraía de hambre, me serví jugo y café. Su mirada era, a veces, profunda y otras, evasiva. No sabía por dónde comenzar.



—Mamá —solté finalmente—, quiero que me platiques todo sobre mi vida, ¿tienes algo qué hacer hoy, como ir a trabajar?

—Mi vida, soy maestra de niños de kínder, titular de un salón. Trabajo aquí cerca, dentro de la misma colonia, en *Yaletown*. Pedí unos días para darte una calurosa bienvenida, llevarte de paseo y mostrarte la ciudad. Tengo una cabaña en Isla Victoria, que quiero que conozcas. Para llegar ahí, tomaremos un ferri y pasaremos una noche en la isla, ¿te parece?

—¡Increíble!, me parece fenomenal.

Ella se emocionó al verme dispuesta a todo.

—Antes que nada, te debo una detallada explicación de los hechos —concluyó—. Te pido de favor que, cualquier duda que surja, me la expongas al final, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La narración fue extensa, rítmica, repleta de sentimientos encontrados, de momentos gratos, entrañables y de experiencias dolorosas y desgarradoras. Yo prestaba atención a todo embrutecida. Me enteré de situaciones que jamás hubiera imaginado que acontecieran. La verdad salió a flote, sin tintes ni matices, sino tal cual era. Ambas dejamos los platos con comida a medio terminar.

Todo comenzó cuando mi madre conoció a un joven del que se enamoró perdidamente. Ella acababa de cumplir dieciocho años y él tenía veinte. Como mi abuelo rechazaba a cualquier persona que viniera de ella, decidió mantener su romance en secreto, y así evitar problemas. Mi abuela sabía perfectamente bien lo que estaba sucediendo y se convirtió en su cómplice, tapándola cuando salía con él e inventando excusas imposibles de creer con tal de que su hija estuviera feliz. Ni siquiera sus amigas sabían que Itzel tuviera un novio, jamás lo conocieron.

Mi mamá y tía Ameyali estudiaban la carrera de pedagogía en la UNAM, en diferentes semestres, ya que Itzel es tres años menor. Cuando mi madre salía de la universidad, se quedaba de ver con su amado, a quien apodaba «el güero», en algún café, en alguna estación del metro o en el cine, para llegar a casa temprano a cocinar, a limpiar, a hacer tareas y estudiar. Todas las tardes, a su llegada, mi abuelo y mi tía la esperaban sentados en los sillones de la sala, con los brazos cruzados y una mueca nada amigable. Ambos la cuestionaban sin piedad, tratando de sacarle la verdad, hasta que mi abuela se aparecía en escena y se la llevaba de ahí. La situación en casa era cada vez más insoportable para mi madre y ella sufría en silencio.

Un buen día, mi abuelo decidió seguirla y descubrir la verdad. En cuanto Itzel puso un pie en casa, este le pegó una tunda con el cinturón, que la dejaría marcada con cicatrices en la espalda meses enteros. Nana Angelita estaba furiosa y, desde ese entonces, jamás volvió a dormir en la misma cama con su esposo.

Mi madre tomó una drástica decisión y huyó de la casa con «el güero», dejándose llevar por amor. Un mes después, retornó, arrepentida y pidiendo perdón. Mi abuelo no la quiso recibir, le dijo que era la oveja negra de la familia, que no la quería y que no la había extrañado, la humilló a sus anchas hasta que mi abuela intervino a su

favor. Al fin, él accedió a acogerla a regañadientes y mi nana, al mirarla a los ojos, pronunció: «Estás preñada, Itzel, tienes estrellas brillantes en el iris, inconfundibles. Tu padre se va a volver loco cuando se entere, ¿cómo fuiste a hacer esta tontería? Tienes dieciocho años, serás madre a los diecinueve, has arruinado tu vida, jovencita».

Los primeros meses, transcurrieron sin novedad. Itzel jamás le mencionó algo a su novio, al que siguió viendo a escondidas, con menor frecuencia, hasta el sexto mes, en el que ya no podía disimular que el abdomen le había crecido notoriamente. Temía que su hermana se percatara del asunto y la fuera a acusar con su padre, así que se armó de valor y les avisó a los dos hombres, a su padre y a su amado. El primero, reaccionó violentamente, la insultó y la corrió de la casa, desconociéndola como a su hija para siempre; el segundo, por temor a represalias en su familia, la abandonó.

Con el corazón hecho pedazos, solitaria y desamparada, decidió marcharse muy lejos, lo más que se pudiera alejar de sus recuerdos, y optó por rehacer su vida en otro país. Como había escuchado que existían naciones que apoyaban a los migrantes, investigó, consiguió ayuda económica y escogió la ciudad de Vancouver, en Canadá.

A la única persona a la que se atrevió a confesarle su paradero, fue a su mejor amiga, María, la vecina de la cuadra, de toda la vida.

Una vez ahí, llegó a alojarse a una casa, tipo internado, para migrantes, y empezó a trabajar como mesera. A los tres meses dio a luz a una linda niña. Muchas personas, bien intencionadas, le tendieron la mano, regalándole pañales, artículos para bebé, cunas y demás objetos usados, que ella recibió agradecida.

María iba a visitarla cuando podía. Poco después, al descubrir la soledad y las terribles condiciones en las que se encontraba su querida amiga, ella misma se dio a la tarea de hablar con mi abuela, para darle la noticia del paradero de Itzel y para decirle que tenía una nietecita. Mi nana, quien llevaba seis meses buscando a su hija, con el alma desgarrada, recibió la noticia entre lágrimas y regocijo y voló hasta el país de la hoja de maple.

En cuanto miró a su nieta, se enamoró de ella, irremediablemente. Le suplicó a su hija que volviera a México, pero ella se negó, rotundamente. Mi abuela la pasaba yendo y viniendo, trabajaba vendiendo cosas y comida, ahorraba un dinerito y se iba a Canadá. Algunas veces, le tomaba días llegar, pues no le alcanzaba para el boleto de avión y se iba en camiones, viajando días enteros, hasta llegar a Vancouver. Mi abuelo se enfurecía y le reclamaba el hecho de que lo dejara solo y «botado» por culpa de una nieta bastarda.

Tiempo después, un joven atractivo, de cabello dorado y tez clara, apareció en el domicilio de nana Angelita. Portaba un traje oscuro y manejaba un automóvil del año. Se presentó como el novio de Itzel y pidió que le proporcionara los datos de su paradero, para buscarla. La abuela lo insultó y le azotó la puerta en las narices, pero él no se dio por vencido. Tras mucho insistir, ella le proporcionó un número

telefónico de Vancouver y amenazó con llamar a la patrulla si seguía acosándola.

El «güero» buscó a Itzel por cielo, mar y tierra, hasta encontrarla. Una vez en Vancouver, le suplicó su perdón de rodillas, lloró arrepentido y le pidió que le permitiera conocer a su hija. Ella se negó y le dijo que en su vida lo quería volver a ver. Para resarcir algo del daño ocasionado, por último, este le ofreció apoyo económico, pero mi madre, indignada y herida, tampoco lo aceptó.

Para esas fechas, Ameyali anunció que iría a contraer matrimonio con un buen muchacho, con el que llevaba saliendo un tiempo. Se llamaba Manuel. Ella jamás le había mencionado a su novio que tenía una hermana menor, hasta un día en el que la abuela sacó un álbum fotográfico y le reclamó, delante de él: «Mira, mijita, ¿quién es esta mujercita de la foto?, ¿la recuerdas? Es tu hermana Itzel. ¿Tu prometido sabe que tienes una hermanita que es madre de una nena de tres años, que vive en Canadá y que jamás te ha importado un comino y ni siquiera preguntas por ella? Tu padre te hizo el ser más egoísta de este mundo».

Ante el asombro de su prometido, no le quedó más remedio que aceptar que le había mentado. Una vez casados, por insistencia de Manuel, volaron a conocer a la hermana misteriosa.

Pese a que, gracias a su esfuerzo y ardua labor, Itzel había podido comprar, a plazos, un lindo departamento en una de las colonias más prometedoras de Vancouver, estaba terminando su carrera en pedagogía en una universidad estatal y tenía a su hija inscrita en una guardería de prestigio, casi no tenía tiempo para estar con ella. El trabajo excesivo, la tristeza y la soledad, la habían llevado a la cama de un hospital, con un grave dolor en el pecho. María se había ido unas semanas a Vancouver para cuidar de su hija, pero la situación estaba grave y debía regresar a México a cumplir con sus deberes.

Fue entonces que Ameyali tuvo la oportunidad idónea para subsanar todo el daño infringido a su hermana, de anular todos aquellos años de envidia y rencor. Le ofreció algo inconcebible: cuidar de su sobrina y adoptarla como a su hija, siempre y cuando la dejara vivir en México.

Itzel, peligrosamente enferma, débil y desconsolada, accedió y le entregó los papeles de su tesoro más preciado. Ellos la trajeron a México, falsificaron el acta de nacimiento y le dieron el nombre de Zyanya Farías Bacab, hija de Manuel Farías y de Ameyali Bacab. Tres años después, y tras muchos intentos fallidos, la madre adoptiva dio a luz a un varón, a quien bautizaron con el nombre de Bernardo.

Cada año, en el cumpleaños de su hija y en Navidad, Itzel enviaba toda clase de regalos y juguetes costosos para ella y su hermanito. Algunos le llegaban, otros no.

Cuando la niña tenía seis años cumplidos, Itzel ya estaba físicamente recuperada y había conseguido empleo como profesora en una escuela particular en Vancouver, le llamó a su hermana para pedirle que le devolviera a su única hija, y esta se negó. De ahí que iniciara un pleito encarnizado por la custodia de la menor. Ameyali la amenazó con acusarla de abandono y le exigió una prueba de ADN, recordándole que

la criatura «no tenía padre», y externó sus serias dudas sobre la clase de educación que recibiría una pequeña sin la figura paterna.

Además, argumentó que su hijo estaba muy entretenido con su hermana y que, de ninguna manera, le iría a herir el corazón desapareciéndola de su vida. Chantajeó sobre el enorme daño psicológico que podría causarle a la niña, confesándole que su verdadera madre era ella. Para rematar, le envió por correo una de las actas de nacimiento falsificadas de la menor, pidiendo que demostrara la patria potestad contra el acta canadiense, amenazando con que conseguiría poderosos abogados para ganarle en el juicio. Itzel le dijo que era una infame.

Otra situación desfavorecía a mi progenitora. Debía permanecer en Canadá, como mínimo, diez años, sin regresar a México, para que le respetaran la visa de trabajo y la nacionalidad canadiense. No tuvo más remedio que aceptar su derrota temporal.

Cuatro años después, cuando finalmente le otorgaron la visa, ya era demasiado tarde. Su hija, de diez años, apenas si se acordaba de ella. Iba a ser peor el desgaste emocional infringido a la pequeña, a estas alturas del partido, que ganar una demanda contra su hermana. Decidió esperar a que su hija fuera mayor de edad para ir a buscarla.

Mes con mes, Itzel enviaba dinero y llamaba por teléfono para ver cómo se hallaba su retoño. Ameyali, ocasionalmente, contestaba el teléfono. La abuela era la que le informaba y le revelaba que su nieta asistía a una escuela barata, que le tenían el dinero restringido; que ya había reñido innumerables ocasiones con Ameyali para que fuera más justa; que desconocía en qué derrochaba el dinero y que ella se encargaría, tarde o temprano, en sacar a flote la verdad. Al mismo tiempo, le suplicaba, con llantos, que no se llevara a su tesoro, a su nietecita hermosa, la que le llenaba de dicha el espíritu, y juró que ella se dedicaría, en cuerpo y alma, a mimarla y darle el amor de una madre.

Meses después de que yo cumpliera diez años, el abuelo murió, e Itzel se llenó de remordimiento por no haberlo visitado cuando había estado grave.

En cuanto su padre pereció, Ameyali suavizó sus modos para con su madre, y decidió empezar a ir a visitarla más seguido y ayudarle. Ya no tenía quién la protegiera y le diera preferencia en todo, dejaría de ser la consentida, le convenía reivindicarse con ella, y así lo hizo.

Cuando la abuela empezó a enfermar de la presión, Itzel decidió prestarle a su hija, para alegrarle la vida, pues estaba realmente sola. Hasta ahora, veinte años después de que saliera de Canadá, regresaba a mi misma casa, con mi madre. Justo cuando mi abuela había fallecido.

En efecto, tal como yo sospechaba, confirmé que mi tía Ameyali no le había avisado a mi mamá sobre la muerte de su propia madre. Sin embargo, ella lo sabía y se había quedado, por órdenes de mi abuela, esperando mi llegada en el primer vuelo de aquella mañana.

Al final de la perturbadora narración, me pidió que no guardara rencor en contra

de Ameyali, sino todo lo contrario. Que le estuviera agradecida de por vida por haberme criado, a su manera.

Muchas reacciones que tenía mi tía ahora me hacían sentido. Por eso era huidiza cuando la enfrentaba, por eso me controlaba tanto, pero ¿y mi tío Manuel?, ¿por qué razón se había prestado a ser cómplice en su juego macabro? Porque estaba perdidamente enamorado de ella; su mujer, era la niña de sus ojos.

—Tres asuntos —expresé—. Uno, es que hay algo que debes saber. Mi abuela jamás te quiso dar el recado de mi abuelo, mismo que le manifestó en su lecho de muerte, para no inquietarte y hacerte sentir afligida de por vida. Él solicitó que lo perdonaras.

Mi mamá se cubrió la boca, sorprendida.

—¿Es cierto lo que dices? —confirmó.

—Sí, mamá. La abuela no va a estar contenta porque te lo dije, pero necesito que lo sepas.

Ella tragó saliva y aspiró profundamente.

—Muy bien, ¿cuál es el siguiente asunto? —inquirió.

—Mamá, no debes sentir culpa ni remordimiento por el pasado. Lo importantes es que estaremos juntas de ahora en adelante.

Ella me miró con ternura.

—Todas y cada una de las maravillas que me dijo ti abuela sobre ti, son verdad. Eres una jovencita fuera de serie, ¡estoy muy orgullosa de ser tu madre!

Nos abrazamos de nueva cuenta.

—Zyanya, te falta una pregunta —expresó.

—¡Ah!, de acuerdo. —Respondí de inmediato—. ¿Cuándo conoceré a María, tu amiga, la que cuidó de mi cuando yo era una bebé?, ¡tengo tanto que agradecerle!

El rostro de mi madre se endureció un poco, aunque ella se esforzaba por disimular naturalidad. Guardó silencio y bajó la mirada, nerviosamente.

—¿Qué sucede? —inquirí.

—Nada, nada... Es que me parece difícil que puedas llegar a conocerla. Hace muchos años que ya no se de ella —justificó.

—Pero ¿cómo puede ser eso? —opiné—, no existen tan buenas amigas en el mundo como ella, es increíble que ya la hayas olvidado.

—No es que la haya olvidado —corrigió—. Ella ya hizo su vida, se casó muy enamorada de un buen partido, vive muy bien.

—¿En México?

—Sí, vive en México.

—¿Tiene hijos?

Esta vez, Itzel se puso de pie de un salto, con la excusa de ir a rellenar su vaso con agua.

—Mamá —insistí—, te pregunté si tu amiga tenía hijos.

Ella me daba la espalda. Terminó de llenar su vaso, se aclaró la garganta y se

atrevió a voltear a verme.

—Sí, una hija. —Soltó mientras se empinaba el vaso con agua hasta beberlo por completo—. Vamos a levantar, ayúdame para irnos a que te muestre toda la ciudad.

No quise alterarla más insistiendo sobre el mismo tema. Me puse de pie y le ayudé a lavar los platos. Presentí que algo extraño había sucedido, algo que la lastimaba.

—Una última cosa —cambié de tema rápidamente—, ¿cómo es posible que no tengas una pareja?

Ella rio para sus adentros.

—He tenido algunas, me he dado la oportunidad de conocer pretendientes, pero he comprobado que no hay un amor igual al primero. Nada compite contra eso. Yo adoré a tu padre y sé que a nadie querré como a él.

Le confesé que yo también estaba, perdidamente enamorada, de Adrián. Narré toda la historia que habíamos vivido juntos, desde los grafitis, los mensajes telefónicos, las coincidencias, el proyecto, nuestra relación hasta nuestra separación por su viaje al Polo Norte. Ella no pareció asombrada, en lo más mínimo. Me dio la impresión de que ya conocía la historia y me aseguró que el chico estaba enamorado de mí, pero que aún estaba inseguro.

Mi madre me aconsejó que no le respondiera a Adrián el mensaje para que lo dejara recapacitar. Le hice caso.

—¿Sabías algo sobre esto del puente de hielo, mamá? —externé—. Me pareces muy ecuánime, no te sorprendiste al escucharme.

—No del todo —agregó sonriendo—, pero tu abuela me había comentado algo al respecto. No me extraña, solo alguien con el alma de una niña, como tú, podría creer en algo tan descabellado, en la fantasía de poder salvar al mundo entero, por eso eres la indicada para esta faena.

Recordé, de inmediato, las mismas palabras de mi nana.

Nos dio el medio día de aquella mañana. Terminando de limpiar, visitamos el Museo de Antropología, un centro comercial y los alrededores de Vancouver. Estuvimos juntas, como si siempre lo hubiésemos estado. Le ofrecí ayudarle con los gastos de manutención, a lo que ella respondió que estaba de acuerdo, una vez que me estabilizara y aprendiera a hablar el idioma inglés.

El fin de semana cruzamos el océano en ferri hasta llegar a Isla Victoria, un lugar exótico y lleno de áreas verdes. Ahí me llevó a conocer la pequeña cabañita que había adquirido. Estaba construida por completo de madera y era una preciosura. Me dijo que, los fines de semana, podíamos pasarla ahí, a lo que yo accedí encantada. También mencionó que iríamos a esquiar en hielo ese invierno a Whisler, ¡en mi vida había agarrado unos esquís!

El lunes siguiente, muy temprano, mi madre salió a trabajar. Me dejó preparado el desayuno, dentro del microondas. Desayuné ligero, me calcé mis zapatos tenis y me fui a correr alrededor de la cuadra. La colonia *Yaletown* era de lo más novedoso y

caro en la ciudad.

Yo debía tomar clases de inglés todos los días. La academia estaba a unas cuantas cuadras del departamento, por lo que me podía ir a pie. La primera semana de mi estancia había pasado ligera como el agua. Me encantaba mi nuevo hogar.

Una vez de vuelta en casa, medité sobre cómo aprovechar el tiempo que me quedaba libre. Mis clases comenzaban a las diez de la mañana, por lo que me propuse sacudir un poco mi recámara y la parte superior del clóset. Me di un baño rápido, me vestí, até mi pelo con una liga y arrastré un banquito hasta el vestidor para poder alcanzar la parte de arriba. Todo ahí estaba muy empolvado; hallé bolsas viejas, guantes, gorros para el frío, trajes para esquiar, esquís.

Fui bajando todo aquello, poco a poco, para limpiarlo y volverlo a acomodar. Me estiré lo más que pude para ver si alcanzaba algo pequeño que distinguía en la esquina. Lo toqué con la punta de los dedos y lo jalé hacia mí, con gran dificultad. El objeto cedió hasta llegar a mis manos. Me vino a la mente aquella escena del guardarropa de mi tía y deduje que esas manías por empotrar todo al fondo del clóset, en la parte superior, eran de familia.

Me topé con un marco de madera que tenía el cristal cuarteado, mismo que guardaba una fotografía a color de hacía algunos años. Le quité el polvo con la palma de la mano. Descubrí a dos niñas pequeñas, de unos dos años de edad, tomadas de la mano; ambas usaban la misma ropa: un vestidito azul cielo, mallas, zapatitos blancos y una diadema también azul. Era una foto de esas de estudio y parecían ser unas gemelas. Una de ellas, era morena, de cabello oscuro y la otra blanca, de cabello rubio. Algo, como un imán, me dejó observando la imagen detalladamente, sin poder despegar los ojos de aquel cuadro.

Tras analizar a fondo las facciones de las dos pequeñas, me percaté con temor de que, una de ellas, indudablemente era yo, ¿y la otra? Eramos idénticas, salvo el color de pelo y de piel, ¿sería un fotomontaje o un truco de cámara? Años atrás, eso no existía, además de que nuestro gesto era distinto; la una sonreía más que la otra, no había posibilidad de que fuera una reproducción idéntica sobre puesta.

Mi cerebro empezó a rodar a mil por hora, no sabía qué pensar ni a qué conjeturas llegar, lo único que deducía era que Itzel la había escondido donde jamás pensó que alguien la fuera a encontrar, ¿qué me estaba ocultando?, ¿aún quedaban más secretos por descifrar?

Sonó el teléfono y me apresuré e contestar.

—*Hello?* —Respondí con mi deficiente tono en inglés.

—*Hello?, may I talk to Zyanya?* —Habló una voz masculina, que reconocí al instante.

—¿Bernardo? —interrogué asombrada.

—¡Zyanya!, ¿por qué huiste sin avisar?, ¿qué mosco te picó?, ¡mamá te va a poner como chancla cuando vuelvas!

—Dirás, tu mamá, porque no es mi mamá. Y no pienso volver.

Él guardó silencio. Me pregunté si, a esas alturas, Ameyali y Manuel le habrían revelado la verdad.

—¿Te lo dijo la tía Itzel? —cuestionó, tímidamente.

—Sí, y a ti, ¿quién te lo dijo?, ¿lo sabías, rufián mentiroso, igual que todos?

—¡No, no!, espera, te prometo que me acabo de enterar y me puse furioso con mis papás, no lo podía creer. Hasta soñé pesadillas, no podía dormir, vi a la abuela en sueños.

—Y ¿qué te dijo?

—Que era un engreído egoísta y que me ofreciera a ayudarte en tu proyecto.

—¡Ah! —solté una risotada—, entonces, te creo. Era la abuela.

—Además, me llamó por teléfono tu novio o «amigovio» ese, que disque desde el «Polo Norte», el que vino a la casa el día de la pedrada.

—¿Adrián? Y, ¿qué te dijo?

—Que necesitaba mano de obra para un plan monumental en el que había trabajado contigo, para rescatar al mundo, ¡me cae que, al principio, creí que estaba drogado! Hasta que me explicó todo, paso por paso y, la verdad, ¡me parece un genio ese güey!, ¡está grueso! La neta, me late su idea y sí quiero ir a ayudarlo. Pensé en ti, en caerte en Canadá para de ahí irme al Polo. Mi jefa no me va a dar lana, así que quiero saber cómo le hiciste para comprar tu boleto a Vancouver.

—Necesitas tu visa y pasaporte. Ve a la Embajada Canadiense y te van a pedir miles de requisitos, ¡hasta la marca de tus calzones!

—No, no, no, ¡eso ya está listo! Tengo un cuate que me agilizó el trámite y ya me entregaron la visa. Ya supe que eres canadiense, así que te he utilizado para conseguir favorcitos...

—¡Nunca cambiarás!

—Bueno, bueno, pero así soy a toda *mother*. A lo que me refiero es ¿con qué lana pagaste el boleto? Nunca tenías un centavo y, lo poco que ganabas, ¡te lo quitaba la jefa!

—Escúchame.

Le di santos y señas sobre cómo encontrar la caja empotrada en el clóset de la recámara de sus papás y él me lo agradeció, impresionado, decenas de veces. Mencionó que llegaría en unos días, a lo que yo le sugerí que hablara por teléfono, primero, con mi mamá. Él estuvo de acuerdo y quedó de llamarle esa misma noche.

—¿Qué vas a hacer con tu carrera?, ¿no que estabas becado? —cuestioné antes de colgar.

—Yo no tengo la culpa de que mis padres te mintieran de esa forma. En verdad lo siento, se vieron gachos contigo, ¡y se los dije! Mi mamá hasta lloró. ¿La carrera?, ¡por el amor de Dios!, de momento tengo otra misión por cumplir, mucho más importante. Es más, pienso hacer un documental de los hechos, ¿qué te parece? Llevaré la cámara y todo para grabar. Después voy a ser el director de cine más famoso del mundo.



—Muy bien. —Reí—. Oye, ¿cómo supiste que estaba en Canadá?

—Mi abuela me lo dijo en el sueño, ¡aunque me tires a loco!

—No, te creo, a mí también me ha dicho muchas cosas. Por favor, que no se enteren tus papás, mis tíos, porque me culpará de todo esto.

—Me da tristeza, ¿sabes? Ya no vas a ser mi hermana.

—Sí lo seré, siempre lo he sido, y tú serás mi eterno hermano.

—Eres neta, eres buena onda. Gracias. —Escuché que se le quebró la voz—. Oye, ¿ya supiste lo de tu gemela?

Sentí que la cara me ardía de calor en un segundo. Se me cortó la respiración. Mi primo acababa de ratificar mis sospechas.

—¿Qué gemela? —cuestioné con miedo.

—¡Ups!, ya la regué.

—Dímelo, Bernardo, por favor.

—Que mejor te lo diga la tía Itzel, ¿no?, es decir, tu mamá.

—¡Bernie!

—¿A cambio de qué? —bromeó.

—No estoy para guasas, por favor, ya suéltalo.

—Pues, lo que me acabo de enterar, es que tienes una hermana gemela de cabello rubio, ¡imagínate!, la leche y el chocolate —empezó a reír—. Pero lo curioso es que ella, tu melliza, vive aquí en México, con la chava que era vecina de mi abuela, ¿te acuerdas que ella siempre hablaba de una tal María, que se había casado con un ricachón y que tenía un encanto especial y no sé qué tanta cosa? Hasta nos enseñaba una foto en la que se ve de perfil, medio borrosa. Pues creo que ella cuida a tu gemela.

—¿Qué? —aullé—, ¿por qué mi madre nos haría algo así?, ¿separarnos a la una de la otra?

—Algo mencionó mi mamá sobre un acuerdo al que llegaron. ¡Chin!, ¡ya me voy! Ya llegaron los jefes a la casa y la llamada va a salir como lumbre de cara. Te veo pronto. Mándame un *mail* con la dirección de tía Itzel, digo, ¡de tu mamá!

—Bernie, ¡ni una palabra!

—Te lo prometo, *bye!*

Colgué el teléfono y permanecí como una estatua no se cuánto tiempo. La maraña de pensamientos no se podía desenredar. Me parecía increíble que mi madre no se hubiera atrevido a decirme la verdad, de una vez por todas.

Le creí a Bernardo por lo nerviosa que Itzel se había puesto cuando toqué el tema acerca de María, su amiga. Volteé a ver los dos jugueteros idénticos, uno en cada extremo superior de las paredes de la habitación.

Me acosté boca arriba, sobre la alfombra, y traté de regresar el tiempo hasta mis tres años de edad, intenté escuchar la voz de mi hermana, olerla, recordarla. No lo pude conseguir. Comencé a entretener ideas sobre qué era lo que debía hacer mi hermana en esta misión de vida, ya que estábamos atadas por la sangre desde el

momento de nuestra concepción. Seguramente, ella me estaría buscando a mí, pues habría estado recibiendo las mismas señales que yo. Pero ¿cómo es posible que mi propia abuela no me hubiera advertido sobre esto?

Repasé en mi memoria sus últimas palabras: «Busca a la que te dio la vida», mencionó. Yo ya había encontrado a mi verdadera madre. «Los sucesos vienen de prisa... cóatl, cóatl», escuchaba claramente su voz en mis oídos.

Cóatl significaba dualidad, la dualidad del nuevo grafiti; mi dualidad, mi hermana gemela, el ying y el yang, una rubia, la otra morena, ¿qué rayos tenía que ver esto con el fin del mundo?

Observé el reloj, me debía apresurar para llegar a la clase de inglés, pero me interesaba encontrar más y más pruebas, ¡qué engañada había estado toda mi vida!

Corrí a la recámara de mi madre en busca de fotografías. En sus álbumes, guardaba imágenes recientes, de sus alumnos en el kínder, de su última visita a Whisler, de su cabaña. En todas aparecía absolutamente sola.

Me fui hacia atrás y encontré paisajes, una foto de nana Angelita en pequeño, la misma que exhibía encima del mueble de madera, nada nuevo. Abrí cajones, revolví papeles, encontré trazos hechos con pluma. Tras escudriñar por todas partes, hallé un directorio telefónico encima de su escritorio. Comencé a ojearlo con detenimiento. Leí nombres desconocidos, de origen canadiense, uno por uno. Pronto encontré el de mi tía Ameyali y el de mi abuela, nada más. Hasta que en una de las hojas, en la parte de abajo, distinguí las iniciales «MV» con un número de teléfono con lada de México. Con letras minúsculas, garabateó un nombre a un lado de las iniciales, se leía «María Violeta».

—¡No!, ¡no puede ser!, ¡no! —aullé desconcertada, mientras corría en busca de mi bolso de mano buscando la tarjeta personal de Violeta, la vidente.

Unos suaves golpes se escucharon en la puerta principal del departamento. Me apresuré a asomarme por el orificio de seguridad. Era Maurice, el cuidador, quien, seguramente, había escuchado mis alaridos y estaba preocupado. Me regresé de puntitas, caminando hacia atrás para no ser escuchada, y entré a mi habitación.

Cogí mi bolso y desparramé su contenido sobre la cama, aparté papeles, dulces, llaves, monedas y ¡hallé lo que buscaba! La perfumada tarjeta rosa resaltaba a la vista. La tomé y corrí de vuelta hacia la habitación de mi madre.

Con la respiración agitaba y las manos temblorosas y sudadas, abrí nuevamente el directorio en el sitio indicado y comparé los dos números, el escrito ahí y el de la tarjeta, ¡coincidían!

Violeta, la vidente, era la mejor amiga de mi madre y la exvecina de mi abuela en Xochimilco. María Violeta, se llamaba en realidad. Ella cuidaba de mi hermana gemela, entonces, un chispazo me hizo recordar lo que Lucía me había dicho aquel día que nos había leído las cartas: «Nuria dice que tiene una hija...» ¿Cómo se llamará mi gemela?, recapacité, ¡moría de ganas por conocerla!

El teléfono volvió a sonar y yo sentía que la cabeza me explotaba. Me apuré a

contestar.

—*Hello?* —Respondí de nueva vez.

—¿Hija? —Percibí la voz de mi mamá.

—¿Qué pasó, mami? —Simulé serenidad.

—Hija, son las nueve y media, ¿ya te olvidaste que tienes clase de inglés? En esta escuela son muy estrictos porque es una de las mejores, ¡no está permitido faltar! Pensé que ya te habías marchado.

—Ya voy, mamá, ya voy.

—¿Qué haces?, me llamó Maurice, el guardia, para decirme que escuchó gritos y pasos agitados en su departamento, ¿sucede algo?, ¿estás bien?

—Sí, es solo que encendí la radio y estaba cantando y bailando.

Ella guardó silencio, como sospechando de mi versión.

—Apresúrate —prosiguió—, ya no vas a alcanzar y no te dejan entrar al aula si llegas tarde.

—Sí, mamá, voy saliendo en este instante.

Acomodé todo como pude, regresé el marco con la foto a su lugar y salí trotando en dirección a la escuela. Llegué justo antes de que cerraran la puerta. El profesor, disgustado, me llamó la atención, pero no le entendí y me limité a ingresar al salón.

No pude concentrarme un solo minuto en la clase, las sienes me explotaban, la curiosidad me carcomía por dentro y estaba molesta con mi madre. Me parecían suficientes engaños con los que me habían controlado, a lo largo de mi vida, como para que aún me siguieran mintiendo.

Una vez terminada la clase, salí disparada y me fui a caminar, tratando de ordenar mis ideas. Me detuve en un escaparate de cristal, en el que transmitían noticias internacionales de última hora. De pronto, distinguí una cara, más que conocida, e ingresé de inmediato al comercio.

Estaban tomando preso a Germán, el exesposo de Carmina y lo sacaban, entre varios policías, de un hotel de paso. Todo esto acontecía en la ciudad de México. Él se veía muy mal, con el rostro demacrado y ojeroso. La escena estaba siendo alternada, al mismo tiempo, con otra en la que aparecía un lugar que se había incendiado la noche anterior. Las llamas llegaban casi hasta el cielo y no había manera de apagarlas. Bomberos rodeaban por completo el lugar.

No entendía una sola palabra de lo que se narraba, pues el reportero hablaba en inglés. Me acerqué al encargado y, para mi buena suerte, era mexicano. Le pregunté qué era lo que estaban diciendo en el noticiario.

—Es algo terrible —comenzó a relatarme—. Resulta que agarraron, esta madrugada, al dueño de antros de mala muerte, ubicados en México; en los que organizaban peleas y mataban a sangre fría a personas, enfrente de los clientes. Esa era la atracción del lugar. Los asiduos jugaban apuestas clandestinas, de grandes cantidades de dinero, para ver quién ganaba la contienda, pero las riñas ya estaban arregladas desde el principio. Este que están apresando, parece ser el hijo de un

señorón, un abogado de gran alcurnia, pero ni con sus influencias lo va a poder sacar de la cárcel. En este lugar ya habían asesinado a más de cien personas, ¿lo puedes creer?, ¡qué carnicería! Nadie se atrevía a denunciarlos, por temor a represalias. La policía recibió una llamada anónima, ayer por la noche, y fue al lugar de los hechos, pero ya era demasiado tarde. Parece ser que el familiar de una de las víctimas, prendió fuego al sitio, atiborrado de gente, la gran mayoría murió quemada por la lumbre. Todo ya está subido en *You Tube*. Están identificando los cadáveres por sus registros dentales. Agarraron a uno, parece que el principal, un tal Joaquín, alias «el Chacal», ¡qué gente tan perturbada! Fue posible dar con él porque tenía dos incisivos de oro.

A partir de ese instante, dejé de escuchar a mi paisano. Agaché la mirada para observar mis muñecas y las cicatrices que me habían quedado para el resto de mis días, como recordatorio de aquella fatídica velada, en la que me habían robado la inocencia. Volví la mirada a la pantalla para toparme con la espantosa cara de Joaquín, siendo reconocido en una fotografía, junto con Diego, su otro amigo. También hallaron muerto al cadenero, al hombre gigantesco aquel; casi nadie había sobrevivido al incendio.

Sentí un mareo repentino y dolor de estómago al preguntarme por Lucía. Como adivinando mi pensamiento, su cara apareció, en ese instante, en la televisión. Había muerto envuelta en las llamas. Por lo que le entendí al merolico que tenía traduciendo a mi lado, se refirieron a ella como a la hija de un empresario corrupto.

Reconocí el lugar, el mismo cuchitril al que fuéramos aquella noche infernal, hecho añicos. Solo quedaban cenizas. Germán era el dueño y cabeza de esta depravación sin precedentes. Me alegré de que Carmina se hubiera divorciado, a tiempo, de ese demente. No supe si alegrarme o llorar; me retiré de ahí, dejando al comerciante hablando solo. Rememoré que Jovita me había advertido que los más crueles iban a morir incinerados antes de la fecha prevista.

Demasiados sentimientos encontrados para un solo día. Quise regresar a casa a acostarme para ver si dormía y soñaba con algo más lindo.

En cuanto abrí la puerta, descubrí que mi madre me esperaba apacible, sentada en un sillón de la estancia, a un lado de la chimenea.

—¿Dónde andabas? —cuestionó en cuanto me vio ingresar al departamento.

—Fui a pasear. —Respondí.

—No vas a creer esto, hija. Siéntate aquí, a mi lado.

Tomé asiento en el brazo del mismo sillón en el que ella se encontraba.

—Tu tía Ameyali me acaba de llamar, alarmada, para darme la noticia de que habías muerto. Dijo, atropellando las palabras, que habías escapado de su casa, hacía tiempo, y que estaba saliendo en las noticias algo sobre un incendio de un lugar que frecuentabas, en el que había perecido mucha gente; que tu mejor amiga y tú eran de las que no la habían librado. Argumentó que ella sabía que andabas en muy malos pasos y que terminaste con un grupo de hampones y asesinos, achicharrada en un

tugurio de mala reputación. Se quejó, amargamente, externando que ya en varias ocasiones había conversado contigo acerca de tus amistades, pero que tú la ignorabas. Mencionó también que, últimamente, te habías vuelto indisciplinada y rebelde, que ya no ayudabas ni llegabas a dormir a casa y que ni siquiera te habías presentado en el velorio ni en el sepelio de tu abuela. En pocas palabras, que ya no podía contigo. Al final, me dijo que estaba en espera de que reconocieran tus restos mortales incinerados.

No daba crédito a los que mi madre me estaba narrando, mi tía era una embustera crónica.

—Y tú, ¿qué le respondiste? —Solté, disgustada.

—¿Qué quieres que le diga?, ¡le colgué el teléfono y me reí! No creí una sola palabra de lo que me dijo; recuerda que yo siempre estuve al tanto de la verdad, gracias a tu abuela. Solo me queda una duda, ¿en verdad alguien de ahí era amiga tuya?

—Sí, mi mejor amiga, pero me traicionó. —Respondí tajantemente.

—Hay que dar gracias a Dios por eso, nena. Lo que más me llamó la atención, fue el tono de voz helado e indiferente de tu tía, su desinterés por tu vida, su amargura. Ni siquiera me mencionó la muerte de tu abuela, ¡estoy impresionada!, ¡cómo es te fui a encomendar con ella todos estos años!

—También abandonaste a mi hermana gemela, madre, la dejaste encargada con tu amiga la vidente, María Violeta.

## En la cima

Dos días después de que, accidentalmente, me enterara de la existencia de mi hermana gemela, fui al aeropuerto de Vancouver a recoger a Bernie, mi primo hermano.

Tras telefonarle a mi madre aquella noche y haber logrado obtener su permiso para hospedarse unos días en nuestra casa en Canadá, Bernardo había salido disparado a adquirir su boleto de avión. La única condición que Itzel le había exigido, era que le dijera a sus padres la verdad. Con bastante renuencia, mi primo aceptó y le dio su palabra de honor de que así sería.

Mamá me ofreció su resplandeciente camioneta Cadillac para ir a recogerlo, y yo, la acepté fascinada, con la intención de apantallar a Bernardo desde su llegada. Me atavié con un lindo vestido, un pequeño gorro, botas, y me lancé a su encuentro.

Cuando llegué a la sala de espera, él ya había arribado y me esperaba con los brazos cruzados y con su maleta entre las piernas. En cuanto me vio, se le iluminó la cara.

—Herma... ¡prima! —corrigió, lanzando un sonoro grito, y se apuró a abrazarme.

—¡Primo! —Le seguí el juego, sintiéndome extraña al llamarle de esa forma.

—¡Qué bien te ves! —Me chuleó—. Ni pareces tú, vestida tan casual y *fashion*.

—Ya ves, me consienten por acá.

—Pues mira, ya que ahora somos primos, te puedo ver con otros ojitos, ya sabes ese dicho de que ¡a la prima se le arrima!

—¡Tú estás trastornado de la choya y urgido de mujer! —Reí con todas mis ganas—. A la prima, ¡se le respeta!

—De acuerdo, de acuerdo, solo bromeaba. Me siento extraño llamándote así, ¿sabes? Todo esto es una locura que no me acaba de caber en la cabeza, ¿cómo es posible que nos mantuvieran engañados por tanto tiempo?, ¿qué sucede en esta familia de degenerados mentales a la que pertenecemos?

—No los llates así, pero no comprendo —razoné, a la par de que ambos caminábamos en dirección al aparcamiento—. Yo también estoy sobrecogida, al igual que tú. Por otra parte, aunque no lo creas, me siento feliz.

—¡Claro!, ¡pues quién no! Si mis padres te traían en friega, como su vil esclava.

—Bueno, algo menos que eso. Dime una cosa, y quiero que sea la verdad.

—Palabra de honor. —Alzó la mano derecha.

—¿Ene realidad tú no sabías ni sospechabas, en todos estos años, que algo raro sucedía entre la abuela y sus dos hijas?

—No, en verdad que no tenía ni la menor idea. Me tragué por completo el anzuelo de que la tía Itzel, la solterona, vivía encantada en Canadá. Bueno, siendo sinceros, no me interesaba cuestionarme a detalle sobre su vida.

—Y ¿qué hay de la manera injusta como me trataban mis tíos, tus progenitores? No me digas que no te dabas cuenta de las marcadas preferencias hacia tu persona.

—Mmmm... Déjame analizar esto a fondo. —Hizo una pausa—. Pues como que yo lo relacionaba, más bien, con que tú eras mujer y yo hombre.

—¡Macho! —Lo golpeé en el brazo, juguetonamente.

—Lo que sí me impresionaba era que siempre te quedabas callada y no te revelabas. Oye, por cierto —interrumpió cambiando radicalmente el tema—, ¿ya supiste lo que le pasó a tu amiga, la gordis, la del chófer? Que se la chupó la bruja en un antrillo, salió por la tele.

Descargué una escandalosa carcajada. La forma de hablar de mi primo me encantaba.

—Sí, ya supe. —Respondí, casi sin poder hablar de la risa.

—¡Ay, mamacita! —Soltó Bernardo, mientras coqueteaba y le veía al trasero a una canadiense que había transitado a su lado, casi rozándolo.

—Oye, compórtate, de perdida espera a que llegemos a casa para que empieces de Don Juan —lo reprendí mientras presionaba la llave para abrir la camioneta, a una corta distancia.

El seguro sonó y las luces traseras se encendieron.

—¡No inventes!, ¿y esta nave? —profirió extasiado.

—Es de mamita.

—*May I, lady?* —Se ofreció a manejar con su perfecto acento en inglés. Sentí envidia pura. A él sí le habían dado la oportunidad de estudiar ese idioma durante años.

—No sé si deba...

—¡Ay!, ¡no manches! —Ni se va a enterar.

—Okey, no vayas a correr porque aquí sí nos multan, zonzo.

—Es un pacto.

Ambos subimos al vehículo al mismo tiempo. Al instante, él comenzó a curiosear con los interiores, tocando y abriendo todo cuanto tenía a su alcance.

—¿Nos vamos, niño? —interrumpí.

—¡Oh!, sí —expresó encendiendo la camioneta.

Manejó como si fuera su propio auto. Me preguntaba por qué razón la mayoría de los hombres podían con este tipo de artefactos a la primera.

Lo dirigí camino a casa, mientras le iba mostrando los escasos lugares que yo ya conocía.

—Oye —lo interrogué—, dime si en verdad le dijiste a tu mamá que venías para acá.

Él me miró sonriendo, traviesamente, y se rascó la cabeza, buscando la manera de empezar a hablar.

—Pues... la mera verdad es que estoy demasiado enojado con mi madre —confesó—. Varios factores se juntaron para que yo me decidiera a abandonar la casa por un rato.

—¿En serio?, cuéntame. Pero eso no fue lo que te pregunté.

—Okey, okey, para allá voy, ¡qué desesperada! Resulta que, desde que te marchaste y mis padres me confesaron la verdad de quién eras, todo se vino abajo. Me sentí un estúpido por haberles creído sus patrañas durante mis diecinueve años, así que me salí de casa furibundo, azoté la puerta y me puse una jarra de aquellas con Lalito, mi cuate, el que muere de amor por ti.

—Puedes omitir los sentimientos de tu amigo.

Él sonrió y continuó su relato.

—No recuerdo bien a qué hora de la madrugada regresé, cayéndome de ebrio. El chiste es que, al día siguiente, la cruda física y moral que traía me hicieron recapacitar en que, lo que había sucedido durante tantos años, no había sido lo correcto. Para serte sincero, te echaba de menos.

Puse mi mano sobre la suya y la apreté con fuerza. En mi vida había escuchado hablar a mi primo desde el corazón. Su sinceridad me perturbó y él se percató de ello.

—No quiero que vayas a empezar a lloriquear como siempre —advirtió—. Si no, ya no te sigo platicando.

—Está bien, no pasa nada.

—Decidí enfrentarme con los dos y les dije todo lo que pensaba sobre su forma desigual de tratarte todos estos años y lo injusto que me parecía que te hubieras tenido que marchar.

—Pero ¡todas y cada una de tus actitudes reflejaban que ni te inmutabas!

—En efecto, tuviste que desaparecer para que yo reaccionara. Algunas veces tiene que ser así. Días después de tu fuga, papá estaba fuera de sus cabales, llamando a las autoridades para que te localizaran, pero mi madre no. Luego vino lo de la noticia acerca del incendio en aquel sitio de mala muerte; en el momento en que revelaron la identidad de tu amiga, mamá se conformó diciendo: «Seguramente, Zyanya ahí quedó».

—¿En verdad le interesaba tan poco mi vida?

—No lo sé, quizás sea su mecanismo de defensa, pero yo salté como un tigre a defenderte. Fue cuando mi madre lloró durante horas, narrándome lo de tu hermana gemela, y tratando de hacer quedar mal a la tía Itzel. En ese preciso instante, algo hizo *click* en mi cerebro y decidí que me quería ir de mi hogar por un tiempo, de otro modo, jamás podría perdonarlos. Horas después, recibí la llamada de tu galán, explicándome todo sobre su proyecto y, para terminar de convencerme, mi abuela se me apareció, en bata, en mis sueños y me puso en cintura, informándome dónde te encontrabas y apresurándome para que te viniera a alcanzar e hiciera «algo productivo en mi vida».

De nueva cuenta, estallé en carcajadas y él hizo lo mismo; nos reímos hasta que los estómagos nos dolieron y a mí me dieron ganas de orinar. Le pedí que se orillara en un comercio para ir al baño. Entramos en el estacionamiento y él se bajó a esperarme.

Cuando salí del sanitario, Bernardo me hizo una señal para que lo alcanzara.



Estaba observando una pantalla de televisor.

—Tienes que checar esto —me indicó, jalándome del brazo para que me apurara.

Enfoqué la mirada en la escena y dejé escapar un chillido de sorpresa cuando Adrián apareció, en primer plano, sosteniendo un micrófono. Estaba vestido con una chamarra gruesa, orejeras, guantes y gorro para la nieve. El viento helado le pegaba en el rostro y él tiritaba de frío mientras intentaba de ser escuchado por el mundo entero. Tenía la nariz roja y lo noté un poco más delgado. Hablaba en español, pausadamente, y explicaba la idea de construir los dos puentes en los polos del planeta, a la vez de que pedía el apoyo a empresas, asociaciones y al público en general para llevar a cabo su ambicioso proyecto. Ofrecía un sueldo a todas aquellas personas desempleadas, que se ofrecieran como voluntarios, para ir a trabajar en la construcción de aquella obra monstruosa.

Un canadiense, que escuchaba incrédulo, se burló de él y aseguró que ese hombre era un tonto soñador. Los demás presentes rieron en señal de aprobación. Me dieron ganas de golpearlo.

La señal se vio interrumpida y mi primo me empujó fuera de ahí. Sentí empatía por Adrián, un gran vacío en el alma y un remordimiento tremendo de consciencia por no estar a su lado en estos momentos tan difíciles. Era el hombre al que amaba y estaba solo y enfermo, me necesitaba.

—¡Vayamos para allá cuanto antes! —externó Bernardo, con convicción.

—Sí, ¡cuánto antes! —asentí, más que persuadida.

Volvimos a subir al auto y tomamos la avenida principal, sin detenernos. Aproveché el tiempo para narrarle todo lo que mi abuela me había platicado sobre las predilecciones de mi abuelo hacia Ameyali y la fuga de Itzel de su casa, estando embarazada de mí, ¡y de mi gemela!

—¡Con razón! —concluyó—. Y ¿qué hay con respecto a tu gemela, mi otra prima?, debe de estar ¡uy, uy, uy!

—¿Puedes dejar de pensar en sexo un segundo? —renegué—. Se llama Zazil, ¡su nombre es más que hermoso! Con mucho esfuerzo, al verse acorralada y con la irrefutable evidencia que le mostré hace dos días, mi mamá me narró, entre llantos y remordimiento que, a la par de que yo fuera entregada a mi tía Ameyali, se vio en la necesidad de encargar a Zazil, con su mejor amiga.

—¿Por qué no las dos juntas, conviviendo en el mismo hogar?

—Para no ser un peso mayor y que tu madre no tuviera que criar a dos hijas. Para esas alturas, Violeta, su amiga, ya había contraído matrimonio con un buen hombre y no podía embarazarse; su matriz no funcionaba y padecía de endometriosis.

—Endome... *what?* —interrumpió.

—Olvídalo, una complicación el útero, que padecen muchas mujeres. Ella le rogó a mi madre por que le diera en adopción a alguna de sus dos hijas, mientras estuviera incapacitada. Llegaron a un absurdo acuerdo en el que pactaron que ninguna de las dos hermanas se conocerían, para no hacerles daño, hasta tenerlas juntas otra vez.

—Y, ¿qué espera tu mamá para ir por su otra hija?

—No lo sé, no me lo dijo, pero yo no voy a esperar a que ella se decida, la iré a buscar yo misma. Sé donde vive.

Llegamos a casa, mi madre no se había ido aún a trabajar, así que le dio la más cordial de las bienvenidas a Bernardo y le lanzó varios piropos referentes a su atractivo físico, a lo que él respondió pavoneándose a sus anchas. Me resultaba inconcebible que el apoyo incondicional viniera de las personas que menos esperaba.

Terminada mi clase de inglés, pasé por él, y nos fuimos a caminar por los alrededores de la colonia. Bernie estaba fascinado. Mi madre nos alcanzó y almorzamos los tres juntos, en un lujoso establecimiento de comida thai. Entrada la tarde, nos sentamos en la sala para dialogar con mamá sobre nuestros planes de ir a visitar en Polo Norte, cuanto antes.

Como era de esperarse, al principio, ella opuso resistencia, pues no estaba del todo informada sobre los pormenores del proyecto en sí. Cuando se lo detallamos, se mostró sorprendida e incrédula. Mi primo me apoyó en todo momento y contribuyó, en un cincuenta por ciento, a la decisión final.

—Y ¿quién es este benevolente señor que está patrocinando tan fenomenal experimento? —inquirió.

—No es un señor —aclaré—, es toda una infraestructura transnacional. El solo la representa, se llama *Inti Earth Corporation*.

—Zyanya —externó—, pensé que ahora que por fin estuviéramos juntas, tendrías planes para que conviviéramos.

—Mamá, es imposible que recuperemos el tiempo perdido, ese ya se fue. Claro que te tengo contemplada en mis planes, quiero que vengas al Polo Norte con nosotros.

—¡Sí tía!, acompáñanos. —Apoyó Bernie.

Mi mamá soltó una desabrida risotada.

—No, mis amores, yo tengo obligaciones que cumplir con este país que me ha dado todo.

—Pero si no es para siempre, tía —insistió mi primo—, solo son dos años y dos meses de ir y venir a los polos y realizar algo tan grandioso para contribuir a salvar al planeta. Esta oportunidad es única e irreplicable, jamás habrá otra; o lo logramos, o no la contamos.

—Vayan, vayan ustedes que son jóvenes y cumplan sus anhelos, tienen la fe, las ganas y la energía. Yo estaré aquí ofreciéndoles mi casa como punto intermedio de encuentro.

—¡Gracias, mamá! —expresé pegando un brinco hasta el cielo.

—No me dijiste el nombre del señor que los está apoyando —insistió.

—Carlos Zubieta, ¿lo conoces?

—No —contestó apurada y giró sin que pudiéramos verle la cara.

Bernardo y yo chocamos las manos, en señal de triunfo, y corrimos a la

computadora a investigar vuelos, tarifas y horarios para viajar a la cúspide del mundo. Adquirimos nuestros boletos al instante.

Estábamos a tan solo seis horas del aeropuerto de Kings Bay, el más septentrional del mundo, el mismo al que llegara Adrián, un mes atrás. Por lo poco que sabíamos, nos hospedaríamos dentro de casas de asistencia, instaladas sobre el hielo en forma de iglús, y ahí nos proporcionarían todo para cubrir nuestras necesidades básicas, ¡qué aventura! Necesitábamos ropa gruesa y térmica, gafas, guantes y botas para la nieve. Mamá nos llevó de compras para que, al día siguiente, nos dispusiéramos a empacar. Tomé la decisión de llegar por sorpresa, sin avisarle a Adrián.

Cuarenta y ocho horas después de haber ido por Bernardo al aeropuerto, estaba de regreso; esta vez, iba decidida a enfrentarme con mi porvenir. Itzel nos llevó; se veía afligida, estaba silenciosa y meditabunda. En el momento de despedirme de ella, me entregó un fajo de billetes y me dio su bendición.

—¡Mamá! —prorrumpí—, ¡es demasiado dinero!

—Te hará falta —señaló, mientras acariciaba mi cabello, con sus delicadas manos—. Llámame, aquí estaré.

Enseguida, le dio un gran abrazo a Bernardo.

—Cuida a mi niña. —Le encargó.

—Sí, tía. Pierde cuidado.

Mi madre se retiró de ahí desanimada y cabizbaja. A lo lejos, giró para observarnos por última vez y se dispersó entre la gente.

Subimos, casi tropezándonos, al avión. Ninguno de los dos nos queríamos perder el asiento que estaba pegado a la ventana; queríamos presenciar el Artico, en toda su extensión, desde lo alto. Bernie me ganó. Me conformé con sentarme en la butaca de en medio.

—Dime una cosa. —Inicié la conversación—. Jamás me respondiste a la pregunta de si mis tíos te habían dado permiso de venir a Canadá.

—La respuesta, es no —expresó desinteresado, a la par de que ligaba con una joven pelirroja, que estaba sentada del otro lado del pasillo.

Opté por no meterme en asuntos que no eran de mi incumbencia, al fin y al cabo, él ya era mayor de edad. Cumpliría veinte años en tan solo un par de semanas.

Al mitad del vuelo, el Don Juan ya se había pasado al asiento de al lado de la chica, así que pude ser testigo del impresionante paisaje, congelado y blanco, que mis ojos presenciaban, incrédulos.

Llegamos al Polo Norte, tiritando de frío. De inmediato, vislumbramos unos camiones rojos y altos, que tenían dibujados en ambos costados la palabra «*Ice bridge*». IEC. Estas últimas correspondían a las iniciales de la empresa internacional que financiaba la inmensa obra.

Sin preguntar, nos trepamos a uno de los camiones, junto con otras muchas personas, de todas nacionalidades, edades y de ambos sexos. El afable chófer nos dio la bienvenida y manejó un largo trecho hasta detenerse en un lugar transitado, repleto

de máquinas, instrumentos y seres humanos cubiertos hasta las narices, quienes iban y venían, de un lado a otro, tratando de encontrarle pies y cabeza a todo aquel caos.

—¡Llegamos, a la cima del mundo! —vociferó Bernardo, emocionado, a la par de que se ponía de pie de un brinco.

Los demás pasajeros reaccionaron, vitoreando las palabras de mi hermano, profundamente motivados; los unos gritaban frases en otros dialectos, los otros aplaudían, todos nos pusimos de pie y nos encontramos envueltos en una energía de fraternidad; se percibían los ánimos, las ganas de trabajar en conjunto, como una sola raza, unidos para salvarnos de la hecatombe que se avecinaba. Observé que los ahí presentes, desbordábamos alegría y llevábamos, tatuada en la mirada, un destello de esperanza. Nunca imaginé que retornaría a mi México un par de años después.

Una vez que descendimos del vehículo, el aire congelado nos golpeó la cara. Le pedí a Bernie que preguntara por Adrián y se aproximó a un hombre alto y barbado que profería palabras desde un alta voz y hacía señas, manoteando desesperadamente. Yo me quedé atrás, en espera de las indicaciones. El hombre pareció no comprender al principio lo que mi primo le decía, acercó el oído a su boca y, pronto, señaló hacia una dirección con el dedo índice. Yo ya no pude esperar más, la ilusión de volver a ver al amor de mi vida me hizo trotar hacia el punto indicado.

Llegué, con la respiración entrecortada, a una especie de galería instalada encima del hielo. Ahí encontré a un tumulto de gente que se abría paso a empujones. Me colé entre ellos, como pude, hasta llegar a una especie de desnivel que estaba más despejado. Distinguí cajas de latas, agua embotellada y otros comestibles, patrocinados por las mejores y más conocidas marcas del mercado mundial. Me detuve a observar en todas direcciones, hasta donde la vista me alcanzaba; minutos después, mi corazón dio un respingo al dar con Adrián, quien estaba de perfil, hablando con un comité de varias personas. Empecé a reír, sin dejar de observarlo, y mis pies se deslizaron hacia él, como guiados por patines de hielo.

Me detuve a sus espaldas y lo llamé por su nombre, pero pareció no escuchar. Frente a mí, al otro extremo, estaba un joven de estatura media, barba castaña poblada y ojos azul claro, quien participaba en la comitiva. Advirtió mi presencia y se quedó observándome unos momentos, para después, sonreír con unos dientes blancos y perfectos. Deduje que era Marco. Enseguida le hizo una seña a Adrián para que volteara hacia atrás; él giró y se quedó deslumbrado ante mi aparición; abrió los ojos muy grandes y empezó a tartamudear, yo no me pude contener y me lancé en sus brazos. Empezamos a besarnos, apasionadamente, sin importarnos lo demás.

Todos los del comité empezaron a reír, sonoramente, chiflaban y aplaudían al unísono. Adrián era uno de los dos jóvenes creadores de tan ambicioso proyecto, quien había tenido el valor y la fe de transformar una quimera, en una realidad, muy a pesar de la incredulidad de la gente y de las constantes críticas negativas de los medios de comunicación.

Lloré, lloré sin parar, de satisfacción, de esperanza y de saberme

sentimentalmente correspondida por el hombre al que yo había elegido para mí.

De repente, reparé en que mi primo me había alcanzado y se unía al equipo. Nos presentaron a cada uno de los integrantes de dicho comité, quienes eran los responsables de evaluar, organizar, contratar, suministrar material, calcular costos, conseguir patrocinios, repartir alimentos y demás actividades.

A partir de aquel momento, Adrián y yo nos tomamos de la mano para nunca más soltarnos. Me recibió llevándome a conocer, en helicóptero, gran parte del interminable terreno en el que se iría a alzar el monumento a la ingeniería más impresionante de la historia; presencié las maravillas naturales que él me había descrito en su mensaje, comimos bacalao, vino y aceitunas y pudimos presenciar la aurora boreal en toda su magnificencia. Cuando el sol se ocultó, me llevó al que sería mi casa iglú y nos despedimos, exhaustos, en espera de una intensa jornada al día siguiente.

—Zyanya —expresó—, me has hecho el hombre más feliz de mi vida. Gracias por venir hasta aquí.

—Te seguiría hasta el otro polo. —Respondí risueña.

—Llegaste en el momento justo. Mañana, por fin, conoceremos al ingeniero Carlos Zubieta, nuestro protector y guerrero incondicional, gracias él hemos conseguido todo esto que has visto. El cree, ciegamente, en nosotros, y no lo podemos defraudar.

—Por supuesto que no.

—Quiero que estés conmigo en este importantísimo evento. —Llegaré en helicóptero y hablará, desde la plataforma, a todos los que ya estamos aquí. Después de eso, Marco se irá con él, hacia el Polo Sur, volando a Ushuaia, Argentina, capital de la Provincia de Tierra del Fuego, en la Antártida, y nos volveremos a encontrar en diciembre del 2012. Hay demasiado trabajo qué hacer en los dos extremos del mundo. Yo seré el encargado de la parte de arriba y le dé la de abajo. Por otro lado, el ingeniero Zubieta no desea ser televisado ni que haya medios de comunicación presentes. Tu hermano me comentó que trajo consigo una cámara de cine; quizás, él nos pueda ayudar a inmortalizar este momento clave.

—Bernardo no es mi hermano, es mi primo hermano.

Hay demasiado trabajo qué hacer en los dos extremos del mundo. Yo seré el encargado de la parte de arriba y le dé la de abajo. Por otro lado, el ingeniero Zubieta no desea ser televisado ni que haya medios de comunicación presentes. Tu hermano me comentó que trajo consigo una cámara de cine; quizás, él nos pueda ayudar a inmortalizar este momento clave.

—Bernardo no es mi hermano, es mi primo hermano.

Ante su visible gesto de extrañeza, me vi obligada a narrarle toda la historia acerca de mi familia y de lo que había vivido los últimos treinta días de mi existencia.

Él se quedó pasmado, sin habla, me dio un beso en la frente y me rodeó con sus brazos.

—Quiero que seas mi novia —murmuró en mi oído, con su voz ronca e irresistible.

A su contacto, los vellos de todo el cuerpo se me pusieron de punta.

—Sí, quiero ser tu novia —manifesté, entusiasmada.

Me separó de sí, para mirarme a la cara. Estaba encantador.

—Te quiero, —añadió estampando un apasionado beso en mis labios.

De ahí, ambos nos dejamos llevar por un arrebató de pasión, mismo que habíamos contenido durante tanto tiempo. Dejamos atrás los estigmas sociales e inhibiciones para entregarnos el uno al otro en cuerpo y alma. Aquella noche fue de las más románticas que recuerdo.

En cuanto él se marchó, permanecí mirando a las nítidas estrellas, hecha una boba, enloquecida de amor. Suspiré y me metí a descansar dentro de un iglú sin tener la más remota idea de qué hora era. Simplemente, nos guiábamos por la posición del sol.

Al despertar, me sorprendió que todo el día la gente estaba en movimiento, ¡aquello era imposible de creer! Busqué a Bernardo, quien se había quedado a dormir en un iglú, a escasa distancia del mío, con un grupo de noruegos, quienes bebían cerveza como camellos.

Le grité para que saliera.

—Necesito que saques tu cámara de cine y grabes todo lo que diga el ingeniero Zubieta, ¿es un pacto?

—¡Ah!, ¡claro! —acordó—, aquí traigo la cámara para grabar todo en primera calidad.

Empezó a enseñarme las partes de su sofisticada cámara y se agachó a recoger el manual, cuando, de pronto, se quedó paralizado mirando a mis espaldas y abrió la boca. Yo volteé, de inmediato, y mis ojos se abrieron como platos al descubrir una majestuosa comitiva de mexicanos, ondeando la bandera, que iba llegando al lugar. Venían caminando sonrientes, gallardos, proyectando fuerza y valentía. Cargaban con ellos una rueda, el calendario maya tallado en piedra, y tocaban el tambor y la concha, dejando en silencio a los que se encontraban a su paso. Distinguí una cara conocida, era, nada más ni nada menos, que Silverio Sandoval, el culto y respetable colaborador de los Guardianes de las Tradiciones.

Me apresuré a alcanzarlos y ejecuté una acentuada reverencia, como muestra de respeto. Bernie me siguió. Distinguí caras jóvenes, de hombres y mujeres, y otras de ancianos que reflejaban el brillo del conocimiento milenario en las facciones. Adiviné que estaba teniendo el privilegio de toparme, en persona, a los grandes maestros, preservadores de las culturas de nuestro país.

—¡Señorita Zyanya! —expresó Silverio alegremente—, es bueno tenerla ya aquí.

Tomó mi mano, se agachó y la colocó sobre su frente. Volteó con sus compañeros

y pronunció algunas palabras en náhuatl, y todos los demás me observaron con detenimiento. Sentí que traspasaban mi cerebro. Uno de los venerables ancianos hizo un signo de aprobación y dibujó en su rostro una leve sonrisa. Supe que acababa de pasar la prueba, una vez más, confirmaba que yo era la elegida.

—Los Guardianes se mantendrán aislados de los demás todo este tiempo. Necesitamos que nos den provisiones y que nos indiquen dónde podremos establecernos hasta fines del 2012. Ellos estarán en continua comunicación con la madre tierra para atenuar los efectos de las eyecciones solares; deben ir preparando el territorio. Los demás trabajaremos con nuestra fuerza, con nuestras manos, pies y corazón para construir el puente. Otra gran comitiva va llegando en estos instantes, en sincronía, al Polo Sur, para no desequilibrar las fuerzas del planeta. Estamos a su disposición, hay grandes esperanzas de salvar al mundo.

Un mar de lágrimas corría por mis mejillas heladas; algunas se llegaban a congelar sobre mi rostro; estaba deslumbrada, honrada, agradecida. Muchas personas se habían congregado a nuestro alrededor para presenciar la escena, y me miraban estupefactas. Algunas, lloraban, al igual que yo.

—Hay dos personas que la quieren saludar, señorita Zyanya —agregó Silverio.

Del fondo de la procesión, salieron dos menudas mujeres, sonrientes y radiantes como el sol. La primera, era Doña Jovita y, la segunda, me supuse que sería Mary. Me acerqué a abrazarlas.

—¡Ya ve, mi niña! —prorrumpió Jovita—, todo marcha como debe ser. Le presento a Mary, mi prima, ¿ha visto usted al joven Adrián?

Mi novio apareció en escena. Había estado observando todo a unos cuantos metros de distancia y, por respeto, no se había atrevido a aproximar. Les dio una cordial bienvenida y abrazó, de un impulso, a Mary, con los ojos llenos de agua.

Ahí estaban las dos hermosas señoras de origen humilde, extremadamente sabias, quienes nos habían visto nacer y nos habían cuidado a los dos desde pequeños, brindándonos su amor, paciencia y comprensión. Ellas mismas nos habían unido a Adrián y a mí en el momento indicado; sencillamente, eran las causantes de nuestra felicidad. A ambas les estaríamos, eternamente, agradecidos.

Las dos señoras se ofrecieron de inmediato a encargarse, personalmente, de las necesidades de los Guardianes de las Tradiciones y de su equipo, dejándonos en claro que era un privilegio que no se le concedía a cualquiera. Celosas de su deber, todos los días se ocupaban de todo el quehacer de su sección. Empezaban a trabajar desde el amanecer para irse a descansar hasta el anochecer.

Aquellos que habían presenciado el arribo de estos magníficos señores estaban, realmente, conmovidos. Se escucharon aplausos y la multitud se abrió para darles paso. Adrián les asignó uno de los iglús más amplios y distanciados de los demás, para que tuvieran la libertad de llevar a cabo sus rituales sin ser molestados.

Dos años después de su llegada, miles de personas practicarían con ellos, cada uno de sus rituales, de memoria.

Algo muy singular empezaba a suceder entre los voluntarios y los que nos encontrábamos en aquel lugar, un fenómeno nunca antes visto: unificación. Aquí no importaban las nacionalidades, las clases sociales, el color de la piel o el sexo; todos éramos uno solo, unidos por una sola misión. Traspasamos los límites del lenguaje, parecía que nos comprendíamos a la perfección aunque fuéramos de cualquier parte del mundo.

Las siete profecías mayas comenzaban a hacerme sentido, aun antes del evento catastrófico que nos amenazaba. La armonía fluía por todos los rincones, la música era expresión al unísono, la gente se mezclaba sin pedir permiso y convivía con las de otros países y linajes, En cada iglú se escuchaba la melodía que compartíamos para todos.

Estaba ocupada instalando a un grupo de europeos cuando Adrián llegó por mí para llevarme al conocer al ingeniero Zubieta. Los alrededores de la plataforma a donde este aterrizaría, estaban repletos de personas que temblaban de frío y se cobijaban unas con otras. Nosotros pasamos al lugar que mi atractivo novio tenía asignado.

Minutos después, un helicóptero sobrevolaba el área. Cientos de miradas se alzaron a contemplar el descenso de la nave. La curiosidad nos corroía por descubrir cómo era físicamente nuestro benefactor. Una vez que las hélices quedaron estáticas, se abrió la puerta del helicóptero y vimos salir a un hombre maduro, de unos cuarenta y cinco años, de tez blanca y cabello claro. De apariencia audaz, ágil y con una seguridad personal impresionante; iba cubierto, por completo, con chamarra, guantes y lentes para la nieve. Dio varias zancadas, hasta quedar en medio de la tarima artificial.

De un movimiento, tomó un altavoz que le proporcionaron y se presentó como Carlos Zubieta. Una oleada de aplausos, gritos de agradecimiento, silbidos y ovaciones ensordecieron su discurso unos minutos. Tuvo que callar e intentar hablar, en dos o tres ocasiones, sin éxito. Cuando la multitud se apaciguó, comenzó a departir, fluidamente, en inglés, sobre todo lo referente a la construcción de los puentes, dando cifras estimadas en tiempos y requerimientos necesarios para subsistir al clima extremo en ese lado del planeta. Enunció los nombres de Adrián Pontones y Marco Nares más de diez veces, refiriéndose a ellos como los eruditos y creadores de dicha obra. Nos animó a seguir adelante y a trabajar con el corazón.

Cerró su discurso para presentarnos al equipo médico de voluntarios que había logrado traer desde los hospitales más prestigiosos del mundo. Antes de subir de vuelta al helicóptero, solicitó que Marco y Adrián ascendieran a la plataforma. Sentí una patada en el abdomen al escuchar que también articulaba mi nombre. «¿Zyanya?», inquirí sorprendida, «no debe haber muchas personas con mi nombre».

—¿Lo conoces? —me cuestionó Adrián estupefacto.

—Tanto como tú —espeté.

Mi novio me tomó de la mano y ambos caminamos, en medio de la



muchedumbre, que nos abría el paso a la par de que nos echaba porras y nos daba palmadas en la espalda. Trepamos la tarima, entusiasmados, y nos colocamos al lado del hombre que ya se había ganado el apodo de «El benefactor». Marco y Adrián se presentaron, estrechando fuertemente su mano, y agradeciéndole su apoyo incondicional.

Fue mi turno y yo estaba temblando de nervios. A partir de este momento, todo empezó a correr en cámara lenta. Me abrí paso, entre los dos amigos, para apretar la mano del hombre misterioso que estaba a punto de salvar a la humanidad entera, cuando alcé la vista para mirarlo a los ojos y noté mis propios ojos reflejados en sus pupilas. Sentí que me desvanecía, entonces Carlos Zubieta me rodeó con sus brazos y me estrechó contra él, acercando su boca a mi oído para pronunciar las palabras: «Hola, hija».

Empecé a ver puntos de color negro, que cada vez se crecían más, hasta perder por completo la conciencia.

### **21 de diciembre de 2012.**

Cuando me recuperé del desmayo, estaba acostada en una camilla, a un lado de la plataforma improvisada para el evento de ese día. La cabeza me daba tumbos y me ardía la garganta por haber estado aspirando el aire congelado en posición horizontal.

Los paramédicos iban y venían, untándome alcohol en el pecho, tomando mis signos vitales y dándome un ligero masaje en pies y manos.

—Pareces vampiro, preciosa. —Escuché de cerca aquella voz que me había impactado en lo más profundo.

Carlos Zubieta, quien acababa de confesar que era mi padre, estaba a mi lado en cuclillas, radiante como una estrella, esperando a que recobrarla la consciencia.

—E... ¿eres mi papá?, ¿tú eres el güero? —cuestioné, intentando confirmar que lo que había escuchado salir de su boca, apenas unos minutos, hubiera sido real.

—Sí, mi vida, así como lo oyes, —Respondió animoso—. Tu nombre verdadero es Zyanya Zubieta Bacab, aunque tu madre te registró en Canadá solo con sus apellidos. No la culpo, tuvo mucha razón en eso, pero se equivocó al separarte de mí y esconderte durante todos estos años.

—Pe... pero ¿cómo me encontraste?

—Por mi esposa, ella supo quién eras desde que te vio por primera vez.

—¿Violeta es tu esposa?

—Así es. Ella te quiere bien, ve grandes capacidades y cualidades en ti...

—¡Tú y Violeta cuidan de Zazil, mi hermana gemela! —interrumpí, frenética, intentando sentarme sobre la camilla.

—Tranquila, hija, te puedes marear. Mandé a tu novio y a su amigo por café con azúcar, para que se te suba la presión, ¿tan feo estoy como para que te hayas desvanecido al conocerme?

Empezamos a reír mientras yo me frotaba la cabeza. Mi padre ordenó que me auxiliaran para que pudiera caminar hacia el helicóptero. Entre dos paramédicos, me tomaron de los brazos y me ayudaron a subir.

La gente seguía curioseando y observaban la escena a distancia. Mi papá se despidió de todos con la mano y subió a mi lado, en el mismo asiento, mientras otra oleada de aplausos nos persiguió hasta que nos perdimos entre las gélidas nubes del Artico.

—Pero ¿cómo es posible que la mejor amiga de mi madre se haya casado con el amor de su vida? —externé.

—Ya te estás sintiendo mejor, ¿verdad, nena? —pronunció, mientras se volteaba hacia mí para observarme detenidamente—. Tu Adrián es un galanazo, inteligente y buen muchacho, te felicito, tienes a un excelente partido.

Observé, de reojo, al piloto de la nave, para cerciorarme de que no escuchara nuestra conversación.

—¡No hay problema con él! —exclamó mi papá al darse cuenta—, ¡Chucho es como de la familia! Sabe todo.

El copiloto rio y me saludó.

—Pero, no te salgas por la tangente —insistí—, yo tenía un extraordinario concepto sobre Violeta y ahora...

—¡Testaruda y bella como tu madre! —externó—. Puedes seguir conservando ese nítido concepto sobre mi mujer; debes saber que ella fue quien me informó que tú eras partícipe de este proyecto. En el momento en el que estos dos jóvenes visionarios, Marco y Adrián, me fueron a pedir apoyo, no dudé un segundo en autorizarles todo lo que me pidieran.

—Gracias, pero otra vez estás cambiando de tema.

—A ver, mi vida, te aclaro que cuando yo encontré a Violeta, ella desconocía que yo era tu padre y yo no sabía que ella era amiga de tu madre. Sucedió un día, afuera de casa de tu recién fallecida abuela a quien, por cierto, quise mucho por haberme permitido amar a tu mamá a escondidas. Una de esas tantas ocasiones en las que me estacioné a esperar a que saliera de su casa para abordarla, y pedirle que interviniera por mí con Itzel, Violeta se apareció caminando en dirección a su casa y me llamó mucho la atención. Meses después toqué a su puerta, pero ¡créeme que yo amaba a tu madre como un demente!

—Pero la abandonaste, embarazada de dos hijas, ¿cómo pudiste?

—Por cobarde, no hay más qué decir. Acepto que cometí un error fatídico, debido a mi corta edad, por miedo a enfrentar mis propios padres. Lo arruiné todo por completo y de eso no dejaré de arrepentirme por el resto de mis días. Pero los humanos cometemos errores y yo traté de remendarlos; volé varias veces a Vancouver y me arrodillé ante tu madre, implorándole su perdón, pero ella se negó a recibirme y a dejarme conocer a mis dos hijas. Tiempo después, se cruzó Violeta en mi camino y, pronto, nos casamos. Ella no me pudo dar hijos, pero a mí no me

importaba. Sin embargo, ella siempre me decía que una mujer no estaba completa si no cumplía con su función de madre.

—¿Violeta no te platicó sobre su mejor amiga?

Ella es muy discreta, jamás me habló de Itzel. No fue sino hasta un día, en el que yo regresé de un largo viaje de negocios, que al entrar en mi casa, la encontré con una encantadora pequeña dormida entre sus brazos. Me dijo que tenía tres años de edad y se llamaba Zazil. Cuando me reveló quién era la madre natural de la criatura, me dio un colapso nervioso que me llevó al hospital por tres días. Le di gracias a Dios por esta increíble coincidencia y llegué a un acuerdo con Itzel; yo cuidaría de mi propia hija, junto a mi nueva esposa, siempre y cuando no me la quitara hasta que ella cumpliera los dieciocho años de edad y decidiera, por sí misma, con quién se quería ir. Por su parte, ella me hizo prometerle que yo no te buscaría a ti, para no lastimarte.

—¡Qué embrollos! —opiné, desganada.

—Sin embargo, Zazil siempre supo que su madre era otra mujer, incluso, siendo aún pequeña, le permitíamos que hablara con ella por teléfono. Al cumplir los diez años, nos pidió que ya no la comunicáramos con Itzel, argumentando que se sentía muy triste por no poder estar con ella.

Él hizo una pausa, pensativo, y suspiró profundamente.

—Sé que tu mamá pactó otra cosa para contigo —continuó—, y que te encargó con su única hermana, quien jamás fue sincera. Con la ayuda de tu abuela, a quien hicieron jurar que jamás te confesaría la verdad, descubriste la identidad de tu verdadera madre. Zyanya, eso me pareció de lo más injusto, tu hermana y tú no se han podido conocer, pero debes entender una cosa, tu madre ha sufrido mucho, no la juzgues; inconscientemente, trató de proteger a sus hijas. Imagínate su dolor al enterarse que cuando Zazil fue mayor de edad, rechazó irse a vivir con ella.

—Pero a mí no me dieron la opción de elegir a mis dieciocho abuelos, ¡qué injusto!

—Hija, eso yo no lo sabía. Creo que tu madre jamás nos perdonará a Violeta y a mí por habernos casado.

—¿Por qué no le preguntas?

Carlos, mi padre, me dejó de regreso en la base del Polo Norte. Decidí ir a encontrar a mi gemela, a la primera oportunidad que se me presentara, así como no volver a mencionarla hasta que la hubiera conocido en persona.

*Polo Norte, 15 de diciembre de 2012.*

*Querida Zazil:*

*Te escribo esta carta a escondidas de todos, es la quinta que te hago llegar una sin obtener respuesta de tu parte. Nuestro padre me informó, nuevamente, que ni tú ni Violeta pueden venir a ayudarnos porque has estado muy enferma y ella cuida de ti. Sea lo que sea que padezcas, espero que*

pronto estés sana y podamos aprovechar todos los años perdidos para platicar días enteros y cuidarnos la una de la otra, como lo hacen las hermanas.

Hoy tampoco tuve suerte al llamarte por teléfono, jamás estás en tu casa. Rosy, tu muchacha, me contestó y me explicó llegarías tarde. Por cierto, ¿ya recuperaste tu celular?, ¡debes de ser un desastre!, me vas a caer muy bien. ¿Cómo está Mussi, el gato?

En esta ocasión, te voy a platicar de lo mucho que te has perdido al no poder venir a vernos. No quise decírtelo antes, porque tenía la esperanza de que lo presenciaras con tus propios ojos.

Sería imposible narrarte, a detalle, todo lo que vivimos estos dos años con dos meses en el Polo Norte. Trabajamos en conjunto día y noche; pasamos veladas enteras sin dormir, dimos nuestro máximo esfuerzo en cada amanecer. Oleadas de personas, provenientes de todas partes del mundo, llegaron en manadas a ofrecer su ayuda. Calculamos que fueron algunos millones de voluntarios en total, en ambos polos, los que nos prestaron su apoyo, ¿te imaginas qué cantidad tan grande de gente? Miles de ellos perecieron en el camino, debido a accidentes propios de la construcción o como consecuencia de las temperaturas glaciales. Todos fueron recordados y se les rindió un apasionante homenaje el día que nuestro padre viajó, de polo a polo, para corta ambos listones y dar por inaugurados los dos puentes, el pasado 2 de diciembre.

¡Te impresionarías al ver estos dos gigantes! Orgullosos, sofisticados e inverosímiles.

Teníamos continuo contacto con la gente del Polo Sur, mediante video conferencias, e íbamos a la par en los avances. Bernardo, nuestro primo, fue uno de los privilegios que alcanzó a dejar su huella en los dos polos, tiene todo el material registrado en formato de cine, pero no solo eso, también dejó su huella en los corazones de varias féminas, de diversas nacionalidades, con las que terminó enredándose en los líos amorosos más pasionales que hayas escuchado, ¡jamás cambiará!

Nuestra tía Ameyali terminó por perdonar las mentiras de su hijo y hasta vino a visitarlo. Al principio, cuando la vi con su marido, me hice la occisa, pero terminamos aclarando las cosas y ella me pidió perdón. Todo en orden. También habló con mamá una de las ocasiones en las que coincidieron en una de las visitas. Se agarraron del chongo, se insultaron y terminaron por pulir rivalidades entre ellas. Espero que esto haya sido de por vida.

Pero lo más hermoso, fue el reencuentro que tuvieron nuestros papás, Itzel y Carlos. Se reconciliaron de la forma más sentimental del mundo, todos lloramos.

Ahora son grandes amigos y sé que están en continuo contacto con

*Violeta; las que alguna vez fueron las mejores amigas, otra vez lo son. Esto del asunto del puente nos trajo la bendición de poder armonizar a nuestra familia, ¿no crees?*

*Hermana, ya me voy a seguir con mis labores. Recuerda que te llevo en mi corazón y que ya estamos a pocos días de conocernos, ¡qué emocionante!*

*Te mando un abrazo, teniendo frente a mí, el colosal puente de hielo, erguido, como un dios.*

*Con amor,*

*Zyanya Zubieta.*

Aventé la carta en el buzón de correos y troté de regreso hacia el rompehielos que la empresa Transatlántico nos hizo el favor de donar para la causa. Ahí me estaba esperando mi apuesto novio quien, en unos meses, se convertiría en mi esposo, y yo, en su feliz mujer.

Semanas atrás, Adrián me había obsequiado un exquisito anillo de compromiso, le había pedido mi mano a mi padre y habíamos fijado la fecha de la boda para julio del 2013, si todo salía tal y como lo esperábamos.

—¿De dónde vienes? —inquirió Adrián, al verme venir, apurad, de la oficina de correos.

—De caminar —mentí y corrí a sus brazos.

Él me besó y me abrazó por la espalda para que juntos contempláramos, satisfechos, nuestra gigantesca obra de arte.

—Mi madre quiere que nos encontremos en México el veinte de diciembre —le dije—. Quiere pasar Navidad y Año Nuevo en compañía de la familia. Violeta me llamó para pedirme que el veintiuno la acompañara a un lugar especial «para cerrar un ciclo». Quiero ir para allá.

—Pero ese es el día tan temido por todos —opinó.

—Lo sé, y quiero que me acompañes.

—Yo pienso que sería mejor que me quedara aquí a presenciar los acontecimientos, ¿no crees?

—No, quiero que estemos juntos por si se acaba el mundo.

—¡No digas eso! —Soltó una carcajada.

—Tú también debes ir para allá, a ver a los tuyos, ¿no extrañas a tus padres y a tu gente?

—Sí, y mucho. —También me gustaría saber cómo sigue la que era mi prometida, quisiera ir a verla. Papá dice que sigue en coma.

—¡Qué mal! Yo te acompaño.

—¿Estás celosa?

—Por supuesto que no, no seas bobo. Por cierto, ¿tiene nombre?, nunca me has dicho cómo se llama.

—Sí, se llama Zazil.

# Dualidad

Eran casi las once de la fría noche del 21 de diciembre de 2012 en el hospital de Especialidades Médicas, ubicado en el Centro de la ciudad de México, la urbe más grande del mundo.

En la habitación doscientos uno había movimiento, algo inusual a esas horas, ya que la paciente que estaba encamada en ese cuarto, llevaba dos años con nueve meses en estado de colapso profundo. Su familia, por alguna extraña razón, había acudido en conjunto a visitarla. Parecían estar al tanto de que algo inusitado estaba por acontecer.

Escucho algunas voces que susurran a mi alrededor; distingo a todas y cada una de ellas, las había venido escuchando continuamente. Una varonil, en particular, me causa esa sensación hermosa que hace vibrar; el sentimiento más bello que el ser humano puede experimentar; ese cosquilleo meloso en las entrañas; es Adrián, mi prometido. La otra es dulce y femenina, me acaricia, me hace piojito en los oídos, me abriga; reconozco a mi madre, la que me dio a luz. Una tercera, también de mujer, suena como una campanita que me alerta, vibra de armonía y de paz; es Violeta, mi segunda mamá. Todos están preocupados. Me es imposible abrir los ojos porque me pesan, pero no importa, lo único que deseo es permanecer en este hermosísimo instante para siempre. Aunque no pueda mirar a los ahí presentes, los observo con mi olfato, con mis oídos y con mi tacto. Tengo muchas ganas de decirles que, todo este tiempo que yo he estado inmóvil, los he percibido; sé cuando lloran, los escucho cuando me hablan, descubro si están contentos, tristes o confundidos desde el momento en el que abren la puerta de mi habitación. Mi sensibilidad se multiplicó cien veces más de lo normal en cuanto perdí la noción de la otra dimensión.

El día de hoy, descubro una presencia distinta, más no extraña, no me resulta desconocida. Es una mujer joven, de mi edad, que está asustada y confundida. Me descubre y empieza a sollozar; se está acercando a mí, me acaricia el brazo. «Zazil, Zazil, despierta», me arrulla hablando en mi oreja. Menciona que ahora comprende por qué razón nunca respondí a sus cartas, ¿cuáles cartas? Me dice que soy hermosa y está impresionada porque somos idénticas, aunque está asombrada de que yo sea blanca y rubia y ella sea morena. «Cóatl», repite una y otra vez.

Se recarga en mi regazo. Me está empapando con lágrimas el pecho. Huele a limpio, es un ser puro, ¡uno en millones! Jamás había sentido a alguien que emanara tanta luz. Su voz me remueve la memoria; parece que ya la había escuchado antes, es parecida a la mía, a mi voz. Me percató de que Adrián también llora y la rodea con sus brazos, creo que él la ama, pero ¿también me ama a mí? Hacía mucho tiempo que él no me visitaba. Sí, percibo que aún me ama, ¡qué maravilla!

También está mi padre con ellos, ¿qué se conmemorará el día de hoy?, ¿será mi

cumpleaños? Apenas me vinieron a cantar las mañanitas hace unos meses, el dos de agosto, no puede ser que el tiempo haya pasado tan pronto.

«Zyanya», escuché el nombre de la joven, ¡es precioso!, Zyanya. Violeta le está hablando y le está diciendo que su nombre es maya y significa «eterna» en náhuatl. Ahora le explica que Zazil, también de origen maya, significa «transparencia de espíritu, luz, claridad, brillante». Zyanya y Zazil, los dos nombres empiezan con la «z», ¡qué coincidencia! Mi mamá llora mucho y, todos los demás, también. Ahora le habla de un ciclo que se debe cerrar de la A a la Z por los nombres de Adrián y ¿Zazil o Zyanya?, ¿cuál de las dos será? Del Polo Norte al Polo Sur; nos observa a ambas. Cóatl, dualidad, una de las dos se debe irse a otra dimensión y la otra permanece para dar a luz una nueva era. ¡Somos gemelas! Entiendo, recuerdo, ¿por qué hasta ahora?

Me entero de que hoy es 21 de diciembre. Esa fecha me suena, era la que todos esperábamos para el fin del mundo, ¿qué no? Voy entendiendo, estamos a punto de la destrucción. ¡No puede ser!, ya llevo inerte, dentro este hospital, dos años con nueve meses, ¿por qué no me puedo levantar? Quiero correr, gritar, amar, llorar.

Ahora siento que algo sacude con rabia el piso, escucho que el suelo se rompe, los muros se cuarteán, oigo gritos de terror fuera y dentro de la habitación, ¡y yo sin poder moverme! Mucho ruido, hay zumbidos percibo a seres corriendo, desesperadamente, por las calles; muchos llantos, caos, desorden, ¿será este el fin? Parece eterna esta sacudida de la tierra, un terremoto. No termina, pero no me asusto. Agita, tiembla con más fuerza, los objetos se caen, se rompen, ¿cuándo terminará? Siento que caigo.

La intensidad va disminuyendo lentamente, hasta que el movimiento cede por completo. Ahora puedo ver con mis ojos; Zyanya está sangrando de la cabeza, mi padre está inconsciente, Adrián tiene algo encima de las piernas que no lo deja mover. Itzel y Violeta se sacuden, lentamente, ¡todos están vivos!, ¡gracias, Dios!

Me están buscando, ¡aquí estoy!, me caí, estoy boca abajo sobre el suelo y parece ser que no hay luz porque chocan con todo al intentar levantarse. Las dos hablan sobre un puente, colocado en cada uno de los polos del mundo. Hay un rayo de esperanza en su voz, tienen toda su fe depositada ese puente.

No me encuentran; distingo lamentos afuera de mi habitación; la gente llora, grita y se queja. Muchos murieron, veo almas volando sin rumbo a mi alrededor. Nunca antes había visto almas, ¿qué está pasando? Floto por encima del desorden, miro a Violeta y a mi madre que posan sobre alguien, desesperadas, dando respiración de boca a boca y presionándole el pecho, ¿quién estará muriendo? Me acerco, pero no me perciben. Ahora me puedo mover, rápidamente, por todas partes, ¡estoy volando!, ligera como el viento, ¡ya me curé!

Vuelvo a bajar, lentamente, y distingo que Violeta cierra los ojos y me habla, me dice que siente mi presencia. Yo la abrazo por la espalda y ella empieza a gimotear. Itzel la mira atónita, con los ojos llenos de lágrimas. «Se ha ido», murmura Violeta.

Me separo de ella de golpe y entonces descubro mi cuerpo en medio de las dos,



tirado sobre el suelo y desconectado de los cables que me mantenían con vida. El terremoto me hizo caer y ellas intentaban revivirme. Después de varios jalones, Adrián logra zafarse de su trampa y se arrastra hasta mí, sangrando de las piernas, lastimado; acaricia mi cara y me besa en la boca. «Adiós, Zazil», se despide y estalla en llantos.

No puedo arrancar de mi cuerpo sin vida la alhaja con la imagen del sol al amanecer, la misma que lleva el nombre de mi madre, grabado. Zyanya se acerca a verme, descubre la medalla, como por telepatía, y solloza, abrazándome. «¡Hermana, hermana!».

Carlos, mi padre, despierta y se aproxima a mi cuerpo para cargarme y estrujarme contra su pecho. La luz eléctrica parpadea y regresa, papá se pone de pie, conmigo en brazos, y enciende el televisor. Escucho a un hombre que da las noticias, alarmado, con la voz temblorosa. Dice estar en el Polo Norte, presenciando un verdadero milagro. «El puente del polo norte contuvo la catastrófica eyección solar. Aunque está casi destruido, reflejó la luz hacia el espacio para perderla en el infinito. Hay miles, millones de personas muertas, animales, derrumbes, hecatombe total. Nos salvamos, el mundo sigue girando». Papá cambió rápidamente de canal, con el control remoto, para encontrarse con el reportero que transmite las noticias desde el Polo Sur, parado sobre un desolado bloque de hielo, enfocando imágenes devastadoras a su alrededor. «Este es el resultado de años de destrucción de nuestro mundo, hagamos conciencia. La magnetósfera pudo haber realizado su función de manera natural, conteniendo este choque estelar, pero está irreparablemente dañada por los abusos y ambición de los seres humanos. Tuvimos que recurrir a la tecnología y a millones de voluntarios para lograr que este monumental proyecto fuera una realidad, por imposible que pareciera. Estamos a salvo, somos de los pocos que quedamos, depende que esta era que termina, florezca con una nueva especie de seres compasivos, que respeten la flora, la fauna, con una nueva consciencia de amor y armonía entre todos. No me queda más que dar las gracias a los valientes que dieron su vida en la construcción de los puentes, a Zyanya Farías, al ingeniero Carlos Zubieta, a *Inti Earth Corporation*, a Marco Nares y a Adrián Pontones por su perseverancia, tenacidad, corazón y responsabilidad para lograr transformar un sueño, un proyecto de ciencia ficción, en una realidad. El mundo queda en deuda con ustedes para siempre». El reportero le entregó el micrófono a Marco, quien apareció en escena a su lado, sucio, despeinado, con la ropa rota y cubierto en sangre. «¡Adrián, hermano!, ¡lo logramos!, sé que estás vivo y me escuchas, ¡lo logramos!», gritó mientras pasaba el brazo por la espalda del reportero y ambos lloraban como dos niños pequeños, se jaloneaban, gritaban de júbilo, brincaban sin importarles algo en absoluto. El planeta tierra seguía girando.

Mi alma sollozó, todos los presentes dentro del cuarto del hospital se abrazaron y lloraron manteniendo, en medio, mi cuerpo inanimado.

¡Qué triste!, ¡he fallecido!, me hubiera gustado haber conocido a mi gemela,

haber amado más, haber tenido hijos y envejecer. Ahora comprendo que mi ciclo terminó, una de las dos debía morir para cerrarlo junto con el Calendario Maya. A mí me tocó, Zyanya se queda, pero nos volveremos a encontrar.

«Ya es hora, hija», me dijo mi abuela, desde lo alto, sin hablarme. Había venido por mí. La recordé a la perfección, a pesar de haberla visto, por última vez, cuando era casi una bebé. Me acerqué a ella. Giré a observar, por última vez, aquella emotiva y triunfal escena. Sentí paz, una serenidad absoluta.

De la mano de mi nana, seguí la luz, hasta penetrar en ella y perderme por completo.



Elena Beatriz Arreguín Osuna, nació el 2 de Septiembre de 1970 en la Ciudad de México. D. F. Estudio Ciencias de la Comunicación con especialidad en periodismo en la Universidad Anáhuac del Norte.

Obtuvo su licencia de locución en el año de 1994. Publicó algunos artículos y entrevistas en revistas en el año de 1996. Un año después empezó a escribir columnas sobre Finanzas Personales en periódicos como; El Universal, El Economista, El Financiero durante casi tres años.

Posteriormente trabajo en la redacción de noticieros del programa *Hechos de la Mañana* de TV Azteca, así como en la redacción de guiones para los programas; *Ciudad Desnuda* y *Evidencias* de la misma televisión.

En Marzo de 2012 publica su novela autobiográfica *Hambre, Bullying y otros tipos de abuso. Bulimia*.

En Octubre de 2012 publica la novela de ciencia ficción; *El puente de hielo*.